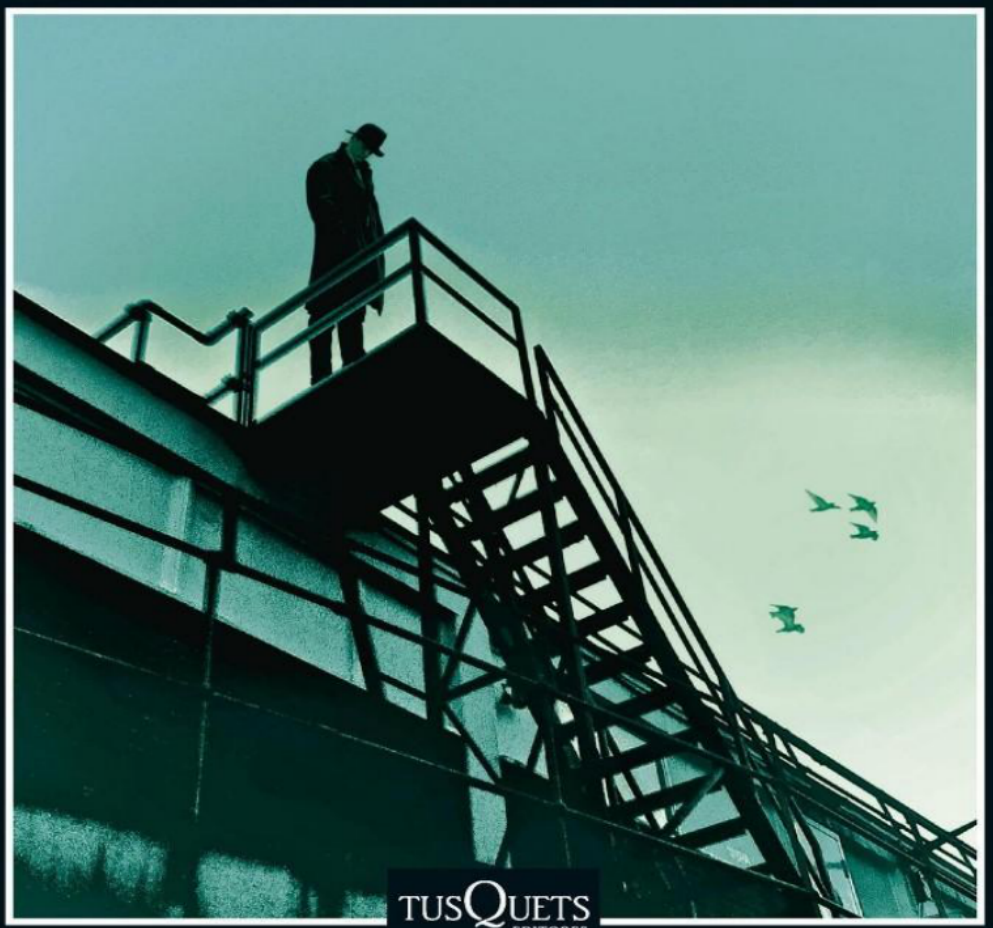
Rafael Reig

CUALQUIER COSA PEQUEÑA

colección andanzas



TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Primera parte. Les neiges d’antan
1
2
3
4
5
6
7
Segunda parte. ¿Para qué sirven los días?
1
2
3
4
5
6
7
Tercera parte. Cualquier cosa pequeña
1
2
3
4
5
6
7
Créditos

Sinopsis

En 1979, en Dragonera, una isla del Atlántico que fue colonia inglesa y ahora es un pequeño país decisivo por su posición estratégica y por ser un cosmopolita paraíso fiscal, Ginés Loyola dirige el Centro de Documentación, al que llaman Casa Desolada, para los servicios de inteligencia nacionales. En su equipo de cuatro personas, cada uno tiene su función en la rutina de informes y reuniones. Todo se verá zarandeado el día que disparan al candidato a la presidencia del país, y lo que es peor para ellos, cuando se descubre que alguien hizo desparecer de sus archivos información comprometedora. Pero incluso en las acciones más calculadas y premeditadas interviene el factor humano, y cualquier cosa pequeña puede dar al traste con nuestros planes. Novela de espías, novela de acción, *Cualquier cosa pequeña* participa de los ambientes y las intrigas de las mejores historias de Graham Greene, a las que Rafael Reig añade su ironía y brillantez de estilo, marca de la casa.

Cualquier cosa pequeña

Rafael Reig

TUSQUETS
EDITORES

Para los QSQ. Para Anusca. Para Violeta.

Primera parte
Les neiges d'antan

Mais où sont les neiges d'antan!
(¡Pero dónde están las nieves de antaño!)

FRANÇOIS VILLON

1

Es un edificio colonial de dos plantas, un antiguo colegio británico en el barrio del puerto, cerca de la aduana marítima —la alfándega, así la llamamos aquí, no sé si por influencia del portugués o del gallego—; en la planta baja hay una lencería, una clínica dental y una acogedora, y abarrotada, tienda de libros de lance; allí estaban en otros tiempos los despachos y el refectorio de la selecta Clifford School; un cartel discreto anuncia con letras apenas legibles, en la segunda planta, MUDANZAS PANERO, adonde se accede por una herrumbrosa puerta metálica muy estrecha, entre las cristaleras de la clínica y la librería. Tiene dos timbres y solo en el de la derecha hay pegada una borrosa etiqueta que pone Panero. Parece la entrada a un túnel, un tabuco para guardar herramientas o la mazmorra en la que el dentista interviene a los pacientes más ruidosos; pero se abre a una amplia escalera de piedra que lleva al segundo piso, donde hay dos puertas: la de la izquierda (allí estuvo el dormitorio de los internos) permanece cerrada con llave, nadie sabe qué hay ahora en su interior, y los de Mudanzas Panero la llaman La Catacumba; la otra es la de los supuestos trajineros a los que jamás se ha visto transportar un mueble o ni siquiera un paquete, por más que a veces alguno lleve un portafolios de cuero.

Era una ciudad portuaria venida a menos, que ya no existe, y que recordamos con nostalgia, con saudade, con morriña: Atlantic Town, donde fuimos jóvenes; tan distinta unos cuarenta años después, ahora que ya tenemos más de sesenta. Las fachadas de las casas estaban pintadas de azul y de amarillo, y afloraba el salitre en las paredes, y sufrían el castigo del viento oceánico. Tenían azulejos verdes, hornacinas con su virgen de escayola (la mayoría vírgenes del Carmen, patrona de los marineros) y portones de madera con aldabas doradas en forma de delfín o de ancla. En el barrio del puerto había zapateros remendones, pescaderías, guarnicioneros, colmados y tiendas donde vendían bombillas de diez bujías, dinamos para la luz

de la bici y transformadores para las neveras extranjeras, y arreglaban lámparas, planchas, transistores de radio y cualquier aparato que les llevaras; todo volvía a funcionar siempre, al menos durante unos meses más. Bajo los soportales de Market Square, sobre mesas de madera, se vendían cromos de futbolistas, garrapiñadas, tebeos, armónicas, monederos y prensa, y en un cajón bajo la mesa estaban escondidos los condones y las revistas ilustradas con desnudos, había que acuclillarse para buscar lo que querías o necesitabas.

Todo eso no son más que recuerdos, *neiges d'antan,* verduras de las eras, rocíos de los prados, qué fueron sino devaneos, nubes que miramos juntos, cogidos de la mano, hace muchos años, y cuya forma ya no logramos recordar.

A quien entrara en la oficina de la empresa de mudanzas nada le llamaría la atención: una mesa con una máquina de escribir, un teléfono, una agenda abierta, un tarro con lápices y bolígrafos, y una silla giratoria que ocupa Tante Juani, como la llama todo el mundo. No sé por qué, quizá hubiera sido en otros tiempos una institutriz francesa. Es una señora que ya ha pasado de los sesenta, apacible, esponjosa y bastante tiquismiquis, nadie puede coger prestado un lápiz para tomar una nota, los tiene contados; ni desplazar un centímetro la grapadora o utilizar su sacapuntas de manivela atornillado a la mesa. Detrás de ella hay una estantería con archivadores de un cartón gris que imita el papel de aguas, y una repisa donde en un búcaro siempre hay gladiolos, y en la pared un calendario de taco abierto por la hoja que corresponde al martes 11 de septiembre de 1979 (santos Félix y Régula, y san Pafnucio de Egipto, uno de los padres del yermo, que combatió con ardor la herejía arriana, pues negaba nada menos que la consustancialidad del Verbo). Además del santoral, ofrece cada día una cita (probablemente apócrifa), que puede ser humorística (una greguería de Gómez de la Serna), aguda (cosas de Gracián o Schopenhauer o algo así), o de amor y espiritualidad (no se distinguen demasiado), estas últimas siempre repletas de corazones y almas, de belleza y bondad. Hoy toca amor: «Nunca eu fun como te amo». Nunca fui como te amo, de un tal Uxío Novoneyra; si no es inventado, debe de ser portugués, y si tampoco, pues entonces será gallego. Solo la Tante puede actualizar el calendario, es una grave responsabilidad, y en su ausencia, designa a la persona autorizada para que lo ponga al día.

En el recibidor hay dos puertas cerradas. Si alguien obtuviera permiso de Tante Juani —eventualidad muy improbable— y abriera la de la derecha, se encontraría con una inmensa sala (entre tres y cuatro de las antiguas aulas) llena de estanterías con cientos de archivadores, un laberinto en el que solo ella puede orientarse, y es la única que sabe dónde está cada documento. Si el inverosímil visitante abriera la puerta de la izquierda, entraría en un luminoso espacio (más de dos aulas) con tres mesas muy separadas entre sí, ventiladores de madera en el techo (que aún conserva el artesonado de piedra original) y grandes ventanales que dan al océano (remplazados varias veces, después de ser destrozados a pedradas por antiguos alumnos).

La mesa a la derecha la ocupa una mujer que ya ha pasado de los treinta y está escribiendo en una Olivetti portátil. Es Amber Navel, licenciada en Historia, habla con fluidez cinco idiomas (aunque casi siempre sueña en francés, a veces en voz alta), tiene sus puntas de poeta y lleva un jersey negro de cuello de cisne, falda negra con vuelo y medias negras. Esa moda fúnebre y existencialista, tan *quartier latin* o tan de plañidera siciliana, estaba mandada recoger, y ya no era más que una innecesaria declaración de intenciones, bastante trasnochada en los tiempos de los Sex Pistols y los Rolling Stones.

Con todo, llama la atención de Tom Tyllett, sentado en la mesa de enfrente, que está leyendo un voluminoso legajo, lápiz en mano, buscando incongruencias, detalles pasados por alto, semejanzas sospechosas, algo que no concuerde con lo que se está contando: eso es lo que mejor se le da. Tiene treinta y cinco años, y es atractivo, a pesar del exuberante bigote que hace pensar a algunos en San Francisco, en tenebrosos sótanos donde hombres casi desnudos —a veces sin otra indumentaria que un chaleco de cuero negro— se azotan con gemidos de dolor y de placer; o con más modestia, puede que les recuerde a la zona de nuestra Rue de la Providence, al Ras o al Leather, que disponen de cuartos oscuros en los que los cuerpos desconocidos se encuentran a tientas o a tropezones. Tom viste chaqueta de cuadros verdes y amarillos, corbata azul estampada con motivos ecuestres en color dorado (espuelas, estribos, fustas, riendas), y un ceñido pantalón rojo.

¿Cómo vestía la Tante? Acabo de darme cuenta de que no he dicho ni una palabra, tampoco lo recuerdo: cuando se es joven, las mujeres de esa edad se vuelven invisibles, parte del mobiliario, van

vestidas de personas mayores, eso es todo, con faldas largas y zapatos cómodos, a veces incluso con suelas de goma. Con los hombres mayores no sucede lo mismo, no he olvidado los trajes de Ginés Loyola, ni sus chaquetas de tweed o su sombrero Trilby de fieltro marrón.

En la mesa del fondo, al lado de una cristalera, está sentado ese caballero de más de sesenta años, y es él quien piensa en San Francisco o en Providence al ver a Tom. Escribe con una estilográfica en cuartillas de buen gramaje y se detiene cada pocos renglones, mano en mejilla, para mirar el mar, que hoy tiene color metálico, con reflejos repentinos, como el papel de plata al envolver un bocadillo; y un oleaje que se estrella contra el muro y salpica de espuma sucia el paseo marítimo. El cielo también está gris y acerado, forma una humareda en cuyo interior late una débil luz ambarina, podría ser el sol tras las nubes, un buque en llamas o un faro lejano; podría anunciar el rumbo a un lugar seguro o podría ser una llamada de auxilio. Hay un perchero al lado de la mesa, con el Trilby y su gabardina. El taciturno caballero viste traje gris y corbata azul con topos rojos. Es muy alto y lleva unas grandes gafas cuadradas de pasta negra que eran llamativas incluso en los años setenta. Se llama Ginés Loyola, aunque ha utilizado otros nombres a lo largo de su dilatada —y no exenta de incidencias— carrera profesional. Tiene rango militar, pero nadie le llama mi capitán; señor Loyola o Loyola a secas es el tratamiento indicado. Tante Juani es una de las pocas personas que se dirige a él como Ginés, se conocen desde hace más de cuarenta años. Hacen buena pareja, entre ellos podría surgir una pasión tardía. ¿O ya ha sucedido en su juventud y fue prematura?

¿Cuántas veces había sobrevivido Ginés a sí mismo? Ingresó en el ejército para incomodar a su padre, y en el 54 hizo la guerra con los vencedores —de lo contrario no estaría aquí—, pero no pisó el frente, que se estabilizó en La Murada, tras la victoria de los sublevados en la batalla del Pico del Alcaraván. Loyola estuvo los nueve meses bélicos en Misty Cape (la capital de los militares rebeldes, en la retaguardia), asignado a inteligencia, un destino mal visto entre militares. A sus compañeros de armas, que dispararon y recibieron tiros, ese combate de escritorio y delatores les parecía indecoroso, poco masculino, propio de cobardes y —lo que siempre es mucho más grave— de intelectuales, que son todos traicioneros de nascencia; vamos, que no

lo pueden evitar, será por la conocida *trahison des clercs*.

Con la victoria de los militares rebeldes y la toma de Atlantic Town, las autoridades del nuevo régimen del conducator Carabaña despacharon a Loyola a embajadas afines (Lisboa, Madrid, Buenos Aires), siempre con alguna cobertura lo bastante inverosímil para resultar creíble: agregado de caza y pesca, consejero de salud avícola, asesor de meteorología, cosas así.

Su matrimonio con Lady Evelyn Thunder-Buttons —una *mésalliance* para ambos, malcasados cada uno por sus propias razones: para ella, él era un incordio; para él, ella, una mortificación— facilitó su traslado a la embajada en Londres, como encargado de bienes culturales sumergidos en alta mar.

Tras la muerte en su cama en 1973 del general Carabaña, el dictador vitalicio durante casi veinte años, el nuevo gobierno de Alphonse Dupont-Duval, más conocido como Monsieur De De, nombró vicepresidente a Leopoldo Cadenera, un militar que, como Loyola, había pasado la guerra en inteligencia. Allí se conocieron ambos y el almirante Cadenera le ofreció un puesto en el recién creado centro nacional de inteligencia, el CNI, que estaba en manos del gobierno, al mando de Ian Wilkinson, si bien con una mayoría de veteranos del servicio de inteligencia militar, el SIM, que en ese momento eran los únicos que tenían experiencia en la materia. Ginés tenía el perfil más aceptable, porque era militar, lo que agradaba a los que venían de la dictadura, pero no había hecho la guerra en el frente ni participado en la represión, para tranquilidad de los demócratas (que habían permanecido parapetados durante años y, tras el fallecimiento de Carabaña, surgieron en tropel, como setas después de la lluvia, y ya eran, a partir de ese momento, demócratas de toda la vida o demócratas retroactivos).

Además, y no menos importante, Loyola ya no tenía ambiciones.

Así que volvió con Lady Eve a la isla, y se instalaron en uno de esos chalets unifamiliares en el cerro del Cubilete, en Oak Street —donde no había ninguna encina, como en el resto del país— y pasó casi cuatro años creando equipos, coordinando a militares y civiles, y enseñando técnicas de espionaje.

Hasta que cometió un error. No fue capaz de proteger a la modesta red de cuatro infiltrados que había reclutado en Portugal. Dos en los servicios secretos de la dictadura. Los otros dos, entre oficiales

del ejército. Los cuatro fueron detenidos, juzgados y condenados en enero de 1974. En abril la Revolución de los Claveles, impulsada por los militares, concedió un indulto a los dos que formaban parte del aparato del régimen y los despachó a nuestro país; los dos militares permanecieron en la prisión de Caxias.

Aquí hubo una investigación discreta en la que, como es *de rigueur,* no se llegó a ninguna conclusión y nadie quedó indemne. Mandaron a los dos portugueses a la calle, con una modesta pensión y una irrisoria cantidad de dinero para los primeros gastos. Loyola salió más o menos airoso, porque Cadenera, una vez más, se hizo cargo de él.

En la isla sonaba «Grândola, vila morena», y los profes de universidad y otros idealistas de izquierdas empezaron a vestir con unas gruesas chaquetas de lana a las que entonces se llamaba portuguesas. Sin la red que había montado y perdido Loyola, nuestros servicios se quedaron sin inteligencia en Lisboa.

El mejor acomodo que Cadenera pudo encontrar para Loyola fue la amplia y polvorienta oficina de Mudanzas Panero, en Stray Street —que pronto se bautizó como *Bleak House* o Casa Desolada—, en un Centro de Documentación del que solo tenía noticia media docena de personas, y que dependía de Cadenera. Loyola seleccionó a sus colaboradores (entre los pocos disponibles): Tante Juani, Amber y Tom.

En su despacho de Nelson Avenue, con antesala, cuarto de baño completo, guardarropa y muebles de madera y cuero, el director de inteligencia, Ian Wilkinson, había oído hablar de la existencia de esas tres personas, en un destartalado local del puerto, a cargo del sexagenario Loyola, el inútil que permitió la caída de la red de Lisboa, y daba por hecho que empleaban su jornada laboral en el crucigrama del periódico, en dar tragos de una petaca escondida en un armario (sobre todo Loyola, recalcaba Wilkinson) y en elaborar informes que archivaba la Tante, tras enviar copia al archivo central, donde —sin ser estorbados por ningún lector— descansarían en paz, alimentando a insectos papirófagos.

Y es verdad que se dedican a lo que se maliciaba Wilkinson, sin perjuicio de que tengan otras ocupaciones recreativas; la Tante hace ganchillo (guarda las agujas y la madeja en una caja metálica de galletas), Amber escribe en un cuaderno que se cierra con un pequeño

candado sus endechas y madrigales (ambos llorosos por igual); Tom se esfuerza (sin ningún resultado visible) en resolver la conjetura de Fermat y otros rompecabezas matemáticos; y Loyola enciende sus cigarrillos de picadura —con cuyas brasas quema sus corbatas, las solapas de sus trajes y sus camisas— y lee poemas a escondidas, ahora de Bécquer, en una antigua edición que le ha recomendado Walter Stoner, el librero de viejo. En la Casa Desolada le parece de mala educación leer novelas, eso lo reserva para la soledad de su sillón de orejas en el 7 de Oak Street.

Tom Tyllett no es buen lector ni tiene profundos conocimientos de política, historia o geografía (ni siquiera de matemáticas), pero posee paciencia, memoria y testarudez, cualidades nada desdeñables. En los últimos días ha encontrado el mismo nombre en dos informes: Marc Opinel.

El primero, el asesinato de la jueza Inge Tagelmann en Berna. Opinel formaba parte de una larga lista de interrogados por alguno de los agentes, eran unos quince nombres y una breve descripción: vecina con miedo, repartidor de paquetes, señor elegante, cosas así. Como siempre, cada testigo había visto una cosa distinta: eran dos en una sola moto, había uno dentro y otro esperaba fuera en una furgoneta azul; no, la furgoneta era roja y dentro había dos, llevaban pasamontañas, tenían pañuelos atados para taparse la cara, se habían puesto mascarillas quirúrgicas. Entre tantos pormenores arbitrarios y sin interés, solo Tom es capaz de recordar un nombre: «Marc Opinel, muchacho turista, no vio ni oyó nada, buscaba la Alstadt». Y dejó un teléfono que, según comprobó luego Tom, era el de una conocida pastelería de Berna, La Brioche. Salvo para él, las libretas de los agentes son un *aide-mémoire* que solo entiende, si acaso, el que lo escribió (como sucede con los lacrimosos poemas de Amber Navel).

Y apareció otra vez Opinel, en Madrid, tras la muerte del abogado Agustín Cabanillas. Era «Mark Opinel, no sabe nada, bien trajeado, gafas con montura de oro, trabaja en un banco de inversión, iba a tomar una caña en Jurucha». Dejó el número de una reputada pastelería madrileña, La Duquesita.

Ahora acaba de encontrar a Marc Opinel en nuestro país. La víctima es el famoso Joe Colombani.

¿Quién no conocía entonces a Colombani, el millonario que iba a ser el próximo presidente de nuestra república? ¿Quién no se vio

expuesto a su sonrisa resplandeciente, abrumado por su amor a su mujer y sus hijos, fastidiado por su ambición y aburrido con la leyenda interminable de sus negocios sucios?

En Bleak House nadie cree en las coincidencias ni en las casualidades, así que Tyllett ya sabía lo que estaba buscando, y lo encontró sin dificultad, entre un «Jim Stanford, camarero, vio una silueta de hombre corriendo hacia Tennyson Avenue» y una «Margaret Atwood, maestra, vio un vehículo con tres ocupantes, quizá dos, que aceleraba por Nelson Avenue, no reconoce el modelo». Debajo del camarero y encima de la maestra, ahí está Opinel: «Mark Opinel, turista suizo, de unos treinta, borracho, buscaba un bar abierto, no vio nada», acompañado del teléfono de la panadería y pastelería más conocida de Atlantic Town, la Tomlinson Bakery.

A pesar de la tensión a la que están sometidos tras la muerte de Colombani, en la Casa Desolada, como en los hospitales, nadie se sobresalta, nadie corre, nadie levanta la voz, y se desaconseja vivamente la exhibición de emociones. Tom espera a que Loyola mire hacia él, y entonces levanta la mano enseñando tres dedos; Loyola le hace un gesto para que se acerque.

—¿La tercera aparición? —pregunta.

—Ayer, en el asesinato de Colombani.

—Si alguien está en pocos días en tres países y, en cada uno de ellos, aparece en la escena de un crimen, ¿quién podría ser ese alguien?

—¿El asesino?

—Atinada presunción, Tyllett. Avisa a los demás, a trabajar. A las seis invito a un piscolabis en The Raven. Salimos por separado, ya sabéis en qué orden.

Con la gabardina desabrochada y el sombrero Trilby en la mano, Ginés baja al trote —flamean como banderas los faldones de la gabardina— la espaciosa escalera escolar, tal y como lo hacía de niño, cuando sonaba el timbre del recreo. Por fin tiene algo que ofrecer a los insistentes Cadenera y Wilkinson, que le exigen información. Ya los ha avisado. Ahora Bleak House es el primer servicio de inteligencia que cuenta con un indicio, aunque solo sea un nombre repetido tres veces. Quizá todavía puedan salvarse de la hoguera y ganarse el respeto de sus superiores. Quizá puedan dejar la Casa Desolada. Por primera vez en su vida Ginés ha sentido (y rechazado) la tentación de

sentirse orgulloso de Tyllett.

En el edificio lo poco que queda de aquellos tiempos de lluvia en los cristales son esos escalones, el artesonado y los ventanales que dan al océano; la deslumbrante alacridad y la afilada melancolía. Loyola fue un buen alumno y nunca ha apedreado con despecho los cristales. Ya no lo hace nadie, salvo excepciones, desde que incluso hasta aquella calle dejada de la mano de Dios llegó el progreso, y abrieron comercios, bares y restaurantes, todos con letreros iluminados. Con las aceras enlosadas y el pavimento de la calzada, con las farolas y los escaparates, también desaparecieron las piedras, las lajas, los escombros, el cascajo, los cantos rodados y otros proyectiles arrojadizos, hasta entonces tan disponibles y fáciles de allegar en el barrio del puerto; permanece todavía, sin embargo, en muchos antiguos alumnos del Clifford, el resentimiento hacia la propia infancia (que a menudo es una dolencia recidiva, si no incurable).

Loyola sale en dirección contraria a The Raven, bajo esa lluvia fina de media tarde, y da la vuelta a la manzana, con el Trilby puesto, para llegar desde el otro lado de Stray Street. Los militares (salvo los zurdos) solo están autorizados a llevar el paraguas en la mano izquierda, dejando libre la que empuña el arma reglamentaria, y por eso Ginés, aunque ya casi nunca lleva su revólver, se ha acostumbrado a no utilizar paraguas.

Es un local elegante, lo que disuade al público portuario, a pesar de que los precios son asequibles. Nada mejor que la intimidación para espantar como moscas a los pobres; más eficaz que reprimirlos —y además esa es la diferencia más visible y real entre una dictadura y una democracia—. Una larga barra en semicírculo a la derecha y diez mesas en el salón, sillones de cuero, luces tenues, una alfombra mullida y camareras evanescentes, insonoras a ratos y sin memoria para nada que puedan decir entre ellos los clientes. Al fondo, como sobre un tablado, hay dos salas separadas por una mampara, cada una con una mesa grande. No suelen ocuparse, quizá porque parecen muy expuestas, como si fuera un escenario o un altar, más de una vez utilizado para sacrificios humanos. No es así, Loyola lo ha comprobado, desde abajo no se ve casi nada. Hay reuniones que prefiere mantener fuera de Bleak House, en uno de los reservados de arriba. Será por motivos de seguridad (puede haber micrófonos en la falsa empresa de mudanzas), por hábitos de agente veterano, para

construir espíritu de equipo, quién sabe, quizá solo para que no bajen la guardia, y recordarles que su apacible y monótono trabajo de oficina también puede volverse peligroso. Ginés se sienta, como siempre, con la espalda contra la pared. No hace falta decir nada, con una señal basta, la camarera sabe lo que él quiere: un Macallan de doce años doble con un solo hielo.

Belén Damajuana tiene veintitrés años y lleva el uniforme de trabajo, pantalones y blusa negros, y un delantal rojo. Como todas las camareras en cualquier bar del planeta, Belén tiene en The Raven una mejor amiga y un enemigo mortal. La mejor amiga es Claire Cleavage, la gordita muy escotada que suele estar detrás de la barra; el enemigo mortal es casi invisible, vive encerrado en la cocina, como un cíclope en su cueva o un herrero cojo en su fragua, y se hace llamar Pierre, sin haber logrado hasta la fecha convencer a nadie de que es francés. Y también como todas las camareras del universo, Belén ignora que su mejor amiga la odia en secreto y que su enemigo mortal la ama también en secreto.

Ya son más de las seis y media cuando están los cuatro sentados a la mesa y con un vaso en la mano, Loyola les resume las tres apariciones de Marc Opinel.

—Hay que felicitar a Tyllett —concluye—, y también a Tante Juani. En cuanto supe lo del ubicuo malhechor Opinel, le sugerí a Miss Navel que lo mirara desde otro punto de vista: ¿qué relación hay entre las víctimas de los asesinatos en los que estuvo presente Opinel? Ella misma nos lo explicará, una vez que hayamos pedido otra ronda.

Una señal es suficiente para que Belén traiga el Macallan doble, el vermú de la Tante, la ginebra de Amber y la tónica de Tom. El piscolabis lo servirá Belén cuando Loyola la avise con un gesto.

—Con la ayuda de la Tante y su archivo ha sido fácil —comienza Amber Navel—. Se trata de Eagleton, Ted Eagleton. Esa es la relación. La jueza de Berna y el abogado de Madrid han intervenido para que Eagleton no consiga hacerse con la naviera de Colombani. Eagleton es un millonario británico metido en todo lo que ustedes puedan imaginar, desde blanqueo de dinero hasta tráfico de armas y personas. Para eso necesita barcos. Hace dos años ya adquirió un importante paquete de Seven Seas, la compañía de Colombani; pero quiere más, una mayoría que le dé control en el consejo de administración, y ha estado maniobrando para adquirir el número suficiente de acciones.

Para impedirlo, Colombani contrató a la jueza y al abogado, que lograron que los tribunales cancelaran la operación, de momento. En mi opinión, tanto para Colombani como para Eagleton, se trataba de un juego de suma cero: lo que uno gana lo pierde el otro. Eagleton ha disparado primero. Esto es lo que sabemos por ahora.

Amber bebe un sorbo de ginebra, mira a Loyola, y entonces se siente insegura, casi en peligro. Se pregunta si ha sido conducida a un sacrificio público, con Loyola de oficiante, y Tom Tyllett y Tante Juani como atónitos espectadores.

—Gracias, Miss Navel —dice Loyola, y saca del bolsillo de la chaqueta una holandesa doblada dos veces, la extiende sobre la mesa y la alisa con la palma de la mano—. ¿Esto es lo que sabemos por ahora? ¡Sapristi! ¡Esto ya lo sabíamos!

Le tiende el papel a Amber.

—¿Ese informe? —pregunta asombrada al reconocerlo.

Amber Navel ha sido la autora de aquel informe.

—Equilicuá. Lo sabíamos hace meses. El informe CD-2832, de fecha 10 de diciembre de 1978. Es solo una nota al pie en la página 227, la nota 29; aquí aparecen los tres nombres juntos. Hace meses, casi un año, cuando esos nombres no tenían importancia para nadie, por eso no los recordábamos, no era más que una breve nota al pie en un tedioso documento sobre fletes marítimos, que se remitió a la secretaría, aunque la Tante archivó una copia, que he vuelto a leer. Así que no perdamos de vista a Opinel. Nosotros no perseguimos a criminales, ya he enviado al Centro lo que tenemos sobre ese bandido, y nos han autorizado a colaborar en su identificación. Nuestro trabajo es obtener información y analizarla, cierto, pero también tenemos la responsabilidad de custodiarla. Había alguien a quien sí le interesaba en aquel momento esa nota al pie, ¿no es verdad?

Todos tienen el gesto compungido, avergonzado y vulnerable que tantas veces había adoptado Loyola en las aulas del Clifford. Solo la Tante se atreve a responder:

—Al tal Eagleton, habría pagado mucho por saberlo.

—Lo más probable es que ya lo haya hecho. Nuestro problema es averiguar quién se lo ha vendido. Tenemos que encontrar de dónde procede la filtración. Ya sabéis lo que hay que hacer. No olvidéis que no podemos descartar a nadie, ni siquiera a uno de nosotros. Encargaré una investigación externa de nuestro grupo. Nadie de

Asuntos Internos, un informe discreto y que no trascienda —dice Ginés, y piensa que tendrá que llamar a uno de los pocos amigos que le quedan en el Centro.

A una señal de Loyola, Belén trae cuatro humeantes cazuelas de silbapiedras, ese indigesto potaje de patatas de color ceniza, con verduras silvestres (cardo, borraja, ortiga tierna, bledo, lo que cada quien encuentre) y espinoso pescado de roca, que aún sigue siendo nuestro plato nacional y legítimo orgullo para nuestros acomodaticios, timoratos y empecatados ciudadanos. Tras el silbapiedras, comparecen unos triángulos de pan de molde con pollo, mostaza y pepino, acompañados de tres copas de jerez y una botellita de Perrier para Tyllett.

Como siempre, una noticia buena y una mala, piensa Loyola, piedra negra sobre piedra blanca: la información sobre Opinel puede reivindicar por fin al desusado y declinante Centro de Documentación que dirige Ginés en Mudanzas Panero; por otra parte, ha puesto en evidencia una filtración.

Todos son solitarios —el que más Loyola, que está casado—, solo la Tante es viuda y tiene un hijo, Alberto, que vive en Portugal. Los dos hijos de Lady Eve (Archibald y Leonora) no cuentan, nunca han vivido con Loyola, que soporta con estoicismo sus escasas, desganadas y por fortuna fugaces visitas. Unos gaznápiros malcriados que se están echando a perder, opina Loyola, sin decírselo a Eve.

Si han acabado en la Casa Desolada, es porque todos han cometido un error. Podrán intentarlo de nuevo, si el miedo a otro fracaso no les empuja a permanecer allí, en las antiguas aulas, con la infantil y machadiana monotonía de la lluvia en los cristales.

La salida se escalona en el orden inverso a la llegada, así que Loyola se queda solo, y apura el jerez, mientras paga la cuenta y le deja propina a Belén.

Aparece un individuo corpulento, con aspecto de turco y el delantal y gorro blancos de los cocineros, que arrastra el pie izquierdo y lleva, en equilibrio inestable, una bandeja con un vaso, una cubitera y una botella. Belén Damajuana da media vuelta y se aleja con la cabeza muy alta. Le odia, ella no sabe por qué, pero es su mortal enemigo.

—*A-t-on bien mangé?* —pregunta Pierre.

—Pistonudo. Todo excelente —responde Loyola, que está

convencido de que su lengua natal es el turco y ni siquiera se llama Pierre.

—*La dernière est pour la maison.*

—Muy agradecido.

Pierre sirve el Macallan en el vaso y después añade un cubito de hielo, como siempre lo toma Loyola, y vuelve renqueando a su cocina y a sus fogones, con la sensación de que nadie le toma en serio.

Supongo que a todos nos sucede lo mismo algunas veces.

Cuando Ginés sale de The Raven, ya no hay horizonte, sino una arqueada bóveda oscurecida por un furioso brochazo gris, y llueve en diagonal, con la inclemencia que el Señor, en su infinita sabiduría, considera apropiada para nuestra isla. Aquí —militares aparte— casi nadie usa paraguas, para qué, siempre llueve igual, al soslayo, de medio lado, con viento y niebla, y hasta nos agrada, y por eso suplicamos que no nos den nunca lo que merecemos, que siempre acaba en que nos den nuestro merecido.

Tante Juani ya está en su agradable adosado de Bona Fide Street, se ha puesto el camisón, la bata de lana y las zapatillas cómodas, y está sentada en su sillón favorito, con su novela de Agatha Christie en el regazo y un vaso de Johnnie Walker en la mano. No le gusta beber whisky delante de gente joven, sobre todo si está presente Tom Tyllett. Tampoco le gusta la investigación externa. Aunque no tiene nada que ocultar, siempre hay pormenores que preferimos no exponer a la impertinente curiosidad de los demás. No es la primera vez, ya ha participado en otras dos filtraciones, también con Ginés, y no tiene miedo: está deseando entrar en acción.

En su apartamento de la Rua Pessoa, Tom acaba de entrar en acción, en calzoncillos (un ajustado slip de algodón de color rojo, a juego con sus pantalones), lleva auriculares puestos, baila a saltos «Satisfaction», de los Rolling Stones, y utiliza el tubo de la pasta de dientes como

micrófono. Recuerda la mitad de un beso que se han dado Amber y él, se han rozado los labios, y no sabe quién lo ha interrumpido. ¿Habrá sido él, el pusilánime Tom, el dubitativo; o ella, la lacrimógena poetisa Amber? Sube el volumen de los Stones. Entre los cuatro, es el primer sospechoso, lo sabe, el más obvio. Por eso sigue dando saltos, sin dejar de pensar en la botella de Tanqueray, que lleva dos años sin abrir, esperando la mano de nieve que le quite el tapón. Por eso prefiere agotarse dando botes y saltar sobre la cama para dormir boca abajo, hasta la mañana siguiente, que será —según dicen y al parecer es costumbre— otro día. Suele tener sueños aterradores que empapan la almohada de sudor.

Amber vive cerca de Tom, en la Promenade Rousseau, y se despiden en la glorieta, *le rond-point* de Robespierre, con un beso inconcluso y torpe, bajo la lluvia, junto a la fuente; lo recuerda mientras pedalea en la bicicleta estática. Odia su cuerpo, en particular los muslos y las nalgas, quisiera reducirlos con una goma de borrar y luego corregirlos, pero como no es posible, no le queda otra que la bicicleta inmóvil. Extenuada, se acostará boca arriba, como siempre, con brazos y piernas extendidos en forma de aspa. Susurrará en sueños: *approche la tête, ici l'oreiller est plus frais*. Acerca la cabeza, aquí está más fresca la almohada.

Ginés Loyola sigue caminando entre la niebla y bajo la lluvia, cada vez más despacio, como si no quisiera llegar a ninguna parte, y menos a su casa. La lluvia le refresca y atenúa el efecto de los Macallan que ha bebido. Más de la cuenta. Sabe que no va a alcanzar a pie el Cubilete: tomará un taxi en uno de los hoteles del camino, le dejará a dos manzanas del 7 de Oak Street, en Cuckold Square. Como hace siempre, se acercará a paso lento, con las manos en los bolsillos de la gabardina, sin saber qué prefiere: que el Mini Cooper de Eve no esté y la posibilidad del último Macallan a solas o en compañía de Galdós; o

que ella le espere tambaleándose, con su ginebra en la mano y su inacabable memorial de agravios. En el fondo, bajo la lluvia y el viento, le da lo mismo: él nunca se ha disculpado; ella, tampoco.

Quizá el amor sea eso, decide al bajar del taxi, y de inmediato recuerda: Nunca fui como te amo.

2

En cada lóbulo lleva un pendiente distinto; en el derecho, azabache; en el izquierdo, esmeralda. Calcula que tendrá poco más de cuarenta años. Un traje de chaqueta que podría ser de Chanel, aunque por la longitud de la falda lo atribuye a Pertegaz y al inveterado recato español. A Peter Doyle —ese es su verdadero nombre, a veces le llaman Pete— no le engañan las mojigatas ibéricas, ha conocido a muchas andaluzas y manchegas, todas consumadas mátalas callando, capaces de hacer con sus novios malabares y juegos de manos en misa mayor, sin apartar la vista del sacerdote, y arrodillarse luego para comulgar con un solemne gesto de contrición. A él le pasa lo mismo, y piensa que, si no fuera pecado, ¿quién sentiría tentaciones? Sin el miedo al castigo, pecar sería más bien latoso. Siempre lo ha creído: no hay mejor afrodisíaco que el catolicismo. A menudo lamenta que le haya sido negado el don de la fe.

Le desagrada el país, pero se siente muy seguro en el aeropuerto de Barajas. Tras siglos de contrabando, bandoleros y guerrillas, y cuarenta años de dictadura militar, a la Guardia Civil solo les interesa el tráfico de drogas y el de divisas, y los terroristas de la ETA (a quienes les da miedo volar en avión, son partidarios de trenes y autobuses, donde pueden llevar la tartera con tortilla de patatas y la bota de vino). Lo demás no es de la incumbencia del instituto armado.

Pete utiliza un pasaporte italiano a nombre de Carlo Luppi, viaja en primera clase, sin corbata, con una cazadora ligera azul marino y ropa cara, pero informal, *smart casual,* lo más prudente en un control de aduanas. Sabe que es un hombre guapo, aunque no lo sabe con tanta certeza como para perder gran parte de su atractivo (como les sucede a muchas personas, tan seguras de tener razón, que la pierden). Además se ha puesto unas gafas redondas y de alambre, y se ha teñido el pelo de negro. Él es rubio, aunque Doyle es un apellido irlandés y procede de una expresión en gaélico que significa oscuro extranjero. Lo era en todas partes, un oscuro extranjero, por muy rubio que fuera.

Sabe que los españoles desconfían de la belleza masculina, se sienten amenazados, a pique de caer en la tentación, y entran en pánico homosexual, lo que les vuelve agresivos; y más todavía a los españoles que llevan tricornio y van armados.

El trabajo en Berna —él se considera un profesional que cumple con su deber— había sido rápido, eficaz y piadoso. Limpio no, ninguno lo es, ya se ha resignado a ello.

Desde que tenía veinte está convencido de que la mejor edad para una mujer son los cuarenta. Un whisky de veinte años es excelente, pero una mujer necesita otros veinte (por lo menos) para llegar a su plenitud, eso piensa Doyle, y me inclino a darle toda la razón: la zona más erógena del cuerpo está dentro del cráneo.

En las fotos que le había enviado Mozart Contractors, esa mujer tendría poco más de cuarenta, pelo rebelde y castaño, ojos otoñales color avellana y labios húmedos y reventones, como una fruta exótica y carnosa, papaya, maracuyá, mango, digo, por decir algo: apenas he salido en mi vida de esta isla. A mí me parecen casi inconcebibles las sandías, los arándanos o las ciruelas, solo son cosas que vemos en la tele española. Aquí todavía comemos —cuarenta años después— patatas duras y de color ceniza, cabracho, mojarra, gamusinos atravesados con un espetón para asarlos, gachas de orfanato, borona (alábate borona, que no hay quien te coma, se decía ante aquel pan repulsivo con supuestos beneficios para la salud y la digestión), hormigas fritas, algún durazno silvestre, ácido como un rencor duradero, y lo que viene en los buques que tocan puerto de madrugada, o lo que se cae más tarde, *en route* o *in itinere,* de los camiones de reparto: carne de vacas argentinas, bacalao del Gran Sol, a veces bogavantes de Maine. Pero eso sigue sin estar al alcance de la mayoría.

Peter Doyle compró una pistola, unas esposas, alambre, cinta americana y otros ítems de su caja básica de herramientas —que cabía en los bolsillos o en una pequeña bolsa—, y dedicó dos días a estudiar el lujoso edificio donde vivía la jueza Inge Tagelmann, en una zona residencial, Rosengarten o algo parecido, al norte de la Altstadt, el

casco viejo, construido sobre una colina, en un meandro del Aar. Como esperaba, no había medidas de seguridad; los suizos se sienten de sobra protegidos por los sólidos edificios de sus bancos.

Durante esos dos días entró en el vestíbulo sin ser interpelado y subió varias veces a la puerta de la jueza, en el primer piso; y en una ocasión, en ausencia de la jueza, abrió el apartamento en menos de un minuto con su ganzúa.

Metió el tensor en la cerradura y empujó con un dedo de la mano izquierda como si quisiera abrirla, luego mantuvo el dedo haciendo presión; con la otra mano introdujo la ganzúa en busca de los pernos, y fue empujando hacia arriba perno a perno, hasta que sonó un reconfortante clic.

La vía de escape era sencilla, solo tendría que cruzar el puente y llegaría a su hotel en quince minutos. Al otro lado del puente encontró La Brioche, Pâtisserie, cuyo número de teléfono aprendió de memoria.

Había en Rosengarten un servicio de seguridad privada que, según la tradición helvética, era más decorativo que capaz de intervenir. Tenían gorras de plato y medallas, galones y entorchados, y una pistola casi de juguete, calibre 22; pero habría dado lo mismo si fueran vestidos de guardias del Vaticano (suizos, *ça va sans dire),* de gondoleros o de polichinelas, y armados con tirachinas, pistolas de agua y bombas fétidas. Eran cuatro y siempre había dos de guardia, esperando sin prisa la jubilación, mientras comían a dos carrillos las famosas trenzas de Berna y el *gâteau du Vully* (a lo mejor comprados en La Brioche), debatían los resultados del fútbol con el fervor y la furia de los teólogos, e intercambiaban opiniones, con el esperable resultado de que cada uno volvía a casa más tonto de lo que era al salir de ella. Se ensandecían el uno al otro.

Sin embargo, Pete lo sabía, tenían línea de radio directa con la policía de verdad.

Con una peluca de media melena castaña, vaqueros, zapatillas deportivas y un jersey rojo, que llevaba puesto del revés, esperó en la esquina del edificio.

La jueza llegó a las siete y media, Pete entró en el portal a las ocho, y un minuto después había abierto la puerta, sin que ella diera señal de haber oído el salto de la cerradura. Ella estaba de pie, dándole la espalda, y Doyle comprendió que escuchaba música con los auriculares. La jueza llevaba puesto un camisón tan traslúcido, que

distrajo a Pete, hasta que, desde algún lugar en su interior —que él situaba a la altura del diafragma—, le llegó, impaciente y autoritaria, la llamada del deber.

Se puso en marcha. La alcanzó en tres zancadas y la inmovilizó con los brazos a su alrededor; desde atrás, no quería que ella viera su cara. No volverían a encontrarse nunca, salvo en la eternidad, y él prefería que ella no le reconociera tras la resurrección de la carne. En este mundo, Doyle lo sabía mejor que nadie, no había ninguna posibilidad de que surgiera algo entre ellos, pero ¿y en la eternidad, al otro lado de la vida? Por si acaso, se dijo. Le puso las esposas, con las manos unidas sobre el vientre, y siguió sujetándola con el brazo izquierdo; en la mano derecha, tenía el arma, que acercó a su cuello. En contacto con las nalgas de la jueza, Pete se empalmó, así lo confesó en uno de sus cuadernos, el muy animal. Le había dejado los auriculares puestos, para que no sintiera miedo ni estuviera sola. La bala entró por la nuca y salió por la frente.

Había sentido una profunda intimidad con aquella mujer, a la que dejó desplomarse en el suelo. No me parece probable que ella sintiera lo mismo. O puede que sí; bien mirado, pocas relaciones habrá tan íntimas, intensas y desesperadas como la que une a la víctima con el asesino.

No había tiempo que perder, pero acabó cediendo a la tentación: le quitó los auriculares y los acercó a su oído. Para ser natural de Columbia, en Missouri, Estados Unidos, Peter Doyle tenía una buena formación musical, reconoció la segunda parte de la Opus 45 de Brahms: «Denn alles Fleisch, es ist wie Gras». Toda la carne es hierba.

Se quitó el jersey y se lo volvió a poner, ahora del derecho, donde en letras mayúsculas blancas se leía HARVARD; se lavó la cara y las manos, se miró al espejo, recogió el casquillo, las esposas y su caja básica de herramientas, que repartió por los bolsillos, y bajó sin hacer ruido la escalera.

Un buen trabajo, casi cariñoso, y también triste, sucio y solitario (como es tan a menudo cualquier forma de intimidad entre dos personas).

La seguridad privada —por orden de la policía o a iniciativa propia— estaba en la acera de enfrente, y miraban hacia la plaza, donde ya sonaban las sirenas. Doyle se dirigió hacia las luces azuladas. Cuando le vieron, el menos perezoso de los guardias cruzó la acera

para darle el alto. Le hizo algunas preguntas y tomó notas en una libreta pequeña de tapas negras —debía de haberlo visto en alguna película—, y le pidió su nombre y teléfono. Con fuerte acento francés respondió: Marc Opinel, y le dio el número de La Brioche. Ya estaban llegando los coches de policía, así que el agente le dejó seguir. Cuando los patrulleros quedaron a sus espaldas, Doyle se sintió seguro.

Lo único que le irritaba era haber dado el nombre de Opinel. Era el que figuraba en el pasaporte que llevaba encima. Tenía que haberlo adivinado, se dijo, aquel par de tinajas con uniformes de mentira no iban a pedirle ningún documento, estaban deseando dejar el caso en manos de la policía, para reanudar su vida, la vida verdadera, llegar a casa, beber cerveza, eructar sin miramientos, engullir *Bratwürste,* ver un partido de fútbol y dormir a pierna suelta. Doyle cruzó el puente sobre el Aar y llegó al Savoy, se duchó, se puso ropa limpia y metió la sucia en una bolsa, junto con el arma, las esposas y el resto de las herramientas. Tiró la bolsa en un contenedor, cenó en el restaurante del hotel un solomillo y se fue a la cama. Él también tenía ganas de regresar a su verdadera vida: el trabajo.

En Barajas la cola de la aduana se detiene al atravesar la zona de turbulencias que provoca en los guardias esa mujer, su olor, su mirada, sus pequeñas orejas, cada una con un pendiente distinto, y el prometedor escote de su chaqueta. Se preguntan los guardias civiles qué llevará debajo. ¿Una camiseta? ¿El sujetador? ¿Nada? Doyle no da muestras de impaciencia, cuanto más se dilaten con ella, más expeditivos serán con él. Le interesan sus caderas, le atraen sus tobillos finos, le sorprenden sus hombros, le intrigan sus manos anchas, de dedos pequeños y uñas, aunque pintadas de rojo, recortadas a ras de piel.

El encargo en Madrid había sido como la ciudad: improvisado, ingrato y desalentador. Cabanillas, en las fotos de Mozart, parecía un hombre

de cincuenta muy envejecido por la obesidad, la codicia y una vida sexual escasa y entristecedora. No iba a los tribunales, trabajaba en casa y solo atendía a unos pocos clientes por la mañana, blanqueaba dinero, ofrecía contactos para inversiones, se encargaba de sobornos, extorsiones, evasión fiscal y otras actividades en las que sus conocimientos legales ayudaran a infringir las leyes. Estaba casado y no tenía hijos, y el único intervalo en que el sedicente abogado estaba solo era entre las siete y las nueve de la tarde, cuando su mujer (cuyo nombre desconocía Mozart) acudía a una academia para aprender inglés (no consta con qué propósito).

Pete hizo el trabajo previo, adquirió la caja básica de herramientas y constató que el allanamiento sería sencillo: aquellas cerraduras cederían hasta con un cortaplumas. La calle Don Ramón de la Cruz era tranquila y silenciosa, pero a cien metros estaba la zona comercial más concurrida de la ciudad, con tiendas y restaurantes de lujo, que facilitaban la vía de escape.

Decidió llevar un buen traje y una gabardina, gafas con montura dorada y el pelo pegado a la cabeza con gomina. Le pareció excesivo un bigote postizo. Demasiado teutónico quizá.

Los imprevistos aparecieron en cuanto abrió la puerta de la casa con la gabardina abrochada del cuello a las rodillas. Vio luz al fondo de un pasillo y entró con el arma en la mano. El abogado no llevaba auriculares y gritó: ¡Justina! Pete le ordenó que se callara, cosa que hizo, y que no impidió que le amordazara con cinta americana y le pusiera las esposas. Había algo que nadie de Mozart había considerado necesario mencionar en los informes: Cabanillas estaba en una silla de ruedas, paralizado de cintura para abajo. Pete se sintió defraudado, no porque fuera un problema —al contrario, facilitaba las cosas—, sino porque era algo imprevisto, y en su profesión lo más importante era que todo se desarrollara según lo esperado. La tal Justina no acudió al grito, así que Doyle pensó que, en su aturdimiento, Cabanillas había pedido auxilio a su mujer, sin recordar que estaba ausente aprendiendo inglés (nunca se supo con qué finalidad).

Él se consideraba un humanista, cada vida humana era inconmensurable, única e igual de valiosa que las demás, le daba lo mismo un niño que un anciano, un joven deportista que un cincuentón paralítico, no eran más que encargos. Al fin y al cabo, era su gobierno quien le había entrenado; le señalaban un objetivo y él lo abatía.

¿Merecía morir? Eso no era asunto suyo. Cumplía órdenes. Más tarde, cuando se trasladó al sector privado, siguió aplicando los mismos principios. ¿Por qué no iba a hacerlo? ¿Acaso valía más el criterio de un gobierno que el de Mozart Contractors, que además también trabajaba para varios gobiernos?

Eso podría ser discutible; lo evidente, contante y sonante, era que Mozart pagaba mucho más. Hacía media docena de trabajos al año y con eso vivía con desahogo, y ya tenía pagadas su casa en Isla Chica y su cabaña en Maine. En cinco años podría retirarse con una pensión más que generosa. Otra ventaja del sector privado era que siempre actuaba solo. Aborrecía el trabajo en equipo, quizá a causa de la intolerancia hacia los errores ajenos que le habían inculcado en Harvard.

Cabanillas le sacaba de quicio, no paraba de mover las manos esposadas ni de temblar, sacudiendo así las tres sotabarbas consecutivas que llegaban a ocultar el nudo de su corbata, la barriga que rebosaba sobre los muslos y unas desplomadas tetas de anciana cupletista contoneándose. Se esforzaba en hacer ruidos con la boca, llegó a intentar ladrar, sin mucho éxito. Eran esfuerzos inútiles, poco racionales, desesperados. ¿Por qué no se resignaba a morir al menos con dignidad?, se preguntaba Peter Doyle. Era lamentable, no se merecía el piadoso tiro en la nuca, así que decidió utilizar el alambre. Se puso los guantes. Se tarda más de diez minutos en estrangular a alguien con las manos. Con el alambre, el abogado tardó poco más de cinco minutos en morir por sofocación. Doyle contempló con rabia el antipático resultado: el alambre enterrado en la carne de Cabanillas, bajo la última papada; sangre en la camisa, dedos rígidos y curvados como garfios, y los ojos de par en par, nebulosos, con las pupilas muy dilatadas, mirándose por primera vez a sí mismo, o al abismo, que quizá por fin le devolvería la mirada.

Doyle examinó el despacho: tapetes de ganchillo en los brazos de la silla de ruedas, sobre el televisor, bajo los cuernos de la antena; vírgenes y santos de peana, una bandera de España, una foto del dictador Franco dedicada y otra, sin dedicar, de un torero al que Pete no reconoció (era Manolete, que murió en la plaza de Linares, en 1947, de una cornada de *Islero,* el quinto de la tarde), un cenicero rebosante de colillas, una colección de soldados de plomo, casi todos con uniforme de legionarios... Ya no le interesó más el abogado.

Obedeciendo a un impulso repentino, le dio media vuelta a la silla de ruedas y dejó a Cabanillas de cara a la ventana, frente al sol del ocaso que brillaba entre las hojas de las acacias y bajo el vuelo dislocado y ruidoso de los vencejos, grajos, cornejas o lo que fueran aquellos pájaros ominosos. Comprobó todo, dejó en el suelo la gabardina con pocas manchas de sangre y salió sin prisa, hasta que se encontró a un policía que se acercaba a la casa.

En España la policía era peligrosa, había trabajado para una dictadura militar y todavía conservaban el sentimiento de omnipotencia y la placentera convicción de que podían actuar de forma arbitraria con impunidad.

Por lo que tengo oído, no han cambiado demasiado cuarenta años después. Hay cosas, como el tabaco o el matrimonio, difíciles de dejar, por mucho daño que te hagan: crean adicción.

Le dio también, por segunda vez, el nombre de Opinel, y el teléfono de La Duquesita. Tuvo que ir a tomar una cerveza en Jurucha, tal y como le dijo al policía que iba a hacer. Estaba a salvo, nadie había visto su pasaporte, era solo un nombre, y era probable que lo hubieran escrito mal (así sucedió con el nombre, pero no con el apellido). Sin embargo, ¿qué hacía allí el agente? No había hecho ningún disparo, así que dedujo que había alguien más en la casa. La tal Justina, escondida en un armario, muerta de miedo, aunque preparada para llamar a la policía en cuanto él saliera por la puerta. ¿Para qué iba a gritar Cabanillas el nombre de su mujer, si sabía y sin duda recordaba —por muy paralítico que fuera y por más miedo que sintiera— que estaba aprendiendo inglés (sin motivo justificado) en la acreditada academia Mangold? Había cometido un error de juicio. ¿Le habría visto Justina? ¿Contaba la policía española con una descripción de su aspecto? No, Doyle confiaba en el pánico de Justina, que solo habría visto —como todos los testigos— a un hombre con una pistola en la mano. Lo demás que dijera lo tendría que inventar sobre la marcha.

Si bien la información de Mozart no mencionaba a ninguna empleada de hogar, él trabajaba solo, y sobre el terreno no podía permitirse ninguna distracción. Tampoco habían dicho una palabra de la parálisis. Hablaría con Mozart cuando hubiera cumplido los tres encargos; mientras tanto, necesitaba una copa en algún lugar lo menos español posible, donde no se hablara a voces destempladas ni hubiera

una tele encendida, sin zarajos, callos o sesos a la vista, ni mucho menos cochinillos crudos, blancos y desnudos como recién nacidos. Esos pequeños cuerpos inertes, pálidos y regordetes como angelitos le atraían —de una forma oscura y mortificante— en la misma medida en que le provocaban repulsión. Recordó que en el vestíbulo del hotel Wellington había una imitación creíble de un pub inglés.

El silencio era balsámico; la penumbra, refrescante; los clientes, apenas molestos. Pidió lo que siempre pedía, un Macallan de doce años doble con un hielo. Había otras tres mesas ocupadas: una por dos hombres que hablaban un poco más alto de lo aconsejable, le pareció que con acento de Texas. El hecho de que bebieran dos tercios de cerveza sin utilizar las copas corroboró su conjetura. Se habían aflojado el nudo de la corbata para estar más cómodos. Por lo que escuchó, le dio la impresión de que estaban en Madrid en busca de oportunidades de inversión. Una pena que Cabanillas no pudiera echarles una mano, se habrían llevado bien con él. España, al borde del colapso económico, era el país indicado para que los americanos prestaran dinero —con leoninos intereses— a los que no podían elegir ni negociar.

Doyle siempre llevaba encima una libreta Moleskine en la que tomaba notas de sus lecturas, escribía el resultado de sus cavilaciones y dibujaba con su bolígrafo Cross. Cuando no tenía encargos, pintaba acuarelas en Maine o en Isla Chica y estudiaba partidas de ajedrez. Hizo un retrato de los dos inversores. Después dibujó a los dos hombres solos, cada uno en su mesa, sin ganas de que nadie se acercara: igual que él, preferían no la soledad, sino estar en presencia de desconocidos. Tras otro Macallan doble, pidió un solomillo con una patata asada y pimienta negra. Luego se fue paseando a su hotel, el Palace. Por el camino se deshizo de la caja básica en varios contenedores de basura. El vuelo a Atlantic Town salía al día siguiente por la mañana temprano.

Las turbulencias ya taconean al otro lado del puesto de control. Doyle habla con los guardias en un italiano correcto, aunque simplificado, para complacerles. Sabe que los españoles se jactan de entender y

hablar sin dificultad el italiano, les hace mucha ilusión, lo mismo que hablar portugués por ciencia infusa. Aparte de estas facultades lingüísticas abracadabrantes, tal vez innatas u otorgadas como don divino, no hablan ni papa de francés, alemán, inglés ni ningún otro idioma. Muy satisfechos, los guardias civiles estampillan el pasaporte y le desean buen viaje: *bono volare, cavalieri,* dicen. En primera clase solo hay dos filas de asientos y tres pasajeros: Doyle, un hombre de traje oscuro y esa mujer de tobillos finos y manos anchas, en las que no lleva ninguna alianza. Doyle se acomoda en el asiento de pasillo, en el lado opuesto a ella, una fila más atrás. Como no disponen de Macallan, pide un Johnnie Walker doble. La dibuja de perfil. Está convencido de que dibujar o pintar le enseña a ver lo que tiene delante de los ojos, a comprenderlo mejor: un edificio, un río, una montaña, un árbol o una mujer. Pero no cualquier mujer, no a esa mujer, a la que retrata tres veces. En ninguno de los dibujos se parece a ella, y tampoco ninguno se parece entre sí.

Por la ventanilla, en un día luminoso, Peter Doyle contempla nuestro país desde el cielo: una isla grande, Dragonera, y debajo un islote rocoso al sur, Isla Chica, donde solo hay un centenar de viviendas, en las que pasan largas temporadas extranjeros oscuros y excéntricos, como el propio Doyle.

En Isla Chica no hay más que un restaurante con bar y terraza, El Topacio; una tienda de abarrotes, La Costera; un faro en un promontorio y un antiguo castillo despedazado. Una embarcación ligera hace dos viajes diarios de Dragonera a Isla Chica, con pasajeros y provisiones o encargos que los vecinos hacen en La Costera o El Topacio.

Dragonera es una franja de roca alargada, un poco más pequeña que Formosa (a la que en otros lugares creo que llaman Taiwán), con trescientos veinte kilómetros de norte a sur y ciento veinte kilómetros de este a oeste. En el centro de la isla se extiende de norte a sur una modesta cadena montañosa de quince kilómetros de longitud, La Murada, en la que el Pico del Alcaraván se alza en la mitad con la respetable altitud de mil doscientos cincuenta metros. A menudo hay

nieve en la cima. Los tres principales núcleos de población son: en la costa oeste, en línea con el Pico del Alcaraván, la capital, Atlantic Town, maltratada por el océano; al norte, Freeport, el centro financiero, con construcciones de más de veinte plantas; al sur y a lo largo de la mitad de la costa este —desde la que se columbra, los días claros, el litoral portugués—, la zona turística, Heaven Haven, con hoteles de lujo, casinos y salas de fiesta. Dicho en otras palabras, en Freeport, en las cuentas numeradas protegidas por nuestra ley de secreto bancario, se custodia, blanquea e invierte el dinero que los turistas dilapidan en Heaven Haven. Este es el único proyecto de nación independiente que hemos logrado concebir hasta ahora. Tampoco nos ha ido tan mal.

En 1785 un buque inglés rumbo a Cádiz encontró la isla, desembarcó, y tomó posesión, en nombre de la corona británica, de aquella *terra nullius*. En el piedemonte de La Murada, donde hay pequeños bosques del único árbol autóctono, la dragonera (que da unas castañas amargas, incluso una vez asadas, quizá fueran todas pilongas o regoldanas, no lo sé), se toparon con los escasos nativos disponibles, todos de avanzada edad, que hablaban poco (eran muy reservados) y en un trabalenguas semejante al silbido de un áspid o al rumor del viento entre las hojas. El sacerdote Watkins le encontró parecido con el arameo, del que no sabía gran cosa, salvo alguna lectura bíblica, pero mediante el que consiguió entenderse con ellos. Se llamaban a sí mismos zelotes, por lo que el capitán Cuckold (sin perdón, que así se llamaba) bautizó nuestra isla como Celotia. Nadie cree que aquellos desventurados tuvieran nada que ver con los zelotes de la Biblia —una tribu de Israel especializada en el terrorismo político contra los romanos—. Nuestros zelotes se extinguieron en pocos años, por la misma causa que les había privado de descendencia, una dieta basada casi en exclusiva en el consumo de infusiones de estramonio o de *Amanita muscaria* y otras setas psicodélicas.

Durante los años de la guerra peninsular, Celotia fue invadida por las tropas de Napoleón, que nombró a uno de sus mariscales gobernador. La derrota de los franceses devolvió la isla al Imperio británico, hasta la independencia, en 1952, tras la que se llamó Dragonera.

En el Pico del Alcaraván nace el único río que tenemos, el

Cuélebre, que no es gran cosa, pero más que suficiente para escribir églogas y pintar acuarelas destinadas a las salas de reuniones de Freeport y las suites nupciales de Heaven Haven. Desemboca, casi con vergüenza, sin pena ni gloria, en Atlantic Town.

Este es nuestro país, y a nosotros nos gusta, igual que a Peter Doyle, que está a punto de aterrizar en el aeropuerto internacional Monsieur Dupont.

3

A las seis se levanta Loyola. Lo ve por la ventana: el Mini Cooper está aparcado a la entrada, la mitad del vehículo subida a la acera y con una puerta abierta. Se pregunta cuánto habrá bebido Eve, a qué hora habrá llegado y si habrá venido acompañada. Con el cinturón de la bata bien anudado, sale a la calle. Cierra la puerta del Mini y pone una mano sobre el capó. Está tibio: calcula que apagó el motor hace unos veinte minutos. Recoge los periódicos que le han dejado en una bolsa de plástico sobre el felpudo de fuera. Se prepara un café, el té solamente le parece tolerable cuando se padece un dolor extremo de barriga, y, aun así, con mucha moderación.

Ayer la foto de portada era la misma en los dos periódicos: Colombani muerto en el suelo de un templete.

Hoy el *Atlantic Post,* progresista, trae en portada otra foto de Colombani, sonriente, con aire de triunfador, muy satisfecho de haberse conocido.

Más que yo, admite Ginés, pesaroso y con ecuanimidad. En el espejo se ve como un extraño, un perdedor, alguien que está acabado y se compadece de sí mismo; el sentimiento que más vergüenza le da a Loyola, casi tanta como el amor (a uno mismo o hacia otra persona).

El *Dragonera Daily,* conservador, ha elegido una portada más emotiva: Colombani abrazado a su mujer, Laura, con sus dos hijos. Parecen Barbie y Ken con sus otros muñecos que les imitan a una escala reducida, o un anuncio de dentífrico, los cuatro tienen la sonrisa Colombani, incluido James (Jim para todos) y la pequeña Dorothy, Little Dotty, aunque todavía no tenga más que nueve dientes. Son la encarnación de lo que votan las multitudes: los valores familiares, la esperanza y las virtudes sencillas y alegres de una vida ordenada.

Más que yo, admite de nuevo el ecuánime Loyola; su foto de familia solo incluiría a Lady Eve, a la que le saca más de dos cabezas. Es una mujer pequeña y tetona, salaz y pizpireta, indefensa y

temeraria: una gran dama de todo rumbo y manejo. Quizá podría añadir las miradas de fastidio de Leo y Archie. ¿Y no deberían figurar también algunos amantes de Eve, para encarnar ciertos adúlteros y adulterados valores y una esperanza frágil y fraudulenta?

¿Una vida ordenada y sencilla? No sin esfuerzo, a partir del tercer Macallan, Ginés alcanza un vislumbre impreciso de lo que podría ser eso y, francamente, reconoce que, a estas alturas, ya no tiene interés en una vida ordenada y sencilla, está más cómodo con sus enrevesadas desdichas, su desorden —si no sagrado, por lo menos familiar— y las complicaciones y entresijos que él mismo se ha buscado.

Lee la prensa con más detalle. Conociendo a la policía local le sorprendería que se hubieran callado algo, así que concluye que no saben nada.

El *Daily* deplora la pérdida del mejor presidente que hubiéramos podido tener, y apunta a un atentado a cargo de un comando extranjero, la ETA, Carlos el Chacal y sus palestinos, el Mossad e incluso el IRA. El *Post* alude a ciertas irregularidades en su naviera, Seven Seas, y no excluye la intervención de alguna mafia, también extranjera, la napolitana (con la que el padre de Colombani tenía alguna vinculación) o un ajuste de cuentas, la *vendetta* de una mafia rival (los sicilianos, que acabaron a tiros con el padre y la madre de Colombani).

Ginés lee también la lista de buques que zarpan y atracan ese día en el puerto. El *Mal d'Aurore,* de la naviera Seven Seas, no ha sufrido modificaciones, levará anclas a las seis de la tarde, con rumbo a Esmirna. No admite pasajeros.

Como una pavesa ligera y voladora, le alcanza la inesperada idea de que Eve podría bajar a tomar un café con él. Sabe que eso no va a suceder, y sabe más: si apareciera Eve, le disgustaría. Sube a su habitación —hace tiempo que duermen separados, Eve ocupa el ático, en el que Loyola no ha vuelto a entrar—, se asea, evitando mirarse otra vez al espejo, se viste y sale para coger el L3 Cubilete-Puerto. También hace tiempo que no comparten el dinero, y Ginés no se puede permitir un coche. A dos manzanas de su casa ve aparcado un ostentoso Jaguar. Le duele reconocer de inmediato a quién pertenece. En la vida de un matrimonio, como en la Casa Desolada, no hay coincidencias ni casualidades, todo es fatalidad o destino.

Han perdido el decoro, piensa Loyola, hasta hace un año, los invitados de Eve se tomaban el trabajo de esconder su rastro lo mejor que podían, aparcaban a considerable distancia del hogar conyugal; ahora la civilización se iba al garete, él era uno de los pocos que aún se esforzaba por mantenerla a flote. Y también la dignidad: ni siquiera había buscado nunca un vehículo, los encontraba a su paso. O eso afirmaba el distinguido caballero que no creía en el azar.

Después del café bebido, que aquí significa un café sin nada más, Ginés suele desayunar en el bar de Molly O'Connor, el Eden's Inn. Hoy hay una oferta de café, riñones y chispazo de Bushmills, otros días es Jameson. Tullamore Dew o Paddy, y huevos, salchichas, casquería o peces pelágicos secados al viento del océano, tendidos con pinzas de la ropa en un alambre del malecón. Como casi siempre, acepta la oferta del día, que nunca incluye Macallan: Molly, por el bienestar de sus clientes, solo sirve whiskey irlandés.

Por la noche, con el Macallan, abandonó la lectura para pensar en la filtración.

Era un traidor, estaba convencido, un topo, y los topos son, como todo el mundo sabe, ratones cegatos que avanzan por túneles subterráneos con unas gafas de culo de botella, pero ratones al fin, *MICE,* que siempre actúan por uno (o varios) de estos cuatro motivos.

M — Money
I — Ideology
C — Coercion
E — Ego

Siempre hay dinero por medio, casi todos cobran, pero no son tantos los que lo hacen solo por el dinero. Para Loyola, son los más honrados, el resto necesita justificarse. Los comprende, y los absuelve en su corazón, sin perjuicio de que reciban el merecido castigo. En un cóctel, en una recepción, en un concierto, conferencia o presentación de un libro, alguien te susurra al oído y te invita a tomar una copa, y luego a pasear por un parque. El susurrante ya sabe cuánto necesitas para pagar la hipoteca, para llevar a tus hijos a un colegio privado (como el Clifford) o para comprar el coche de tus sueños, que suelen ser sueños un poco caros, pero en el fondo propios de mentecatos, sueños adquiridos a través de las películas; un Aston Martin, por ejemplo, que no te dará más que disgustos, gastos y malhumor, y que

no te catapultará en un periquete a la clase alta; con o sin Aston Martin tú seguirás siendo un chupatintas de una embajada o de algún ministerio; con toda probabilidad Exteriores, Comercio o Economía.

También hay quienes, sin dejar de cobrar, además necesitan buena conciencia; lo hacen por una ideología. El que susurra en la oscuridad te habla en nombre de los explotados, de la causa socialista, de la lucha contra el capitalismo, que has abrazado en tu juventud, o quizá hace unos meses, sin más motivo que un cuñado prepotente, lo poco que has follado en esta vida —incluso de joven— o que no te cuadran las cuentas a fin de mes. O puede ser en nombre de la causa palestina, de la ecología, del Tíbet oprimido por los chinos o de la tragedia de los kurdos. Hay para elegir. Lo que suele ocurrir es que el susurrante que hablaba en nombre de Palestina, entrega los documentos a Israel. Resulta penoso, y aleccionador, verlos desmoronarse cuando se enfrentan a las consecuencias de lo que han hecho sin saberlo, cegados por su sandez o su vanidad. Algunos se echan a llorar.

En lo que toca a la coerción, es un asunto miserable, todo vale, unas fotos tuyas o de tu mujer o de tus hijos, con putas o con chaperos, una deuda de juego, un préstamo de un mafioso, un adulterio, en cualquier punto débil se puede hacer palanca y forzarte a una determinada conducta. No cobran nada, no hay motivos idealistas, ni siquiera hay recompensa para el ego. Son víctimas inocentes (como se suele decir, pero ¿las hay culpables?) de sus secretos o flaquezas. A Loyola le inspiran compasión y simpatía.

El ego —o la sencilla vanidad— es el motivo más irritante y peligroso; a demasiadas personas les entusiasma jugar a espías, intervenir en algo que, según creen, podrá cambiar el mundo, y también, de paso, su esquinada y mortecina existencia personal; un trabajo secreto, en la sombra, tan heroico, que iluminará la opacidad de una vida anónima. Por desgracia, este es el motivo más frecuente para traicionar a tu país, y el que más detesta Ginés Loyola. Apenas soporta la fatuidad y el orgullo que exhiben al ser descubiertos.

¿Cuál sería el motivo del responsable de la filtración? ¿Se enfrenta a alguien que lo hace por dinero, a alguien al servicio de alguna de las numerosas buenas causas disponibles, a la víctima de un chantaje o a alguien que quiere verse a sí mismo como un héroe de película?

Eso fue lo que distrajo a Loyola de Galdós, pero en el autobús, el brillo del sol en el cristal le hace cerrar los ojos, lo que le lleva a pensar en su catastrófico matrimonio. Vivir con Eve es como mirar las nubes, piensa, cambia de forma y de humor con un soplo de viento; a veces parece amable y dócil (deshilachada por una gota fría o un amante fogoso), a veces distante, con intermitencias cariñosas (forma cúmulos de contornos brillantes y estratos fusiformes como ropa interior caída y extendida a los pies de la cama; se siente despechada, malquerida por algún currutaco de buen talle y demasiadas ínfulas), en el peor de los casos, arisca, ebria y agraviada, temblorosa la barbilla, entre la ira y el desprecio (una nube lenta que se acerca casi tocando el suelo, una agobiante panza de burra, a punto de descargar un diluvio que anegará las vidas de los dos).

Pero ¿quién querría a un hombre como yo?, se pregunta Ginés. Yo no, sin duda, se responde. Soy un fraude, admite, y ella también, añade. Ella sueña con otros hombres. Él también. ¿Acaso el amor verdadero no exige sacrificios? ¿No avasalla y tiraniza al corazón que se entrega a él? Loyola no tiene miedo a la soledad, ni al amor, esa poderosa fuerza del dulce dios de la amargura, como lo llamaba Cervantes, a seguir queriendo a Eve, pase lo que pase, porque está convencido de que la vida, a pesar del dolor, es más grande y más honda que la felicidad.

¿Y el amor? Siempre que le han amado no ha recibido ni una pizca de consideración, ni arropo de amabilidad, ni un adarme de interés por él.

Tante Juani se despierta muy temprano y, en bata, acerca un ojo a la mirilla. Si no ve nada amenazador, abre la puerta, recoge el *Dragonera Daily* y su botella de leche, y vuelve a cerrar; después desayuna y hace el crucigrama. Ella no cree que la filtración proceda de Bleak House, pero si así fuera, está convencida de que no sería Tom Tyllett. Irredenta y reincidente lectora de Agatha Christie, sabe de sobra que el más sospechoso nunca es el culpable. El culpable aparece al final, en las últimas páginas (a menudo traído por los pelos), para dar la gran sorpresa a los lectores más cándidos.

La Tante tiene un venerable y achacoso Renault 5 al que llama *Billy*. Al volante pierde la compostura, insulta con vehemencia a otros conductores, maldice, blasfema, jura, y salen venablos por aquella boca pintada de carmín, dirigidos a una o varias personas, presentes o ausentes, vivas o muertas, o a seres abstractos, a cosas inanimadas, o a sí misma. Utiliza palabrotas que sonrojarían a cualquiera de los estibadores del puerto. Por suerte solo la escucha Billy, que no acostumbra a hacer comentarios. Hay unas cuantas cosas en su pasado reciente y no le gustaría que Ginés las conociera, pero lo acepta, y le explica a Billy:

—Si Ginés quiere una investigación, que cada palo aguante su vela.

Billy asiente con una vibración de los palieres.

Aparca muy cerca de la Casa Desolada y se despide de su amigo:

—Cuídate, Billy, muchacho.

También hay quienes hablan con su perro o su gato, y creen que les entiende. Y peor todavía: muchos están convencidos de que sus mascotas logran, de alguna manera sobrenatural, responderles. La Tante no duda de que Billy utiliza, como medio de expresión, ruidos de motor y otros que produce el desvencijado vehículo.

En Bleak House vuelve a ser la impasible, adusta y minuciosa Tante que todos conocen, la primera en llegar a la oficina. Les cambia el agua a los gladiolos (no consiente que lo haga ninguna otra persona), cuenta sus lápices y arranca la hoja del calendario, y deja a la vista la del miércoles 12 de septiembre de 1979.

La Tante lee la cita. Hoy toca amor otra vez. ¿Amor o sabiduría? ¿Una agudeza? ¿Una broma de mal gusto y sin sentido? No sabe qué sacar en claro: Si tienes miedo a la soledad, no te cases, de un tal Antón Chéjov, que debe de ser ruso, y además comunista, piensa ella.

Se siente capaz de todo, para ella cualquier trayecto en coche es un desahogo, la libera de tensiones y la llena de energía; piensa que será parecido a lo que otros sienten después de pegar puñetazos a un *punching ball*.

O como hace Tom Tyllett, que se levanta, se pone una camiseta, un

pantalón corto y unas zapatillas de deporte, y sale a correr por el malecón. El viento le despeja la cabeza, las salpicaduras de las olas le alegran, el cansancio le inflama el corazón. Eso entonces era una excentricidad, nadie corría por gusto, solo para coger un autobús, para escapar de una persecución (escasas en la isla) o si había fuego (también infrecuente). Ahora, echados a perder por el turismo, hay a todas horas solitarios corredores de fondo hacia ninguna parte, y no solo eso, la mayoría transportan botellas de agua, como si no pudieran esperar a llegar para beber, poseídos por una infantil necesidad de succión constante, una adicción al agua, ahora los psiquiatras lo llaman potomanía. Ya son ganas de ser adicto, la verdad. De vuelta en casa desayuna té y una tostada con mantequilla, y va a pie hasta Bleak House. No tiene miedo, pero le incomoda sentirse vigilado. Hay muchas cosas que no recuerda, casi un año en la penumbra, hasta que se despertó en un hospital. Ahora, arrastradas por la tempestuosa corriente de venas y arterias, transitan tristes memorias pasajeras, rescatadas de las tinieblas, que atraviesan la maraña de sus muñecas y desembocan en la imaginación, y allí causan dolor y vergüenza. Siempre pensamos que en los callejones y los descampados habita todo nuestro espanto y los peligros que más tememos, pero no es así: lo que nos asalta en la oscuridad o a pleno día viene de lo que hemos olvidado de nosotros mismos, de lo que preferimos no recordar.

Amber Navel no corre porque no está dispuesta a ponerse un ajustado pantalón deportivo. Lo que le faltaba a ella: pasear sus aborrecidas nalgas basculantes por la ciudad, menudo espectáculo gratis. Se disciplina durante media hora en su bicicleta varada, que ha encallado en su apartamento, frente a la ventana que da a la Promenade Rousseau. Desayuna zumo de naranja y cereales con leche, y piensa qué podría descubrir sobre ella la investigación. Todos tenemos algo que ocultar, se dice, pero se siente observada; al fin y al cabo, fue ella la que redactó el informe CD-2832, y la que no fue capaz de relacionar los nombres de la nota 29 con las víctimas de Opinel. Está segura de que Loyola sospecha de ella. Sin duda también de los demás. Loyola es así, analítico y desconfiado, nunca descarta ninguna posibilidad.

Amber siempre va andando a Bleak House, le gusta andar, sobre todo en un día como este, soleado y con un suave viento de levante, que es benigno. El de poniente aquí es frío y áspero, y aunque aclara las ideas y concede lucidez, también alza las faldas, echa a volar los sombreros, endurece los pezones y aprieta los testículos y los aplasta contra el culo. El afilado cierzo del norte corta como un cuchillo helado y sopla con tanta fuerza que hace añicos las ventanas, desvía a los automóviles y los estampa contra cualquier pared, impide la deambulación y deja a los peatones clavados en la acera, agarrados a una farola o al tronco de un árbol; algunos se desploman y se abren la cabeza contra el suelo. El que más tememos, sin embargo, es el viento del sur, el siroco, caluroso y despiadado, que trae desde el desierto del Sahara un polvo rojizo que escuece en los ojos y te hace toser; si dura más de tres días, aumentan los ataques a mano armada, los suicidios —casi siempre inducidos por un cónyuge o una cuñada—, los adulterios y las defenestraciones. Me acuerdo de cuando cerraban los colegios por la declaración del estado de alarma, y del toque de queda y las patrullas de jeeps con soldados de pie, metralleta en mano. Muchos acababan, los días de siroco, entre rejas para toda su vida, en el Verraco. Ahora el viento no es lo que era, ni sopla como solía; ya ni siquiera el viento está a la altura de nuestros recuerdos.

Desde su mesa, Loyola ve llegar a Tom y Amber, y nota sus miradas huidizas; es el peso de la investigación externa sobre ellos. Dos palabras que significan: todo lo que hayas hecho desde que tienes uso de razón quedará a la vista. Solo a la vista de Loyola, en principio, pero quién sabe. Ginés ya ha llamado a Anthony Alton-Powers y le ha invitado a comer.

—No se preocupen, es un trámite —los tranquiliza Loyola—. El informe solo lo leeré yo y luego lo destruiré. No habrá copias ni se archivará. Centrémonos ahora en quién ha podido en el Centro tener acceso a nuestro documento.

—Yo lo envío al Centro y me consta que lo recibe Miss Lullaby —explica la Tante—. Es ella la que lo dirige a donde corresponda.

Loyola inclina hacia abajo la cabeza (es un hábito extendido

entre algunos hombres muy altos), levanta las cejas muy por encima de sus gafas y mira a la Tante sin decir nada, hasta que ella se rinde:

—De acuerdo, Ginés, comeré con ella. Hoy mismo, si es posible.

—Gracias —dice Loyola, y le dedica una sonrisa dulce, a la que ella responde con un estudiado gesto de desdén.

Sí parecen un viejo matrimonio que, después de toda una vida juntos, se tratan con ternura y desconfianza, en sentido general con escasa atención hacia la otra persona y, en los detalles, con una cercanía visible, aunque nunca expresada.

La Tante se disculpa y va hacia su mesa para llamar a Miss Lullaby.

—Ustedes —les dice Loyola a Tom y Amber— busquen lo que puedan sobre Colombani, me refiero a lo que no salga en la prensa. Hablen con la policía y con el forense.

—La comida con Miss Lullaby está confirmada para hoy a la una y media.

—Formidable, Juani. Cuando tengas tiempo, averigua lo que puedas sobre Eagleton. Y después de comer tómense los tres la tarde libre. Me haré cargo de Opinel.

Lo dice con la magnanimidad de quien sabe que tampoco volverá al trabajo esa tarde.

Así hablábamos entonces. Se desayunaba temprano, se almorzaba entre las nueve y las diez de la mañana, se comía entre la una y las dos, y se cenaba más o menos entre las seis y las siete y media. No había merienda, pero sí un aperitivo antes de la comida y de la cena. Nadie almorzaba a la hora de comer, como hacen ahora todos los petimetres.

Amber y Tom se van a visitar la comisaría central, y la Tante y Loyola a sus respectivas comidas.

Ginés espera con un Macallan en el vestíbulo, hasta que Sir Anthony Alton-Powers irrumpe a paso ligero, con el brío de un actor que sale a escena para asesinar a su mujer y a su amante —sorprendidos in fraganti— con el estoque que esconde en el interior de su bastón. Lleva un traje gris de raya diplomática con dos jazmines en

el ojal de la chaqueta cruzada. Loyola se pone en pie y Alton-Powers abandona el siempre deslucido papel de marido celoso y levanta los brazos en cruz, con el bastón de estoque en la mano derecha; ahora es un profeta decidido a guiar a su pueblo a través del desierto, a entregarle unas tablas de ley o a enviarles ciertas plagas —bastante asquerosas—, para que de una vez por todas se den por enterados de que no pueden seguir adorando becerros de oro, ni ídolos de barro, ni mucho menos cocodrilos egipcios.

—¡Ginny, tunante! —exclama Sir Anthony antes de abrazar a Loyola.

Ginny. Ginés detesta ese diminutivo, le parece propio de una corista, de una chica de alterne o de la chapa con su nombre que llevan las camareras en bares de carretera y cafeterías de pueblo: muchas Dolly, Peggy, Dotty, alguna Lola, y por supuesto innumerables Ginny. Pide dos Macallan, se sientan y, tras el brindis reglamentario, Sir Anthony comenta:

—Qué sitio tan curioso, no había entrado nunca.

No había necesidad de recordárselo, Loyola sabe que Alton-Powers pertenece al Royal Club desde su primera juventud. Tampoco ha olvidado que en el Royal rechazaron su solicitud. Dos veces. De todas formas, no hubiera podido mantener sus cuotas al día. Observa su Imperial Club, los agrietados murales del techo, las pesadas y muy percudidas cortinas, el cuero cuarteado de los sillones y esos ventanales que están pidiendo a gritos papel de periódico y amoníaco. ¿Para qué iba a haber ido nunca Anthony allí? Comprende que a Anthony le desagrade por la misma razón por la que él se encuentra a gusto: es un sitio que no invita a entrar con pretensiones.

Suben al restaurante, donde Anthony pide una ración de silbapiedras, bacalao a la brasa y una botella de clarete. Loyola le felicita por su elección del vino y pide lo mismo.

—¿Cómo te trata la vida en España? —pregunta Ginés, evitando llamar a su sección con el nombre por el que todos la conocen.

—¿En El Desguace? —Alton-Powers, con el desparpajo de los ricos de cuna, se atreve a llamar a las cosas por su nombre—. Ya te imaginas, aparte del intermitente malhumor de Staunton, nada nos depara sorpresas dignas de nuestro talento. España es un desguace, por eso nos llaman así. La inflación supera el veintiséis por ciento, el paro anda en las mismas, hay huelgas a diario, por no hablar de los

atentados terroristas. Ahora quieren firmar entre todos los grupos políticos un pacto con severas medidas económicas, ellos sabrán por qué. El presidente Suárez es simpático, como cualquier otro arribista, y tiene un atractivo pasado de moda, ya sabes, pelo cortado a navaja, ternos y la fea costumbre de meter los pulgares en los bolsillos del chaleco, y una manera de fumar sacada de las películas de gánsteres, en fin, parece un jugador de billar fanfarrón en algún casino de provincias. Pero gusta a las mujeres, Ginny; gusta a las madres, les encantaría acostarse con él o al menos que lo hiciera su hija, y que así él fuera su yerno. Con eso se ganan las elecciones en las democracias, muchacho.

—¿Y las Canarias? —pregunta Loyola, que ya conoce la respuesta.

—Eso lo llevan en la sección de Islas Próximas. Las islas somos la mejor forma de convivencia, porque tenemos menos prisa. Madeira, Azores... Nada nuevo ni nada peor, es lo que me dicen. ¿Y vosotros?

—Más o menos lo mismo en la Casa Desolada —responde Loyola —. Hacemos informes si nos lo solicitan, siempre sobre asuntos trepidantes, tractores que desaparecen en la Unión Soviética, el aumento de la cosecha de arroz en China o la vida y milagros de cualquier general que acabe de tomar el poder en algún país andino. Nos hace ilusión estampar el sello de Top Secret, aunque, si repartiéramos esos documentos por la calle, nadie sería capaz de soportar su lectura.

—Salvo por tu excelente prosa.

—He perdido facultades, Tony, leo demasiado en español. Ahora abuso de los gerundios, como si fuera un guardia civil andaluz.

Hace muchos años que Ginés no le llamaba Tony, y siente un estremecimiento al hacerlo.

—Vamos a menos, Ginny.

Tras un silencio, durante el cual Alton-Powers ha conseguido ingerir más de la mitad del clarete, Loyola dice:

—Tengo que pedirte un favor personal. Quiero que investigues a mi grupo. Pura rutina, ya sabes, de vez en cuando hay que comprobar que la casa sigue limpia. Con discreción, entre tú y yo.

Sir Anthony hace un gesto de disgusto, no por el silbapiedras, y mucho menos por el clarete, sino por la ingrata sensación de que Loyola —le conoce muy bien— va a dejarle fuera, sin contarle nada.

Consigue decir:

—Dalo por hecho, muchacho.

—Gracias. Una sola copia, que me entregarás a mí.

—Por supuesto. Tienes tres personas en tu equipo, ¿verdad?

—Cuatro, inclúyeme a mí.

—Eso no es necesario.

—Insisto, es lo decente.

Lo decente. Esa expresión, a lo largo de los años, se ha interpuesto varias veces entre ellos; ambos habían reclamado al otro que hiciera lo decente, pero nunca significaba lo mismo para los dos. Para Alton-Powers tenía relación con lo que era necesario para proteger intereses más valiosos que los propios, el bien común, la reputación de una familia, o el mantenimiento del equilibrio en la política de bloques. Para Ginés en cambio, lo decente pertenecía al ámbito —sin duda más egoísta— de la propia conciencia: hacer lo que sea necesario para estar en paz con uno mismo (o que nadie te pueda echar nada en cara el día de mañana).

En algo sí están de acuerdo: lo decente es apoyar a los amigos. Loyola no duda de la lealtad de Anthony.

—Como tú quieras: serás investigado muy a fondo —amenaza Sir Anthony, y Ginés confía en que sea una broma.

—Gracias, Anthony. Llama cuando lo tengas, te llevaré a un sitio con más encanto.

—Gracias a ti, Ginny. La comida estaba bastante bien. La decoración, como tantas fincas rústicas, manifiestamente mejorable.

—Eve te envía recuerdos.

Alton-Powers parecía confuso. ¿Había dicho eso Eve? ¿Y cuándo, si ella seguía en casa con él, en el ático, cuando Loyola se fue a Bleak House?

Prefiere pensar que es una frase hecha y no darle importancia.

Tante Juani y Miss Lullaby se saludan con una cordialidad fingida que oculta un cariño real. Así somos, protegemos nuestros sentimientos más vulnerables detrás de otros que nos importan un rábano.

Piccadilly es una cafetería nueva, con paredes de colores y

camareras con minifalda. Entre la clientela se mezclan —con ejemplar concordia— señoras de avanzada edad y los jóvenes que frecuentan las tiendas de discos ingleses de la cercana Irvine Street. Ellas van al Picadilly por los postres, a menudo con nata y guindas; los jóvenes (ellos pisaverdes, ellas princesitas), por los ambiciosos cócteles, a veces coronados con una diminuta sombrilla de papel: Trembling Thighs, Tequila Sunset (que es al revés que el Tequila Sunrise, aquí lleva coñac, zumo de limón y angostura), Gin Fizz y los más tradicionales, el Quitaquebrantos, el Tiemblatetas, el lisérgico Diosleguarde o el célebre Ahí-te-pudras: aún recuerdo aquel puñetazo en el hígado, el bebedizo contenía, por lo que pude reconocer, bagazo portugués, whisky, media naranja exprimida con la mano y un golpe de tabasco. Recomiendo vomitar lo antes posible, cuanto más lo retrases, peor será el día siguiente.

Miss Lullaby, como era de esperar, no recuerda aquel informe, pero le explica a la Tante que algo de esas características —voluminoso, aburrido y sobre fletes marítimos— se habría enviado, tras archivar una copia, al director de la Secretaría de Navegación Comercial, Bill Santos, quien, sin ponerle la vista encima, lo habría despachado a los dos jóvenes de análisis: Marta Galea y Andrew Fast.

Las dos piden sándwich de pepino y tortitas con nata. Comen con meticulosidad y un uso intensivo de las servilletas de papel, en las que dejan un rastro de pintalabios rojo.

—¿Fast? ¿El general Fast? —pregunta la Tante.

—Su hijo. Los dos son de excelentes familias, Marta es hija de Gerardo Galea, el diputado.

Por otra parte, añade Miss Lullaby, cualquiera con autorización, y no son pocos, puede reclamar el informe.

—Pero queda registrado y debe ser devuelto —afirma la Tante.

—*But of course, darling,* por regla general a los tres días. Pronto te llamo —concluye Miss Lullaby, tras la última cucharada de nata—. Nosotras no nos chupamos el dedo, ¿verdad?

—Ya lo creo que no, querida, ya lo creo.

Brindan con una copita de Adega Velha portugués. Fuman tabaco inglés, unos cigarrillos más delgados y de mayor longitud que los corrientes. Dejan carmín en las boquillas. Son dos damas con estilo. Se despiden con besos en las mejillas, en las que ya no depositan carmín: todo se ha quedado en las servilletas arrugadas y en los filtros del

tabaco.

4

A los aduaneros de Atlantic Town lo único que les preocupa es impedir la entrada a los peligrosos inmigrantes, los sin techo, la sal de la tierra, los que tienen hambre y sed (también de justicia), los desposeídos, esos bienaventurados de quienes será —quién lo duda— el reino de los cielos; aunque mientras tanto, en Dragonera, no son bien recibidos. Nuestros agentes protegen la economía de la isla, basada en las divisas entregadas a los bancos y al sector turístico. Por eso se desentienden de lo demás, y también del tráfico de estupefacientes, indispensables para fomentar la circulación monetaria y las ganas de derrochar dinero con alegría.

Peter Doyle no tiene ninguna dificultad con su pasaporte italiano. En la terminal se despide con una sonrisa de aquella mujer que, sin sonreír ni detenerse, levanta una indolente mano en el aire. Él interpreta su indiferencia como desafío, y se siente estimulado, pero también en peligro; dolido y al mismo tiempo acezante; y la impaciencia por hablar con ella es mayor que la rabia ante su desdén.

Al parecer también Doyle posee, como todo el mundo —según afirman los galenos—, su corazoncito, bazo, hipocondrios, hígado, mesenterio y las restantes cavidades donde encuentran su escondite los deseos no cumplidos, las pasiones y temores secretos, y esos arrepentimientos de alcorza o de alfeñique semejantes a los que sentimos los demás.

Se ha convertido en un francotirador enamorado. Está seguro de que tiene que decirle algo, pero no se siente capaz, se queda paralizado ante la puerta de cristal por la que ella acaba de salir; la ve entrar en un taxi, y sigue sin hacer nada, como una marioneta que no puede moverse por su cuenta. No volveré a verla, salvo en la eternidad, piensa otra vez, como en el caso de la jueza de Berna.

Sale de su aturdimiento como de un sueño abrumador, del que recuerda jirones, cuentas de un collar sin hilo rodando por el suelo y separándose unas de otras, cada vez más alejadas y solitarias: es esa

mujer, pero sus manos y su cuello ya no pertenecen a la misma persona, tampoco las caderas y su silencio, ni su mirada ilegible pero displicente y sus labios inmóviles. No la ha oído hablar ni la ha visto sonreír, y ni siquiera recuerda bien su rostro. No ha sido capaz de dibujarla ni de hablar con ella. Se siente como si le hubieran dado un golpe en la oscuridad, no sabe de dónde ha venido, no ha visto quién le pegaba, pero sí sabe cuánto le duele.

Más adelante, el tiempo que pasó con ella, nunca la vio sonreír, ni en el aeropuerto, ni en las camas de unos cuantos hoteles, ni en su casa de Isla Chica. Tampoco la vio nunca llorar; y reír, en contadas ocasiones, siempre sin motivo reconocible, carcajadas estridentes y desatornilladas, que a veces parecían rebuznos. Le ponían los pelos de punta, no quería imaginarse cómo sería su llanto.

Doyle es un profesional y se sobrepone a sus sediciosos sentimientos personales. Sabe que lo de Joe Colombani va a ser muy difícil: es un millonario que sale por la tele y es candidato en las elecciones, y se da por hecho que será el próximo presidente. Es casi un magnicidio preventivo, tal y como lo ve Pete.

Una vez sobrepuesto, tiene muchas cosas que hacer. No puede ir al Savoy, donde es conocido como Marc Opinel; ha elegido el Majestic, un hotel anticuado y cómodo, cerca del puerto deportivo y del club náutico. Desde su habitación llama a Ben Blake: su encargo está preparado.

Alquila un aparatoso Land Rover en la agencia que está a dos manzanas, en Melville Avenue. Es un vehículo peligrosamente llamativo, pero se deshará de él lo antes posible. En un puesto del mercadillo del paseo náutico compra una mochila de cuero. Artesanía marroquí, según dice el vendedor, que no dijo mentira, pues tiene un desagradable olor fecal. En el centro, en John Donne, nuestro barrio chic, compra en Visconti Street un traje de color tabaco y dos corbatas. Unos zapatos de cordones en Poe Street, y ropa interior y camisas en Lang Square. Ahora va vestido de turista hiperbóreo, con pantalones cortos, camiseta, la mochila y las preceptivas sandalias con calcetines blancos. Lleva unas gafas de sol de cristales verdosos.

Conduce hacia el norte de la ciudad. Pasado el Faro Elíptico, en la Peña del Sol, hay una montaña rocosa al borde del océano; en la cara atlántica, está la mansión de Colombani, cerca de la cima. Todo en la construcción da testimonio de un enriquecimiento ilícito, rápido

y reciente.

Una naviera, Seven Seas, hoteles en Heaven Haven y una empresa de máquinas recreativas (es decir, tragaperras), que se distribuyen en casi toda Europa —con la excepción de España, donde Recreativos Franco no tiene competencia—, son los negocios visibles de Colombani, la punta del iceberg. Sobre la parte sumergida hay rumores para todos los gustos.

Los padres de Colombani llegaron desde Nápoles a Dragonera, la mafia siciliana había sentenciado a muerte al padre, Doménico. La mafia napolitana le encargó la gestión de un casino en Heaven Haven. Daniella se quedó en la capital con los niños, y Doménico se trasladó al casino, y cada semana pasaba un par de días con su familia en Atlantic Town.

La noche de San Telmo, el 15 de abril, con los chicos acostados en el piso de arriba, Doménico disfrutaba en el salón, acompañado por Daniella, de *Ironside* —aquella serie protagonizada por un detective en silla de ruedas—, con el entusiasmo que solo puede sentir por el matrimonio (uno o dos días a la semana) un marido que regenta un casino en el que está rodeado de lujo y de livianas *grisettes,* ondulantes *strippers,* atrevidas cuasidoncellas, peliforras y pilinguis en general, todas jóvenes, todas con perfume de alhelí recién amanecido en el canalillo y de denso almizcle entre los muslos, todas ambiciosas y sin otro deseo que el de complacer a su jefe. En estas condiciones, ¿qué marido no va a sentir por su propia mujer una pasión adúltera, como si estuviera de vacaciones en un país desconocido? Así, ¿a quién no le entusiasma *être chez soi,* cada uno con su bandeja en la que hay un helado de chocolate y un quinto de cerveza, viendo embobados al sagaz investigador paralítico? En esas estaban, tan absortos en el peliagudo caso criminal, que ninguno se apercibió de la irrupción en el hogar de seis hombres armados con metralletas y tocados con sombreros Borsalino. Eso certificaba que eran soldados de la mafia siciliana. Los frieron a tiros, visto y no visto.

Cuando los niños bajaron la escalera, había un charco de sangre casi negra en el que se anegaban sus padres, y un Borsalino dejado como firma. Los cuerpos estaban destrozados. La mano de su madre se encontraba a mucha distancia de su brazo, encima del televisor (que seguía emitiendo *Ironside);* una pierna de su padre había tomado asiento sobre la alfombra.

Como es natural, aquello les provocó un trauma a los pequeños, y desde entonces Peppone se convirtió en Joe Colombani; Francesco, en Frank; y Giovanni, en Johnnie.

Sobre esta tragedia, el único y enigmático comentario público que hizo Joe Colombani, en una entrevista para el *Dragonera Daily,* fue: La muerte de mis padres ha sido mi mejor lección de vida.

Así fue como Colombani tuvo que transformarse en un hombre hecho a sí mismo. Los napolitanos de la isla se encargaron de las criaturas, a las que enviaron a Estados Unidos. Al cumplir veinte años, Joe Colombani se casó con Laura Wess, hija única del magnate tejano de la industria cárnica, Lou Wess. Más tarde, con un diploma de Harvard bajo el brazo de Joe, el matrimonio volvió a Dragonera. El resultado más extravagante de este enlace es ese palacio entre Versalles y Walt Disney que Pete contempla desde el Land Rover. No obstante, el cartel que pone PROPIEDAD PRIVADA inicia la subida hacia Villa Colombani por la única carretera existente. Cuando llega a la verja de hierro, un agente de seguridad le da el alto. En el muro, a la derecha de la verja hay un escudo heráldico en el que aparecen dos palomas de perfil sobre un río y el lema PER ASPERA AD ASTRA. Pete supone que las palomas simbolizan al matrimonio Colombani (paloma es *columbus* en latín); la inscripción, un *curriculum vitae,* el discurso de la vida de Joe. En cuanto al río, no lo tiene claro, podría simbolizar que vamos a dar a la mar, que es el morir, o quizá la descendencia de las dos palomas, Jim y Little Dotty.

Pete finge ser un turista, sale del Land Rover con la mochila y habla en sueco, pero luego, cuando ve que el agente no le entiende, se traslada a un inglés con extraño acento. El guardia parece acostumbrado a los extranjeros, no le pide la documentación, pero sí le ordena que dé la vuelta y descienda hasta la carretera.

Atacar la mansión está descartado, salvo desde un velero con misiles. Hay al menos seis agentes recorriendo el perímetro, más el de la entrada y otro en una torreta. Todos bien armados. Eso sin contar los que pueda haber en el interior de la casa. Da por hecho que el coche tendrá algún blindaje. ¿Y cuando salga del coche? Esa es la ocasión, pero él no puede actuar de improviso y a poca distancia, como un anarquista del siglo XIX, lanzando bombas Orsini en el Liceo de Barcelona o contra carruajes de estadistas y de cabezas coronadas. ¿Cómo saber de antemano dónde y cuándo va a salir del vehículo el

objetivo?

Como suele suceder, la respuesta era tan evidente que tarda en encontrarla, y ya ha atravesado la ciudad y está saliendo de ella, ahora en dirección sur. Entonces cae en la cuenta: con suerte, la información que necesita podría aparecer en la prensa. Aunque no ha empezado la campaña electoral, Colombani ya está dejándose ver por todas partes, coge niños en brazos, estrecha manos, recibe aplausos y, siempre sonriente, hace promesas que nadie espera que cumpla.

Se detiene en una gasolinera en la que venden periódicos. Ahí está la respuesta, en el *Dragonera Daily:* El candidato Colombani, filántropo y empresario, se dirigirá el lunes 12 a un grupo de mayores en Byron Square, a las doce, frente al Hogar del Jubilado Dorado Otoño.

El taller de Ben Blake está a las afueras, pasado el espigón del puerto, más allá del Faro Triangular, en una barriada, o más bien un poblado, que se llamaba Cagalaolla. El sonoro y solemne nombre viene de ese tipo que en las fiestas y mojigangas se presentaba con un ridículo vestido de colores —la botarga—, igual que existía el pelmazo de la guitarra, el moderno saltarín con tres gramos de perico o el lunático espiritual con su flauta travesera y su tabarra sobre Katmandú; por no mencionar a la mocosa presumida que enseñaba las tetas ingrávidas, y tenía en vilo al cagalaolla, al guitarrista emotivo, al zozobroso cocainómano y al flautista, que miraba aquellos pechos escondido tras su lacia y no muy limpia ni peinada melena.

Cagalaolla ya no existe, lo derribaron en los años noventa, sacrificado para crear la burbuja inmobiliaria. Estaba en un montículo, y allí se alza ahora Ocean View, una colmena de casas unifamiliares gemelas (creo que las llaman pareados en las agencias inmobiliarias) que dispone, como únicos recreos y esparcimientos, de un centro comercial, el adulterio entre vecinos, algunos parques infantiles, un carril para bicicletas, el intercambio de parejas entre matrimonios pareados, las ominosas barbacoas de los sábados y el descorazonador lavado dominical del coche con la manguera del jardín.

Dan ganas de llorar o de irse en un viaje en el tiempo a Cagalaolla, a riesgo de la propia vida.

En Cagalaolla se vendían armas, y el más especializado de los proveedores era Ben Blake, en la puerta de cuyo almacén aparca Pete Doyle el Land Rover. Tras unos minutos de espera oye la cavernosa

voz: ¿Quién va?, pregunta Blake. Capitán Luppi, se identifica Doyle. Los cerrojos gimen antes de abrirse. Adelante, mi capitán, saluda el especialista en fusiles para francotiradores.

Blake es muy voluminoso, un angelote de retablo, con una cabeza pequeña y una calva llena de abolladuras, ojos diminutos, barba descuidada y un palillo de dientes entre los gruesos labios manchados de grasa. Cuesta creer que aquellas piernas flacas y estevadas sostengan en pie el torso de buey, su hinchada barriga y esas tetas colgantes dignas de lo que se suele conocer como una gran dama de la escena. Tiene una risa infantil y es tan corto de entendederas, que Pete le considera incapaz de sacramentos.

En una mesa pequeña hay una lata de sardinas abierta y una cerveza de litro, y ningún plato, tenedor, vaso ni servilleta a la vista.

—¿Quiere ver el juguete, mi capitán? —pregunta Blake.

Doyle asiente con la cabeza, prefiere expresarse por escrito, escarabajeando y garrapateando con tinta azul en sus libretas negras. Destazado, poco comprensible y difícil de reconocer, se encuentra en algunas de sus páginas el mundo interior de Peter Doyle, tan dejado de la mano de Dios, que asusta leerlo.

Blake echa llave y cerrojos a la puerta y lleva a Pete a un despacho al fondo del almacén. En un tablero de contrachapado sobre dos borriquetas, hay una pequeña maleta negra, parece hecha a medida para algún instrumento musical. Blake se restriega las manos, pringosas de aceite de sardinas, en sus pantalones grises de tergal, hasta que Doyle le interrumpe con tono autoritario.

—Tú no lo toques.

—Claro, milord, lo que usted diga.

¿Aquel saco de grasa le está perdiendo el respeto al verle disfrazado de turista escandinavo? Decide pasarlo por alto, de momento; abre el maletín y echa un vistazo.

—¿Dónde puedo probarlo? —pregunta Pete.

—Vamos al campo de tiro, mi capitán.

Pete coge el maletín, Blake lleva en una bolsa media docena de latas de conserva vacías. En el Land Rover, el saco de grasa le da indicaciones. Avanzan dos kilómetros hacia el sur y llegan a un terreno desértico a la orilla del océano. Pete monta el fusil con facilidad.

—Coloca tres latas en aquel recuesto —le indica a Blake, que va

corriendo, con la ilusión de un niño, a cumplir sus órdenes.

Dispara tres veces de pie, destroza tres latas de frijoles. El estruendo del oleaje oculta las detonaciones. Sobre una roca, monta el trípode, y envía a Blake más lejos, a colocar otras tres latas en la rama de un árbol. Dispara otras tres veces, destroza tres latas de sopa Campbell. Se da por satisfecho.

—No está mal, ¿verdad? —Blake está reclamando su palmadita en la espalda, como un perro que acabara de traer una pelota de goma entre los dientes.

No recibe otra cosa que una mirada severa.

Doyle recoge los casquillos, desmonta el arma y la coloca de nuevo en la maleta.

Blake, en el asiento del acompañante, le explica por dónde hay que ir.

—Déjalo —le dice Doyle con voz tajante—. Si he venido, sabré volver.

De vuelta en el almacén, Blake recupera la cerveza abierta, que ya ha perdido gas; con la otra mano, se lleva a la boca la sardina que queda en la lata. El aceite se le escurre por las comisuras de los labios y se deposita en su barbilla, a la espera de que la mano de Blake lo trasvase al pantalón.

Doyle siente repugnancia hacia esa bola de sebo con la que tiene que tratar. No comprende cómo puede ser tan preciso en su trabajo, uno de los mejores para encontrar armas y piezas con las que mejorarlas en su taller.

Blake lleva el aceite de su cara al tergal. Doyle deja un sobre encima de la mesa.

—Aquí está el resto, quince mil dragones.

Entonces el pedazo de carne con ojos se delata, Doyle lo comprende: tiene ambiciones. Ahora siente hacia Blake ese odio que se conoce como odio africano —por ser el que sentía Aníbal hacia Roma, inculcado desde la cuna por su padre, Amílcar Barca—, un odio que en general suele reservarse para la eventualidad de una guerra civil.

—Hay un problema, mi capitán —dice al fin—. Es más peligroso de lo que pensaba, usted no quiere ese fusil para cazar gamusinos, eso me traerá disgustos...

—Lo comprendo —le interrumpe Doyle—. ¿Tienes aquí un

revólver con seis balas? Te daré otros diez mil.

Blake no debió pedir más dinero. Tampoco prestó atención a la mirada de ira de Pete, puesto que de otro modo no habría sonreído con ese entusiasmo bobalicón, admirado ante su propia astucia.

—A sus órdenes, mi capitán —afirma Blake y, con un alegre trote cochinero, se acerca a un armario, del que vuelve con un revólver en la mano.

En vez de disparar a Doyle —que es lo que Doyle habría hecho en su lugar—, lo deja sobre la mesa. Pete sabe que el motolito ha perdido su última oportunidad.

—¿Volvemos al campo de tiro? —pregunta Blake.

—No será necesario.

El primer disparo impacta en la frente; el segundo (innecesario, dictado por el ensañamiento), en el pecho. Bajo Blake y a su alrededor se extiende un charco de obstinada sangre oscura.

A Doyle le subleva tomar la decisión de quién vive y quién muere. Prefiere recibir encargos. Es cierto que lo ha hecho en defensa propia, se dice: si accedes a que alguien te haga chantaje, te volverá a pedir más dinero. Nunca será suficiente. Además, sabía demasiado, era peligroso, se dice, y también es cierto. Pero siendo cierto, no es toda la verdad: ha elegido matarlo porque no le soporta. Él ha decidido que merecía morir. Eso es muy poco profesional, ha cruzado un límite que nunca debe atravesar un asesino a sueldo, y se siente irritado contra sí mismo. Cumplir un encargo no le plantea ningún problema ético. Deshacerse de alguien que hace chantaje y sabe demasiado, tampoco. En su profesión, tan peligroso es dejarse llevar por la piedad como por el odio. Los sentimientos siempre son un estorbo. Decide que esto no puede volver a pasar, no habrá más distracciones ni más debilidades. Es un profesional. No trabaja gratis, así que le quita al cadáver el dinero que le ha entregado, el revólver y la munición.

Abandona Cagalaolla. Sobre el finado zumbarán las moscas, y le parece el telón adecuado para una vida tan poco ejemplar como la de Blake. A las moscas pronto se unirán otros insectos, recorrerán su cuerpo, y los más aventureros se introducirán por donde puedan (por la boca, la nariz, el ano, los oídos, las dos heridas de bala, los ojos), en busca de los inflamados y nutritivos órganos internos. Más tarde los de mandíbulas más poderosas rasgarán la carne, y así será también bajo tierra, hasta que de Ben Blake solo queden los huesos mondos, la

pequeña calavera y un vago recuerdo.

En el Land Rover se quita los calcetines blancos, salpicados de sangre, y vuelve a ponerse las sandalias, que son de cuero negro, en el que las manchas no se notan. Solo frente al océano, en aquel paisaje calcinado, Doyle se siente un náufrago devuelto a tierra por las olas. Hay matas de tenaz esparto, erizados abrepuños, alguna biznaga que, en los pies de las flores, echa unas hojas en forma de escobillas, muy apreciadas en la isla como mondadientes. Entre los matorrales de la arena se oculta el chorlitejo patinegro; poca gente ha visto uno, son tan pequeños y tan apocados que les resulta violento, contrario a su pacífica naturaleza, aparearse. Para evitar su extinción, hoy en día son una especie protegida, y las dunas de la costa, su hábitat, están valladas.

Vuelve al empedrado y poco después al malecón y al paseo marítimo.

No recuerda Byron Square, aunque podría ser un lugar idóneo: en principio, un grupo de ancianos no parece un obstáculo insalvable ni un peligro mortal. Según la prensa progresista, Byron es el lugar donde se reúne la creatividad, las chicas sicalípticas y los chicos psicodélicos. En la prensa conservadora es un refugio nocturno para traficantes y drogadictos, atracadores y esos desviados que acostumbran a saltar desde un arbusto sobre sus desprevenidas víctimas.

Las dos tenían razón, en mi juventud pasé demasiadas noches y madrugadas allí, y era ambas cosas a la vez.

Aparca en una bocacalle de la plaza, en Bakery Street, en una de las puertas de la pastelería y panadería Tomlinson. Memoriza el teléfono. Lleva la mochila, con los calcetines dentro.

Es una plaza cuadrada con un kiosco de música en el centro. Tiene suerte, desde esa plataforma arengará Colombani a las clases pasivas. Da varias vueltas a la plaza y localiza, en el ángulo oeste, un edificio de apartamentos de tres plantas. En la última planta, en la esquina izquierda, la ventana tiene un cartel de una agencia inmobiliaria que pone SE VENDE, con un número de teléfono. El portal, el 9 de Byron Square, está desierto, lo más probable es que lo cierren con llave al atardecer, como es costumbre en el centro de Atlantic Town. Sube al tercer piso y abre la puerta con la ganzúa. Se acerca agachado a la ventana y estudia la plaza durante unos segundos: la

distancia y el ángulo de disparo le parecen adecuados. Quedan tres problemas por resolver: cómo encontrar una vía de escape, cómo evitar ser visto desde la calle y cómo impedir que alguien de la inmobiliaria aparezca en el momento más inoportuno para enseñar el piso. Este último lo da por resuelto en el acto. Aunque es muy improbable que la inmobiliaria concierte una cita en mitad de un discurso de Colombani, le bastará con cerrar la puerta e introducir en la cerradura una varilla de metal para bloquearla. La persona de la inmobiliaria creerá que se ha equivocado de llave. El de que sea visto también lo da por resuelto: nadie verá nada, mucho menos los ancianos. Baja y examina el portal. En el hueco de la escalera hay un cubo de basura, una fregona, una escoba, otros cubos y unos guantes de goma. Descubre una puerta cerrada que abre con la ganzúa. Da a una calle estrecha y descuadernada —se llama Tennyson Lane—, con una farola y media docena de bares, casi todos cerrados. Son locales nocturnos para jóvenes.

No han pasado todavía los servicios de limpieza, el suelo está cubierto por cristales rotos, vómitos de olor agrio, orines, paquetes de tabaco vacíos, condones usados y prendas de ropa. Tira los calcetines, alejados uno de otro, en aquel vertedero. Luego arroja también la fétida mochila.

Da la vuelta a la manzana y llega de nuevo al portal, ya tiene en Tennyson Lane la vía de escape; bien hacia Tennyson Avenue, bien hacia Nelson Avenue.

Son más de las dos y no ha comido. En un extremo de la plaza hay un bar que se llama El Mirador. Barra de aleación, taburetes con el asiento forrado de escay, cinco mesas de formica, una de ellas con un tapete verde que espera a los cuatro jugadores de birloque; y en las paredes fotos enmarcadas del pueblo en el que nació Basilia, la dueña de El Mirador: un puente romano, un río en el que tiene lugar una carrera de piraguas, una ermita de piedra con alguna virgen milagrera, y unos lagos en mitad de una montaña verde. Pide un Macallan y, sin saber lo que son, un *bollu preñau* y una ración de *pixín*.

Se sienta en la mesa más próxima a la ventana, la mesa 5, al parecer, pues oye a Basilia decir al camarero:

—¡Gabi, preñau para la cinco!

Le gustan las dos cosas, el bollu y el pixín.

Además de comida isleña (el inevitable silbapiedras, papas espachurradas con pimentón y ortiga fresca, cóctel de cactus y lamprea), Basilia siempre tenía platos exóticos, propios de su región, Asturias. Fue la primera gastronomía étnica que se introdujo en Dragonera.

El Mirador, la panadería de Tomlinson, el Acme, el Inferno, el Morgenstern, la librería Byron, donde compré el *Don Juan* (me capturó desde el principio: *I want a hero: an uncommon want;* necesito un héroe, una necesidad poco corriente), y la de viejo (que me proporcionó las novelas de Chandler), el rastrillo de ropa de segunda mano que montaban los domingos en el templete, al que nos acercábamos a mediodía, tras una noche sin dormir y después de desayunar en Tomlinson o en El Mirador, con sus chorizos a la sidra y el arroz con leche, y dos o tres copas de nuestro aguardiente de pencas, que también lleva un chispazo de ginebra y zumo de limón, el célebre Quitaquebrantos.

Ese era mi Byron, el barrio de lo que poco después se bautizó como la burbuja dragonera, a causa de los que se llamaban a sí mismos creativos. Se conoce que no podían evitar la creación —ni siquiera Dios supo abstenerse de ella—, era superior a sus fuerzas: poetas, músicos, fotógrafos, actores y otros que hacían diseño. ¿Qué diseñaban? Cualquier cosa lo bastante obediente o indefensa como para dejarse diseñar. Tantísima creatividad no les cabía en el cuerpo y, como es de cajón, se desbordaba, aunque rara vez en poemas o novelas, canciones o partituras, fotos, actuaciones en escena o diseños, sino en su forma de vestir, en su peinado y hasta en sus insolentes y lánguidos andares.

Además de los modernos creativos, había en Byron místicos esotéricos, todos discípulos de un lama tibetano, nunca el mismo, había un maestro lama distinto para cada uno de ellos en el espacioso y devoto Tíbet.

Al caer la noche acudían también los cadáveres ambulantes, con su voz ronca, casi sin dentadura, el cuerpo como un colador, taladrado por las agujas; vendían caballo para adquirir su paraíso instantáneo, y si no había demanda, robaban bolsos y carteras con intimidación

inverosímil (les temblaba la mano que blandía la navaja). Los creativos y los yonquis mantenían excelentes relaciones comerciales, dada la necesidad que los creativos tenían de abrir las puertas de la percepción (que un viento intempestivo debió de cerrar tras la llegada del capitalismo).

Una vez que se ponían su inyección, se acurrucaban como nonatos, en un portal, en un banco o en el suelo, entre dos coches aparcados, y allí, desnacidos, flotando en el acogedor líquido amniótico, a temperatura constante, dejaban de sentir tanto frío, ese frío que viene de su interior, y arrullados por los latidos del corazón de una madre —a la que ya no se atreven a volver a ver—, sueñan a todo color, hasta que aparecen imágenes en blanco y negro, como en los documentales, en las que se ven tal y como eran de niños, con el porvenir a lo lejos, delante de ellos, aunque ahora saben que está a sus espaldas, persiguiéndolos, y que ya les ha dado alcance; y entonces se estremecen y lloran apretando los puños contra los ojos.

Cada pocos días, alguno de ellos no se despertaba, y el camión de la basura los descubría cuando ya estaban tiesos y helados.

Vivíamos allí, en un piso compartido. Al principio nos daba miedo la plaza que tanto nos entusiasmó después, y de la que también nos aburrimos. Nos asustaban los yonquis, que nos iban a atracar a punta de navaja, y también los esotéricos, que nos miraban como hipnotizadores que pudieran anular nuestra voluntad, para hacernos consumir sus pastillas de LSD. Pero ese miedo provocaba excitación, casi euforia, como montar en una montaña rusa, con el corazón en un puño.

Al amanecer, en Tomlinson, comprábamos bollos (bayonesas, cruasanes, cuernos de chocolate) y barras de pan recién sacadas del horno, y comíamos en la acera, a veces íbamos donde Basilia a tomar una cazuela de *fabes* y unos Quitaquebrantos, con los que enfrentarnos a la hostilidad del sol del domingo y a la nefasta perspectiva de volver el lunes a nuestras minúsculas existencias laborales. Estar en Byron, donde había que estar, nos hacía sentirnos importantes, protagonistas de nuestras vidas, parte de un privilegio secreto, inaccesible para el resto del planeta. Aunque pasáramos cada vez menos miedo y más aburrimiento, y aunque solo asistiéramos a aquella función como público, sentíamos una gran alegría: estábamos donde pasaba todo (eso creíamos). Todavía lo echo de menos, tantos años después: yo

estaba allí cuando todo empezó. Muchas de las cosas que, en la juventud, tienen primera vez me pasaron en Byron: despertarme a media mañana con alguien en la cama y echar otro polvo (después de ir al baño por separado), y desayunar juntos, vomitar por las aceras, probar drogas —aunque nunca heroína—; el primer *cudefudra,* como se dice aquí, derivado del francés *coup de foudre,* el golpe de un rayo, un flechazo; bailar a la luz de la luna en el kiosco de música, sin música y sin ropa, todos desnudos y orgullosos; apoyar la cabeza en el hombro de una chica y llorar en su jersey de lana, ya no recuerdo si de amor o de rabia, si por ella o por mí, se llamaba Annie Bonmartel; sentir la presencia de la muerte cercana, como un viento frío; recibir, sin haber hecho nada para merecerlo, el don imprevisto de la alegría, que venía del cielo en las gotas de lluvia sobre mi cara, un don que me reconcilió con mi vida, y que no ha vuelto a visitarme hace años. Byron Square ahora es el calavernario de mi juventud y de las pasiones perdidas, y solo existe en mi memoria, defendido de la injuria del tiempo.

5

Son las siete y pocos minutos, el sol está a punto de tramontar La Murada. Ginés Loyola lo contempla desde la parada del L3, en la cima del Cubilete. A medida que el autobús desciende, la luz crepuscular se atenúa, y al llegar al puerto se hace otra vez casi de noche.

Se sienta en su taburete en la barra del Eden's Inn, los clientes habituales respetan los sitios de cada uno, igual que los devotos de misa diaria nunca ocupan el banco de la anciana de los pendientes de perlas ni el del caballero que tiene rodilleras en el pantalón de tantas genuflexiones, con sus correspondientes golpes de pecho. En ambos templos —la iglesia y la taberna—, los parroquianos saben cuál es el lugar de cada uno. Eso agrada a Loyola, es un hombre de costumbres, espera que cada nuevo día le permita volver a hacer lo mismo que el anterior.

El Mini Cooper no estaba a la vista. Puede que Eve, tras una ginebra de más, haya venido en taxi. Puede que ya estuviera acostada cuando él llegó. Es posible, pero según su experiencia, eso suele indicar la aparición de un nuevo amante. Peor todavía: lo bastante joven como para que le intimide hacer en el domicilio conyugal lo que quiera que hagan. Le duele, aunque también le encalabrina, imaginar lo que hacen en el ático, tras esa puerta cerrada. Es como la proyección de una película porno, al menos si no conoce al individuo en cuestión, puede imaginarlo a su conveniencia. En caso contrario, la excitación desaparece en la misma medida en que aumenta el sufrimiento. Ese era el caso del propietario del Jaguar, Sir Anthony Alton-Powers, Tony: su amigo más íntimo hasta los diecisiete años.

Molly O'Connor le ofrece una ración de oreja a la plancha con chispazo de Paddy. Loyola acepta y prefiere no preguntar a qué animal habrán pertenecido dichas orejas, y si seguirá vivo (aunque amputado) o se trata de orejas de cadáver. Piensa que ese es el problema ético. Ninguno queremos saber de dónde viene lo que poseemos y disfrutamos, ni cuáles son las consecuencias de nuestros

actos. ¿Cuánta verdad estamos dispuestos a conocer? ¿Cuánta podemos soportar?

Como si Kennedy acabara de ser asesinado en Dallas, hay en el Eden's Inn una acalorada discusión sobre la trayectoria de las balas y el número de tiradores. Las opiniones, todas contundentes y empecinadas, van desde la hipótesis del tirador solitario a la de dos tiradores, o incluso una operación de comando, con no menos de media docena de participantes.

—¿Y tú qué piensas, Molly? —pregunta Ginés cuando le sirve el plato de oreja.

—Ha sido un solo hombre —dice con aplomo—. Un profesional.

—Ponme un Quitaquebrantos. —Ginés ya ha terminado el Paddy.

Tendría que ser un individuo rapidísimo, piensa Loyola. O quizá no. ¿Y si fue Colombani el que se movió a gran velocidad?, se pregunta.

Le ha gustado el plato. Venía con una salsa picante, la carne cortada en pequeños trozos, y no había manera de identificar al animal, ni siquiera tiene la certeza de que fuera una sola oreja de grandes dimensiones, de vaca, de jerbo o de murciélago, o varias pequeñas orejas de ardilla, zorro o gamusino.

Cuando entra en Bleak House, la Tante ya está cambiando el agua a sus gladiolos. El calendario muestra la hoja correspondiente al jueves 13 de septiembre de 1979.

Amber y Tom llegaron con un intervalo de tiempo muy breve. Ginés nota que se ha producido un cambio. Amber lleva pantalones, y ajustados, es la primera vez que la ve así. Tyllett viene con la misma ropa que la víspera, cosa tampoco nunca antes vista por Loyola, que le considera bastante lechuguino, algo presumido, un poco zascandil y homosexual perdido. Hoy ambos jóvenes intercambian sonrisas y miradas con una asiduidad que Loyola considera propia de escolares enamorados por primera vez o de las películas norteamericanas ambientadas en una High School.

Tante Juani percibe lo mismo que Loyola, y contempla sonrojada y perpleja a los dos tortolitos, con un gesto que podría ser tanto de nostalgia como de compasión hacia ellos. Acabarán haciéndose daño, piensa, pero cuánto echa de menos la Tante volver a perder la cabeza, hacer el ridículo escribiendo cartas de amor, y sufrir el tormento de los celos, y derramar lágrimas de alegría; y luego, aunque dure menos

que un pastel a la puerta de una escuela, aceptar las penalidades que le caigan encima. Desde la atalaya señera de la edad, a la intemperie, donde hace tanto frío, sin otra compañía que el tímido muchacho al que llama Billy*;* había llegado a la certeza de que es más grandiosa la gloria del pecado ardiente que la ceniza fría del castigo.

Además, lleva razón, ella nunca ha pensado que Tom fuera homosexual. Delicado, sí; sensible, también; un poco atildado, de acuerdo, pero ¡de ahí a considerarle marica! Eso nunca lo ha aceptado la Tante, y mira por dónde, los chicos acaban de darle la razón (y una gran alegría).

Desde su estanterol de capitán de la nave, frente al ventanal, con un gesto —el dedo índice señala a una y otro, luego la mano abierta mueve los dedos hacia sí mismo—, Ginés Loyola convoca a Amber y a Tom para que se acerquen a su mesa. Se sientan los tres y Loyola aparta una pila de informes que le impide ver del todo a los chicos. Ya no es un hombre de acción, pero es el único que lee todo lo que recibe, desde la cruz a la firma. Con otro gesto (las manos separadas, con las palmas hacia arriba), les invita a hablar.

—Nos recibió John Pratt, el jefe de policía, un hombre muy agradable... —comienza Amber, pero Loyola la interrumpe:

—Hace tiempo que conozco a Jack Pratt.

—Así nos dijo que le llamáramos —admite Amber.

—No saben gran cosa —continuó Tom Tyllett—, no hay sospechosos, no hay pistas, no hay nada. El piso está vacío y en venta. Y hay un arma, un fusil de francotirador sin ninguna huella dactilar y dos casquillos. Y una maleta hecha a medida para transportar el arma. Todo limpio, sin huellas, ni siquiera un hilo o un pelo...

—La única pista es el fusil, no es un arma cualquiera... —dice Amber, hasta que Tom la interrumpe:

—Está adaptada por encargo, tiene una mirilla diferente que el modelo conocido, otro gatillo, en fin, habrá un informe pronto.

Loyola soporta a duras penas la forma de hablar de los enamorados recientes, como si fuera un dúo ensayado. ¿Cuánto iba a durar aquello? Si se trataba de un asunto de unos días, no podía

intervenir; si se prolongaba más allá de un mes, estaban obligados a comunicárselo a su superior, es decir, a él. Loyola confiaba en el paso del tiempo: si duraba una semana, sería difícil de sobrellevar, pero al menos breve; y al cabo de un mes, si seguían juntos, se tratarían de nuevo como compañeros de trabajo.

—¿Os parecería bien si cada uno cuenta una cosa completa y luego habla el otro? —pregunta.

—Nos parece bien —dicen al unísono, como si siguieran siendo un dúo.

En Dragonera, Loyola solo conoce a dos personas capaces de hacer ese trabajo por encargo con garantías, pero le parecía más probable que fuera obra de algún soviético o quizá de un británico.

—¿Y qué hay de los demás inmuebles de la plaza? —pregunta.

—Se han registrado todos, en especial los que corresponderían con el ángulo de disparo del segundo tirador —explica Amber—, no hay nada raro, algunas familias, parejas jóvenes y un par de pisos compartidos por estudiantes o por la fauna habitual de Byron. Siguen interrogando y haciendo comprobaciones, pero no parece haber nada.

—Volvamos al piso vacío y en venta, entonces.

—El inmueble tiene una salida en la parte de atrás —explica Tom —, da a un callejón que a esa hora suele estar vacío, se llama Tennyson Lane. Esa creen que fue su vía de escape.

—Lo conozco —aportó Amber Navel—, desde allí estás en Tennyson Avenue o en Nelson Avenue en tres minutos a pie.

—¿No se puede aparcar en el callejón?

—No se puede ni entrar en coche, ambos extremos están bloqueados por cuatro postes de hormigón. Los repartos se hacen con carretilla desde la furgoneta estacionada al otro lado de los postes.

—La policía cree que dejaron su vehículo en el mismo lugar. Quizá una furgoneta. O dos, una a cada lado.

—¿Por qué no un sedán, un ciclomotor o una huida a pie? —preguntó Ginés.

—La policía piensa que fue obra de al menos cuatro, quizá seis personas.

—¿Eso lo ha dicho Jack Pratt?

Tras una vacilación de Tom, interviene Amber:

—Él no, Pratt está convencido de que fue un solo tirador.

—¡El viejo zorro de Jack! Eso me figuraba. ¿Se sabe por qué

piensa el jefe Pratt que solo intervino un facineroso?

—Intuición, sería —responde Tom.

—Mala consejera, si viene sin compañía —sentencia Loyola.

—Por eso después de comer fuimos al Anatómico Forense —explica Amber.

—Buen trabajo, muchachos, me tenéis sobre ascuas.

Los dos aludidos sonríen.

El cudefudra tuvo lugar en un restaurante de ringorrango, La Madelón, en la Stevenson Avenue, en el centro de John Donne, nuestro barrio elegante. Fue un auténtico flechazo, aunque no cumpliera en apariencia el requisito de amor a primera vista. O tal vez sí. Querer a otra persona es verla, yo te veo porque yo te quiero, dijo un poeta. Puedes pasar años al lado de una persona sin verla, hasta que un día la ves, y entonces te cudefudras, y es legítimo amor a primera vista, y cambias tu vida como quien le da la vuelta a un calcetín.

Sin saber lo que sería, pidieron *cassoulet,* y resultó ser —en eso estuvieron de acuerdo— un guiso sencillo y de sabor monótono, sin comparación con el silbapiedras, en el que cada cucharada ofrece algo que ni el paladar ni la memoria esperaban.

El sentido del gusto procede de la infancia, o más atrás incluso, de la sangre, así que no sería razonable pedir más a una pareja de dragoneros.

Amber pidió vino tinto; Tom, agua mineral, en lugar de agua embotellada, como si la del grifo fuera vegetal o incluso animal. Amber levantó su copa para brindar, de lo que se arrepintió en el acto, porque aludía al único asunto que ambos preferían evitar. Pasó el nublado y hablaron de trivialidades, y así descubrieron que tenían mucho en común —entre ellos y con media humanidad—: les encantaba la naturaleza (así llamaban a pasear por la playa al atardecer o escalar el Pico del Alcaraván), las películas antiguas (tampoco llegaban tantos estrenos a la isla) y leer poesía (Fernando Pessoa y nuestro gran poeta laureado, Thomas Bard). Había otras coincidencias nunca vistas —¡pero ahí estaban!— que solo compartían

ellos. No eran del mismo signo del zodíaco, pero sí tenían el mismo ascendiente, y eso era —según los principales astrólogos y cabalistas— lo más decisivo; a la edad de diez años se habían roto los dos un dedo del pie derecho, el más pequeño, afirmó Amber. Y Tom, que no recordaba qué dedo fue, exclamó: ¡El mismo, el más pequeño!; y por si fuera poco sus padres se llamaban los dos Michael.

Amber pidió otro vino y entonces preguntó:

—¿Ha sido difícil dejarlo? —Era una pregunta impropia, casi ofensiva, ella misma no se explicaba cómo había tenido valor para hacerla.

—Ahora es solo difícil. Antes, cuando salí del hospital, fue un infierno.

—¿Un hospital psiquiátrico?

—Un manicomio, sí —admitió Tyllett con naturalidad.

—¿Fuiste a reuniones, ya sabes, un grupo de ayuda o algo así?

—Ni una sola vez, soy poco sociable, no me gustan los grupos, me recuerdan a los *boy scouts* o la catequesis.

—Pero saliste adelante —declaró Amber con más énfasis del necesario.

—Sí, después de intentar suicidarme, al parecer sin éxito.

—Eso parece —dijo Amber, y extendió una mano para señalarle.

—No me preguntas cómo lo hice —dijo Tom—, todo el mundo me lo pregunta.

—No tiene importancia. Me alegro de que no lo consiguieras.

—Hasta hoy yo no me alegraba. Ahora sí.

Ya está: ahí los tenemos, cudefudrados de golpe y porrazo, asaetados, muerto cada uno por los pedazos del otro, enquillotrados, heridos por el rayo, amartelados de inmediato.

Esto es amor, quien lo probó lo sabe (como escribió Lope de Vega).

Y por lo general, más tarde lo lamenta, añado yo.

Hay cosas que, sin ser visibles, se perciben, como el viento, o la lluvia antes de que caiga una gota o sople ni siquiera una brisa, y por supuesto el amor.

¿Qué otras pruebas —además del ascendiente decisivo, dos dedos fracturados el mismo verano y dos padres llamados Michael— necesitaban de que habían estado toda su vida buscándose, esperando ese momento y a esa persona? Cada uno, pensaron ambos, iba a llenar

un espacio vacío en la vida del otro.

Se miraron y por primera vez se vieron, comiéndose con los ojos; cristales, sedientos de cristales (como escribió Quevedo); y se besaron. Y aquella fecha, el 12 de septiembre de 1979, se grabó en su memoria durante mucho más tiempo del que duró su relación.

Después de la comida dieron un romántico paseo, cogidos de la mano, hasta el Anatómico Forense, nuestra morgue, donde se depositan los cadáveres para que esperen, con vistas al océano, el último desplazamiento hacia su destino y residencia permanente, que en el caso de Colombani será el panteón familiar en la Peña del Sol.

El cadáver ya estaba lavado y por eso les causó una impresión más profunda que las fotografías que les había enseñado Jack Pratt, tomadas en el hospital Fleming. Las fotografías, en blanco y negro, mostraban la cabeza, muy desfigurada en el cráneo, pero con el rostro bastante intacto, porque los orificios de entrada, como el que tenía en la frente, son bastante pequeños y limpios; son los de salida los que producen daños más aparatosos.

Por fin despojado (o tal vez liberado) de esa sempiterna sonrisa repleta de dientes, que nunca abandonó en vida al difunto (al menos en público), ahora, en su eterno descanso, se mostraba casi pensativo, como si solo *post mortem* le hubiera sido concedido el uso de la razón, que nunca había echado de menos a lo largo de su ambiciosa carrera empresarial y política. En eso coincidían las fotos del hospital y el cadáver recién sacado de un cajón frigorífico. El pelo, en las fotos, está revuelto y apelmazado por la sangre y la masa cerebral (que nadie habría supuesto que fuera tanta ni tan pegajosa). En el depósito, en cambio, estaba lavado y peinado, y con el pelo recortado para que se vieran los orificios de entrada y salida de los dos proyectiles. Era tan obsceno como contemplar el agujero de un oído del que la oreja hubiera sido rebanada. Cuando la patóloga retiró la sábana (no era costumbre, pero se habían identificado como miembros del servicio de inteligencia) contemplaron el cuerpo de un hombre sano y en forma, casi un atleta. A ambos les llamó la atención lo mismo: el tamaño diminuto de su pene. El escroto estaba muy inflamado, y en el centro

de aquella bolsa con venas rojizas y azuladas, apenas despuntaba una polla diminuta, un pedúnculo semejante al rabo de una fruta (un melocotón grande, por ejemplo) arrancada del árbol. Les desconcertó el contraste entre un cerebro tan grande, siendo Colombani un cabeza de chorlito, y una mínima polla de juguete, inservible para alguien que exhibía una masculinidad enfática y mayúscula.

Tom se puso un guante de látex.

—¿Eso se lo han hecho aquí o en el quirófano? —preguntó al separar con la mano un brazo del cadáver.

—Lo he preguntado. La traía de casa. Una depilación integral a la cera. Axilas, pubis, ano, tórax, piernas y brazos. Todo, menos la cabeza. —La patóloga señaló las cejas y las mejillas de color ceniza.

—Eso tiene que doler. —Tom hizo un gesto de repelús.

—Peor es morirse —respondió la patóloga—. Las mujeres nos depilamos, tampoco es para asustarse tanto.

Tom ya no sabía si admirar a las mujeres o enviarlas a freír espárragos. Parían con dolor, hacían todas las labores del hogar, padecían migrañas, retenían líquidos, cuidaban a los enfermos, soportaban dolorosas menstruaciones... ¡Y encima tenían que depilarse! No paraban de rezar el santo rosario de sus tribulaciones. Tanto sacrificio, pensaba Tom, era parecido a la estrategia que hacía ganar millones a los bancos: vender deuda. Él, Thomas F. Tyllett (la efe era de Federico), se sentía personalmente responsable de que las mujeres se depilaran con lágrimas de dolor. Desde que acababa de recibir el impacto del cudefudra, había decidido admirarlas; no a todas una por una, sino a Amber en representación de todas las demás.

—Adelante, jóvenes, vayamos al depósito de fiambres —les anima Loyola.

—La doctora Latimer... —comienza Amber.

—¿Qué doctora? ¿Latimer? ¿No será la hija de Bill Latimer?

—No lo sé, puede que sí. Latimer nos mostró los orificios de entrada y salida de las balas. El primer disparo entró por la frente y salió del cráneo atravesando el occipital; el segundo por el parietal

izquierdo, con salida por el cuello.

Loyola, que ha visto muchos orificios de bala, recuerda en ese momento el desayuno de oreja a la plancha de Molly O'Connor.

—Según Latimer —continua Tom—, el ángulo indica que ambos disparos se hicieron desde la altura de un tercer piso. La trayectoria del primero es congruente con el piso en venta. El segundo pudo venir de otro tirador situado en el lado oeste de la plaza.

—¿Y qué opina la patóloga?

—Dice que es posible que Colombani, sin caer, se tambaleara con el primer tiro y se volviera hacia su derecha para escapar —le toca a Amber su parte del dúo—. Entonces pudo recibir el segundo disparo desde la misma posición y desde el mismo fusil.

—Los testigos no ayudan. Cada uno vio algo distinto, o recuerda algo diferente de lo que vio —añade Tom.

Loyola sonríe satisfecho, él tenía razón.

—¡Barástolis! —exclama—. ¿Cuál es el nombre de la doctora?

—Lana, Lana Latimer.

—¿Qué edad tiene?

—Unos veintitantos, menos de treinta.

Loyola echa sus cuentas: no parece ser hija de Bill Latimer, que ya tendrá cerca de ochenta años. La única hija de Bill que él ha conocido se llama Olivia, y lo último que supo de ella es que era abogada. ¿Había tenido una querida cuando se acercaba a los sesenta? Porque sin duda no podía ser hija de Jane. No imaginaba a Bill engañando a Jane, y mucho menos dejando embarazada a una entretenida y reconociendo a una hija suya, pero quizá iba siendo hora de volver a verle y darle un abrazo.

No habría podido hacerlo, Bill Latimer llevaba dos años muerto. Y Lana Latimer no era su hija.

Al salir de la morgue se cogieron de la mano. Ya eran más de las seis y media, así que fueron al puerto de pesca a tomar algo en el merendero La Platija, un clásico de aquellos años, nada caro, donde servían platija al horno —un pez parecido al lenguado, un poco más plano y más redondo—. Manteles de cuadros rojos, sillas de tijera, *vinho* verde,

sombrajo de mimbres del que colgaban bombillas cubiertas con papeles de colores, como en las verbenas; y el indiscutible encanto de Benito, un hombre corpulento que llevaba unas gafas de alta graduación que tenían, enganchada en las patillas, una goma elástica que ajustaba en el cogote, para impedir que el sudor en el puente de la nariz las hiciera resbalar y aterrizaran en el plato de algún comensal o en el escote de una dama (como ya había ocurrido en ocasiones). Ingenioso invento, ¿verdad? Pues así era Benito, con ojos de un azul desconocido en la isla, más propios de mares septentrionales y fríos, en los que abundan las largas sagas con guerreros melancólicos y sirenas de piel de nácar que susurran canciones de amor y muerte. A Benito había que quererle o dejarle, y yo elegí lo primero; Amber y Tom, también.

Se sentaron en ángulo recto —les parece más íntimo que frente a frente—, el muslo de Amber rozando el de Tom. Vinho verde para ella, agua con gas para él, navajas de Chile y erizos de mar, y luego la famosa platija al horno. Comentaron lo que habían visto: el escroto hidrópico de Colombani, la insólita ausencia de su sonrisa, que le daba el aspecto lastimado de alguien que ha dejado de creer en sí mismo, los orificios de bala y los pies desnudos, y uno de ellos con una etiqueta atada al dedo gordo.

—No sé cómo ha podido tener dos hijos con esa herramienta, es como derribar un muro con un palillo de dientes —dijo Tom.

—Puede ser algo que sucede al morirse, un daño colateral —propuso ella—. Nunca he visto un cadáver desnudo, ni de hombre ni de mujer.

—Tampoco yo —se sorprendió Tom, que acababa de darse cuenta de algo que no había visto nunca.

Si ya es difícil recordar lo que se ha visto, cuánto más lo que nunca se vio, pensaba Tom, mientras contemplaba las estrellas con mirada sombría.

La mano de Amber, bajo la mesa, se deslizó desde la rodilla de Tom, muslo arriba, y el dedo índice recorrió con suavidad y lentitud la bragueta. Tom dejó al instante de pensar en la muerte. Luego la mano se retiró y asomó encima del mantel.

—Yo diría que tú aún estás vivo, Tom.

—Vivito y coleando —se rio él.

Mucho *ars moriendi,* mucha consolación de la filosofía, pero luego

nadie te advierte de que se te congelará la sonrisa y se te hincharán los testículos, ni que la amedrentada polla retrocederá para buscar refugio dentro de tu cuerpo, absorbida por la vejiga, por la pastelera próstata o por los ávidos intestinos.

—Por eso no dejan que nadie vea cadáveres desnudos, salvo los agentes secretos —dijo Amber.

—Es que no interesa que se sepa, nos lo ocultan.

—¿Quién nos lo está ocultando?

—¡Ellos! Ya sabes, los mismos que niegan que haya platillos volantes o telepatía, los que quieren que sigamos creyendo que la Tierra es redonda y que los extraterrestres no existen, o afirman que no podemos tener visiones que vengan del futuro.

—Ah, ya: ellos, quién iba a ser —respondió Amber—, pero sabemos quiénes son, ¿verdad?

Los dos se rieron.

—Te he visto, por un instante, cara de miedo, como si creyeras que hablaba en serio. ¿Por lo del manicomio quizá? —preguntó él.

—De eso nada, agente Tyllett, sé que eres incapaz de hablar en serio.

Y sin embargo, existen cosas parecidas. En Byron había chavales que se tomaban un ácido y salían de su cuerpo para contemplarse desde el techo, en la iglesia de San Jorge hay quienes hablan con Dios (¡y les contesta!), en los bancos de Freeport hay inversores que gastan dinero de otros a partir de intuiciones, en Heaven Haven los turistas, cuando vuelven a su casa, creen a pies juntillas que han sido felices durante las vacaciones. No tenemos remedio.

Entonces —ya estaban doblando las mesas— se sentó cerca de ellos una pareja demasiado bien vestida para La Platija. Ella llevaba un traje de chaqueta blanco, con lo que suele llamarse un generoso escote, él iba con un traje color tabaco y una corbata amarillenta. Ella les pareció una profesional; él, un rentista arrogante. Ella pidió un dry martini; él, un Macallan doble con un solo hielo.

—Igual que Loyola —susurraron los dos a la vez.

—Se da un aire, si a Loyola le pusieran músculos y le quitaran treinta años —observó Amber.

Tenían razón: el mismo rostro impávido, la misma lentitud de movimientos, la misma altura y delgadez, y el hecho de que los dos provocaran una sensación de intranquilidad, como si tuvieran un plan

o protegieran un secreto.

—Benito está nervioso, quiere doblar todas las mesas esta noche —dijo Tom.

Amber le hizo a Benito el característico gesto internacional de escribir con una mano en el aire. Tom insistió en pagar, ella porfió, pero él recurrió a dos argumentos irrebatibles:

—No montemos la clásica discusión entre españoles. Lo más atractivo de mí es mi dinero, imagínate cómo será el resto.

—Eso ya lo he hecho. Ahora quiero verlo.

—Tápate los ojos cuando llegue el momento difícil.

Se fueron andando por el paseo marítimo hacia el rond-point de Robespierre.

—¿Adónde vamos? —preguntó Tom.

—*Chez moi,* por supuesto.

El episodio del dedo explorador había sorprendido a Tom —sin desagradarle lo más mínimo—, por juzgarlo fuera de carácter, como el actor que se sale de pronto de su personaje y habla como acostumbra a hacerlo con sus amigos. Igual que el público del teatro, cuando ella volvió a comportarse como exigía su personaje, Tom ya no sabía qué pensar. ¿Quién era la verdadera Amber? ¿La mujer impasible y modosa que él conocía, y que —por inexperiencia o nerviosismo— había fingido ser una devoradora de hombres? ¿O era una chica fácil en una edad difícil que, en horario laboral —para encubrirse, por precaución o para hacerse respetar—, se caracterizaba de impecable trabajadora ya resignada a quedarse para vestir santos?

Qué más daba, la presión del dedo deambulando sin prisa, como quien pasea por la playa, arriba y abajo por su bragueta, le había facilitado el camino hacia su dormitorio, en un apartamento espacioso, bien cuidado, con macetas de geranios, cortinas de rafia, un sofá Chesterfield y un sillón a juego (comprados de segunda mano), libros (Galdós, Gironella, Flaubert, Proust, Apollinaire, Jardiel Poncela) y elepés (Beatles, Beethoven, Jim Croce, Sex Pistols, Mozart).

Aquí somos eclécticos del mismo modo arbitrario que políglotas, y hablamos inglés y español, sin dejar de usar a nuestro antojo el portugués, el francés y el italiano.

Se besaron de pie en el salón. Amber se sirvió una ginebra, Tom le pidió un vaso de agua. Ella añadió un hielo y una rodajita de limón.

—Gracias —dijo Tom, y tras una pausa, añadió—: Fue por

ahorcamiento.

—¿Perdona?

—Mi suicidio, me ahorqué con una cuerda atada en la barra de la cortina de la ducha. Salté desde el borde de la bañera, la barra se partió en dos y me di un golpe en la cabeza contra el lavabo. Cuando me desperté, pensé que había muerto.

—No te he preguntado nada —dijo ella—. Y preferiría que no me lo hubieras contado.

—Desde ese día he creído que la muerte era esto: seguir viviendo, pero muerto por dentro. Hoy por primera vez me he convencido de que sigo vivo.

—Un momento oportuno, Tyllett, te necesito vivo esta noche. Tengo que hacerte una pregunta: ¿qué es lo que más te gusta de mi cuerpo?

—¿Tus ojos? ¿Tu sonrisa? ¿Tus piernas? No sé con qué acertar.

—No intentes quedar bien. Prueba con la verdad —sugirió ella.

—Me da vergüenza.

Ella se puso de espaldas y le animó:

—No te miro, venga, dilo.

—Tu culo —confesó él—. Me entusiasma tu culo.

—*Incredibile dictu* —exclamó Amber—. Será por su amplitud.

Se dio la vuelta y le abrazó. Se besaron. Todavía abrazados, Amber fue empujando a Tom (que mostró su torpeza para andar marcha atrás) hacia el dormitorio, donde aterrizaron en la cama.

Se desnudaron y Tom acarició sus axilas depiladas, aunque no a la cera, como también las piernas y el vello púbico, que había sido reducido a un modesto triángulo equilátero, dejando un granulado rosáceo y puntos negros en los bordes, sobre todo en las ingles. Él se sintió tan culpable que pasó la lengua por donde antes (¿esa misma mañana?) había transitado la hoja de la Gillette: el espacio entre el ombligo y la línea del vello (que había descendido varios centímetros para adaptarse a los bikinis que se empezaba a llevar), los discretos sobacos húmedos, que tan poca atención reciben; las tácitas ingles, los evidentes muslos y las recatadas pantorrillas. Amber empezaba a cansarse de aquellos lametones como de bulldog; Tom también se aburría, pero lo dio por bien empleado como expiación. Evitaba de intento sus pezones y sus labios vaginales, para dar testimonio, dedujo ella, de su benevolencia y de la autenticidad de sus sentimientos.

Alguien tenía que poner fin a aquella farsa, y fue Amber.

—Ponte tú encima —le dijo.

Él obedeció, recibió ayuda de la mano de Amber y así lograron acabar follando. Ella calculó que, menos de tres minutos más tarde, Tom estaba a punto de correrse. Demasiado excitado, pensó, o demasiado tiempo a solas, consolado por tristes trabajos manuales; así que empezó a jadear, y él pensó que ella estaba disfrutando de un placer que llevaba mucho tiempo sin experimentar, y se sintió tan orgulloso, que casi sin darse cuenta ya había eyaculado como quien se escurre por una rendija, mientras ella gemía con aplicación discipular. Así fue, visto y no visto.

Por lo menos Amber se lo ha pasado muy bien, pensó él.

Por lo menos Tom se ha corrido a gusto, pensó ella.

Se abrazaron y durmieron a pierna tendida.

Cuando se despertaron estaban muy separados: él boca abajo, ella boca arriba, tendida en forma de aspa.

6

Otra vez está en Byron, donde la asturiana Basilia, en una mesa desde la que puede vigilar el portal del número 9. Son casi las siete y media de la mañana, aún no ha amanecido; con el haz de luz de las farolas aparecen insectos voladores, sombras chinescas y solitarios cuerpos, opacos y alargados, que avanzan rasando la acera y la pared. Peter Doyle sabe esperar, la paciencia es una de sus herramientas de trabajo más valiosas; los profesionales nunca se apresuran.

Ayer esperó hasta las seis de la tarde en la misma mesa 5, donde la diligencia del joven Gabi garantizó un abastecimiento periódico de Macallan. La de los jugadores de birloque es la mesa 4. Después de comer había ido al Majestic. Trasladó la maleta del arma y las bolsas de ropa a su habitación, devolvió el Land Rover y fue en taxi hasta un concesionario donde vendían vehículos de segunda mano sin hacer demasiadas preguntas. Eligió un Seat 131 en buen estado, pagó con el dinero de Blake. El revólver lo conservó en el bolsillo, era un Colt Python de cañón corto (2,5 pulgadas), bien cuidado. Si algo saliera mal, tenía que poder defenderse. Pete no tenía dudas de que todo iría bien, siempre que supiera reaccionar con rapidez y precisión ante cualquier imprevisto. En el asunto Colombani no podía contar con Mozart. Él había impuesto la condición de actuar en solitario, en contra del criterio de la empresa. Al final aceptaron que fuera a la isla sin apoyo, pero se lo advirtieron: Estarás solo, si hay alguna emergencia, no llames a este número de teléfono, estará desconectado.

No importaba, él era un profesional, sabía cómo resolver los problemas, y cuando no encontrara solución, el Colt le brindaría esa salida honorable que, tras el mutis espectacular y nunca limpio ni aseado, nadie sabe adónde da. No estaba dispuesto a pasar el resto de

su vida en prisión, y mucho menos en la del Verraco.

Antes de las cinco de la tarde ya había vuelto a El Mirador para vigilar el portal. A las seis y diez salió del Hogar del Jubilado una mujer con el uniforme de las cuidadoras, pantalón y blusa azules, y zuecos blancos. No llevaba calcetines y se había recogido la melena negra en una fulgurante cola de caballo. Era de corta estatura y tenía la piel del moreno verdoso, aceitunado, propio de las gitanas. Sin embargo no llevaba nada de oro encima, ni un quilate de sonakay, salvo que lo tuviera oculto en la dentadura. Cruzó la plaza pisando con garbo, como si solicitara un relicario hecho con un trocito de capote.

—Ahí teneisla, la Micaela va a sacar el cubo —avisó Basilia.

Como no había ni pozo ni cubo a la vista, Doyle supuso que podía ser la persona que él esperaba.

Varias cabezas se giraron, se interrumpió la partida de birloque, y uno de los jugadores se levantó y se acercó a la cristalera, cerca de Pete.

—Esta chiquilla me ha robado el corazón —admitió, pegado al cristal para contemplar sus andares.

—¡Ay, Baldomero! Mira que te robará hasta los órganos internos, para trasplantes, en cuanto te descuides —le respondió otro jugador a su compañero.

—Sabe, amigo Baldo, que los gitanos son todos ladrones consumados *a nativitate* —corroboró un tercer jugador.

—Ya lo decía Cervantes, los gitanos y las gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones —certificó el que faltaba de los cuatro.

La chiquilla —que solo podía serlo a ojos del cándido Baldo— se acercaba a los cuarenta y era muy atractiva (Baldomero, el astuto anciano, camelaba lo que camelaba), tenía los sacáis negros y radiantes; las chuchái levantiscas, alborotadas, con el relieve de los pezones esculpido en la blusa; un bul que iba de lado a lado, como un metrónomo en un hipnótico tempo *allegro,* y las robustas pantorrillas de mujer acostumbrada a caminar demasiado, siempre con esa bolsa de tela que debía de pesar más que una alcuza. ¡Cómo no le iba a haber chorado el corazón al infeliz de Baldomero!

Le dejan que se lleve comida y otras cosas, por eso arrastra la bolsa, conjeturó Doyle: pan demasiado duro para los jubilados sin

dientes, trozos de carne, leche caducada, un termómetro, un tubo de aspirinas, pasteles desechados por los diabéticos..., todo para sus churumbeles, que sin duda lo necesitan mucho más que los globos oculares de Baldo, inservibles hasta para canicas, demasiado blandos y acuosos.

Entró, como Pete esperaba, en el portal, y salió cinco minutos después. El cubo de basura ya estaba en Tennyson Lane. A Doyle solo le quedaba averiguar a qué hora iba a recoger el cubo vacío. ¿Para qué necesitaba saberlo? Pues porque era un profesional.

Micaela se dirigió con su pesada bolsa, como avanza la mujer con alcuza de Dámaso Alonso, entre caballones de tierra, que ya no cabrán en las sepulturas; entre vidas interrumpidas hacia la parada de autobuses, donde se subió al L20, que llevaba a las barriadas del sureste, La Espuela, El Arenal, La Coscorra y otras parecidas. Tardaría en llegar a su casa casi una hora.

Doyle pensó que así, por un motivo o por otro, son siempre nuestras breves y rematadas vidas.

Ahora está en la misma mesa 5. A los jugadores de birloque no se les espera hasta la tarde, cuando les reciben con el tapete puesto en su mesa 4. Y con todo, acaba de entrar Baldomero por esa puerta, y se sienta en un taburete de la barra. ¿Solo para ver pasar otra vez el oscilante metrónomo de Micaela? ¿Solo para admirar a la (sin ninguna duda) dueña de su (también sin duda) escaso albedrío, a sus anchas, sin las interjecciones, apostillas, improperios y salidas de pata de banco de sus compañeros de birloque? Pete no sabía el motivo, ni sentía curiosidad por conocerlo; pero se preguntaba qué nublada forma de felicidad obtenía Baldo de la tesitura en la que él mismo se había puesto.

Si eso era amor, entonces el amor es una hipótesis que Doyle nunca ha considerado necesaria, como afirman —a partir de Laplace— los científicos acerca de Dios. ¿Eso quería decir que el amor era Dios? No, él no incurría en falacias lógicas, había estudiado en Harvard. Solo implicaba, a su parecer, que ambos, Dios y el amor, eran igualmente innecesarios e hipotéticos, como también les sucede a los

aguacates, a los calcetines con dedos, al incómodo hábito de decir siempre toda la verdad, al trabajo en equipo, a las yogurteras y a los destinos trágicos. Por no hablar de la leche de soja, que está en otra división: pertenece a la categoría de las entelequias. Como si la soja tuviera tetas.

Su atención está enfocada en la parada del L20, que inicia trayecto y rinde viaje en la plaza. Allí la ve descender del autobús, con su uniforme de cuidadora y con la bolsa de tela vacía, asomando en el bolsillo derecho de la blusa. Había acertado, al salir del trabajo estará llena. Micaela cruza la plaza a pasitrote, pero no hacia el portal; antes de que él pueda darse cuenta, ya está dentro del bar y da los buenos días. Al saludo solo responden Basilia y Baldomero. Los demás, como quien oye llover. Quién mira para otro lado, quién teme que le ofrezca un ramito de romero, leerle la mano o venderle una sortija; quién arruga la nariz, como si le hubiera alcanzado una vaharada de agua residual, de pachuli o de cuero artesano de Marruecos.

Se dirige al extremo de la barra, sola, serena, sin mirar a nadie.

—¿Qué tal estás, Mica? —pregunta Basilia, apoyando las palmas de las manos en el mostrador.

—No me quejo, tengo trabajo y los chicos estudian.

—Alégrome mucho. ¿Lo de siempre?

—Lo de siempre —responde Micaela con una sonrisa—. Gracias, Basi.

Le sirve un café con leche y un bollu preñau. Micaela mira cada pocos minutos el pequeño reloj de plástico que lleva en la muñeca izquierda. Baldo la contempla de hito en hito, aunque si ella vuelve la cara hacia él, Baldo aparta la mirada y bebe a sorbitos su anís de Rute. Doyle se pregunta si la esquiva a causa de la célebre timidez de los enamorados (¡a sus años!) o para que nadie le censure o se ría de él por mostrar simpatía a la gitana. Doyle apenas la mira, pero cuando lo hace pone toda su atención en ella, es su método, está entrenado para observar sin que nadie se aperciba de ello. Micaela tiene prisa (sigue mirando el reloj), pero come despacio, para que nadie note cuánta hambre tiene. Está acostumbrada a ser mal recibida, a tener que apartarse, a hacerse a un lado, a ceder el paso, a no levantar la voz, pero nunca a agachar la cabeza. Eso ya no. Doyle comprende el orgullo que siente por ser gitana, por su melena negra como el carbón, sus ojos pintados, su piel oscura y el discreto aro de plata que lleva en

una oreja. Soporta las miradas de los otros y por eso mismo siente más orgullo de ser gitana. Al mismo tiempo, piensa Doyle, está orgullosa de no ser gitana, de trabajar en un empleo agotador y mal pagado, de que sus hijos estudien, de no haber robado nada en su vida, de no haber aceptado dinero fácil y de haber cogido puerta, abandonando a su marido gitano y llevándose a los niños.

Orgullosa de ser y también de no ser, de una cosa y de la contraria, igual que Doyle quiere hacer lo que hace y también odia lo que hace, porque así somos (y no somos) las personas.

Micaela paga, tenía el dinero contado de antemano, listo en un bolsillo de la blusa; en el otro había apartado veinte centavos de propina. Basilia le da las gracias y añade:

—Este va a cuenta de la casa —le sirve un chupito de Quitaquebrantos.

Se lo bebe de un trago.

—Gracias, Basi, hasta mañana.

—Hasta mañana, Mica.

—¡Adiós! —se despide el enamorado Baldomero, con un lamento lúgubre, como si la separación de la gitana le rasgara las más escondidas entretelas.

Micaela aprieta el paso hasta llegar al portal para recoger el cubo. Tarda en salir, estará limpiado las escaleras y el portal. Poco antes de las diez cruza la plaza hasta el Hogar del Jubilado.

Doyle le pregunta a Basilia si Micaela viene todos los días, y ella responde que como un reloj, de lunes a viernes. Añade que es una mujer muy buena y muy trabajadora.

—Así me lo ha parecido —responde Pete—, y si usted no lo considera mal, me gustaría dejarle el chupito pagado para la semana que viene.

Él pone cinco dragones sobre la barra: ella, cara de desconfianza.

—No se moleste, invítola yo de buena gana.

—Con una condición —aclara él, que ha advertido la suspicacia de Basilia—, que ella no sepa que la invito, como si fuera cosa suya.

—De acuerdo —cede la asturiana, una vez despejadas sus sospechas, que no debían de ser muchas ni graves.

Detrás de una barra se aprende a conocer a las personas, y Doyle no le parecía un hombre particularmente interesado en las mujeres muy buenas y muy trabajadoras.

Doyle paga lo que debe y deja una generosa propina.

Da un paseo lento alrededor de la plaza. Ya han montado el armazón de la tribuna desde la que Joe Colombani arengará a los abúlicos jubilados. Cuando pongan telas con la bandera, guirnaldas y flores, ya no se parecerá tanto a un patíbulo. Pete está tomando medidas que apunta en su libreta. Cuenta pasos, calcula alturas, localiza posibles obstáculos para un disparo perfecto.

Cuando llega al Majestic duerme durante una hora. Se acuesta desnudo sobre la ropa de cama. Boca arriba, con los pies juntos y las manos enlazadas, parece un *corpore insepulto*. Siempre duerme así, siempre se despierta a la hora en que ha decidido hacerlo, está bien entrenado. A los treinta minutos, en el meridiano de su sueño, tiene una erección descomedida, casi insensata. La polla es muy ancha, pero tan larga —un centímetro más de los codiciados veinte— que parece esbelta como un obelisco o la columna de Nelson en Trafalgar Square, con una leve curvatura (que debe de provocar mucho placer en sus parejas) y un glande enorme y carmesí, con iridiscencias nacaradas, grises y rojizas. La tensión que hincha las venas es semejante a la de una mancuerda o a la de la driza de la mayor en un buque a toda vela. La base del pétreo monumento son unos testículos encogidos y apelmazados, duros y apretados contra el perineo, pesados como pelotas de golf.

La erección empieza a ceder cinco minutos antes de que se despierte de golpe, sobresaltado por un sueño con blancos, tentadores y repelentes cochinillos crudos y desnudos. Nunca recuerda nada más.

Era un señor pollón, un cipote cipayo, una fuerza de la naturaleza, una contundente tranca, una herramienta de minero, forjada para extraer piedras preciosas de la más enjuta y severa roca. Era un nabo difícil de olvidar, aunque solo hacía acto de presencia cuando Doyle estaba dormido. Padecía una afección —bastante psiquiátrica, supongo— que los matasanos llamaban erección sonámbula; en pocas palabras, solo se le ponía dura mientras estaba roque.

En cuanto se despertaba, no tenía nada más que una pija en

reposo; de respetable tamaño, eso sí; un péndulo inerte, un badajo sin campana, una plomada que caía en busca de la vertical; y ya no había poder sobre la tierra ni intimidación ni halago ni maniobras o manipulaciones, ni conjuros o rogativas, capaces de izar aquel inservible tasajo de carne yerta.

Y que sirva de aviso a navegantes (en procelosas aguas), si se le despertaba, entraba en shock, en pleno choque de trenes, con el resultado menos apetecido: arriaba la vela hasta convertirla en una regordeta e inocua morcilla de Burgos; y el sujeto, desorientado, derramando lágrimas, ¡menudo panorama! Según la opinión de los facultativos, hay pocas disfunciones eréctiles tan torturantes. Ya lo sabíamos, todo tiene sus pegas: un hombre guapo y atlético, con un pollón, cuando está empalmado es algo saludable, muy positivo; pero si solo ocurre en sueños, se convierte en un calvario, y bastante contraproducente, como suele decirse. Algo semejante a que te ofrezcan la resurrección a cambio de olvidar quién habías sido. En otras palabras, un timo, una trapaza o una baratería.

Pete se ducha, se afeita y, con las medidas tomadas en Byron, y sabiendo la altura de Colombani (la misma que la suya, uno noventa), calcula el ángulo exacto de disparo. Se perfuma (me había olvidado de mencionar que también compró en John Donne un bote de agua de lavanda Yardley), y se pone el traje color tabaco, camisa blanca y una corbata azul.

Algunas veces se despertaba salpicado por una polución nocturna de la que no recordaba haber obtenido ningún placer. Al principio quiso creer que no había encontrado a la mujer adecuada, esa única fabricada para él, esa ella por antonomasia que sería capaz de hacerle sentir la alegría de correrse despierto y con una mujer que no existiera solo dentro de su cabeza.

Había sufrido desde su adolescencia. Notaba la compasión que

inspiraba en las chicas, y también su necesidad, apremiante, de apartarse de él. Se iba convirtiendo en un joven sombrío, solitario, con grandes dificultades y ningunas ganas de relacionarse con nadie, fuera hombre o mujer (también había probado con muchachos entusiastas y sentimentales, pero fue que nones, ese no era el problema). Mi vida es un erial, se repetía (tras leer a Bécquer), y se preguntaba adónde iba y de dónde venía. Según el poeta sevillano (una lectura insólita para un chaval de Missouri), los despojos de un alma hecha jirones indicaban el camino que conducía a su cuna. En cuanto a su destino:

> En donde esté una piedra solitaria
> sin inscripción alguna,
> donde habite el olvido,
> allí estará mi tumba.

En esas andaba, y cuando a un joven alto y musculoso le da por engolfarse en las rimas de Bécquer, sus padres, amigos y profesores harían muy bien en llevarse las manos a la cabeza, pero se ve que no percibieron esta evidente señal de alarma, y Pete se alistó en los marines.

En el campamento, en Texas, sus instructores se dieron cuenta de sus cualidades: su valor, su eficacia, su puntería y la frialdad con la que podían convertirlo en un arma de destrucción más selectiva que masiva. Le ofrecieron un contrato por cuatro años, pasados los cuales recibiría ayuda para estudiar. Así fue a Harvard, donde nunca llegó a conocer a Colombani.

Entró en los cuerpos especiales, donde le diagnosticaron la penosa impotencia en vigilia —así lo llamaron—, sin darle ningún tratamiento: le aconsejaron que aprendiera a vivir así.

Pete no se desesperó, se dijo que encontraría una solución.

Pase lo que pase, siempre encontramos una solución, incluso sin buscarla, lo que ya debería habernos hecho sospechar de nuestras soluciones, que se limitan a sustituir un problema por otro, no pocas veces de mayor tamaño.

Cuando menos lo esperaba, le salió al paso su correspondiente solución: el dolor de otra persona.

En Vietnam era no solo fácil, sino también necesario, humillar y hacer daño. Cuando Doyle capturaba e interrogaba a campesinas

espías del Vietcong, descubrió que se le ponía dura. Estaba salvado.

A las chicas de la High School, llenas de compasión y deseando alejarse de él, había sentido ganas de castigarlas, de provocar dolor, de verlas llorar y de que sintieran miedo. Alguien tenía que tener la culpa de su sufrimiento, razonaba él, como hace hoy en día todo el mundo —había leído, además de a Bécquer, a Nietzsche: yo sufro, por lo tanto alguien tiene que tener la culpa—, pero se reprimió, eran vecinas de su pueblo, conocía a sus padres, había vendido con ellas galletas y vasos de limonada para la fiesta de graduación. En la guerra en cambio, frente a taimadas asiáticas, enemigas y comunistas, no había necesidad de miramientos, y además era un acto de servicio a la patria.

De vuelta en su país, cumplido su contrato, declinó la oferta de reengancharse: quería ir a la universidad. Estudió lenguas clásicas en Harvard. Las estudiantes de clase alta le parecieron lo que por lo general eran: preciosas ridículas, señoritas del pan pringado, ensoberbecidas y malévolas. Y por si fuera poco, jóvenes. Las jóvenes ya no eran para él más que borradores de mujeres, prefería esperar a que estuvieran pasadas a limpio, después de los cuarenta, en edición corregida y aumentada. Las profesionales de la Combat Zone de Boston, bienintencionadas y calculadoras, tampoco le dieron lo que buscaba: sabían fingir dolor (pero él necesitaba el dolor real), o dejarse hacer daño de verdad (a otro precio), lo que tampoco le resultaba satisfactorio, porque sufrían por una causa, igual que los marines, aunque ellas lo hicieran por el dinero y ellos por el dinero y por la patria.

Como suele suceder, la solución se había convertido en otro problema. No quería hacer daño ni humillar a nadie. No se puede negar que, a su manera, poseía algo semejante a una conciencia, así que se resignó, como Propercio en una de sus elegías: *Liber eram et vacuo meditabar vivere lecto,* era libre y pensaba vivir en una cama vacía.

Entonces le abordó Mozart Contractors y, empujado por un viento salvaje, se dejó llevar a una vida remota y peligrosa, y se convirtió en un profesional, sin perjuicio de que a menudo su trabajo le ofreciera pequeñas recompensas, como en el caso de la jueza de Berna.

Camina por el paseo marítimo. Le gusta ir bien vestido, y el día es soleado, con una brisa alegre. La ve de espaldas y sabe que es ella. Así son los enamorados, sean asesinos o tipos como Baldomero. Una falda roja de tela ligera se agita como si fuera un pétalo, pero ella no da la sensación de fragilidad de un tallo de flor, sino la de dureza serena de un tronco de pino. Mientras él se acerca, ella permanece inmóvil, y cuando está a dos metros, la mujer del aeropuerto se vuelve en redondo. ¿Había percibido su presencia por medios paranormales, había utilizado un espejo de maquillaje o era pura casualidad? Doyle piensa que es una casualidad, en la que no cree; porque para él no es más que la forma en que el destino acostumbra a manifestarse, obra de las hilanderas Moiras o del *fatum* ineludible, lo ya dicho (el fatum), el tejido (por tres parcas) argumento de nuestras vidas. Cloto, Láquesis y Átropos: una hilaba, la otra devanaba y la tercera cortaba el hilo.

Él la saluda en francés, aunque está convencido de que es española o italiana. Lleva otra chaqueta de traje, ahora anaranjada, con el mismo escote turbador. Ella le saluda sin sonreír, y le aconseja que no vuelva a disfrazarse: está usted mejor tal y como es. Tras una vacilación añade:

—¿O es ahora cuando está disfrazado?

—También ahora, pero hoy me parezco más al que querría ser.

Hablan en francés, quizá porque es un idioma en el que resulta cómodo hablar de usted. Les gusta guardar las distancias. Pete se presenta como Marc Opinel, ella dice ser Corinne Éluard, y ambos deciden tratarse por los apellidos. Él se disculpa por su atrevimiento al invitarla a un *apéro* —quizá la elección de la palabra aperitivo delataba su deseo de una subsiguiente comida—; ella acepta, ya que, según revela, no tiene nada mejor que hacer. La lleva a la lujosa terraza del Tivoli; Mademoiselle Éluard pide un dry martini; Monsieur Opinel, un Macallan doble con un hielo. De una cosa está seguro Doyle: francesa no es. Si a eso vamos, él tampoco. Corinne nunca sonríe ni tiene nada que decir. Pete también habla poco y la observa. Ella tiende a ofrecerle su rostro de perfil, mira al mar, al cielo despejado, un velero; cormoranes en las rocas, entregados a sus tareas de vigilancia costera (bañistas en bikini, amantes tras los arbustos,

salvamento de náufragos); un solemne séquito de albatros que escolta a un crucero de línea hacia el puerto; en fin, las cosas que se ven en el océano desde la orilla, tan semejantes y tan distintas de las que aparecen en la ventanilla al atravesar el campo en autobús. Supongo, en la isla no disfrutamos de las fabulosas ventajas de viajar en tren.

De otra cosa está seguro: no se llama Éluard. Ni él Opinel. Nada es del todo mentira ni del todo verdad. No importa, a los dos les gusta así. Doyle mira el cigarrillo entre sus anchos dedos con uñas tan recortadas, el humo que roza su frente, y sus ojos que brillan como piedras preciosas, casi con perversidad.

El camarero les pregunta si quieren otra copa. Luego pregunta si comerán en la terraza. A una mirada interrogativa de Monsieur, Mademoiselle responde con un gesto afirmativo casi imperceptible.

Gozan de una conversación inexistente. Una ola grande, dice ella. Sí, esplendida ola, confirma él. No hace frío, propone Monsieur. Cierto, no lo hace, corrobora Mademoiselle. Un buque inmóvil, señala ella. Espera al práctico para entrar a puerto, sugiere él. Y así todo: están callados para que no hable su oscuro deseo, que no se debe nombrar; los dos conocen lo que decía Apollinaire: *l'amour dont je souffre est une maladie honteuse.* El amor que sufro es una enfermedad vergonzosa.

En español la *maladie honteuse* se llama enfermedad secreta, porque se contrae en secreto. También es eso el amor, una enfermedad secreta (o venérea).

Después de la comida, Doyle pregunta:

—*Voulez-vous faire une sieste?*

—*Mais oui.*

—*Avec moi?*

—*Pourquoi pas?*

El buque ya está en movimiento, en manos del práctico que le guiará en la maniobra de atraque.

Ella invita a Monsieur Opinel a su habitación del Tivoli. Deja su bolso en un sofá y le indica a Monsieur que se siente en la cama. Corinne saca del armario un maletín negro que, aunque más pequeño, se parece al que Pete tiene en su habitación del Majestic. Lo deja en el sofá. Ni una sonrisa ni un beso ni un abrazo: le ordena que se quite los zapatos, los calcetines, los pantalones y los calzoncillos. Él se queda de pie, desnudo de cintura para abajo. Ella contempla sin interés la

impasible y voluminosa polla.

—¿Eso sirve para algo? —pregunta ella—. Parece de adorno, igual que la corbata.

—Lleva su tiempo —alega él, que se siente humillado.

Doyle se la sacude con la mano, pero sabe que no servirá de nada. Lo que necesita es darle a ella un puñetazo, hacerla llorar, verla sufrir.

Corinne observa la aflicción de Monsieur Opinel y abre el maletín negro.

—No sea escolar, deje usted de tocarse —le regaña—. Y quítese el resto de la ropa.

Mademoiselle saca unas esposas del maletín y le pide que se ponga de espaldas. Doyle podría haberse resistido sin dificultad, pero no lo hace. Una vez esposado, ella se aprieta contra su espalda. Le coge la polla en el puño cerrado hasta hacerle daño; entonces el bibelot, el objeto decorativo, se endereza y adquiere consistencia poco a poco. Con la otra mano le espachurra los testículos hasta que él da un grito de dolor. Ella aumenta la presión y pregunta:

—¿Duele, Monsieur?

—Duele, Mademoiselle.

—Usted se lo merece.

Doyle está de acuerdo; por primera vez, despierto, tiene una erección sin hacer daño a nadie.

—Dese la vuelta, Monsieur.

Ella contempla el obelisco y le empuja para que se tumbe en la cama. Mientras contempla a Doyle, se quita la ropa. A él ahora no le cabe duda de que es portuguesa: pelos en las piernas y en los sobacos, y un arbusto parecido a la raya, que es un pez romboidal. Una estilizada cabeza en el ombligo, que se va ensanchando en forma de triángulo hasta que alcanza su máxima anchura, y luego desciende entre los muslos, en un triángulo invertido con una larga cola (como la de la cometa de un niño) que se introduce entre sus nalgas.

Mademoiselle acerca la mano al vigoroso pollón, sujeta el índice con el pulgar, y lo suelta de golpe, restallante, para que golpee en el capullo. A él se le escapa un aullido. Ella sigue repitiendo los golpes. Él se estira, intenta mover las manos esposadas y patalea. Sin embargo, los aullidos se van convirtiendo en gemidos de placer; y en ese momento ella se detiene.

—Es usted un *véritable cochon,* ¿lo sabía? —le dice.

Monsieur asiente con la cabeza y cierra los ojos. El hombre libre del lecho vacío se siente feliz: le ha salido al paso la solución al problema creado por otra solución. Nunca había sospechado que el propio dolor pudiera provocar tanto placer como el ajeno.

O dicho de otra forma, el problema de una persona es la solución para otra, y viceversa. ¿Es así como vivimos? ¿Es así el amor, siempre hay un roto para un descosido?

Corinne sube a horcajadas sobre él y se frota el coño contra su polla. Él siente el latido de los húmedos labios voraces. Ella se desliza a lo largo de la dura y tensa tranca, hasta que se detiene, y se incorpora, apartándose. Entonces le da un violento puñetazo en el glande.

Doyle siente miedo. ¿Y si una de las mujeres a las que ha agredido le está tendiendo una trampa? Al fin y al cabo, no sabe nada de Mademoiselle Éluard. Piensa que podría morir, y no le importa demasiado.

Es cierto que alguna vez le había pasado por la cabeza el deseo de morirse, nunca por desesperación, sino por simple curiosidad. Había visto morir a demasiada gente.

Ella (que en realidad se llama Corina de Sousa) se introduce con una mano el poco manejable cipote del que para ella es Marc Opinel.

Poco después el obelisco estalla en un surtidor, y la raya salta fuera del agua, aletea, y se eleva hacia el cielo, como la cometa del niño solitario en la playa vacía.

7

Ginés Loyola desayuna en el Eden's Inn, huevos revueltos con criadillas de lirón careto, de dos de ellos, pues estas criaturas no tienen los testículos muy voluminosos, como consecuencia de su costumbre de no madrugar nunca; café y chupito de Bushmills, un trago muy apreciado incluso allende la verde Erin.

La conversación entre los parroquianos aún dilucida la trayectoria de los proyectiles y el número de tiradores, pero se han añadido intrincados puntos de doctrina, que siempre provocan acaloradas discusiones entre anglicanos y católicos sobre el perdón de los pecados y la indisolubilidad del matrimonio. El bebedor matutino de Ahí-te-pudras afirma que Colombani llegó al hospital con un hálito de vida.

—Me consta que murió confesado, comulgado y ungido —proclama este hombre seco y arrugado que se llama Sean Silver, avaro de corazón y de manos grandes y ásperas, semejantes a los compactos terrones que el arado aparta a su paso.

—¿Se confesó con la mitad del cerebro rodando por el suelo? —objeta Eleanor, en la pequeña mesa detrás de Sean Silver.

—Digo más: fue absuelto, aplicando Nicea, codicilo 32, señora. Nos falta formación.

—Usted disimule, caballero, que una es honrada.

Dice verdades a medias, como hacemos los demás, es una mujer fabricada a partir de los restos de un antiguo esplendor, se ha visto en malos pasos y apurados trances, fue una joven *avec des parcours de vie difficiles,* le habían roto el corazón, cuando todavía era rompible, cuando aún creía en sí misma; ahora deposita sus esperanzas en la saludable embriaguez que otorga el whiskey de Irlanda. A Peter Doyle le habría gustado, no a pesar de, sino por sus tetas como hogazas de harina mal cernida, su culo de rinoceronta y esas piernas varicosas que ella luce con gracioso desenfado.

—Un punto de contrición da al alma su salvación —propone Sean

Silver.

—Lo pone en el periódico —afirma blandiendo como prueba el *Dragonera Daily,* y empieza a leer en voz alta—: el cuerpo del prócer fue ungido con santos óleos en la frente, por los malos pensamientos que hubiera podido albergar; en los labios, por las palabras ofensivas que quizá hubiese pronunciado en algún arrebato; en el corazón, por si hubiera sido en ocasiones un témpano con su prójimo; en las manos, que pudieran haber tocado lo que no debían; en el vientre, por sus acaso furiosas, ingobernables pasiones intestinas; en los pies (que al morir aumentan de tamaño minuto a minuto), por si le hubieran conducido tal o cual vez, ligeros, alados, con pecaminosa impaciencia, hacia los amenos lugares donde residen las peores y más alambicadas tentaciones... O sea, lo dice el periódico: se fue a la eternidad desembarazado de la onerosa carga de una vida humana. ¿Quién aguanta semejante peso? Partió desnudo, ingrávido, sin pensamientos, igualito que una nube de algodón, y afirmo que, en lo que me acabo el chupito, ya estará gozando de la presencia del Señor.

—Amén —dice Sean Silver, que ya cojea hacia la barra para pedir una copa.

Con un gesto, Loyola también pide un Bushmills.

Hay que ver cuánto disfrutaba este hombre de la comunicación por señas. Y a menudo del silencio. Nunca pidas otra copa, solía aconsejarme, pide siempre una copa, nadie tiene por qué enterarse de que no es la primera. No hay por qué dar tres cuartos al pregonero.

—¡Marchando! —anuncia Molly.

—¿Y tú qué piensas, Molly? —pregunta Loyola con el primer trago de Bushmills.

—Está en el otro mundo con la piedra de sus pecados a la espalda.

—¿Como Sísifo? —pregunta Ginés.

—Tal cual. El pecado vuelve siempre, es como un pariente pobre, hay que subirlo hasta la cima, una y otra vez, una y otra vez, en cuanto la carne resucita.

Loyola se queda pensando en los parientes pobres. Tiene un primo en Misty Cape, al que envía algo de dinero un par de veces al año; es encofrador en construcciones del ejército, y al parecer pobre, pero no da ninguna lata, nunca vuelve y siempre agradece por escrito sus donaciones. Lo que le mortifica es la prepotencia sexual y

financiera de Lady Eve, su única pariente rica. Él es un católico sin entusiasmo, pero acepta que hay cosas que no se pueden deshacer, actos irrevocables, decisiones que no tienen marcha atrás. El matrimonio, por ejemplo. ¿No es el amor la voluntad de seguir queriendo a esa persona con la que te has comprometido, incluso cuando ya no la quieres, ni ella a ti? ¿No es ese el único argumento del amor, luchar por el amor, querer seguir queriendo? Así lo ve Loyola, el matrimonio no es un terrón de azúcar que pueda disolverse en el café. Eso, ni por pienso, se repite siempre a sí mismo.

Como católico, si bien con poca exaltación, acepta el pecado, y cree más en la culpa que en el perdón. Considera que el matrimonio es como el sacerdocio, imprime carácter, ¿acaso quienes lo profesan dejan de ser esposa y esposo por haber pecado, por dejar de quererse o por no soportarse el uno al otro? Ni que fuéramos protestantes, añade para sí mismo.

Al salir del Eden's Inn, el cielo tiene el color de una torre de iglesia de pequeño pueblo, ese gris sucio y sobado, conseguido por la incuria, la intemperie y las deyecciones de las palomas; se levanta un viento regañón y Loyola se sube las solapas de la gabardina. Al entrar en Stray Street, cae en la cuenta de que es viernes, así que se disipan las nubes, el viento amaina y aparece el sol.

Los viernes son días especiales en la rutina de Bleak House, hay más animación, Loyola llama gente joven a Amber y Tom (a ver qué opina la gente joven, le dice a la Tante), lee algún verso en voz alta (pienso, cual tú, que una oda solo es buena de un billete de banco al dorso escrita) y le dirige miradas soñadoras o nostálgicas a Tante Juani (que se pone más carmín en los labios que de costumbre).

—Los viernes son la caraba —dice Loyola, satisfecho.

—La felicidad flota en el ambiente —responde Amber, con el atolondramiento de poeta menor de cualquier antología.

—Miss Navel, la felicidad tiene demasiado peso, se hundiría —corrige Ginés—. Lo único que flota, porque tiene menos densidad que el aire, es la desesperanza.

Y quizá estuviera en lo cierto. Que los adultos pongamos tanta ilusión, y tan infantil, en dos días libres, solo pregona la precariedad y la ausencia de esperanza en las que hemos aceptado vivir, y lo poco que sabemos de nosotros mismos, o lo que hemos preferido ignorar de nuestros deseos. Sin embargo, los viernes todo parece posible, son

como unas breves navidades semanales, y todos nos queremos más de la cuenta, sin que nos importe un maravedí que no sea verdad. ¿Quién no ruega, como en Johnny Guitar: *lie to me, tell me you love me?* Miénteme, dime que me quieres. La vi con Annie en el cine Roxi, y ella me repitió la frase muchas veces en broma, y más tarde, una sola vez, cuando ya no la quería, la pronunció en serio al despedirnos, y al escuchar mi respuesta *(I still love you like you love me,* todavía te quiero como tú me quieres), sus lágrimas mojaban con suavidad sus pestañas y su hermosa sonrisa, era como un arcoíris, el sol entre la lluvia, casi volví a quererla. Solo casi. Solo eso. Nunca lo suficiente. No sé si entonces Annie era feliz con lágrimas o desdichada con una sonrisa. Lo que quiero decir —me voy por las ramas, en lugar de árbol adentro, hacia las raíces— es que, en la Casa Desolada, los viernes, todos fingían que acababan de renacer; unos por nostalgia feroz hacia su infancia; otros por incurable rencor hacia su niñez.

La Tante no recuerda a su madre. Loyola nunca ha querido ser como su padre, aunque ahora se da cuenta de que se parece demasiado a él. La gente joven, como los llama Ginés los viernes, están convencidos de que en realidad sus padres no forman parte de sus vidas. Se consideran independientes, le pasa a todo el mundo, hasta que llega un día en que los padres y las madres reaparecen, fantasmas del pasado que transitan de noche por nuestros pasillos y nuestros recuerdos, arrastrando sus cadenas, sus reproches y sus lamentos.

Ginés había planeado su vida con el único propósito de no ser como su padre. Por eso se había hecho militar; cualquier cosa antes que convertirse en un severo profesor de lenguas clásicas. Por eso se había convertido al catolicismo, nada le provocaba tanto desaliento como el rigor fariseo y complaciente de la Iglesia de Inglaterra. Su infancia estuvo llena de miedo. Su padre era el director de Clifford School y, a la vuelta de los años, esa vida dedicada a alejarse de él le había devuelto a aquellas aulas con techos demasiado altos y a esos dormitorios helados en los que había un vigilante nocturno que se encargaba de que durmieran con las manos a la vista, siempre por encima de la manta. Tardó mucho tiempo en comprender el motivo de una prohibición tan drástica como estrambótica, y cuando lo hizo, le pareció una perversidad imperdonable. Pasaba los fines de semana en casa, con sus padres, pero el lunes volvía a Clifford, bajo la mirada

severa de su padre, que al atardecer se despedía con un apretón de manos, y le dejaba solo, y él se iba a su litera, en la que apriscaba sus temores y sus tristezas. Pensaba que tenía dos padres, o que su padre era dos personas distintas: el implacable director de Clifford School y el apacible caballero que le enseñó a jugar al ajedrez y a montar en bicicleta.

Ginés recibe una llamada de Alton-Powers. La Tante ya ha recibido otra de Miss Lullaby. Los dos comerán fuera otra vez. Después Ginés convoca a todos mediante un gesto.

—La Tante ha hecho arduas pesquisas sobre el inicuo Eagleton —anuncia.

—El tipo será todo lo británico que quiera, pero lleva media vida trabajando para la Unión Soviética —informa Tante Juani.

Hay gestos de sorpresa, miradas incrédulas, ademanes impacientes.

—¿Qué clase de trabajo? —pregunta Amber.

—Plástico —revela la Tante.

—¿Plástico? —se asombra Tom.

—Polímeros orgánicos, por lo común a partir de derivados del petróleo —explica Loyola.

—Ya sé lo que es el plástico —protesta el susceptible Tom.

—Ni se imagina lo que se puede hacer con el plástico, Tyllett —insiste Ginés—. Piezas de motores, juguetes, aparatos electrónicos y eléctricos, carrocerías, tuberías, maletas, peines, bolsas, en fin, la intemerata.

—Incluso condones —aporta Tom.

—No, eso no. Son de látex casi siempre —le corrige la Tante.

—¿Y qué tienen que ver la Unión Soviética, Eagleton y el plástico? —pregunta Amber.

—Las escuelas, Miss Navel —responde Loyola—. Piense en lo que vale la concesión del mobiliario escolar en tres repúblicas soviéticas, la madre Rusia, la escurridiza Ucrania y Georgia, la indómita y melancólica Georgia. Cientos de miles de pupitres, sillas y estanterías, todo de plástico, para los más pequeños, por su propia seguridad.

—¿Lo transportan en barco?

—La mayoría no, utilizan trenes y camiones, y algún avión de carga —aclara la Tante.

—¿Entonces? —Tom no acaba de entenderlo.

—Entonces ahora entramos en un escenario de guerra fría —interrumpe Loyola con voz grave—. El amigo de los soviéticos, que le han hecho millonario, podría sentir otra lealtad diferente de la que sienta por la Gran Bretaña. Al fin y al cabo, estudió en Cambridge, lo mismo que Philby, Burgess y Maclean, y los tres espiaron para los soviéticos.

En ese momento en la Casa Desolada solo conocían a tres de los que luego fueron los cinco de Cambridge. Anthony Blunt fue denunciado en 1964, pero se le concedió inmunidad a cambio de colaboración, y se mantuvo en secreto hasta que Margaret Thatcher lo hizo público en noviembre de 1979. Al fin y al cabo, era director de la pinacoteca real y tenía un título de Sir. La identidad del quinto hombre, John Cairncross, no se reveló hasta 1990, aunque ya había sido descubierto en 1951.

El escenario de guerra fría expuesto por Loyola conmueve el ánimo de los presentes, a quienes asaltan imágenes de misiles nucleares, persecuciones por alcantarillas, agentes abatidos a tiros en el Checkpoint Charlie y el holocausto nuclear a la vuelta de la esquina. En tales circunstancias, cualquier paso en falso puede acabar con la vida en el planeta, así que tienen que ir con pies de plomo y sienten sobre sus hombros una tremenda y halagadora responsabilidad. Salvar el mundo, ni más ni menos.

—Ataremos cabos —se despide Loyola—. Nos vemos en el jolgorio.

Se refiere al esperado jolgorio de los viernes, que no es un piscolabis laboral, ni tampoco llega a festiva cuchipanda; se queda en bulliciosa y modesta jarana que precede a los dos días libres.

Baja las escaleras de dos en dos, con un trote escolar, y abre la puerta de golpe, justo a tiempo de ver un sol sonrosado; pero en cuanto pone un pie en la calle, ahí está: es esa turbia nube gris que le cubre solo a él, en los momentos de desánimo, como la que cubría, para protegerlos, a los héroes homéricos; y le envuelve en la pegajosa humedad de la desesperanza, tan liviana que flota en el viento que viene del océano.

Ha citado a Alton-Powers en La Madelón, un sitio, recomendado por Tyllett, donde abundan perendengues y requilorios, y que responde a la idea del lujo que solo se hacen los impresionables pazguatos como Tom Tyllett. Se sienta en la barra a fumar su tabaco

de picadura, a beber whisky y a quemarse la corbata verdosa; no espera que Sir Anthony sea puntual, a él no le basta con llegar a una cita, necesita irrumpir. Mientras bebe, se entretiene en odiarle, la manera más corriente y agradable de esperar a un amigo de la infancia. De niños Ginés se había enamorado de Tony, y ahora Tony se acostaba con Lady Eve. ¿Qué tenía que hacer Loyola a continuación, seducir a la hija de Sir Anthony?

En esto, irrumpe Alton-Powers, que ha debido de visitar el guardarropa de su teatro personal, ya no lleva bastón, pero sí una gorra de cuadros con visera, una vistosa corbata de pajarita de color rosado, chaqueta de tweed y pantalón de pana, y un funesto pañuelo amarillo: va caracterizado de *country gentleman,* un jovial caballero que, nada más terminar la comida, partirá hacia sus posesiones en la campiña. Para ocupar las manos transporta un ejemplar del *Times* de Londres. Observa con recelo el local, pero enseguida admira la soberbia y el estiramiento del camarero que le recibe, y también la lámpara de araña con lágrimas de vidrio merece su aprobación. Ginés se levanta y Sir Anthony agita el periódico en el aire como una bandera de señales. Con el *Times* en la mano atenaza a Ginés con un abrazo innecesario e inmerecido.

—¡Ginny, truhan! Te veo formidable.

—Tú estás hecho un mozalbete —contraataca Loyola no sin malicia; Alton-Powers es tres años mayor que él.

—¿Necesita algo, Sir Anthony? —pregunta el camarero, obsequioso y al mismo tiempo altanero, y al que Sir Anthony se ha presentado con su título y su nombre completo.

—Podría utilizar un whisky, un Macallan, si usted me lo facilita —responde Alton-Powers, tendiéndole la gorra, que el camarero recoge con la misma delicadeza que un monaguillo utiliza con una patena entregada por el sacerdote.

Una vez sentados, hablan de sus respectivos departamentos. Loyola dice que siguen escribiendo informes que, sin interesarle a nadie, a veces atraen la atención de aquellos a quienes no iban dirigidos. Sir Anthony asiente: él ya suponía que ese era el problema por el que necesitaba la investigación.

—En Desguace nada tiene remedio —prosigue—. España es un país fallido o quizá innecesario desde la guerra peninsular, ellos la llaman guerra de Independencia, que de inmediato consiguieron

convertir en una guerra civil. ¿Independencia? Fue su rey el que le vendió el país a Napoleón. Continuaron durante todo el siglo XIX, dale que te pego, con guerras entre ellos, a las que llamaban carlistas. Luego reanudaron su afición favorita con una guerra civil, seguida de cuarenta años de dictadura. No tienen arreglo, ellos lo saben. Lo único sensato sería que Portugal se hiciera cargo de toda la península ibérica. Es un país serio. Y para hacer caja, se les podría vender a los chinos la Alhambra de Granada; a los americanos, el Museo del Prado; y el Pilar de Zaragoza, al mejor postor.

—Me parece un plan muy razonable, salvo por el Pilar. Nadie aceptaría ese mazacote, si no va acompañado de Covadonga de regalo.

—Esa es la idea, Ginny. Dos por uno: el mazacote y la santina.

Brindan por la solución final, la *Endlösung* que acabaría con España como problema, con el me duele España y con España en el corazón.

—Son unos atorrantes —declara Sir Anthony alzando su copa.

En ese momento el maître les presenta la carta. La visible satisfacción de Alton-Powers al ver los disparatados precios confirma la elección de Loyola. Siempre hay un necio que confunde valor y precio, recuerda Ginés. Estoy abusando de las lecturas en español, se advierte a sí mismo, nada bueno puede venir de esa lengua que también está en desguace. Alton-Powers pide otra ronda de whisky y después los dos platos más caros de la carta —Ginés no esperaba menos—: bogavante con hinojo y agave, y lomo de sirena con batallas de amor y endivias sobre campos de pluma de paloma torcaz. Ginés se conforma con silbapiedras y pechuga de gamusino con salsa de zarzamora. La bebida la elige Anthony, un burdeos aceptable.

Por fin, con el Adega Velha, condesciende Alton-Powers a referirse al asunto en cuestión.

—Si hay algún sospechoso en tu equipo, eres tú, querido —afirma —. Los demás están limpios. Tu carrera, en cambio, está empedrada de..., digamos, desaciertos. Tante Juani no se merece ser investigada, es una párvula entusiasta. Sin embargo, tiene un amante joven, con más de sesenta caballos de vapor.

—¡El bueno de Billy!

—Se lo cuenta todo a ese muchacho, hasta lo más confidencial.

—La confesión es un gran invento, Anthony, mucho mejor que el psicoanálisis.

—Es posible —concede el anglicano—. Lo importante es que se me antoja complicado que Billy consiga transmitir información a nadie que no sea la Tante.

—Nadie logra ser entendido del todo —admite el converso.

—En cuanto a Miss Navel, también es un *cœur simple,* un corazón sencillo, el acontecimiento más aventurero de su vida son sus lloriqueantes poemas.

—¿Ahora lees poesía, Anthony?

—Siempre, Ginny, a veces vuelvo a Thomas Bard —asegura Sir Anthony, y se pone a recitar:

Terópodos queridos,
¿por qué os amo sin haberos conocido?
Reptiles gigantescos
con brazos tan pequeños que ni siquiera
aplaudir podéis.
¡Oh, grandes de la tierra!
¡Oh, ídolos caídos!

—Sublime y suficiente —interrumpe Loyola—. Me sorprende que Thomas Bard nunca fuera acusado de malversación, no cuadran sus cuentas, faltan y sobran sílabas en cada verso, y ni siquiera rima.

—Es nuestro poeta laureado, y malversa, pero con cierta gracia. En fin, nos queda Tyllett. No es un mirlo blanco, pero es incompetente en general, siento decirlo. Es un sedicente exalcohólico. Un tipo que busca un confesor que le absuelva, que pega a las mujeres y cultiva con esmero su tortuosa vida interior, llena de rincones oscuros, reproches y fantasías sádicas y suicidas. Sin embargo, no representa ningún problema de seguridad, excepto para Miss Navel, claro está.

—Ella sabe defenderse, pero esperemos que él se mantenga en dique seco.

—Eso no va a suceder, Loyola. Su padre también era alcohólico, mató a la madre de Tyllett y murió en el Verraco.

Ese nombre produjo un silencio, entre atemorizado y reflexivo. En el islote del Verraco estaba la prisión de máxima seguridad del país, a una milla de Atlantic Town. Era nuestro Alcatraz, con muros de hormigón, levantado sobre la roca de granito. Escapar del Verraco no era una buena idea; si no te disparaban desde los adarves de la

prisión, te abatía la guardia costera; eso si no te devoraban los tiburones en su habitual periplo hacia África. Aun así, hubo más de veinte intentos de fuga, ninguno con éxito. Eso se debía a que era la forma más sencilla de dejar de sufrir. La que yo habría elegido. El padre de Tyllett, según le explica Alton-Powers a Loyola, había muerto en su celda, de un edema pulmonar.

—En otras palabras, le mataron a golpes —aclara Sir Anthony.

—Comprendo —dice Ginés.

Pero no comprendía. ¡Cómo iba a entenderlo! Tu padre mata de una paliza a tu madre, y luego muere en prisión de otra paliza, ¿iba a comprender algo Ginés? ¿Había algo que comprender?

Con siete años, un día, Loyola se dio cuenta de que sabía leer libros. Encontró el primer libro de verdad en su casa, en una cesta en la que su madre metía revistas de moda y cotilleo, periódicos y catálogos de tiendas. Era un volumen de tapas de cartón amarillo, y en la portada aparecía una sombra saliendo de una tumba. El autor era Marvin Thrill; el título, *¡Enterrado vivo! Parte I;* la editorial, Coral Gables. Se escondió en el jardín trasero para leer, temeroso de que alguien descubriera su secreto (¡podía leer!). El libro le asustó y al mismo tiempo le fascinó. Leer cancelaba el universo a su alrededor, como si la rotación del planeta se detuviera, y la realidad —tan a menudo inhóspita— se disipara mientras él se mantuviera leyendo sin ser visto. En la novela Arthur Franklin es un corredor de seguros que sufre un ataque de catalepsia. Aunque el autor explicaba de forma sencilla lo que era la catalepsia, Ginés tuvo que esperar varios años para enterarse de lo que era un corredor de seguros. En ese estado de muerte aparente, inmóvil y rígido, el desventurado Franklin es enterrado vivo, y despierta en su ataúd, y llora, grita y araña la tapa de la caja, hasta que muere en la oscuridad. Ginés se sintió aterrorizado. Se identificaba con el protagonista —¿no lo hacemos todos?—, incluso sin comprender su misteriosa situación laboral; él también se sentía encerrado en una vida y en una muerte separadas de las de todos los demás.

Siguió leyendo lo que encontraba en la cesta, y se prometió que jamás revelaría su secreto, nadie debía darse cuenta de que era capaz de leer. Como es costumbre (nos ha ocurrido a todos), el sistema escolar frustró sus deseos más íntimos, aunque Ginés se consoló con el orgullo de haber permanecido casi dos años como lector clandestino,

una forma de vida peligrosa y solitaria, igual que la de corredor de seguros, según suponía él. Para entonces ya frecuentaba en los soportales de Market Square el puesto de libros y tebeos de Mortimer, un antiguo marinero cascarrabias que llevaba mitones y un parche en el ojo izquierdo. Ginés le había encargado la *Parte II* de *¡Enterrado vivo!,* y aunque solía tener muchos libros amarillos de Coral Gables, a veinte centavos cada uno, el de Marvin Thrill, su autor favorito, no aparecía. Aprendió grandes cosas en los otros libros de Coral Gables: invasiones extraterrestres, muertos vivientes, dobles, viajes espaciales, armarios que comunican con otros mundos, recuerdos de vidas anteriores, en fin, temas de interés humano y científico. Un día el avariento Mortimer le dijo: Tengo lo que buscabas, chaval, pero vale cuarenta centavos. Tuvo que rogar que se lo guardara dos semanas, lo que tardaría en conseguir esa cantidad. Mortimer se negó: Esto es un negocio, alegaba; el que llega antes con el dinero se lleva la mercancía. Así comprendió Loyola lo que era la maldad. Cuando volvió con los cuarenta centavos, el libro seguía allí. Antes de que se lo entregara, le vio contar con parsimonia las monedas con los dedos de la mano derecha sobre la lana del mitón de su mano izquierda, y supo que la vida tenía que ser una broma: ¡se trataba de veinte centavos!

La primera sorpresa fue que el libro se titulaba *¡Enterrados vivos! Parte II*. El cambio del singular al plural le hizo pensar que sería una colección de relatos con el mismo asunto. Sí y no. Había más enterrados vivos —de hecho, un pequeño cementerio rural entero—, pero ahora estaban tan campantes, sin aullidos ni sofoquinas, y hablaban unos con otros, desde sus ataúdes, se contaban sus vidas, confesaban pecados, delitos y trapisondas, unos agradecían la refrescante lluvia que se filtraba entre los tablones de pino de sus cajas, otros se quejaban de que la humedad les daba reúma y les dolían las articulaciones; debatían sobre el exquisito sabor de ciertos insectos, larvas y gusanos. Algunos preguntaban por sus antiguos amores, *les belles dames du temps jadis,* ¿qué fue de tanto galán?, *ubi sunt?;* y recibían noticias desde la otra punta del camposanto, de tumba a tumba, de sepultura a sepultura, como un telégrafo de sombras. También lamentaban sus pecados de omisión: aquella tarde, en el herrenal, me habría abalanzado sobre ti por encima de la zarza en llamas; esperé toda la vida a que lo hicieras. Pues no me atreví,

menudo chasco. Así mantenían los muertos vivas sus propias vidas, y también la memoria de todo el pueblo.

Ginés tardó varios años en darse cuenta de que, sin saberlo, gracias a Marvin Thrill, ya había leído a Edgar Allan Poe, *Spoon River Anthology* y *Pedro Páramo.*

Mientras no supo leer, Loyola se sintió a salvo; a partir de ese día, comprendió que siempre corría peligro. En cada vida hay una divisoria de aguas, ese punto en la montaña en que una gota cae hacia una u otra vertiente, y así puedes acabar en la cuenca del Duero o en la del Tajo, en el río Eresma o el río Guadarrama, de empleado de correos o de crupier de casino, de marido infiel o de cornudo consentidor; quién sabe cómo y cuándo empezó lo que ahora le sucede.

Terminado el *aguardente* Adega Velha, Alton-Powers pone el *Times* sobre la mesa, lo desdobla, y le entrega a Ginés un abultado sobre que llevaba dentro.

—Ahí tienes *the divine details,* en los que se esconde el diablo. En este oficio solo hay una pregunta: ¿cuánto queremos saber?, ¿cuánta verdad estamos dispuestos a soportar?

—No toda, al menos en mi caso —contesta Ginés con humildad.

—Cuando aumenta el saber, aumenta el dolor —cita el bíblico Sir Anthony.

Se repite la ceremonia de los abrazos impostados, y esta vez hay susurros al oído.

—A veces te echo de menos, Ginny —bisbisea Alton-Powers.

—Yo a ti de más, Tony —musita Loyola.

Lo que más le duele a Ginés es que había querido a aquel muchacho al que entonces llamaba Tony, a pesar de todo y a despecho del mundo. Por eso mismo le había hecho tanto daño. Eso piensa Ginés: cuanto más queremos a otros, más poder les damos sobre nosotros. Ahora ya lo ha aceptado, y quiere seguir queriendo a Eve, cueste lo que cueste, la necesita, como necesitaba esa novela, y volverá a pagar los cuarenta centavos las veces que haga falta.

La nube le acompaña (y el trueno le precede) cuando avanza hacia Stray Street. Entra en The Raven, y de golpe se da media vuelta y abre la puerta: fuera ha salido el sol para los demás, tal y como él esperaba. Sonríe, enterrado vivo. Allí están todos en pleno jolgorio. Saluda con uno de sus gestos, balanceando la mano en alto como una reina madre en carroza, y se dirige a la barra. Le atiende Claire, una morena cuyos pechos balconean sobre el mostrador y que hoy está de buen humor, casi feliz. Belén, su mejor amiga, que anda entre las mesas, les dirige una mirada rencorosa. Tante Juani se acerca a la barra con una copa en la mano.

—He comido con Miss Lullaby, me confirma que a ese informe solo tuvieron acceso los jóvenes: Marta Galea y Andrew Fast.

—¡Albricias! Buen trabajo, Juani, ahora solo tenemos que investigar a esos chicos. Ambos trabajan en los servicios, lo que complica las cosas. También traigo buenas noticias de la investigación, ahora os lo anunciaré a todos.

Aparece Belén y Juani vuelve a la mesa. Ginés saca la petaca, se lía un cigarrillo de picadura y disfruta del placer inmediato y sencillo de dar un sorbo al Macallan y luego la primera calada (y la primera pavesa sobre su solapa). Belén, afligida, está incluso más guapa que siempre, rímel corrido, húmedos ojos, como la superficie de una capa de hielo; coloradas mejillas, dos manzanas temblorosas en las ramas del árbol; y un aire a la vez de extenuación y acometividad.

—Es mi mejor amiga... ¡y me ha traicionado! —explica Belén—. Se está acostando con Ariel, que fue novio mío.

—¿Ariel?

—Ariel Gaztambide.

Con ese nombre, Claire solo podía estar cometiendo una equivocación, piensa Loyola.

—¿Fue? —pregunta Ginés—. ¿Hace cuánto tiempo?

Belén le explica que le dio pasaporte a Gaztambide hace más de un año, pero aun así, lo considera una traición. Si Claire Cleavage solo pudiera acostarse con personas que no hayan tenido relación con Belén, se quedaría para vestir santos, razona Ginés, al que no le conmueve casi nunca el sufrimiento de las personas más atractivas.

—Hazme caso, todo esto será un recuerdo lluvioso en cuanto pase el tiempo, que siempre pasa, no tiene otra cosa que hacer, es su única obligación.

Pide otro Macallan y se lo lleva a la mesa del jolgorio. Les informa de que la Tante asegura que el informe filtrado solo ha estado en manos de Miss Galea y Mister Fast.

—A partir del lunes, Tyllett se encargará de Fast, y Miss Navel de Miss Galea. Recibiremos ayuda de otros departamentos. Otra buena noticia, se acabó la investigación, estamos todos libres de sospecha. Y ahora, al jolgorio.

Los cuatro levantan sus copas, y Loyola y la Tante sienten inquietud al ver que Tom Tyllett bebe vino blanco. Amber no, ella parece no darle importancia.

Estos son los planes para el fin de semana que ponen encima de la mesa. Tante Juani llevará a Billy a la costa, al parecer a él le gusta el mar. Tyllett cuenta que Amber y él van a hacer cima en el Pico del Alcaraván. Hacer cima lo dice entre comillas, como si significara otra cosa, algo atrevido y voluptuoso. Con el tercer Macallan, Ginés anuncia que Lady Eve y él acudirán a una partida de caza, en la campiña, invitados por los Murray.

Son el personal de la Casa Desolada, así que el jolgorio tiene la alegría del desconsuelo, son vidas despeñadas, personas que intentan ser felices y sienten ganas de llorar, con ojos lagunares y la respiración agitada. Son como tú y como yo, partidarios de la felicidad en medio de la desdicha, a sabiendas de que avanzan contra la corriente, con su intacto amor no correspondido por la realidad.

Hacen un brindis por el fin de semana, el único resquicio que, en esta vida que hemos aceptado, nos queda para ser nosotros mismos.

Segunda parte
¿Para qué sirven los días?

What are days for?
Days are where we live.
They come, they wake us
Time and time over.
They are to be happy in,
Where can we live but days?

(¿Para qué sirven los días?
Los días son donde vivimos.
Vienen, nos despiertan
una y otra vez.
Son para ser feliz en ellos.
¿Dónde podemos vivir, si no en los días?)

PHILIP LARKIN

1

Los días son para vivir en ellos, ¿dónde, si no? No contamos sobre la tierra con otra residencia. No vivimos en los años, ni en una época, ni en una guerra, ni en un reinado, ni en un siglo; solo tenemos los días, todos con sus noches, uno detrás de otro, laborables y festivos, son nuestro domicilio, y en cada día sobran tiempo y espacio para la felicidad y para la desdicha.

Los días lunes se parecen entre sí por el estupor. ¿Qué ha pasado con las grandes esperanzas del viernes por la tarde? ¿Qué nos hemos hecho a nosotros mismos? ¿Por qué somos así, tan sin arreglo?

La primera en llegar a la Casa Desolada es, como siempre, Tante Juani. Les cambia el agua a los gladiolos y actualiza el calendario. Lunes, 17 de septiembre de 1979.

Ha venido ya alarmada, tiene la sospecha de haberse encontrado con el asesino terrorista. Necesita hablar con Loyola.

Había ido el sábado a Waterfront, a poca distancia de Heaven Haven, porque allí conoce una agencia, Lonely Hearts, que le proporciona chicos jóvenes, discretos, bien educados y a veces hasta cariñosos, una actitud que la Tante ni necesita ni consiente.

Aparcó a Billy cerca del hotel, el Rivoli, donde todo el mundo la conoce y la quiere. Se aloja allí un sábado cada mes. Es el desembolso que se puede permitir.

—Billy, querido, pórtate bien. No te pongas celoso, bobo. Estos chavales son mis equivocaciones, veleidades de vieja dama, tú eres mi

único acierto.

Bajo el capó, el ventilador respondió con un carraspeo de despecho, que se convirtió en ronroneo resignado cuando la Tante le hizo una promesa:

—Mañana tumbamos la aguja en el Alarde, te lo prometo, campeón.

Subió a su habitación con su pequeña maleta, se lavó las manos, colgó la ropa en el armario y reservó una mesa para dos, a las ocho.

El Rivoli es un hotel tranquilo en las afueras de la cosmópolis, lejos de la zona turística. Allí solo hay personas mayores que reciben por la noche visitas de acompañantes jóvenes. Durante el día dan largos paseos, beben ginebra o whisky sin prisa y se sientan a leer en el salón o en el jardín. Se saludan con amabilidad, sin llegar a mantener conversaciones. Nadie quiere acercarse tanto como para verse reflejado en otra persona mayor. La Tante siempre lleva en su maleta de fin de semana una gabardina y una bata, algo de ropa, perfume, su propio jabón Lagarto (un capricho que encarga en España) y tres novelas de Agatha Christie.

Salió a dar su largo paseo, siguiendo la línea de costa, y se puso la gabardina, había olas muy grandes y ruidosas que rompían en el muro salpicando a quien se acercara demasiado. Llegó hasta el faro del islote de Zancada, con su linterna de luz amarillenta y giratoria, la torre pintada de blanco con franjas horizontales rojas y la base de granito. Zancada, junto con Majarrosa y la Cimera, dirigen la entrada de los buques a Heaven Haven. El destello daba de lleno sobre la Tante cada dos minutos y treinta segundos. La Cimera tiene luz roja y una cadencia de minuto y medio, mientras que Majarrosa tiene luz verde y una velocidad de rotación de cuarenta y cinco segundos. Las gaviotas graznaban pidiendo socorro: *Help! Help! Help!* Debían de haber recibido amenazas de los cormoranes o de algún albatros furibundo, con las plumas mojadas de tanto volar entre la niebla buscando presas. Sintió frío y emprendió el regreso. En el hotel se vistió para la cena y bajó a tomar un Johnnie Walker en el salón, mientras esperaba a su visitante.

Era como todos los demás, muy joven, guapo, atlético y simpático. Sus escasas particularidades eran: la nariz rota —que le daba cierta gracia— y su frente calzada, poco espaciosa, con el nacimiento del pelo demasiado cerca de las cejas. También, como

descubrió la Tante durante la cena, una ingenuidad conmovedora. Dijo llamarse, apropiadamente, Dick Stud. Él pidió un solomillo lo más crudo posible y un vaso de leche. Ella, corvina al horno con patatas a la importancia y vino blanco.

—¿Estás estudiando? —preguntó la Tante.

—¿Yo? No, ¿por qué iba estudiar?

—Qué sorpresa —comentó ella—. Todos aducen que necesitan dinero para pagarse los estudios.

—Yo soy púgil, Miss.

—¿Boxeador?

—Correcto. Un buen peso pluma, ciento veinte combates y solo seis derrotas. ¿Qué le parece?

Aunque ella lo hiciera, Dick no se atrevía a tutearla, y Tante Juani lo prefería así. Ella no era de esas patéticas personas mayores que reclaman a los jóvenes que les tuteen.

—Me parece de perlas, tener una vocación es un privilegio, nada te detiene, haces lo que tienes que hacer. Los demás en cambio solo aspiramos a cosas sin importancia: una casa mejor, un sueldo mayor, pasar las vacaciones en el extranjero; cosas que no nos consuelan de nada, ambiciones adquiridas en películas. El que tiene un deseo propio vive en libertad, incluso (o sobre todo) mientras no lo cumple.

Dick Stud puso un gesto de desconfianza, como si no entendiera nada, las cejas levantadas casi tocaban su cabello, pero consiguió salvar su perplejidad y seguir hablando.

—El próximo viernes me puede ver en la tele española, una velada contra Ataúlfo Brazatortas, del Perú, en la copa Barreiros. Brazatortas es taimado, se mueve como un paquidermo, y sus golpes son pedradas; pero confío en mi puño izquierdo —dijo Dick, enseñándole el susodicho a la Tante—. Mi *uppercut* es decisivo. En el cuadrilátero me llamo Dani Moreno, y soy español, de Esquivias, en Toledo.

—No me cabe duda de la fuerza de tu brazo. ¿Te has enfrentado antes a Mister Brazatortas?

—El 12 de mayo de 1978, un aciago viernes, en Leganés, la copa Clesa, que es una central lechera, creo. Intentando esquivar un derechazo, perdí el equilibrio y me atizó en pleno hígado. Me arrodillé, mi único propósito era ponerme de pie, y lo cumplí, solo para que Brazatortas desplomara sobre mi oído izquierdo toda la

fuerza de su puño derecho. Cuando abrí los ojos, estaba tendido en la lona y la cuenta atrás ya había terminado. Fue el primer y único KO de mi carrera. ¡Noqueado en el segundo asalto! ¿Comprende usted que no sienta mucho aprecio por el troglodita Brazatortas?

—¡Qué individuo tan abominable! —se solidarizó la Tante—. No se comporta como un caballero.

—Y usted que lo diga, Miss.

En estas y otras tan amenas como instructivas conversaciones llegaron a los postres. Ella pidió un flan de grosellas y un Johnnie; él, queso de cabra y otro vaso de leche.

—¿Vas a tomar el queso también con leche? —se escandalizó la Tante.

—Trato a mi cuerpo como si fuera un templo, con el mismo respeto, es mi herramienta de trabajo —declaró, y añadió con rústica picardía—: tanto en el ring como en el dormitorio.

—Así sea. Encargaré una botella de whisky y un buen litro de leche, tan saludable, tan llena de vitaminas. Dame quince minutos, habitación nueve.

Tante Juani se desnudó y se puso la bata de seda. Se perfumó, se sirvió una copa y recapituló. En su pasado había, como en el de todos, algo de lo que se echaba la culpa; y que ya no tenía remedio. Ni siquiera recordaba bien por qué había dejado a Ginés.

¿Algo lo tiene? Si me preguntaran a mí, diría que no, que nada tiene remedio; no hay otro consuelo que la edad, que —por fin— te permite, si no aceptar, al menos resignarte a lo que has sido, sin cambiarlo ni justificarlo, *sine ira et studio,* visto a indolora distancia, con el contorno difuminado, sin las cortantes aristas de la juventud.

De pie, con aquella bata de seda negra que tenía bordados verdes y amarillos de dragones chinos, la copa en la mano y el pelo recogido en un moño, la Tante parece una gran dama del teatro, hierática y crepuscular, preparada para salir a escena y representar otra vez la función que repite cada mes en el Rivoli. El amor es una tragedia noble y mezquina; el sexo siempre es puro teatro, un vodevil tremebundo. Toc, toc: se abre el telón.

Interior noche. Habitación de un pequeño hotel en la costa. En el tocador con espejo, una botella de leche y otra de Johnnie Walker. Sale Dick Stud.

STUD: *(Cariñoso.)* Qué ganas tenía de veros,

luz de donde el sol la toma.

TANTE: *(Coqueta.)* Pasad, pasad;
abusado habéis de lácteos,
don garañón pinturero.
Desnudaos en el aseo
y compareced in púribus.

STUD: Como gustéis,
he venido a complaceros.

(Stud entra en el baño y entorna la puerta. Se ve su mano con prendas de ropa que duda dónde dejar. No se atreve a ponerlas en el bidet y decide colocarlas sobre la cisterna del váter, una por una, a medida que se las quita. Encima de todas, unos calzoncillos bóxer. Tante Juani, mientras tanto, desata el cinturón de la bata y la deja resbalar hasta el suelo, sobre el que la seda negra adquiere a iniciativa propia el aspecto de ceniza de una gran hoguera en la que se consumen los dragones orientales.)

STUD: Heme aquí.

(Se presenta en pelota picada. La Tante contempla al púgil, que ya está muy motivado, a punto de empalmarse, aunque todavía la tenga morcillona y voluminosa.)

TANTE: Anatómico os encuentro.

STUD: Así me habéis puesto vos.
No puedo esperar más tiempo,
¿aún no está lista la cama?

TANTE: Solo mi persona falta
y eso será a mi manera.

(La Tante se tiende boca abajo y luego se pone a cuatro patas, apoyando las rodillas y los codos sobre el lecho, y el rostro contra la almohada.)

Por la popa me complace,
para no veros la cara,
ni que me la veáis vos a mí.

STUD: ¿Por la popa y por su sitio?

TANTE: Por la popa y por doquiera.
Eso sí, con contundencia.

STUD: La que os merecéis, señora.

(Follan con contundencia. Siempre es así. La Tante no necesita un ser humano, sino un expendedor de orgasmos. No quiere que sea un acto de cariño, prefiere sentirse avergonzada. Tras denodados esfuerzos de Stud, por doquier, la Tante gime y el boxeador se siente autorizado a correrse. Lo hace sobre las nalgas de Tante Juani.)

TANTE: *(En la misma postura, sin moverse.)* Buen trabajo y bien cumplido,
ahora ya podéis vestiros.

STUD: Buen trasero, bella dama,
de lo más hospitalario.

(Stud entra en el baño, entorna la puerta y repite la misma secuencia, en orden inverso, con la ropa, empezando por los calzoncillos. Tante Juani se levanta, con los ojos enjutos, no ha mojado de lágrimas la almohada, ella no es así. Se viste con la ceniza fría dejada en el suelo y se sirve otra copa. Deja en el tocador, junto a la botella de leche, un sobre. Contiene lo acordado y otros cincuenta dragones que añade ahora la Tante. Stud sale del baño canturreando un aire de zarzuela.)

STUD: Los caminos que van a la gloria
son para andarlos con parsimonia.

(Tante Juani le señala el sobre y él se lo guarda en el bolsillo de la camisa sin abrirlo.)

TANTE: Tomad el litro de leche,
dadme el postrimer abrazo
y ¡adiós, adiós!

STUD: No lo olvidéis, el viernes
os dedicaré el combate.

(La Tante, de pie, mira hacia los espectadores con extravío. Los focos se van atenuando gradualmente, al mismo ritmo lento que cae el telón.)

El Alarde son diez kilómetros de carretera cuesta arriba, con una pendiente muy pronunciada y en línea recta, allí acuden los peripuestos lechuguinos para poner sus bólidos (o los de sus estimables y consentidores papás) al límite de velocidad, los Aston Martin, Bentley, Ferrari, algún Tiburón, en ocasiones hasta un menesteroso Seat 131 Supermirafiori, pero casi nunca un cacharro tan desportillado como el R-5 de la Tante, Billy, que además esa mañana estaba de muy mal café.

La Tante pisó con decisión el acelerador (¡dale zapatilla, Juani!, decía para animarse), la aguja alcanzó la vertical y siguió inclinándose hacia la derecha, hasta que, a la altura del Mirador Faraday, se quedó tumbada en horizontal, temblorosa, un poco más abajo de la última indicación, la de los ciento veinte kilómetros por hora.

—¡Hurra, Billy! —gritó la Tante—. ¡Lo has vuelto a hacer, campeón! ¡Ahora estamos requetebién!

Billy prorrumpió en un orgulloso, y no exento de rencor, bramido de la transmisión.

—No le des más importancia, no seas tontorrón, Billy. En el Rivoli no pasó nada que merezca ser recordado. Y lo que importa: ¿no hemos tumbado juntos la aguja una vez más? ¡Esto sí que es memorable!

La junta de culata puso de manifiesto el resquemor de Billy. El vehículo cabeceó con energía, hasta que la Tante consiguió dominarlo y detenerlo en el arcén. Una rueda pinchada. Tante Juani abrió la puerta del conductor, salió y allí, de pie, erguida, en lo alto del Alarde, con ademanes de ira bíblica, tomó juramento a Billy.

—Júrame, muchachito, que no lo has hecho aposta. ¡Jura por la correa de tu ventilador!

Con el suave oleaje de su árbol de levas, pidió el joven paz, piedad y perdón.

—Ya pasó todo, cariño. Te comprendo, y también te pido disculpas. Vamos a arreglar tu rueda en un pispás.

Arrestos le sobraban a la Tante para cambiar sola una rueda, pero no lo consintió el avieso azar, que hizo aparecer un Jaguar descapotable que se detuvo detrás de Billy. El conductor era un joven alto y apuesto, corbata rojiza, con traje de color tabaco y acento italiano; simulado, al parecer de la Tante. Iba con una mujer altiva y desdeñosa que ni siquiera miró al pobre y muy necesitado Billy. Era educado y amable, sin ser amistoso, pero transmitía una sensación de eficacia serena y de peligro indeterminado. Fue a su Jaguar y regresó con guantes puestos y una botella de Coca-Cola. Sacó la rueda de repuesto, el gato y la caja de herramientas, y tardó menos de diez minutos en cambiar la rueda. Usó la Coca-Cola para lubricar las tuercas y tornillos, que también raspó con una pequeña navaja que llevaba en el bolsillo. Tenía la hoja de acero y el mango de madera, y la Tante la identificó en el acto: era una Opinel saboyana. ¡Opinel!, se repitió, sobresaltada.

La acompañante del joven, con gafas de sol, miraba de perfil al lejano horizonte, desinteresada por completo del auxilio en carretera, con la cabeza muy alta y cubierta con un pañuelo azulado, y el codo en el exterior, con el antebrazo apoyado en la puerta; como si formara

parte de una película italiana, o quizá francesa.

—No tendrá ningún problema en llegar a su destino —aseguró el desconocido (o tal vez ya no tanto), que había devuelto a su sitio en el maletero el gato, la caja de herramientas y la rueda pinchada.

—Me dirijo a Atlantic Town —admitió la Tante—. ¿Y usted?

—En otra dirección.

—Muchas gracias por cambiar la rueda. No nos hemos presentado, soy Juana Presquetout —le tendió la mano.

—Carlo Luppi, encantado —se la apretó con frialdad, y dio media vuelta en dirección al Jaguar y a la mujer de perfil.

Menos tardó el coche de Luppi en salir disparado que la Tante en entrar en su querido vehículo. No había posibilidad de seguirlo. Lo primero que hizo fue apuntar la matrícula (D 8024), luego esbozó un dibujo del rostro del que decía ser Carlo Luppi.

—Atento, Billy, a partir de ahora estamos en peligro —informó a su mejor amigo.

Al llegar a Bona Fide Street, se puso la bata de casa, de Pirineo, de cuadros azules y negros; la de seda solo la utilizaba una vez al mes. Luego se tomó dos Johnnies seguidos: estaba inquieta, ahora se había convertido en la mujer que sabía demasiado.

Loyola observa absorto el vaso de whiskey como si en aquel líquido de color miel estuvieran sumergidos su perplejidad —el estupor de los lunes— y el peso de su larga vida tan echada a perder; todo intacto (su vida, su desconcierto, su soledad) como esos insectos capturados en sus respectivas gotas de resina, para toda la eternidad y alborozo de los paleontólogos. El Paddy raspa en la garganta, el pincho de criadillas de cordero montaraz tiene unas partes blandas, mucilaginosas, que le provocan la sensación de haber cometido un error irreparable (no sabe cuál ni cuándo), y Molly está guapísima, irrevocable, como si hubiera pasado todo el fin de semana follando sin parar; las tetas le han aumentado de tamaño (puede que también de espesor), y avanzan hacia él dando esos saltos de cierva concebida; la piel reluce, los labios brillan húmedos, como un amanecer en la costa de levante; estaba la mar en calma, el cielo estaba crecido, rocoso, no

se podía esquivar.

—¿Un mal lunes? —pregunta Molly O'Connor.

—Nada que otro Paddy no pueda resolver. O disolver. Qué más da.

—¡Marchando!

Cuando entra en Bleak House, la Tante está mirando con cara de pocos amigos la hoja del calendario.

—No sé quién escribe estas simplezas —le dice a Ginés.

Ellos nunca hablan del fin de semana, se conocen demasiado. Se respetan demasiado para hacerse preguntas impertinentes.

La frase del día es: en la lucha entre el mundo y tú, toma partido por el mundo. De Franz Kafka.

—Son paparruchas, se las inventa todas un portugués, el mismo al que le asombraba que, desde su más tierna infancia, todos los niños de Francia supieran hablar francés. No le des importancia, Juani.

En general, solo se tutean y se tratan por sus nombres cuando están a solas, y cada vez que la llama Juani, la Tante se enternece, le mira con dulces ojos almendrados, con un brillo tenue, como si sus pupilas estuvieran tras un velo, bajo el agua o mirando a otra persona, el que fue Ginés a los treinta años, cuando ella tenía veintiséis, y le dejó plantado.

En la lucha entre el mundo y él, su particular *Mein Kampf,* Ginés ha tomado hace tiempo partido a favor de Lady Eve. Se ha pasado al enemigo, para el que trabaja en la sombra, dividido entre dos lealtades: la que siente, muy débil, hacia sí mismo; y otra, más firme, hacia su mujer; y ambas adhesiones son dolorosas y desoladoras; y de las dos se avergüenza.

Ginés piensa que el matrimonio es una representación a escala del combate entre uno y el universo; y él ha elegido ser un agente infiltrado, un topo al servicio del enemigo. Para él, las mujeres son, como se decía en la guerra de los alemanes, un pueblo enemigo.

Había pasado el fin de semana solo y leyendo, no a Galdós, sino informes. Fue Eve quien asistió a una partida de caza. Aunque mencionó a unos Murray, Loyola no tenía ninguna duda de que había ido a las hectáreas de la isla de las que Alton-Powers era propietario, cerca de La Murada.

—Es una tragedia —le dijo ella en la habitual llamada de teléfono del domingo por la mañana—. El viento del oeste impidió que las

perdices entraran en el ángulo más favorable.

Su voz delataba que tenía en la mano al menos la tercera ginebra.

—Lo comprendo, es lamentable —afirmó él—. Tienes que ser fuerte, Eve.

—¡No puedes entenderlo! Cinco escopetas y no llegamos a cobrar ni veinte piezas.

La consoló como mejor supo. No tenía conocimiento del súbito interés de Eve en disparar a las torpes e inofensivas perdices, así que decidió interpretarlo como un mensaje cifrado: Sir Anthony había roto con ella. Si era como él creía, no se alegraría ni lo más mínimo. Todas las rupturas de Eve eran catastróficas, malhumoradas y etílicas. Era más tratable y pacífica cuando estaba con alguien.

Al llegar casi a las diez de la noche, de tolerable humor, Eve se fue a dormir: estaba hecha fosfatina, eso dijo, y Ginés se sintió conmovido: usaba expresiones de su pintoresco dialecto, le quería, aunque ella misma no lo supiera.

Leyó todo lo que pudo sobre ese escenario de guerra fría al que se enfrentaban, y también repasó los *divine details* del informe de Alton-Powers. El documento sobre Tante Juani lo encontró *dégueulasse,* asqueroso, era más verdad de la que él estaba dispuesto a soportar. Lo demás no le sorprendió demasiado.

Amber Navel llega sola y con gesto de enfado. La Tante y Ginés intercambian miradas interrogativas. A los cuatro minutos aparece Tom Tyllett, cariacontecido y algo avergonzado. Amber y Tom se saludan a distancia, sin mirarse a la cara.

En el apartamento de la Promenade Rousseau suena el despertador. Amber se levanta del sofá del salón. Tom está en la cama, le oye roncar, estará como siempre boca abajo, con el culo en pompa. Ella sale de la casa lo antes posible, desayunará en cualquier bar por el camino. Poco después, Tom se da una ducha y se toma una ginebra, se

ha convencido de que necesita beber para encontrarse a gusto.

Amber Navel, en su juventud, creía que el sexo, como la bondad, debía ser espontáneo, intuitivo y trascendente. Pasados los treinta años había llegado a pensar lo contrario, que el sexo se parece más a la maldad, a la que ella atribuye deliberación, un meticuloso plan y un resultado banal. Las posturas, por otra parte, además de ridículas, tampoco son tan cómodas. Amber folla como se lava los dientes o se cepilla el pelo: por higiene. Para ella es como cortarse las uñas de los pies; hay que hacerlo, aunque por lo general resulte una lata. Y a los hombres les crecen las uñas con una velocidad desesperante. Es una compulsión, cree Amber, lo necesitan para demostrarse algo a sí mismos. Por eso le agradó que el viernes Tom dijera que estaba cansado y, tras un beso cariñoso, se tumbara boca abajo y se quedara dormido.

El sábado fueron en el Seat 124 de Amber hasta el estribo oeste de La Murada, donde nace la senda Puricelli. Cruzaron un bosque de dragoneras y desembocaron en una pequeña pradera con hierba, atravesada por un regato de agua mansa, donde decidieron hacer noche. Montaron la tienda de campaña, cenaron bocadillos de sardinas de lata y bebieron a gollete una botella de vino que había traído Amber. Tom bebió sin prisa y con moderación, y sin ningún efecto visible. Ella se sintió orgullosa, tranquila y más enamorada. Orgullosa de Tom, y también de sí misma, que había confiado en él. Tranquila porque, la verdad sea dicha, compartir el resto de su vida con un hombre atractivo que solo bebe tónicas, naranjadas y zarzaparrilla se le figuraba, además de aburrido, muy inquietante, casi siniestro. Y enamorada porque ahora quedaba verificado que ella era la persona que Tom necesitaba en su vida; y él, quien llenaría el espacio vacío de la suya.

Vieron aparecer, primero una a una, luego enjambradas, a puñados, en racimos, en aluvión, las incontables estrellas que siempre acaparan la atención de los enamorados, los niños, los encerrados en cárceles y hospitales, y esos perros tenaces que ladran a la luna, sin que hasta ahora se haya esclarecido qué reclaman con tanto ahínco.

Se besaron hasta que se acabó el vino y luego entraron en la tienda, donde hacía un frío polar. Se metieron cada uno en su saco de dormir, con la ropa puesta, y ambos cerraron desde dentro su cremallera, y se durmieron acurrucados, lo que agradó a Amber.

Para ella el sexo era como el pistoletazo en medio de un concierto, casi siempre el de violín y piano, de Chaikovski.

Según la manoseada frase de Stendhal, la política en una novela sería ese disparo, así que el sexo vendría a ser político, un acto político (y grosero), al que sin embargo no se puede negar cierta atención, por más que interrumpa el armonioso arrullo del amor, que no es más que ideología. El sexo es una realidad material, mientras que el amor es una construcción ideológica, que sirve a nuestros intereses, y para justificarnos, y en definitiva para tener razón, que es lo único que de verdad nos importa. El sexo ni tiene razón ni deja de tenerla, no necesita dar explicaciones. Afirmaba Stendhal que no podemos ignorar la política en una novela, puesto que tiene por teatro el corazón de los personajes. Lo mismo pienso del sexo. Amber y Tom eligieron la magia de la ideología amorosa, y no follaron en la tienda de campaña, así que allá se las apañen.

Al amanecer se levantaron de mal humor, pero todavía obstinados en hacer cima (signifique lo que signifique). El tiempo había cambiado, la temperatura estaba por debajo de cero grados, y ellos iban vestidos de domingueros, con gorro y guantes de lana, un jersey gordo y chubasquero, y unas zapatillas deportivas con suela de goma. Recorrieron un sendero que les llevó a una pared de granito de quince metros de altura. Cuando salvaran aquel obstáculo, la subida a la cumbre se volvería más fácil. Tom abrió camino, gateando por la piedra con las manos y los pies sujetos a salientes. Había hielo en las aristas y les dolían los dedos, y el frío les hacía lagrimear. Era agotador. Habían ascendido unos cinco metros, y el cierzo comenzó a hostigar, se quedaron inmóviles, abrazados a la roca, tiritando. Entonces apareció, acelerada por el viento, una cellisca de finos cristales rotos que dolían como chispazos. Se olvidaron del cansancio, ya solo sentían miedo. Tenían ganas de llorar y de soltar las manos y los pies, y dejarse caer a plomo.

—Hay que bajar —dijo Amber.

—Lo antes posible, el viento arrecia.

Descendían como habían ascendido, ella por debajo y él por

encima de ella. Iban con la cara pegada a la pared, tanteando con manos y pies para encontrar un punto de apoyo. Su miedo aumentaba, miedo a morir en la montaña, miedo al cierzo de hostigo, miedo el uno del otro. Si Tom pierde pie, me arrastrará en su caída, piensa Amber. Si me resbalara, ella se apartaría a un lado, no intentaría sujetarme, piensa Tom. Los metros de bajada fueron largos y dolorosos, pero alcanzaron la pradera, sin más daño que el que se habían hecho a sí mismos. Recogieron las mochilas. La hierba estaba cubierta de hielo, el río se desbordaba con velocidad violenta y en el cielo, vaciado como un piso de alquiler, solo quedaban nubes negras, como si estuviera anocheciendo en pleno día. Bajo la hierba congelada oyeron el pavoroso siseo de la serpiente oculta. Evitaban mirarse, avergonzados ambos de su miedo y de su desconfianza, asustados de lo que podría suceder a continuación. Fumaron un cigarrillo y completaron el descenso sin decir palabra.

El primer bar con el que se toparon, cerca de donde habían dejado el coche, era una cabaña de piedra con techo de tejas rojizas y un letrero en la puerta: PEÑA PINTADA. Había cuatro mesas, una pequeña barra y una chimenea al fondo. Las paredes estaban decoradas con piolets, raquetas de nieve, crampones y fotos de montañas. Se sentaron cerca del fuego y desayunaron en silencio. Tras el café y los huevos revueltos con cebolla y mermelada de cardo, Tom pidió un chispazo de ginebra. No miró a Amber, como acostumbraba a hacer, en busca de su aprobación. Ella pidió otro café, pero este con gotas, como se conoce aquí al carajillo español.

—Hemos sobrevivido —Tom, sin sonreír, rompió el silencio.

—Será que el cielo para mayores daños nos quiere guardar — respondió Amber sin asomo de buen humor.

Al tercer chispazo Tyllett tenía los ojos vidriosos, enramados y con un brillo hostil. El iris relucía como el cuarzo, bajo el feldespato gris de la esclerótica; y las pupilas eran incrustaciones de mica. En fin, que sus ojos eran piedras de granito sobre las que se hubieran derramado gotas de sangre.

El dueño de aquel albergue de montaña —insólito en nuestro país, donde solo hay una cumbre de cierta relevancia— se llamaba Piotr y había sido guía en los Pirineos, los Alpes, los Cárpatos y los Dolomitas, y llegó a Dragonera, no se sabe para expiar qué trastadas o pecados, o por qué reveses del destino, y aquí se quedó varado. Le

llamaban Lord Jim y tenía una sonrisa de atormentada bondad. Llevaba una de esas barbas de escalador, como tallada en piedra, y unas gafas con una cinta elástica en las patillas, para sujetarlas, igual que Benito. ¿Lo había aprendido Piotr en La Platija o Benito en Peña Pintada? ¿O era una tradición muy extendida en el gremio de hostelería?

Amber pidió la cuenta. Lord Jim regresó con la nota, de la que se apoderó Tyllett con brusquedad, de un zarpazo, y le entregó cincuenta dragones. Amber se preguntó si estaría celoso. Piotr volvió con el cambio y, en una bandeja, un chispazo de ginebra y un café con gotas.

—A esta ronda invita la casa.

—Muchas gracias —dijo Amber, con su primera sonrisa del día.

Tom la miró con rencor.

—Si me lo permiten —aconsejó Piotr—, cuando quieran subir a la cima, vengan a desayunar: les diré si se puede o no se puede. Hoy no se podía. Y vengan preparados: no hay frío, sino poco abrigo.

Tom se levantó sin responder y Amber volvió a dar las gracias. Él se mantuvo enfurruñado durante el viaje de vuelta; ella, ausente. Comieron en un bar de carretera emparedados de lomo de liebre con pepinillos en vinagre, ajonjolí y miel de Arrastraculos, un pueblo en la otra vertiente de La Murada. La camarera llevaba una chapa con su nombre: Ginny. Tom no apartaba de ella sus ojos de granito, la estaba lapidando a miradas lascivas. Amber no sintió celos, sino lástima. Por él y por Ginny. No podía permitir que Tom volviera a beber, no había funcionado y no iba a funcionar nunca. Se compadecía de sí misma: ¿tenía que elegir entre un simpático bebedor de gaseosas y un borracho intratable? ¿Y cuál de los dos era el verdadero Tom Tyllett?

Ninguno quería cenar. Por la noche, en casa, sucedió lo que ella menos esperaba. Tyllett le dio un puñetazo, en el hombro izquierdo. Había cogido la botella de ginebra de Amber y se había servido medio vaso. Arrellanado en el sofá se lo bebió de tres tragos casi seguidos. Amber, de pie, le contemplaba con tristeza. No sabía cómo ayudarle y se echaba la culpa de haber llevado la botella de vino. Tampoco sabía si quería ayudarle. Lo intentó. Cuando Tom se levantó para servirse otra ginebra, se acercó a él con una sonrisa —la segunda del día— y le puso la mano en el hombro.

—Agente Tyllett, se le necesita para una arriesgada misión en el dormitorio. Puede traer su ración de supervivencia —dijo.

Entonces fue cuando Tom la golpeó, y Amber se encerró en el baño, la única habitación de la casa con pestillo en la puerta. Sentada en la tapa de la taza, sin haberse mirado en el espejo ni haber derramado una sola lágrima, se dejó ganar por el asombro. ¿Cómo podía estar pasándole eso a ella? A renglón seguido se avino a razones: ¿y por qué no le iba a pasar a ella, si les sucedía a tantas mujeres? No lo vi venir, pensaba. Como todas las demás, añadía. Al otro lado de la puerta, Tom gemía, sollozaba y, entre lamentos, suplicaba perdón. En sus poemas, Amber aseguraba que el amor dolía; de acuerdo, pero no tanto como un puñetazo. Entonces se miró al espejo. Tenía inflamado el hombro, mañana aparecería un cardenal. Se lavó la cara y se puso una crema antiinflamatoria.

Entonces llegó el inevitable momento de la bufonada.

—Amor —dijo Tom con voz apaciguada—, me hago pis. No puedo más. No quiero hacerlo en un cubo, por favor.

Amber lo encontró razonable, no le apetecía tener el cubo de fregar lleno de la no tan perfumada orina de Tyllett.

—Apártate de la puerta —le ordenó—. Vete al dormitorio y te dejaré libre el baño.

Oyó sus pasos sumisos alejándose. Quitó el pestillo, abrió la puerta y se acostó en el sofá, desde donde tuvo que escuchar el estruendo mingitorio de Tom, tapada con una manta de lana. Satisfecha su necesidad, Tom tuvo el buen criterio de irse a la cama y quedarse dormido boca abajo.

Ella, en el sofá, no pudo dormir en aspa, como le gustaba; casi no pudo dormir; le dolía el golpe, le dolía su vida, hasta su propio nombre le dolía.

Por señas, Ginés los convoca a todos a su puesto de mando, junto a la cristalera. La Tante ya le ha comunicado su sospecha, y Loyola se ha quedado con el retrato del presunto asesino.

—No te preocupes, Juani, estaremos en guardia, conserva la calma —le recomienda—. Haré fotocopias para los muchachos.

—No tengo miedo, Dragonera puede confiar en que haré lo que tengo que hacer —responde la Tante como si a bordo del *HMS Victory,*

frente al cabo Trafalgar, acabara de enviar la señal de Nelson: *England expects every man will do his duty*.

Ginés responde con una sonrisa dulce. Se sienta en su estanterol de capitán, entre la popa y la crujía, y lía un cigarrillo. Compra paquetes rectangulares de picadura selecta con los que rellena su petaca de cuero. El tabaco es español, el papel de fumar, francés; el humo, espeso; y el olor, desagradable.

Ya están los cuatro sentados. Loyola piensa que es una suerte tener a los jóvenes separados.

—Nos ponemos en marcha —anuncia—. Tyllett, usted se encarga de Andrew Fast. Miss Navel, le corresponde Marta Galea. Cuando salgan a comer, ustedes llevarán a cabo un registro rutinario de sus carteras o bolsos. Por la tarde, lo harán de nuevo, aunque no confío en que encuentren nada una segunda vez. Les seguirán desde que salgan y mañana esperarán a la puerta de sus casas. Quizá desayunen en alguna cafetería y se pongan en contacto con alguien. Tante, usted se dedicará a lo que mejor sabe hacer: peine los archivos. Nos veremos mañana aquí a las diez y media.

—¿Tenemos autorización para los registros? —preguntó Amber Navel.

—Por supuesto. —Loyola abrió una carpeta y les entregó un papel oficial a cada uno—. Y una cosa más, pongan atención a este retrato. Les haré una copia a cada uno. Podría ser Marc Opinel.

Los dos miraron con atención el dibujo de Tante Juani.

—Manos a la obra —ordenó Ginés—. Y no lo olviden, tengan cuidado ahí fuera.

2

Tal y como había decidido, Peter Doyle se despierta a las cinco de la mañana, con un cielo negro de nubes bajas que el viento va empujando hacia el sur. Se viste de joven díscolo, despeinado y *enragé*. Piensa que quizá el recepcionista le haya tomado por el acompañante nocturno de algún respetable caballero de avanzada edad. En esta ocasión los ítems de su caja básica son algo diferentes que en otros trabajos, y le esperan en el maletero del Seat 131: la maleta negra con el arma, un cubo metálico, una lata de gasolina, dos paquetes de Dragones, una botella de Island Fire —el único whisky de fabricación nacional, destilado con el agua del Cuélebre—, una varilla de hierro y su inseparable Colt Python, su vehículo de evasión en el caso de que la realidad se volviera de improviso inhabitable.

Al salir del hotel se pone los guantes, que no se volverá a quitar hasta terminar el encargo, salvo durante el tiempo que pase en la taberna.

Aparca en Wordsworth Avenue, al sur de la ciudad y se dirige a pie a Kipling Park. Al otro lado de la verja están las negras rocas y cuevas que rodean la Casa de Fieras. Quizá las hayan colocado allí para simular el hábitat de algún depredador, puede que un coyote o una pantera. Al fondo sobresale la enorme jaula de las aves, que ahora está en silencio, y en la que se distinguen los ojos inmóviles de los búhos. Los murciélagos, no obstante su célebre radar que les permite volar a ciegas, no hacen otra cosa que darse porrazos contra la malla metálica; tras el impacto, descienden en espiral hasta que consiguen, aleteando con frenesí, remontar el vuelo; hasta la siguiente colisión. Tampoco se oye rugir a los tigres, que nunca madrugan y, cuando están despiertos, se entregan a la contemplación meditativa de los barrotes de su jaula y a dar sustos ocasionales a los más pequeños. Un poco más al norte está Thackeray Pond —conocido como Thack—, un estanque rectangular de casi trescientos metros de largo y ciento cincuenta de ancho. En sus cincuenta y cinco mil metros cúbicos de

agua cenagosa conviven, sumergidas, miles de carpas, algunos galápagos, percas y peces de acuario arrojados como quien deja a un niño en el torno de algún convento. La mayoría de esos peces llamativos se vuelven en poco tiempo feroces, asilvestrados, y a veces muerden los dedos de quien meta una mano en el agua. También hay relojes, alianzas, notas de suicidio borradas, armas blancas y armas de fuego, y otra balumba de objetos tan personales como inexplicables. Lo sé porque una vez, debió de ser en 1975, vaciaron Thack, y se hizo en el pabellón de caza una exposición con muchos de los tesoros sumergidos. En la superficie hay algunos patos y botes de remos y piraguas de alquiler. Todas las pandillas de chicos y chicas, a partir de los catorce, hemos navegado allí, hasta que unos años después nos dio por naufragar en Byron.

Pete ya ha encontrado lo que buscaba, un Seat 124 aparcado frente a la verja del parque. Se trata de uno de los automóviles más fáciles de robar que existían entonces. Ni siquiera es necesaria una ganzúa, la cerradura se abre con un simple alambre. Hace un puente y arranca a la primera. Doyle lleva consigo el Colt, el whisky y los dos paquetes de Dragones, el resto lo ha trasladado de su coche al maletero del 124 robado.

Cuando llega a Byron Square, poco antes de las seis, ya está instalada la tarima para Colombani, que aún le recuerda a un cadalso, así sea engalanado con la bandera nacional, nuestra tricolor, formada por tres franjas horizontales, azul, blanca y morada, todas del mismo tamaño. Imagino que el azul es por el océano; el blanco, por la inopia en que vivimos; y el morado por el cantueso silvestre, que abunda en la isla, por montañas y valles, descampados y vertederos, al borde de las carreteras y entre las grietas del empedrado.

El humo nubla los ojos en El Mirador, mancha las paredes, impregna la ropa de olor a tabaco. Basilia despacha un café tras otro y un chupito tras otro, y cada uno de ellos exige un cigarrillo. Doyle enciende un Gauloises. Los Dragones son para fumar en el piso, porque es lo que fuma la mitad de los habitantes de la isla. Entonces no existía el ADN y la policía trabajaba sobre todo con colillas, huellas

de pisadas, trozos de ropa y lo que se suele conocer como olfato policial. El trabajo de inteligencia también se hacía a mano; unas veces como las labores de costura, con paciencia y precisión; otras, picando piedra, a martillazos o con dinamita. No había ordenadores ni móviles, así que se confiaba en los inmerecidos dones de algún *idiot savant* como Tom Tyllett, capaz de recordar nombres, números de teléfono y direcciones postales, sin necesidad de entender lo que estaba leyendo. Sí había en cambio, en esa época, aparte de Tyllett, una gran variedad de genios en una sola cosa, pero idiotas en todo lo demás: calculistas, otros capaces de recordar una lista de trescientas palabras y repetirla en orden inverso o personas que conocían de memoria el mapa de todas las capitales de Europa. Eso por no mencionar a las videntes, a quienes la policía consultaba a menudo.

Baldomero espera sin esperanza, con sus protuberantes ojos pendientes de un hilo, de un pestañeo, de un cabello de esa gitana que le ha murciado el corazón. Pete piensa en la cita que esa tarde tiene con Corinne, y siente un deseo no querido, sí acuciante, que no sabe de dónde le viene ni hasta dónde le llevará. ¿A sí mismo? ¿A otro sí mismo desconocido? Micaela se sienta apartada, en su taburete al fondo de la barra; Basilia le sirve lo de siempre y vuelve a su posición, al lado del grifo de cerveza, donde tiene bajo la barra un vaso siempre a medias, que rellena cada poco tiempo de una botella transparente; parece agua, pero es un orujo de destilación clandestina; Baldo, a prudente distancia, ni se cansa de contemplar a la gitana ni logra sofocar del todo sus quejidos con tragos de anís, ni embalsar sus lágrimas con las pestañas, y mueve los labios como si estuviera rezando en silencio, murmurando un sortilegio o respondiendo *ora pro nobis* a una lenta letanía: *Sancta gitana, pulcherrima Domina; Sancta Micaela, chabala orchirí; sosinga plena laetitia, bul omni dulcedine superabundans; inmarcescibilis drupo, ora pro nobis, nostra resurrectio*. Cuando ella le mira, él aparta la cara. Nimbados por el humo, coronados por volutas azuladas, esperan recibir en la frente su señal de ceniza.

En la taberna todos los lunes son miércoles de ceniza, tras el carnaval del fin de semana, durante el que todos estuvieron disfrazados de lo que querían ser, y acabaron quitándose las máscaras, enfrentados a lo que no podían dejar de ser.

En el colegio ese día nos llevaban a la iglesia, en lugar de a la

taberna (que hubiera sido más saludable y educativo), y el cura nos hacía con el dedo una cruz de ceniza en la frente, y nos recordaba en latín que éramos polvo y volveríamos al polvo. No podíamos tocarnos la frente ni borrar la cruz —debía de ser sagrada—, había que esperar a que la deshiciese el viento, la usura del tiempo o el agua de lluvia. Ese polvo de ceniza nos duraba lo mismo que el propósito de enmienda: hasta el día siguiente. Padre polvo que estás en los cielos. Sabíamos que esa ceniza siempre procedía de la quema de las palmas del Domingo de Ramos del año anterior. César Vallejo también lo sabía:

> Padre polvo que creces en palmas,
> Dios te salve y revista de pecho,
> padre polvo, terror de la nada.

En El Mirador, aquella cruz en la frente la dibujaba el humo de los cigarrillos, la aventaba la ceniza, la había trazado la palma en llamas del recuerdo feliz, restituido al polvo, al terror de la nada. Allí, acodados en la barra, o en la mesa de siempre, o junto al grifo de Dourada, nuestra cerveza local, reciben la bendición de la taberna: la conciencia de un destino común, siquiera sea el *pulvus et umbra sumus* de Horacio, polvo y sombra somos, padre polvo que asciendes del alma, derrama sobre los bebedores, en todas las tabernas del universo mundo, tu bendición, por los amores que nunca fueron correspondidos, y por el dolor más lancinante (como el de una lanza al atravesar el cuerpo) de los amores correspondidos.

Tras su bollu preñau, Micaela levanta el chupito de Quitaquebrantos que pagaba Doyle esa semana, aunque ella no lo supiera (¿o tenía una sospecha?). Baldo alza su copa de Machaquito seco; Pete empuña como una adarga su vaso de Macallan a la altura del corazón. Basilia le sirve un chispazo de ginebra a Gabi, para que brinde; después saca el vaso de orujo de su escondite, lo acerca a los labios, y sopla con suavidad, como lo hizo *in illo tempore* el espíritu de Dios sobre las aguas.

En la misa se asperja la ceniza con agua bendita; en la taberna el llanto rocía el polvo al que volverán nuestros huesos. *Sunt lacrimae rerum,* hay lágrimas por nuestras cosas, por nuestros errores y por nuestros éxitos.

Nadie dice ni una palabra, aunque Baldomero intenta balbucir algo (quizá un latinajo, *¿consolatrix ad te confugentium?),* pero un nudo en la garganta (¿el terror de la nada?) le ata la lengua.

Paga Micaela su desayuno y añade la propina que lleva preparada en el bolsillo, y se despide; Baldo sigue sus briosos andares con mirada morosa y entristecida. En lo que ella llega al portal, Baldo ha debido desatar el nudo en su garganta, porque murmura:

—Tanto amor me perfora el cuerpo entero.

Basi le pone otro anís de Rute, por si le sirviera de consuelo para ese corazón partido. Poco antes de las diez Micaela entra en el Hogar del Jubilado. Baldo apura el Machaquito, paga y se va, llevando a rastras los pies, su tribulación y el deseo extenuante.

Doyle va vestido de joven inconformista, crápula y partidario del *je-m'en-foutisme* o del ahí me las den todas; con una camiseta de los Ramones, cazadora de cuero negro, vaqueros sucios y deshilachados, y unas zapatillas de baloncesto también calamitosas, todo por igual estropeado. Allí le han visto vestido de turista septentrional y de traje y corbata, nada puede sorprenderles.

A las diez y veinte, con los guantes puestos, ya está dentro del piso, después de recoger, en Walt Whitman Street, en el coche robado, la maleta negra, la varilla de hierro y el Colt y el resto del equipo. Entra por Tennyson Lane. Tras abrir con la ganzúa, bloquea la cerradura del piso con la varilla. En el interior se desplaza de rodillas. Instala el arma en el trípode, calcula la velocidad del viento, apunta a donde estará la sentenciada cabeza de Colombani. Ha decidido que el problema de que le vean desde la calle es desdeñable. Enciende uno de los Dragones, que le parece a la vez áspero y dulzón, pero al menos puede tirar la colilla al suelo sin preocupaciones.

Disparar a alguien a mucha distancia, apuntando con una mira telescópica, es una forma de ejecución demasiado impersonal y abstracta para Peter Doyle, el materialista, quizá dialéctico. No hay contacto directo con la víctima, no oyes su voz, la sangre no te salpica, no ves su mirada cuando sabe que va a morir, no le tocas, no hueles su sudor ni su miedo, no sientes en el paladar el intenso sabor de su aniquilación. A Pete le gusta matar con los cinco sentidos. Desde lejos, cualquiera podría hacerlo. No hace falta ni valor ni audacia. Es como ver una película, tú aprietas el gatillo, pero la bala podría haber venido de otra parte. Del célebre segundo tirador, por ejemplo.

El viento se ha llevado las grandes nubes hacia las Canarias, hace una soleada mañana de fiesta municipal, como de juegos florales, comicios agrícolas o desfile de candidatas a Miss Dragonera. A las once empiezan a salir las personas mayores —como se dice ahora, entonces eran los viejecitos—, primero los que van en silla de ruedas, empujados por cuidadoras (hay muy pocos cuidadores), que los sitúan en las primeras filas; de no ser así no podrían ver nada, salvo abultados traseros y espaldas arqueadas. Lo primero, supone Doyle, se debe a que la mayoría llevarán pañales; lo segundo, a la escoliosis, los pinzamientos de vértebras y en general a la sevicia de la edad. El ambiente es de alegría impostada —o más bien impuesta—; a casi todos les han encasquetado una gorra de visera roja con un Colombani estampado en blanco; muchos sujetan en la mano el palito de una bandera con la paloma heráldica del candidato; la mayoría, por desinterés o porque han olvidado que la llevaban, la dejan caer. Pete reconoce a Micaela, la gitana, que empuja la silla de un anciano vestido con chándal y que parece no saber dónde se encuentra, ni por qué motivo; con cada vuelta de las ruedas de la silla la cabeza se desploma de un lado a otro. Micaela le pasa una toalla para limpiar la saliva que gotea en abundancia de entre sus labios. Doyle se pregunta qué sentirá la egipciana. ¿Compasión? Él no siente ninguna, está convencido de que la única forma de compadecer al alma menguante capturada en un caparazón de carne que se descompone, con huesos quebradizos y órganos escacharrados, a cargo de un cerebro vegetativo, es el inesperado y súbito tiro en la nuca. Es lo único piadoso, pero no sabe si ella compartirá su punto de vista. Las mujeres son sensibleras y muy poco razonables. A lo mejor aquel tembloroso y baboso monigote le recuerda a su abuelo, el patriarca con sombrero negro y bastón, según lo imagina Pete. O quizá, puede que solo haga su trabajo por el dinero con el que paga la comida y los estudios de sus churumbeles. Él lo preferiría así: que odiara al cachivache con toda su alma, cada minuto de su jornada laboral, que deseara con impaciencia su muerte cada vez que le cambia los pañales, le mueve en la cama o en la silla para evitar la formación de escaras, le lava con una esponja, le da su papilla con cuchara o le administra el somnífero suave pautado por el médico, porque al parecer aún sufre pesadillas, que no le hacen dar gritos, sino llorar mansamente y dejar escapar de donde los tuviera encerrados unos tristes suspiros que suenan como el

viento cuando intenta abrir puertas y ventanas. Si este fuera el caso, que ella deseara su desaparición, Pete podría ayudarla. Lo haría de buen grado. Gratis. Sin pedir nada a cambio. Pero los gestos de Micaela en la mira telescópica sugieren lo contrario: siente cariño hacia ese pecio de un ser humano que se fue a pique hace mucho tiempo.

Instalados los inmóviles en un semicírculo frente a la tribuna, aparecen los semovientes, quién con andador o tacataca, quién con muletas, quién con un bastón que tiene en la contera un trípode; todos se desplazan con la lentitud y la ingravidez de los astronautas sobre la superficie lunar; ninguno mira en la misma dirección; unos al cielo, otros al suelo, otros a los árboles o a una plaza que no reconocen y donde no saben qué se espera de ellos. Doyle siente al verlos un reflujo gástrico, ganas de vomitar y una indecorosa delectación ante el concepto —que acaricia con mimo— de abatirlos a tiros. Se pregunta por qué ellos no se han procurado una vía de escape, como su Colt, que le garantiza la evasión del Verraco hacia la protectora oscuridad, pero también la huida de la edad senil, que es otra forma, menos compasiva, de la ausencia de luz.

Enciende otro cigarrillo. Deja la colilla en el suelo, sin pisarla con sus zapatillas de baloncesto, sigue de rodillas, no quiere dejar huellas de sus pisadas, aunque el calzado sea dos tallas mayor que el suyo. Ha bajado las persianas, salvo la del fusil, que está por la mitad. La habitación se encuentra en penumbra, con una franja de luz bajo esa ventana. A las doce en punto escucha el himno nacional transmitido a través de altavoces. Lo compuso el comodoro Spencer en español, con tal de no utilizar la aborrecida lengua inglesa, y dadas su ignorancia del francés y la dificultad —y falta de sentido— de escribirlo en arameo.

Pete gatea hasta la ventana y se sienta sobre la maleta negra, a la altura de la mira y del gatillo.

Son tres vehículos negros con cristales ahumados, y avanzan con una furgoneta delante y otra detrás, el cuerpo de seguridad de Colombani. De los tres Dodge Dart salen los guardaespaldas, los seis con trajes negros, y rodean al candidato; otros diez, vestidos de comando, saltan de las furgonetas y se despliegan para ocupar sus posiciones, rodeando al público, en algunos balcones y en la puerta de algún establecimiento (hay uno en la de El Mirador). Son

profesionales, igual que Doyle. Antes de que se pongan el casco, reconoce a dos de ellos; igual que él, trabajan para Mozart Contractors, a las órdenes del misterioso *tovarich* Chigorin. Mira tú por dónde, se dice Doyle, aquí nos hemos reunido un grupo de colegas, todos empleados de Mozart, que ha contratado a uno parar ejecutar a Colombani y a los demás para protegerle. Y Chigorin cobra de las dos partes; ellos están a cuenta de Colombani y por mi trabajo habrá pagado algún enemigo de Colombani. Mozart y Chigorin siempre ganan.

Aunque casi nadie aplaude, salvo alguna cuidadora, unos porque tienen los brazos demasiado cortos y no pueden juntar las manos, como los tiranosaurios del Cretácico, otros por parálisis, la mayoría por sordera o desinterés; se oye una clamorosa ovación a través de los altavoces. Colombani sube al estrado con paso atlético y una sonrisa que despide destellos alegres y calurosos. Levanta los brazos y en cada mano enseña el índice (también llamado *salutaris* o *demonstratorius,* porque con él saludamos o señalamos) y el corazón (llamado *impudicus,* porque con frecuencia se expresa con él alguna burla infamante, o al menos eso afirma san Isidoro en sus *Etimologías)*. En un podio, esos dos dedos en forma de uve deben de querer decir victoria. Una vez que cesan los aplausos, apoya las palmas de las manos sobre el atril y mira al público sin dejar de sonreír. Después empieza a hablar gesticulando con las dos manos en el aire.

Doyle sigue sus movimientos a través de la mira telescópica, esperando a que deje de mover las manos. El impacto de una bala en un dedo echaría a perder la operación.

Hay una pausa, Colombani apoya las manos en el atril y baja la cabeza, como si buscara en su interior o en sus zapatos algo trascendental y que parezca sincero; debe de haberlo encontrado, porque levanta la cabeza y mira a la redonda, muy despacio, como si quisiera hipnotizar uno por uno a los espectadores. Ahora es el momento. Peter Doyle dispara dos veces seguidas, ve que Colombani da un traspié y luego cae a plomo, desmadejado como un muñeco. Él no sabe qué le ha sucedido, el arma de Doyle dispara las balas a más velocidad que el sonido; cuando se oyen los disparos, Colombani ya está muerto. Si oyes un disparo es que no te ha alcanzado a ti.

Hay una (moderada, dadas sus circunstancias) agitación entre los jubilados del Otoño Dorado, todos con derecho a voto; muchos ríen a

carcajadas, la mayoría señala con el dedo hacia el escenario, los que pueden agitan con frenesí la banderita, los restantes sonríen con malicia. Todos parecen satisfechos, por fin ocurre algo interesante y alegre. Ya era hora, se lo merecían.

Pete retira el fusil y lo deja, con el trípode y la maleta, en el suelo. Vuelve a cuatro patas a la puerta, quita la varilla de hierro y abre la puerta de rodillas. Ya de pie, cierra la puerta y baja la escalera sin apresurarse, para no hacer ruido. En la parte trasera del portal, abre la puerta que da a Tennyson Lane y vuelve a dejarla cerrada. Localiza un bar abierto. Se mete los guantes en el bolsillo. En la cazadora lleva también su Colt. Bebe de golpe un cuarto de la botella de Island Fire y comienza a tambalearse sobre el lecho de basura hacia Nelson Avenue. Al llegar a la esquina se encuentra con un policía municipal. Por suerte no es uno de los hombres de Mozart: ellos son mucho más peligrosos, son profesionales. Le pregunta su nombre.

—Maa Opnel —dice con esfuerzo y voz cavernosa.

Es un error, lo sabe, pero está seguro de que no tiene importancia. ¿Quién repasa los ilegibles cuadernos de notas de los policías?

Le pregunta de dónde viene y Pete pronuncia con dificultad el nombre del único bar abierto que ha visto: el Scrum. El agente huele el alcohol en su aliento y se aparta un poco.

—No está permitido beber en la vía pública —le recrimina el agente—, ni llevar a la vista botellas abiertas.

Doyle finge desconcierto, mira confundido en varias direcciones, hasta que el municipal, ajeno al vertedero que se extiende ante su vista en el callejón, le señala una papelera en la esquina.

—¿La tiro? —pregunta Pete con voz estropajosa, y el agente señala de nuevo con el índice la papelera.

Trastabilla hasta la esquina y, tras dar un tropezón, se sujeta a la papelera, en la que arroja la botella. Luego se vuelve hacia el polizonte con la sonrisa más simplona que consigue simular.

—Vamos, vamos, circule —le conmina la autoridad.

Doyle no vuelve la vista atrás, pero obsequia al agente con una consumada actuación de ebriedad peatonal, tropezando por Nelson Avenue, agarrándose a una farola para evitar caer y deteniéndose un par de veces, desorientado, como si no supiera dónde está ni adónde debe volver.

Por fin da la vuelta a la esquina, ya está en Walt Whitman, se siente a salvo. Conduce con prudencia y aparca en Kipling Park, casi en el mismo sitio donde robó el vehículo. Solo le queda una cosa por hacer: destruir el peligroso pasaporte de Opinel. Coge el cubo y la lata de gasolina. Transportar cubos no llama la atención en el parque, son muchos los que acuden a Thack para dar de comer a las carpas, los peces de acuario o los pájaros de la gran jaula aviar. Él se detiene en una de las cuevas de la Casa de Fieras. Los leones bostezan con estruendo, las águilas chocan contra la malla metálica de su encierro y los coyotes mastican con desgana bollería industrial, vasos de cartón y ratones muertos. Rompe el pasaporte en pequeños trozos, lo tira al cubo, vierte la gasolina y arroja sobre ella una cerilla encendida. Luego esparce las cenizas por el suelo. El cubo y la gasolina los devuelve al maletero del 124 robado. Vuelve a pie a por su 131. Por el camino le da a un mendigo los dos paquetes (uno a medias) de Dragones y los guantes.

—*Pour les artistes?* —pregunta el hombre sentado en la acera.

—Claro, para que no pasen ustedes tanto frío.

En el Majestic come un solomillo con una patata asada. Duerme dos horas, se ducha, se pone traje y corbata, abandona el coche y alquila un Jaguar descapotable. Aparca a cierta distancia de Byron y antes de las seis ya está de vuelta en El Mirador. No quiere que su ausencia llame la atención.

El centro de la plaza está acordonado, igual que el edificio del número 9.

Hasta su mesa 5, Gabi se acerca a recibirle con un Macallan doble con un solo hielo. Hay más público que de costumbre, y cierta unanimidad en que se trata de dos tiradores, y con más probabilidad y satisfacción para todos, de una banda terrorista. Las declaraciones de los testigos presenciales, que nunca han visto nada, son las más codiciadas. Gabi, Basilia y sobre todo el medroso Baldomero, que es el que mejor inventa lo que no presenció, sin llegar a mentir, a base de insinuaciones, conjeturas y quimeras: se me figura que, para mí tengo que, no me cabe duda de que, etcétera. Entonces, de pronto, Basi se acerca a la mesa de Doyle para saludarle.

—Ya habrase enterado de la que organizose aquí después de que usted marchara.

Gozar de la predilección de las camareras es el mayor timbre de

gloria y la única ambición de cualquier cliente. Lo mismo nos sucede con los mecánicos, las limpiadoras, los fontaneros y en general cualquiera que esté a nuestro servicio: necesitamos su aprobación, a ser posible su cariño; si aceptáramos que es una relación desigual y que solo nos sonríen porque les pagamos, nos sentiríamos derrotados. Por eso nos escuece tanto que un subalterno se resista a maquillar la relación real —es decir, de poder— que mantiene con nosotros. Lo mismo nos ocurre con nuestros jefes: no nos basta con que nos paguen, además queremos que nos aprecien, que nos quieran incluso.

—Ha sido terrible —responde Doyle, pero no deja de preguntarse si la asturiana sospecha algo.

—Aquí no vimos nada, pusieron un gorila a la puerta y no dejonos salir hasta que llegó la policía. Oímos los disparos, eso fue todo.

Por eso estáis vivos, piensa él, porque los oísteis.

—¿Dos disparos?

—Eso es. A mí pareciome que venían del mismo sitio, pero el sonido es engañoso. La casa invita a otra, ahora se la trae Gabi.

Se ha suspendido la partida de birloque, porque solo ha acudido Baldo, y triunfa fabricando relatos que, con cada Machaquito, se vuelven más disparatados. Sin embargo, a las seis menos cinco interrumpe la función.

—Perdonen ustedes, estoy bajo la impresión —dice el muerto de amor—. Tengo que asimilarlo.

A tal efecto se traslada con su copa a la ventana, donde espera, con semblante de pausada asimilación, el airoso garbeo de la gitana que le tiene sorbido el seso.

No tarda en cruzar la plaza acompañada de un policía. Doyle deduce que ya la han interrogado y que está autorizada, con escolta policial, a sacar el cubo de la basura. A su paso, el afligido enamorado lanza tales suspiros que empañan el cristal de la ventana, y no perdona unas periódicas quejas tan roncas como la sirena de un barco. A la vuelta, lo mismo, a lo largo del trayecto hacia la parada del autobús.

Pete paga, se despide y se dirige a su coche. Por el camino, desde una cabina de teléfonos, llama a su banco en Luxemburgo y solicita el saldo de su cuenta. Ya está ingresado el dinero de los tres asuntos, la jueza de Berna, el abogado de Madrid y Joe Colombani, por el que ha

cobrado una cantidad mucho más importante. Podría retirarse mañana mismo. Quizá lo haga, se dice, ¿por qué no?

A las siete y media debe ir a buscar a Corinne a su hotel.

3

Las nubes sobrevuelan la isla a más altura que la tierra firme de Portugal o España, y también a más velocidad. Han cruzado el Atlántico agrupándose, y Ginés Loyola las compara con una estampida de bisontes blancos. Qué necedad, se reprende a sí mismo. Nunca, salvo en las películas del Oeste, ha visto una estampida, ni tampoco un bisonte, ni blanco ni de otro color, pero es así como se lo explica, como suelen hacer los testigos presenciales: si estalla una bomba de los terroristas, aseguran que fue como si explotara una bombona de butano, y se quedan tan ternes —así lo piensa Loyola, con su rutilante forma de expresarse—; otras veces afirman que algo es como si les desgarrara las entrañas, o como si en el patio de la casa hubiera caído un meteorito, o como si les dieran martillazos en un ojo; así somos, comparamos lo desconocido para los demás con algo que no hemos visto ninguno, ni siquiera el que lo cuenta (pero que al parecer nos imaginamos todos de la misma forma). ¿No es ese el fundamento de toda religión? Explicar lo desconocido mediante algo de lo que tampoco tenemos ninguna experiencia, y que además es un disparate. Bisontes blancos. Un martillazo en el ojo. Un meteorito. Un desgarramiento de las entrañas. Una explosión de gas. Así se explica Ginés a sí mismo, su matrimonio y su vida entera: un misterio aclarado por un enigma, un roto para un descosido, las tres patas para un banco; como hacemos todos.

A bordo del L3, Loyola desciende del Cubilete y contempla el cerro Molinera, un poco más abajo, cubierto de hierba que el amanecer rora con diminutas gotas heladas, tejiendo no se sabe si un sudario o un vestido de novia. Entre el Cubilete y el Molinera hay una concavidad llena de arbustos silvestres y espinosos, y allí se embalsa la oscuridad y se quedan atrapadas las nubes con más peso, que se enredan con las ramas de las zarzas, las aulagas y los acebos, hasta que se deshacen a arañazos, y de ellas solo quedan diminutos charcos. Dicen que en el Hueco de Entrecerros hay cadáveres de excursionistas

extraviados, sin ojos, se los comen los pájaros antes de que las alimañas devoren el resto. Al parecer, para el pico de las aves es más nutritivo succionar globos oculares que arrancar carne a pellizcos; eso se lo dejan a los depredadores de poderosas mandíbulas y afilados incisivos. Ginés se pregunta por qué se acuerda de las leyendas del Hueco, que se usan para asustar (e instruir) a los niños. Lo sabe: ha tenido éxito al primer intento, por eso desconfía; no puede ser tan fácil, ¿le han tendido una trampa, como si fuera un dominguero de excursión?

El autobús tarda demasiado para un recorrido tan corto, porque zigzaguea para alcanzar las múltiples paradas de las urbanizaciones que hay en las dos vertientes del cerro. Cuckold Square es la cabecera de línea en la que solo suben tres personas: otro caballero de su edad que se baja en Walterboro, frente al descabalado edificio de la Mutualidad de Artes del Libro, conocida como Ar-Li, donde Loyola ha decidido que trabaja como contable; y una mujer de mediana edad, cuyo ceño fruncido, tobillos hinchados y masa corporal han convencido a Ginés de que es cocinera en alguno de los restaurantes del Marais, en el delta del Cuélebre, cerca de la lonja de pescado. Conoce a casi todos los pasajeros en cada parada; si algún día falta alguno, se preocupa, piensa en diagnósticos médicos fatídicos, fallecimiento de seres queridos o incluso despidos fulminantes en oficinas y despachos, en la marina mercante o en la flota pesquera.

El registro de Marta Galea en la pausa de la comida no indicó nada irregular, llevaba en el bolso una novela policíaca de James M. Cain, *Double Indemnity* —una obra notable, a juicio de Loyola—, tabaco, pintalabios, la billetera, un pañuelo, cosas así de inocentes, además de tres condones, lo que interesó a Miss Navel, si bien no indicaban que pudiera haber filtrado información, sino quizá lo contrario, puesto que se utilizan para evitar filtraciones e infiltraciones. En el portafolios de Andrew Fast, Tyllett encontró un informe clasificado que no debería haber salido de la Secretaría de Navegación Comercial. Una infracción leve, ¿quién no se lleva unos papeles para echarles un vistazo mientras engulle una cerveza y un emparedado de queso de cabra con mermelada de durazno y chipotles fritos? Aunque prohibido por el reglamento, casi se podría tomar por un exceso de celo que solo merece una advertencia, que fue lo que recibió de Tyllett. Y sin embargo... Primero, Tyllett intentó seguirle,

pero le dio esquinazo, algo no tan sospechoso, conociendo a Tyllett. Y sin embargo, segundo, el documento trataba de Seven Seas, la naviera del difunto Colombani (y ahora del malvado Ted Eagleton). Y tercero, por si no fuera suficiente, los informes recabados por la Tante y los enviados por Cadenera no dejaban lugar a dudas: Mister Fast, que era soltero, tenía una amante desde hacía seis meses, una relación tan íntima como inapropiada con una chica de dieciséis años. ¿Qué más se podía pedir? La parte más difícil del trabajo de un topo es hacer llegar la información a su controlador, y Fast la llevaba encima. El informe —que Loyola leyó con la minuciosidad con la que leía todo escrito desde su encuentro con Marvin Thrill— transmitía la preocupación de la CIA tras conocer que los buques de Seven Seas, tras la muerte Colombani, navegaban bajo la protección de Mozart Contractors, una empresa rusa de mercenarios a las órdenes de un alto cargo de la KGB, el coronel Mijaíl Chigorin. Ítem más, Fast era vulnerable a la coerción (la C de MICE) por su encandilamiento con esa tobillera (así se llama aquí a las que han dejado de ser niñas, pero aún no se han vestido de largo, y enseñan sin pudor los tobillos, y en este caso hasta los muslos) insolente, cancanosa, casquivana y antojadiza, tal y como la imagina Ginés, y que para más inri o escarnio se hace llamar Peggy Sue de la Joie. Demasiado perfecto, demasiado fácil y a pedir de boca, piensa Ginés: Esto tiene que ser una trampa.

En la parada de Bateau Ivre esquina con Passage de l'Ancre suben el chaval hostil, inadaptado e incapaz de peinarse, afeitarse o mantener, sentado, los zapatos pegados al suelo; y la cuarentona que siempre parece agotada, con una lasitud, casi abandono, que sumada a su cuerpo ensanchado por el tiempo y los desengaños invitaba a pasar con ella el resto del día o de la vida, y como decía Ginés: ¡que salga el sol por Antequera! Otras veces afirmaba que iba a ponerse el mundo por montera. A partir de Bateau Ivre, ya debajo del cerro, volvía la penumbra, y era inquietante y sugerente como si los pasajeros tuvieran que pasar su *saison en enfer,* su temporada en el infierno, a través de un túnel oscuro, en el que todos sentían ganas de tocarse unos a otros para sentirse vivos, para encontrarse a sí mismos al ser acariciados por otro cuerpo.

Pasado Lowell Street, salen a la luz, acobardados y contritos, como si entre dos luces hubieran pecado. Nos pasa a todos, ¿no nos

arrepentimos siempre más de lo que no hemos hecho? En la siguiente parada, en el Carrefour Villon, ya en el puerto, el intenso olor a salitre, a petróleo y a peces troceados desangrándose les recibe con el arrullo del hogar. En Villon no ha subido nadie desconocido, lo que tranquiliza a Loyola. ¿Y de qué tiene miedo? De cometer otra equivocación que ya sería irreparable, la última que podrían consentirle. De no hacer lo decente, signifique lo que signifique, según lo diga él o Sir Anthony. Necesita, más que nada, lo que le da Molly: un chupito de whiskey —hoy toca Blackbush— con un pincho minúsculo de hígados de cabra, y su sonrisa hosca; necesita sentirse a salvo como muchos hombres (y muy pocas mujeres) solo lo consiguen en ciertos bares.

La cocinera y casi todos los demás se bajan en el Marais, como siempre, algo permanece en orden, y en la última parada desciende Ginés y camina hasta el Eden's Inn.

Ha convocado una reunión a las diez y media, en la que les comunica la decisión de Cadenera.

—La orden viene de lo más alto. Quieren que Andrew Fast sea detenido. No sin esfuerzo, he conseguido que nos dejen a nosotros atraparle e interrogarle. Hoy mismo. He rechazado su apoyo, considero que Mister Tyllett y yo nos bastaremos para reducirle y traerle hasta aquí.

—Un momento —interrumpe Tyllett—, esto no parece una detención legal, sino más bien un secuestro.

—No exagere, mozalbete, se trata de convocar para una reunión a un funcionario de nuestros servicios con el que queremos cambiar impresiones.

—¿Y si se resiste? ¿Le traemos a la fuerza?

—Ni lo dude, Tyllett. Se lo voy a explicar. Los que estamos en este ingrato negociado no tenemos tantos derechos como el ciudadano de a pie. Nuestros servicios no se pueden permitir un escándalo, nada menos que una filtración. ¿O usted se figura que la CIA o el MI5 seguirán compartiendo información con nosotros si no somos capaces de custodiarla? ¿Cree que así nuestros compatriotas se sentirán más protegidos? ¡Verdes las han segado! A los que espían rara vez se les juzga ante un tribunal, con prensa y televisión, amigo Tyllett. ¿No le parece más sensato lavar en casa los trapos sucios y obligarles a que pasen al enemigo la información que nosotros queramos?

—Qué gran idea, tiene razón, jefe. ¿Se trata entonces de una operación secreta?

—No se le escapa una, joven, usted ve los mosquitos en el horizonte. ¿No es lo que se espera de los servicios secretos, que es por cierto donde trabajamos?

—Afirmativo, señor. ¡Seré una tumba!

Algún día sin duda, piensa Ginés, eso no es optativo, sino más bien impepinable; todos rendimos viaje en la noche inmóvil. Guardándose su opinión para sí mismo, le dice a Tom:

—Cuento con usted, Tyllett, lo haremos esta misma mañana. Miss Navel, usted seguirá con Miss Galea, nunca descartamos nada, ya lo sabe.

Ginés les comunica que la matrícula anotada por la Tante pertenece a un coche alquilado por un tal Carlo Luppi, que pagó en efectivo.

—Tom y yo hemos reconocido al hombre del dibujo —añade Amber Navel.

Entonces cuenta que le vieron el miércoles 12 en La Platija, con un traje de color tabaco. Tante Juani confirma que era él. Amber añade que cenaba con una mujer atractiva, desdeñosa y con trazas de *femme fatale,* capaz de destruir la vida de cualquiera que aceptara la más mínima de sus carantoñas. La Tante corrobora punto por punto y hasta con vehemencia la descripción de aquella mujer. Nada le dice Amber sobre el parecido que el presunto Opinel tenía con Loyola, pero para entonces Ginés ya lo sospechaba. Él era así, un intuitivo.

—Bebía Macallan doble con un solo hielo, como usted —es lo único que revela Amber.

—Me lo temía. Si es Marc Opinel, entonces sigue aquí. No esperaba menos —comenta Loyola, y luego añade—: Quiero todo lo que podamos conseguir sobre Mozart Contractors y el camarada Mijaíl Chigorin y su relación con Eagleton.

—¿Seguimos formando parte de un escenario de guerra fría? —pregunta el aprensivo Tyllett.

—Nunca, salvo dentro del matrimonio, hemos estado tan cerca de la destrucción mutua asegurada —sentencia Loyola, lo que provoca un silencio temeroso y reverencial, durante el que todos los presentes anticipan el poco apetecible porvenir de la humanidad bajo el hongo atómico.

—Hemos terminado, señores. Tyllett, quédese conmigo. Juani, prepara La Catacumba para nuestro invitado.

A solas le explica el plan de manera que Tom pueda comprenderlo, es decir, solo lo que necesita saber.

—Prefiero que no tenga que utilizarla —le dice cuando le entrega un arma—, pero si llega el caso, dispare a las piernas.

—¿A las dos piernas?

—Tyllett, se lo suplico, no me ponga a prueba.

Si bien no ha llegado al límite de su paciencia, Ginés se acerca peligrosamente a él. Su equipo es todo con lo que cuenta, y él los ha elegido.

La Secretaría de Navegación Comercial se encuentra entre la alfándega y el Marais, en un edificio de dos plantas del Vieux Port. La puerta de salida de los funcionarios está en el chaflán de la esquina de la calle Extravagario con Ashburg Avenue. Tyllett se aposta en Ashburg, desde donde ve a Loyola en Extravagario para avisarle de la salida de Fast, a quien Loyola no conoce. A Marta Galea, en cambio, la conoce y la quiere casi desde que nació, es amigo de su padre, el diputado. Llevan media hora allí, a pie firme y ojo avizor, apoyándose de vez en cuando; Tyllett en una farola y Ginés contra la pared. Tyllett despliega el periódico que lleva doblado en el bolsillo, es la señal convenida, Ginés se pone en movimiento.

Andrew Fast es un chico demasiado joven, como todos ahora, en opinión de Loyola. Es muy alto, rubio y pecoso, y lleva un pantalón de franela gris, americana azul marino y una camisa blanca, con el cuello y los puños bien planchados, sin corbata y abrochada hasta el cuello. El pelo lo tiene rapado como un recluta, con un artefacto semejante al que se usa para esquilar ovejas, que da la impresión de haber manejado él mismo y sin mirarse al espejo. Con las pecas, el cuerpo atlético y el pelo al uno, tiene un aspecto entre marcial y cándido. Que lleve el portafolios en la mano izquierda sugiere que podría tener un arma en el bolsillo derecho de la chaqueta. A Loyola le recuerda a un misionero, uno más de esa gente que llama a la puerta de indefensos desconocidos para explicarles el mensaje de algún dios, y siempre

insisten en dejar ciertas publicaciones que les harán conocer la verdad. Adventistas, renacidos, evangélicos, mormones, individuos que se bautizan por inmersión o devotos de algún libro sagrado cuyo original está escrito a máquina. Todos te aman sin que les hayas hecho nada para merecer el castigo de su zalamería, su intransigencia y su tenacidad.

Fast le está ofreciendo su maletín a Tyllett cuando aparece Ginés.

—Soy el capitán Loyola —se presenta, enseñando su identificación del CNI—. Acompáñenos, necesitamos su colaboración.

Aunque ha dejado de sonreír, Fast no opone resistencia, así que le llevan al 124 que Amber Navel les ha prestado. El trayecto hasta Stray Street es corto, pero llevarle a pie sería peligroso, quizá le diera tiempo a cambiar de opinión y echar a correr.

—¿Lleva usted algún arma? —pregunta Ginés.

—Mi pistola reglamentaria.

—Quieto —recomienda Loyola al ver que Fast acerca la mano al bolsillo de la americana—. Mi compañero se hace cargo.

Tyllett saca un 45 y se lo entrega a Ginés. Después le indica a Fast que ponga las manos en la capota, y le cachea, y al no encontrar nada de su interés, abre la puerta y le invita a entrar en el vehículo. Rodea el coche y se sienta al lado de Fast en el asiento de atrás. Ginés se pone al volante y arranca el motor.

Aparca en la puerta de la librería de Stoner y suben la escalera a paso ligero. Para entonces Andrew Fast ya sabe que se encuentra en una situación difícil.

Cuando llegan al segundo piso, Ginés toca dos veces el timbre de Mudanzas Panero. Tante Juani abre la puerta y vuelve a cerrarla a sus espaldas, no quiere que nadie vea las oficinas. Tyllett está boquiabierto, es la primera vez, por fin va a descubrir qué hay detrás de aquella puerta cerrada. La Tante abre y le da la llave a Loyola.

—Gracias, Juani. Nosotros atenderemos a nuestro invitado —dice Ginés, y le cede al paso a Andrew Fast, que se ha desprendido de su aplomo de misionero y entra despacio, mirando con desconfianza a su alrededor.

Si Tyllett esperaba cámaras de tortura, argollas en las paredes para encadenar prisioneros y un vestidor con capuchas negras, látigos y guanteletes de hierro, no me sorprende que sintiera una decepción al ver el secreto tan bien guardado: aquello es un piso confortable, con

un alegre papel pintado en las paredes, cuadros con escenas de caza, caballos de raza y empapadas ninfas que salen de plácidos estanques o de ríos rumorosos al encuentro de enamorados pastores con sus zampoñas, dulzainas, chirimías y tamboriles; hay un par de acuarelas de la desembocadura, nada grandiosa, del Cuélebre; una librería con clásicos en varias lenguas encuadernados en piel —adquiridos al viejo Walter Stoner—, un tresillo con su correspondiente mesa baja y su ineluctable despliegue de libros de pintura y fotografía; en un ángulo de la sala, una miniatura de cocina de esas que llaman (Dios sabrá por qué, será por su insignificancia) coquetas cocinas americanas, con horno y nevera; y una mesa de comedor con cuatro sillas de respaldo tan recto, que quizá se podrían tomar por el único suplicio a la vista. También hay ceniceros, una cajita de plata con cigarrillos, una maceta en la mesa de comedor con lo que Tyllett cree que son hortensias puestas allí por la Tante —solo acierta en una de sus suposiciones, ya que son geranios—. En definitiva, un relamido ambiente hogareño, sin rastro de la brutalidad que tanto le complace. Siendo Tyllett como es, no deja de poner atención a lo que está ausente: periódicos, televisión, radio, cuadros en los que se representen paisajes locales (el Cuélebre no cuenta, es un río abstracto, casi espiritado), y por supuesto ningún calendario. También hay una puerta cerrada que, confía Tyllett, puede que dé a un cuarto de torturas. Si alguien fuera traído aquí con los ojos vendados, piensa Tyllett, no sabría ni dónde está ni lo que sucede en el exterior; y a los pocos días quizá perdería también la noción del tiempo que lleva encerrado. Las ventanas están cubiertas con cortinas y tabicadas con ladrillo. Toca una pared, y además de empapelada está insonorizada con gomaespuma. Así que sí, es una prisión, y eso le levanta el ánimo a Tom.

No tanto a Fast, al que Loyola le dice, señalando el sofá:

—Siéntese, ¿le apetece una copa?

El misionero abandonado por su dios que escribió los mandamientos en una Olivetti (o quizá en una Smith Corona) se deja caer en el sofá. Puede que repita en su interior lo único que de arameo conocemos los isleños: *¡Elí, Elí! ¿lama sabactani?* Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

—Sí, creo que la necesito —dice en cambio en voz alta.

Loyola abre el mueble bar y saca una botella de Macallan y tres vasos. Se sienta en una butaca y le señala a Tyllett la otra.

—¿Usted tomará whisky? —pregunta Ginés a Tom.

—No, gracias, prefiero una soda. —Le tiembla un poco la mano al responder, y Loyola lo nota.

—En la nevera —le indica, y sirve dos whiskies más que suficientes.

Cuando vuelve Tom con su botella de soda, Ginés se dirige a Fast:

—Mister Fast...

—Andrew, o Andy, si lo prefiere —interrumpe Fast.

—Mister Fast —repite—, ¿tiene usted algo que contarnos?

—¿Sobre qué? —pregunta con un tono de sincera sorpresa.

Loyola da un lento trago de Macallan. Abre la caja de plata, en la que hay Gauloises y Winston, pero no Dragones; y se la tiende a Fast, que declina la invitación. Ginés enciende un Gauloises y responde a la pregunta:

—Tocante a informes que no deben salir de la oficina. Por cierto, ¿ha sacado alguno hoy?

Con gesto de dignidad lesionada, Fast pone su portafolios sobre la mesa. Ginés le hace una señal a Tyllett y este abre la cartera y extiende su contenido sobre la mesa. Lápices y bolígrafos, un bloc de notas, una petaca de whisky, el rotativo progresista de la isla, el *Atlantic Post;* una revista pornográfica muy popular y con modelos neumáticas, *Boobs & Butts,* que Loyola desaprueba, un horario de autobuses de la L6, Marais-Fuzzy End, y una novela titulada *La vida nueva de Pedrito de Andía,* que Ginés tiene en la más alta estima.

—Le devolveré el bloc cuando lo haya examinado —dice Loyola —. No perdamos más tiempo, Fast, ya lo sabemos todo, pero necesitamos que nos lo cuente usted.

—No sé de qué me hablan —responde Fast con energía.

—Le hablo de asuntos baladíes, de muy poca monta, como vender informes a una potencia enemiga y traicionar a su país, quizá ha llegado a conocer al tovarich Chigorin, ¿verdad? Le hablo de intercambiar fluidos con una menor de edad, como si fuera su profesor de judo o de natación sincronizada; le hablo de evasión fiscal, ¿cuánto le paga Eagleton?

Con una desesperación que Loyola estima improvisada y poco cooperativa, Andrew Fast se lleva los puños a las sienes y gimotea:

—No sé nada, no tengo nada que decir, quiero que venga un abogado.

—Pues no va a venir, Mister Fast, usted ahora está con el servicio secreto, y aquí utilizamos otros procedimientos, usted lo sabe, ¿verdad?

—Lo sé —responde ya sin tantos arrestos, más bien con desánimo.

—Buen chico, Andy. ¿Nos va a contar todo?

Hace un poco de teatro, se mesa los cabellos (como si fuera tan fácil mesarse un pelo rapado al uno), balancea la cabeza, y en vista de que nada más puede hacer con su pelo, se estruja los dedos con las manos enlazadas.

—Se lo juro, capitán Loyola —declara, como si su quisquilloso y colérico dios acabara de ponerle una mano en el hombro: ha encontrado una salida—. Nada conozco de Inbleton ni del tal Chigorski. Una sola cosa es verdad: amo a Peggy Sue, lo confieso. Ella es mi norte magnético.

¿Su norte magnético? A Loyola le cuesta creer que alguien hable así, más todavía si se trata de una Peggy Sue de la Joie, enredadora y novelera, y le parece *incredibile dictu* que un agente confunda los nombres de Eagleton y Chigorin. Tiene que ser intencionado y a sus ojos le hace parecer todavía más culpable. Además, ¿acaso pretende hacerle creer que Peggy Sue le exige cada día más dinero y por eso se ha hecho espía?

—Mire, Fast —ha vuelto al tratamiento menos amable—, hay dos maneras de salir de aquí. Una, contármelo todo. La otra es con rumbo al Verraco o tal vez a la horca. Elija usted.

Repite que no sabe nada, ahorrándose el melodrama.

—Muy bien, Fast. Usted decide. Piénselo bien. Volveré a verle mañana a la misma hora.

—No puede encerrarme aquí.

—Ya lo he hecho. Medite. Tiene todo lo que pueda necesitar. En el dormitorio hay un pijama nuevo y en el cuarto de baño útiles de aseo. Y una buena colección de libros. Dickens, Galdós, Flaubert, Tolstói... No disponemos de *Lolita,* lo lamento. Tome la decisión correcta.

Esto dicho, recogió el bloc en el que Fast anotaba quién sabe qué pensamientos o propósitos, Tom y Ginés salieron, y Ginés cerró la puerta.

—¿Sabe usted, Tyllett, qué hay en Fuzzy End?

—Nunca he pasado por allí, señor. Y ese horario de autobuses no estaba cuando le registré por primera vez.

—La oficina comercial de la Unión Soviética.

Entonces no había embajada en nuestro país.

Tyllett puso un gesto de asombro y a la vez de haber dado con la clave de todo.

Ambos están convencidos de haber capturado al culpable.

Se van a comer algo a The Raven (un emparedado de abadejo con corujas y mostaza de Dijon). Loyola le dice a Tyllett que se tome libre lo que queda de la tarde.

No le necesita para nada y sobre todo le hace falta estar solo con un whisky: y preferiría no volver a contemplar el temblor de la mano de Tom.

Vuelve a la Casa Desolada, donde la Tante está buscando información en los archivos; Amber Navel está fuera, siguiendo a Miss Galea. Lee los expedientes que Tante Juani ha seleccionado para él y el bloc de notas de Andrew Fast.

Poco después de las cinco, Ginés le dice a Juani:

—*Let's call it a day*.

Se despide de ella. La Tante nunca renuncia al derecho que ella misma se ha otorgado de ser la primera que llega y la última que se va. Son cosas características de las madres de antes.

Cuando Loyola sale a la calle, aquellas veloces nubes altivas y culonas de la mañana ya están cerca del suelo, como bastos sacos de arpillera llenos de barro y pedruscos, a punto de caer sobre nosotros y nuestras inútiles, estrafalarias e infundadas esperanzas. Estas mañanas de nubes voladoras dan lugar a los atardeceres de cielo desplomado —así le dicen aquí— tan amenazadores, aunque también nos acercan los unos a los otros: estamos todos a su merced. Hay quien cierra su tienda para llegar cuanto antes a casa, con los suyos (como los llaman ellos), y morir abrazados en familia; hay quien echa a correr hacia la orilla, donde es sabido que siempre se está a salvo, a condición de tener un pie en el agua y el otro en la arena, en ese límite entre el ser y el no ser; también hay, cómo no, quien se precipita a la taberna más cercana.

Es el caso de Ginés Loyola. Vuelve a The Raven, donde siempre es bien recibido por el personal.

Belén Damajuana y Claire Cleavage ya han resuelto su trapatiesta

de celos y rencores. Ahora vuelven a ser mejores amigas. Como pronosticaba su nombre, Ariel Gaztambide no es más que un barbilindo tarambana y veleidoso, que a solapo de Claire se metía entre las piernas de la primera que se pusiera a tiro de sus miradas rapaces. Pierre, cautivo entre los fogones, sigue siendo el fiel de la balanza, tan odiado por Belén como bienquisto por Claire, y sin lograr nunca que le tomen por francés.

El segundo Macallan vuelve a sembrar dudas en Loyola. ¿Ha caído en una trampa? ¿Se está equivocando con Andrew Fast? Si Fast se reuniera con su controlador en las inmediaciones de la oficina comercial soviética, ¿sería tan merluzo como para llevar el horario de autobuses en su portafolios? Todo parecía colocado a propósito para que Loyola tropezara con ello, incluida la señorita De la Joie.

¿Y por qué llevaba Fast, durante la pausa de la comida, un revólver en el bolsillo?

Por otra parte, como decía Ockham, la explicación más simple suele ser la más probable.

4

En el *cocktail lounge* del Tivoli, ella está en un taburete de la barra, fumando de perfil. Sobre el mostrador hay un pequeño bolso negro con una cadena de plata. Tiene un vaso de dry martini en la mano que no sujeta el cigarrillo. Sus dedos fuertes y cortos, y sin uñas largas, no son como los de las modelos de los anuncios. Doyle sabe cuánto daño son capaces de hacer, eso es lo que él más desea. Lleva un vestido negro de satén muy escotado, tiene las piernas cruzadas y a la vista la mayor parte de un muslo. Sería capaz de estrangular a un hombre apretando su cuello entre esos muslos, donde, aun sabiéndolo, cualquier hombre metería la cabeza. Los zapatos son de charol, con tacón de aguja, más peligrosos que un punzón de hielo o una daga veneciana. Nada en ella es dulce o tranquilizador, sabe utilizar cada parte de su cuerpo como un arma mortal de necesidad; y eso, a los ojos de Peter Doyle, es lo que más la embellece. No tiene ninguna duda de que ella le ha visto entrar, ni tampoco de que no volverá la cabeza.

—Mademoiselle —dice.

Corinne finge sorprenderse.

—Qué grato encuentro, *bel ami* —dice—. Siéntese.

Siguen hablando en francés y tratándose de usted, nunca cambiaron de idioma ni se tutearon.

Los taburetes tienen un respaldo de madera que forma un semicírculo, y recuerda a una barandilla en el castillo de popa de un buque antiguo. Pete pide un Macallan doble con un hielo, se sienta y enciende uno de sus Gauloises.

—He pensado en llevarla a cenar a John Donne, es el barrio más chic que tenemos por estos pagos, si no le disgusta.

—Parece tolerable —concede ella.

En La Madelón se sienten fascinados por el mal gusto pretencioso que es el espíritu del local, su *Volkgeist* por así decir. Piden lo que juzgan menos sofisticado, menos propicio a experimentos y más

inofensivo: silbapiedras y una corvina a la plancha. Las raciones son muy pequeñas, otra cosa sería de pésimo gusto, casi ofensivo, para sus clientes, de quienes se da por hecho que hambre no pasan. Comer con hambre es de pobres, los ricos siempre lo hacen con desgana.

¿Cómo decirle que ha ejecutado esa mañana al hombre más importante de la isla? Doyle solía contestar a las preguntas que se hacía a sí mismo con otra pregunta, como dicen que hacen los gallegos. ¿Y por qué decírselo?

El vino es algo afrutado; los labios de Corinne, fruncidos y de acíbar; el potaje, reconfortante; su canalillo, abrupto, como un desfiladero entre dos escarpadas montañas; la corvina, ligera, pero sabrosa; su lengua, no menos apetecible que áspera. Por eso la quería tanto, ella no se parecía a nadie, ni siquiera a sí misma. No podía ni ser dibujada.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Corinne.

—Nos subiremos en la noria.

—¿De verdad? *Oh, la grande roue!*

—Vámonos —dice Pete, levantándose.

Las estrellas titilan como timbres a los que nadie va a contestar, telégrafos de luz con mensajes en morse desde universos paralelos. En lo alto de la noria sopla el viento, viene del oeste, empujando a las olas; cuando van hacia abajo les parece que están cayendo a un pozo, el estómago se les sube a la garganta, ¿quién no ha sentido lo mismo en Ocean Park? ¿Quién no ha visto su vida descendiendo hacia la oscuridad? ¿Quién no ha vivido una resurrección cuando la noria vuelve a lo más alto? Van cogidos de la mano, miran gotear el firmamento, les salpica esa lluvia fina de estrellas errantes que solo el amor desencadena, y piensan que tantos cuerpos celestes despeñados vienen de sí mismos, que son el llanto de sus oscuros corazones, y creen, mientras dan vueltas como en un molino de marea, que todo, absolutamente todo lo que sucede en el universo, hasta en las más distantes galaxias, trata de sí mismos y de sus sentimientos más secretos.

¿Era verdad? Yo creo que sí: eso es amor, quien lo probó lo sabe. En un asiento para dos, un cangilón de noria que sube al cielo, se siente la pureza de dos asteroides que se encuentran (y se estrellan uno contra otro) en el espacio exterior; y al mirar al suelo la ciudad parece inalcanzable, como si retrocediera perdida en el olvido; un

hormigueo de luces lejanas, al borde del agua negra (sin horizonte, igual de negro el cielo que el océano) con los blancos flecos fugitivos del oleaje, que aparecen de pronto y se disipan en los muelles del puerto, contra el malecón del paseo marítimo o sobre la playa de Aprietaculos. Quien no ha dado vueltas a la noria todavía no se conoce a sí mismo.

Al poner pie a tierra se cogen otra vez de la mano, caminan con embriaguez hipnótica (¿de polvo estelar?, ¿de la gravedad terrestre?, ¿del peso de haber sabido —describiendo círculos— quiénes son?), con atentados pasos se dirigen al carrito del compay Severo, que vende helados, algodón dulce, cucuruchos de palomitas de maíz o peladillas, chupitos de aguardiente o whisky en vasos de plástico, preservativos (aquí es costumbre pedirlos con el pacato nombre de chubasqueros), tabaco, calcomanías, gaseosas y antifaces de carnaval, de cartón y con una goma elástica. Compran una de las nubes rosadas y un antifaz para cada uno. Uno de gata para ella, otro de tigre para él.

El compay Severo cría malvas hace muchos otoños, y nadie ha vuelto a tener un surtido tan gozoso de productos comerciales inesperados, que contenían la posibilidad de otras vidas, hechas para la felicidad, a nuestra medida y a nuestro favor. A finales de los ochenta, cuando el compay cerró el puesto y liquidó las existencias, compramos todos los antifaces, y unos meses después, fuimos enmascarados a su entierro en Les Plaisirs. No sé lo que pensaron sus deudos, lo hicimos con la mejor intención: habíamos acabado demasiadas noches pisando la dudosa luz del día, como decía Góngora, con antifaces del compay puestos, y trastornados por la alegría. Le queríamos, y resultaba muy fácil quererle, porque era cualquier cosa menos severo. Éramos tan tontos, tan infelices, tan insipientes (y tan insípidos) que me da escalofríos recordarlo.

Corinne sujeta el palito de madera del algodón en alto, como si fuera una vela en la procesión de la Candelaria, y cada uno empieza a comer trozos de nube por un lado, y quizá en el opaco interior de sus corazones hubiera un deseo inconfesable, quién sabe cuál cada uno. Sus lenguas se reúnen en la madera, y la rodean para rozarse, para apretarse una contra la otra, para empujarse, y no se separan, porque las lenguas no quieren dejar de tocarse, de ser lo que están siendo; almas como llamas, espadas aceradas y húmedas, corazones en forma

de ballesta con flechas que tienen veneno en la punta. Ruedan hacia sus cabezas las estrellas impertérritas y las tímidas luces de los farolillos de papel de colores; el confeti se posa sobre las hombreras de la chaqueta de Doyle, en los hombros desnudos de Corinne, y alrededor de sus pies, formando un círculo que los encierra. La brisa aletea en la falda de ella, a través de sus muslos, y al besarse con el palo atravesado entre los dos, se les pegan en la frente restos rosados de pegajosas nubes de azúcar. Ahora ella pone el palito en horizontal y, por debajo de la madera, mete la lengua en la boca de Pete; él hace lo mismo por arriba. Cuando ella pone las manos en los hombros de Doyle, el palo se sujeta solo entre sus lenguas. Pete siente dolor en el frenillo, pero continúa apretando la lengua de Corinne, con las manos en su cintura, hasta que ella se separa y el palito cae al suelo entre los dos, que se miran con asombro: tienen la frente de color rosa y con algodón pegado, y no se mueven, como si no supieran cómo salir del círculo de confeti ni lo que les esperaría en el exterior.

Mediante sortilegios, conjuros, audacia o temeridad, salen del redondel que les rodea —o quizá les protege— y echan a andar, amarraditos los dos, cautivos de ese otro laberinto en el que tarde o temprano nos encerramos todos: el amor, el dulce dios de la amargura, y cuánto nos avasalla y cuán sin respeto nos trata.

Pero entonces, de pronto, aparece el tiro al blanco.

El fondo de la caseta exhibe los trofeos al alcance de cualquiera en posesión de tres dragones y suficiente puntería para acertar a tres palillos de dientes. En los anaqueles más bajos están los blancos más asequibles, el osito de peluche, los botijos, los collares, las pelotas de plástico, las cajas de turrón o las manoplas de lana (como si aquí fueran corrientes las nevadas); más arriba y más lejos, los trofeos muy codiciados, los patines de ruedas, el disfraz de Drácula, los revólveres de juguete, la muñeca Barbie, el trozo de cecina de caballo o una montera de torero.

—¿Quiere usted disparar? —pregunta Pete.

—*Mais non,* prefiero que usted me consiga ese gorro negro tan raro.

—*Volontiers, mademoiselle.*

Entrega tres dragones y recibe la escopeta de balines. Doyle la sostiene con torpeza, mientras estudia con disimulo la desviación del arma: calcula dos centímetros hacia la izquierda.

—Es muy fácil —le ayuda el dueño del puesto—. Cójala así, apunte y apriete el gatillo. Tiene tres disparos.

—¿Tengo que tirar desde aquí?

—Póngase cómodo, marqués, donde le dé la gana.

Doyle se sitúa en el extremo izquierdo del mostrador; la montera está en el ángulo superior derecho. Nota en el dueño un gesto pasajero de desconfianza, que disipa la desmañada forma en la que Pete sujeta el arma. Los dos saben que esa, de izquierda a derecha y de abajo arriba, es la mejor trayectoria. Corinne observa, las manos a la espalda, con el pie izquierdo más adelantado que el derecho, y el bolso apoyado en su culo convexo.

¡Bang!, el palillo de la izquierda se parte en dos.

Corinne aplaude con la cadena del bolso colgada de la sangradura del brazo izquierdo. El dueño se amostaza. Ella devuelve los brazos a la espalda y el bolso a la pompa de sus nalgas turgentes.

¡Bang!, el palillo del centro sale volando.

Ella vuelve a aplaudir, tres palmadas, ni una más. El dueño da muestras de irritación malévola.

¡Bang!, el último palillo se esfuma.

Corinne da sus tres aplausos de rigor.

—Marqués, usted chanela más de lo que le conviene —dice el dueño casi con furia.

¿Es una amenaza? Doyle se pregunta si sospecha algo y si tendrá que deshacerse de él. ¿Podría distinguir este defectuoso y cojitranco ser humano a un tirador excepcional solo con verle utilizar una escopeta de aire comprimido? ¿Tanto le escuece perder uno de sus premios como para ir a una comisaría y denunciar el avistamiento en la ciudad de un profesional?

À contrecœur, à reculons o a regañadientes, y no de su grado, el antropoide entrega la montera a Corinne.

—Trátela con el máximo respeto —advierte el embaucador—; perteneció a don Juan Belmonte, el más grande matador de toros que vieron los siglos pasados y no esperan ver los venideros.

Con la presunta montera de Belmonte, Corinne relumbra. Hace juego con su vestido y la cadena de su bolso. Los dos se ponen los antifaces.

Entonces suena el zumbido del cohete. Todos vuelven la vista hacia el océano y contemplan la subida vertical con su estela de

humo, y cómo estalla en el negro cielo y se convierte en una palmera roja que gotea sobre el agua.

—*On y va!* —exclama Corinne.

—*Vite!*

Los dos corren hacia el malecón, seguidos por media docena de chicos pendientes de Corinne, prendidos del vuelo de su falda, de las curvas que el viento hace aparecer en el vestido, del repique de sus tacones, de la montera y el antifaz. Se abren a la vez tres palmeras lanzadas desde el faro, que despliegan en el cielo los colores de la bandera; azul, blanco y morado.

Allí están, frente a las olas, en el muro de piedra, rodeados de niños que contribuyen en la medida de sus posibilidades con petardos, explosión de globos y lanzamiento de piedras hacia la marea. Entonces, contra todo pronóstico, se dan un beso en la boca y se abrazan. Los chavales silban, aplauden y se ríen nerviosos.

—¡Que se la calce! ¡Que se la calce! ¡Que se la calce!... —corean los alegres muchachos, a la rueda rueda, el mismo estribillo que el viento se lleva.

Esos chicos recordarán a la mujer de la montera y el antifaz, cuando sean mayores y trabajen en Heaven Haven fregando platos y sirviendo mesas a los turistas. Apuesto a que esa noche se la menearon con frenesí pensando en la matadora de toros enmascarada. Su cuerpo será indeleble, así como difícil de entender o dibujar.

¿De dónde viene tanta alegría? A veces me lo pregunto, ¿por qué no somos más partidarios de la felicidad, sabiendo que siempre está al alcance de la mano?

En el Tivoli se van a la cama; ella, solo con la montera de Belmonte puesta; él, desnudo y desatado; no hay grilletes ni látigos ni golpes inesperados; como si todavía les siguiera la comitiva de mocosos entusiastas y vocingleros, y tuvieran que follar en presencia de los más pequeños, y para su edificación. ¿Quién es capaz de escandalizar a un inocente? Sobre eso escribía Doyle en sus cuadernos, donde mencionaba la conveniencia de atarle una piedra de molino al cuello a cualquiera que privara a uno de los pequeños de su inocencia; y llegaba a preguntarse si merecía la pena vivir una vida que uno no pudiera contarle tal y como fue a un chaval de quince años.

Ambos se corren consecutivamente (primero él) —ninguno cree en el dogma del orgasmo simultáneo—, y se quedan abrazados y los

dos pensando lo mismo: ¡pero si era tan fácil!

—Vámonos. A cualquier sitio. Mañana mismo —propone Corinne.

—Todavía no.

—¿Por qué?

Eso, ¿por qué no? En ese momento decide contarle la verdad, aunque le cueste la vida a uno de los dos. En ese caso, lamentándolo mucho, Doyle procuraría que fuera ella la que acabara a dos metros bajo tierra. Pero no creía que eso pudiera ocurrir. Él siempre confía en los egoístas con pocos principios; a su parecer, lo más peligroso son las buenas personas, las que piensan que lo son; es imposible fiarse de ellas.

—Puede que la policía me esté buscando —admite.

—¿Puede? —preguntó ella sin inmutarse.

—No saben quién soy, no saben cómo encontrarme, así que sí: puede.

—Lo que haya hecho, ¿sucedió aquí?

—Sí, en Atlantic Town.

—Entonces, ¿no deberíamos alejarnos, poner tierra por medio?

En el caso de una isla, sería mar por medio, pero Doyle agradece el uso del plural y le acaricia la mejilla antes de decir:

—Usted y yo, si usted quiere, nos quedamos aquí sin movernos, es la mejor vía de escape.

Pete le explica su punto de vista. Hay cosas, dice, que solo se hacen visibles cuando desaparecen. Los adolescentes. La salud. Los sentimientos. El buen humor. La belleza de tu pareja. En mi caso, explica, si me muevo salgo en la foto; si me quedo quieto no me convierto en sospechoso. Además todas las salidas de la ciudad están vigiladas por tierra, mar y aire. La vía de escape es no huir.

—Eso sin duda, es una Operación Jaula. Y siendo así, de acuerdo. ¿No tiene usted hambre? Tampoco hemos cenado gran cosa en ese restaurante.

¿Por qué había dicho sin duda? ¿Ella también sospechaba algo, igual que el del tiro al blanco? Doyle decide que es él a quien los dedos se le antojan huéspedes.

—Conozco un bar en Byron —dice.

—¿En Byron?

—No es el Ritz, pero cocinan bien, comida asturiana.

—¿Qué significa eso?

—En general proteínas y grasa, chorizos y algún pescado, como el pixín, al que llaman la langosta de los pobres. Asturias es una pequeña provincia al norte de España, está llena de mineros, de indianos y de serenos que trabajan en Madrid.

—¿Abstemios?

—Al contrario. Son serenos de los que abren los portales por la noche, van con un chuzo, llevan en un aro de metal el manojo de llaves, hay que llamarles dando palmadas para que salgan del bar y todos son chivatos de la policía. La *cuisine* astur está pensada para los mineros, que necesitan calorías; la bebida, para los serenos, que nunca lo están; y para los que han vuelto del Nuevo Mundo han creado un postre emotivo y empalagoso, el arroz con leche —resumió Doyle, no sin acierto, por lo que se me alcanza.

—*Allons-y* —dice ella y salta de la cama para ponerse, sin bragas, un pantalón vaquero ancho y con algo de campana; una camiseta blanca de algodón, sin sujetador; una cazadora de cuero negro y, por supuesto, la montera que nunca había llevado don Juan Belmonte.

Doyle lleva su traje color tabaco, pero sin corbata.

—No aparcaré en la puerta, daremos un paseo; la gente nunca olvida un vehículo de lujo ni a su conductor. Será el rencor social.

El Mirador nocturno y juvenil, sin jugadores de birloque ni gitana Micaela, no obstante las chillonas diferencias, retiene lo distintivo del diurno, a saber: la escasa tolerancia para con las sandeces y el mal comportamiento; que se compadece empero con la convicción de que todos somos de Dios y en ocasiones capaces de columpiarnos como cualquiera; las tapas con fundamento, la generosidad en lo que atañe a los licores y el trato amable, evitando las confianzas. En fin, los pilares de cualquier taberna que se precie de tal. La diferencia son los jóvenes que, puesto el sol, repostan bollus preñaus y chorizos a la sidra para encharcarse incontinenti de ginebra de garrafa. Para Doyle los jóvenes siempre son la parte enojosa del paisaje de fondo, como esas inútiles nubes filiformes detrás del soberbio retrato de un solemne cardenal.

—Buenas noches, señor —dice Gabi con el Macallan doble con un hielo que deposita en la mesa 5, y añade—: y la compañía.

—Veo que ya conoce a mi marido —dice ella con su perturbadora ausencia de sonrisa.

Gabi se azora, pobrecito, y se dirige, sonrojado, a ella:

—¿Qué puedo ofrecerle, señora?

—Muchas cosas, mas empecemos por un dry martini, si tiene la bondad.

Aumenta el rubor de Gabi, y Pete pregunta:

—¿Hay cocina abierta?

—Para lo que sea menester, caballero —responde el chaval.

—Dos bollus preñaus y dos raciones de pixín, si puede ser.

—¡Marchando!

Gabi parlamenta con Basilia, que le enseña a preparar el primer dry martini de su vida.

Doyle no toca su whisky hasta que Gabi trae la copa de Corinne. Siendo asesino a sueldo, era un caballero, eso no es discutible. *À la vôtre,* dice él, y brindan.

A ella le gusta el pixín, piensa que bastante bien se remedian los pobres en la remota Asturias; el bollu preñau le agrada, pero considera que tendría mejor sabor comido de pie, con una servilleta de papel, al pie de la noria, bajo los castillos de fuegos artificiales; pero en Ocean Park no habían tenido hambre, salvo el uno del otro.

Basilia se acerca a su mesa y saluda:

—¿Fue todo de su gusto?

—*Magnifique!* —dice Corinne.

—Gracias. Préstame verle de vuelta, señor. La casa invita a una ronda.

Se la trae Gabi, que está con el dry martini como un niño con zapatos nuevos.

La belleza agreste y a la vez sofisticada de Corinne no permanece inadvertida para los jóvenes —a pesar de su insolente *je-m'en-foutisme,* ellos pasan de todo—, que la miran a hurtadillas, solapados en su desdén. A Doyle le dirigen miradas de resentimiento. A diferencia de los más pequeños, ellos saben de sobra que ya se la ha calzado.

—Dos disparos perfectos, Monsieur. Me quito el sombrero —susurra ella, y en su honor se quita la montera.

—Fueron tres, uno en cada palillo.

—Dos, en esta misma plaza. Le felicito.

—¿Me cree capaz de hacer algo así?

—Sé quién es usted.

—Yo soy el que soy —responde, evangélico, Peter Doyle—. ¿Volvemos al hotel?

—Volvamos.

¿Qué iba a hacer ahora? ¿Se proponía Corinne extorsionarle, vender al mejor precio su silencio? En ese caso, tendría que deshacerse de ella, como tuvo que encargarse de Blake.

Pasean hasta el Jaguar, y cuando él, de pie, sujeta la puerta abierta para que ella se acomode en el asiento de cuero, al mirar su gesto reconcentrado y satisfecho, se da cuenta de que no ha razonado bien. Cierra la puerta. ¿Para qué ha venido ella a la isla? ¿Acaso no se había hecho la encontradiza? ¿Le estaba buscando? Esa es la pregunta que no ha tenido en cuenta. Rodea el coche por detrás, abre la puerta del conductor y la observa en silencio. Corinne tiene la cara vuelta hacia el otro lado. Una vez al volante, Doyle no puede pasar por alto que no tiene sentido creer que se han conocido por casualidad, y que también por casualidad le ha reconocido en el tiro al blanco y ahora quiere hacerle chantaje. Es mucho peor, se dice. ¿Cómo podría reconocerle si no sabía de antemano quién era? Y solo había un motivo para que ella supiera quién era el hombre más buscado de la isla. Era obvio, estaba en Atlantic Town para cumplir un encargo: eliminarle a él. Y el encargo solo podía proceder de Mozart. En ese caso, tendría que anticiparse a ella. Tendrían que vigilarse el uno al otro, una espinosa tesitura que a veces, gracias al equilibro del terror, garantiza una relación duradera.

Siente miedo, no al daño que tendría que hacerle a ella, sino al que se haría a sí mismo. Tan permanente, tan doloroso como el que le infligiera a Corinne.

5

El L6 se detiene en la parada de la Secretaría de Navegación Comercial, donde habrá subido más de una vez Andrew Fast, y en veinte minutos llega a Fuzzy End, en la ladera sur del cerro Molinera, un barrio de chalets modestos, todos ellos en tres únicos modelos; la casa de dos dormitorios, la de tres y la de cuatro; las tres muy parecidas en distinto tamaño, con un jardín a la entrada y un seto, un columpio y un camino de gravilla con sitio para aparcar dos vehículos; en la mayoría hay un par de árboles (cerezos o ciruelos, por lo general) y una manguera para lavar el coche los domingos por la tarde, como hace la gente decente que ha ido a misa por la mañana; allí todas son personas de bien, temerosos de Dios y comprometidos con su comunidad y su congregación, que se reúne en el templo de la Verdad Evidente, en el centro del barrio; un edificio gótico victoriano con su rosetón, arbotantes y bóveda de crucería, y coronada por una esbelta aguja que es, casi, el punto más alto de la urbanización. Las calles constan de siete o nueve viviendas seguidas y una rotonda en cada extremo, con más columpios y algunos aparatos de mazmorra medieval para que los mayores hagan ejercicio; están vacíos, puede que sean de avanzada edad, pero no son tan imbéciles. Aquí viven los padres de Peggy Sue de la Joie; la madre trabaja a tiempo parcial en una peluquería; el padre es funcionario de correos. En cada punta del barrio hay un centro comercial, y dos o tres restaurantes, cafeterías y comercios, además de algún hotel modesto o de mala reputación; al oeste un instituto público; al este dos colegios, uno nacional y el otro, el Saint Sebastian, de las redentoristas del santo sepulcro, solo para chicas, todas uniformadas con un pichi gris y blusa blanca. Entre ellas, Peggy Sue, otro motivo —que descubrió Loyola ayer— por el que Fast podía hallarse en posesión del dichoso horario de autobuses. Desde Fuzzy End se ve la casa de Loyola, en la cima del Cubilete.

El casi más alto de la iglesia se debe a que la oficina comercial soviética mide diez metros más, una imponente masa de hormigón de

tres plantas, y otras tres bajo tierra, con un búnker a prueba incluso del arma atómica. Está cerca del centro comercial del oeste y sus cafeterías son frecuentadas por el personal de la oficina. Ningún agente soviético puede ser tan majadero y escaso de cacumen como para reclutar y entrevistarse con un espía en las inmediaciones de su propia sede. Loyola lo sabe y, con todo, ahí está, en el colegio en el que Peggy Sue ha repetido ya dos cursos. Ahora la teoría de Ginés es que Fast fue reclutado por un ruso que descubrió, en alguna cafetería, su relación con una menor, y de inmediato le hizo chantaje, como hacen los de la KGB en cuanto se les ofrece la menor oportunidad. ¿De qué conocía el avieso soviético a Fast? ¿Cómo sabía que tenía información? Eso lo pensaría después de haber examinado el teatro de operaciones.

Recibe a Ginés sor Mortificación, una monja delicada y rígida que se parece a Chopin, siempre que al atribulado compositor le pusieran la toca con pináculos voladores que gasta la religiosa. Loyola le pide que le hable de Peggy Sue.

—Que Dios me perdone. —Sor Mortificación se santigua—. Hablando pronto y mal, es una inexhausta fuente de problemas, no da pie con bola, y no es por falta de entendederas ni de explicaderas, es porque no le da la santa gana. Por si no fuera suficiente, goza del discutible y efímero don de la belleza carnal, y la ofrece al mejor postor.

—Menuda prenda —es lo único que se le ocurre comentar a Ginés.

—Está dejada de la mano de Dios, así se lo digo. Rezo por ella a diario.

—Le agradezco su sinceridad, sor Mortificación.

—Llámeme Morti, así me dicen las chicas —interrumpió ella.

—No sé si me atrevería a tanto, hermana. Perdone mi impertinencia, ¿tiene conocimiento de alguna relación de Peggy Sue con adultos?

La monja soltó una risotada impropia del circunspecto y doliente —y sobrado sentimental— compositor de nocturnos para ejercicios de digitación.

—Cuento y no acabo —respondió por fin—, mire, Sir Anthony Alton-Powers, Ted Eagleton y uno más joven, un tal Andrew Fast. Esos son los que ahora andan en el candelero. Ahora sí, todos apoquinan,

así que en el pecado llevan la penitencia. Monsieur, no tengo yo repulgos de empanada, ¿por qué callar sus nombres si son unos desvergonzados?

—Si me lo permite, me gustaría hablar con esa oveja descarriada. Se la devolveré antes de que acaben las clases.

—Llévese en buen hora a la mala pécora, déjela en secretaría, yo estaré en una reunión.

—Gracias, Morti —osa llamarla Loyola, que ya le ha tomado simpatía a la monja. Y se lleva a la *teenager* perdularia a dar un paseo por aquella urbanización desconsoladora.

—Soy un funcionario del gobierno, me llamo Mister Smith —así se presenta Ginés.

—Por mí como si se quiere llamar señor Cifuentes.

—No seas respondona, criatura. Varias de tus actividades recreativas son delitos, por el momento a mí eso no me interesa. Solo quiero alguna información.

—Tararí que te vi, Smith —responde mostrándole el dedo corazón (o *impudicus)* de su mano derecha.

—No te acalores, Peggy Sue, será a cambio de un razonable estipendio.

—Eso suena mejor, abuelo.

¿Abuelo? Mecachis en la mar salada, piensa Loyola. Esa zorrita que le saca sus ahorros a Alton-Powers le llama abuelo. Las tetas de Peggy Sue rebosan el peto del pichi, tiene ojos retrecheros, labios de felatómana y un culo tan respingón que le alza la falda, dejando a la vista unos fornidos muslos de cariátide, en los que dan ganas de poner los labios (y pasar la lengua intranquila y curiosa). Sir Anthony tenía una picha —eso que ahora llaman pene, qué tristeza— de considerables dimensiones, o así le parecía al niño que fue Loyola, que la empuñaba con las dos manos y aún sobresalía el capullo escarlata con una verruga tan fea que era imposible no mirarla. Él nunca se la había chupado, pero estaba seguro de que Peggy Sue, esa putilla deslenguada y levantisca, sí lo había hecho. Varias veces, verruga incluida. Siente desesperanza, o quizá el asombro ante su propia vida. ¿No lo hemos sentido los demás?

—Hablemos de Andrew Fast —propone enseñando un billete de cincuenta dragones.

Con dos dedos se lo arrebata al vuelo la remilgada damisela.

—De lo que quieras chamullamos, guapetón.

Ese es el momento en que se da cuenta de que la detesta. Ella está en la edad de leer *Great Expectations* o *Fortunata y Jacinta,* pero ha elegido o se ha resignado a chupar pollas de ancianos a cambio de calderilla. ¿Por qué? Pues porque es idiota, eso piensa Ginés, que quizá ya no recuerda el principio de *The Great Gatsby:* Cuando estaba en una edad vulnerable, mi padre me dio un consejo que nunca he olvidado, cada vez que sientas la tentación de juzgar a alguien, recuerda que no todos han tenido las mismas oportunidades que tú.

—Quiero hablar de Andrew Fast, ¿adónde ibas con él?

—Al centro comercial del oeste.

—Pues vamos a ver el centro del oeste.

Peggy Sue se cuelga de su brazo, tiene esos modales de buscona de polígono industrial.

Le lleva a una cafetería llamada The Fractured Cow. Ella pide un chupito de ginebra; él piensa que no es asunto suyo, y que beba lo que le dicte su capricho, ya que no su conciencia; y por su parte pide un whisky. Ella enciende un Winston, él lía uno de sus malolientes cigarrillos de picadura.

—¿Aquí tomas de vez en cuando un refrigerio con Fast?

—Sí, pero él casi siempre pide una zarzaparrilla. Cuando está nervioso, toma un whisky.

—*Bien compris.* ¿Dónde tenéis intimidad?

—Allí, en el Enchanted Lodge. —Señala un motel de aspecto indecoroso y descuidado, con una oficina y una docena de cabañas de madera, cada una con una sola ventana, y todas con una pesada y opaca cortina de cretona tras la que los peregrinos del placer avanzan a escondidas del mundo con la cruz de su deseo al hombro, acercándose paso a paso en su *pilgrim's progress,* penitentes en su vía crucis privado hacia las ardientes tinieblas desconocidas a las que les arrastra la necesidad de conocerse a sí mismos.

—¿Saluda Fast a alguien, conoce a alguien aquí? —pregunta Ginés Loyola.

—¿Andy? Qué va, nunca le he visto hablar con nadie. Siempre tieso como un espárrago y tan simpático como una acelga.

—¿Qué sabes de él? ¿En qué trabaja? ¿Qué sabes de su vida y qué piensas de su carácter?

—Cuántas preguntas, qué sopor.

Loyola no sabía qué pensar. Si quería pasar inadvertido, ¿por qué se paseaba en compañía de alguien tan llamativa como Peggy Sue y en un local donde Ginés ya había identificado a tres agentes rusos?

—No tenemos prisa, ¿quieres otro trago?

—Claro que sí, Smith, nos ha merengao.

Cuando les sirvieron, ella empieza a largar por esa boquita. Cree que Andrew Fast es un directivo en algún banco, tiene mucho dinero (que ella se ha esforzado en aminorar a la mayor velocidad posible). Le dice, y es la verdad, que está soltero. A ella le parece una persona que se deja engañar fácilmente; un pringado es el término que utiliza, con no poca precisión, tiene que reconocer Ginés. Solo quiere porquerías, añade, nada moliente y corriente; es como esos curas a los que solo se les levanta con marranadas chiripitifláuticas, eso dice Peggy Sue; y más habría contado, y tal vez de más enjundia, de no haberla disuadido Loyola de entrar en pormenores.

—¿Sabes lo que es ese edificio tan grande?

—Nos ha merengao, todo el mundo lo sabe: la fábrica de espías rusos. No se crea, algunos están de toma pan y moja. En esa mesa de la esquina hay dos.

Loyola no miró hacia ellos, ya los había visto. Y Andrew Fast, ahora está seguro, no es inocente.

—¿Has tenido trato con alguno de esos rusos?

—Quia. Son fríos como carámbanos, y lo mismo de afilados.

—¿Y tú tienes algún novio, digamos de forma desinteresada?

—Toma, claro: el amor de mi vida, mi destino, le quiero sin remedio y para siempre. Si Jimmy me dice ven, o con que dé un silbido, lo dejo todo, cojo el pintalabios y le sigo, aunque vaya descalza.

—Sí, ya me figuro.

—Por estas que son cruces —jura.

Ginés no estimó que mereciera la pena prolongar la, para él, no tan amena ni provechosa charla con la doncellita andante.

—Gracias, Peggy Sue, te llevaré de vuelta so el poder de sor Mortificación.

—¿No quiere conocer por dentro las habitaciones del Enchanted Lodge? —No puede dejar de hacer un último intento, con boca de piñón y bamboleo pectoral.

—Ciertamente no. Además ya he estado allí en otra vida.

No mentía, el funesto Enchanted Lodge fue el desabrido teatro de su último e ingrato encuentro con Sir Anthony, cuando aún le llamaba Tony y no existía la fábrica de espías, como la conocían las imaginativas chavalas de aquella tétrica urbanización, tan desangelada como horra de horizonte.

Reducida Peggy Sue a la tutela de sor Mortificación, Loyola se fue a la parada del L6.

¿Qué pensaría Ginés de ella? ¿Le habría conmovido su vulnerabilidad, el daño sin reparación que le iba a caer encima, el dolor que vendría de la mano de sus deslices, luego desmanes, más tarde desastres? ¿Le importaba su derrotero, sus navegaciones y naufragios? Aquella todavía niña que buscaba a trompicones cualquier forma de escapar de esos chalecitos en tres modelos (el suyo era de dos habitaciones), con jardín y columpio, de la misa dominical y de sus mortecinos padres tan comprometidos con la congregación; de una vida en la que ni siquiera cabían sus sueños de tan reducido tamaño, donde solo había sitio para lo que quepa en una lápida de granito: Peggy Sue de la Joie, nació, no fue feliz, se equivocó y murió, descanse en paz. *Sit tibi terra levis*. Tan leve y fugaz como fue tu paso sobre la tierra. Me dan ganas de llorar a mares y no acabar. No sé lo que pensaba Loyola, no hablamos mucho de ella, no era sospechosa de nada y por tanto no tenía interés para él. A mí me conmovió su muerte, que salió en los rotativos, la mató o la dejó morir el tal Jimmy, su amor, su destino, James Stuart Fitzgerald, que entonces ya era presidente del tribunal supremo, y nunca le encausaron, estaba muy por encima de aquella veinteañera (murió siete años después), adicta a la heroína, como si fuera de otro planeta: para Jimmy también había dejado de tener interés.

¿Alguna vez hubo alguien que se preocupara de aquella chica? No sus padres, no sus amantes o clientes, no el amor de su vida, Jimmy. Tal vez la única persona que, conocedora de quien era, intentó protegerla de sí misma fuera sor Mortificación, aquella monja con el gesto dulce y la amarga nariz de cacatúa de Chopin, el almibarado compositor de llorosos nocturnos que vivió en otra isla con una escritora.

En el autobús, Ginés piensa en Andrew Fast, porque es más sospechoso de hora en hora. Cree que quizá sea un intrigante experto: se ha enredado con Peggy Sue (de la que solo reclama raídos vicios

sacerdotales) como coartada para su presencia en Fuzzy End. Loyola se da cuenta —tonto no era— de que así él mismo eliminaba el motivo, la C de MICE, la coerción. No importaba, dado que Fast era un gran maquinador, solo quedaba, además del dinero (siempre en danza), el ego, el sueño infantil de jugar a espías, que crea tantos monstruos como el de la razón.

Ginés se pregunta qué estará haciendo Fast ahora, después de una larga noche a buen recaudo. Rezar. Llorar. Masturbarse con las ilustraciones de *Boobs & Butts*. Romper todo, cuadros, vasos, platos, libros, lo que encuentre (no sería el primer invitado que lo hace). Llamar a chillido limpio a su difunta madre. O lo más sensato, decidirse a confesar de una vez y seguir con su vida de siempre, con una pequeña diferencia: ahora trabajando para los buenos.

Reflexiona también sobre el poder que ha ejercido —en nombre de los buenos—: ha interrumpido la vida de una persona, le ha apartado por la fuerza de todo lo que conocía (familia, costumbres, los periódicos, su casa, lecturas, noticias, conversaciones, no le queda nada de la forma en la que vivía) y le ha aislado, separado del mundo y de sí mismo, en el pequeño apartamento sin ventanas al que llaman La Catacumba.

En Bleak House todos están tranquilos: Amber y Tom se tratan con amabilidad, como si hubieran cometido el error de comenzar de nuevo, y Tante Juani sigue buscando en el piélago del archivo algo que no haya leído jamás ningún ojo humano.

Por señas, Ginés convoca a todos a una reunión en torno a su mesa. Va a explicarles el trágico escenario de guerra fría en el que están implicados: la Operación Ciclón.

—Tras la revolución del año pasado, Afganistán se ha vuelto comunista, tal y como suena: comunistas perdidos.

—Dios nos ampare —se santigua Tante Juani.

—¿Dónde queda Afganistán, sobre poco más o menos?

—Debajo de la Unión Soviética —explica Loyola, a ver si Tyllett se sitúa.

—Comprendo. —El gesto de Tom indica lo contrario, está *in albis* y además le importa un rábano el paradero de un país fantasmagórico y por añadidura lleno de moros, según sospecha.

—Estados Unidos está preparando una guerra —anuncia Ginés.

—Van a invadir Afganistán —se asusta Amber Navel.

—No es la idea. Lo que quieren es que la Unión Soviética entre en guerra con Afganistán.

—¡Sencillamente diabólico! —exclama Tom Tyllett alborozado.

—Pues esa es la Operación Ciclón.

—¿Han convencido ya a los soviéticos? —pregunta la Tante.

—Eso no es asunto suyo, sino de los afganos. El quid está en crear una resistencia armada contra el gobierno comunista afgano, en su propio país. Y aquí aparecen unos cafres llamado muyahidines. Los muyahidines darán tanta lata, que será el gobierno de Afganistán el que pedirá a la Unión Soviética que les ayude a luchar contra ellos. *Et voilà,* los rusos tendrán su propio Vietnam, una guerra larga y cara que nunca podrán ganar. Esa es la operación de la CIA, lo que ha firmado Jimmy Carter, aunque para mí tengo que es Kissinger el que le mueve la mano. Llevan meses suministrando armamento de todo tipo a esos chalados con turbante.

Lo cierto es que Loyola no se equivocaba, ese mismo año, en diciembre, empezó la guerra de la que hablaba, que se prolongó durante años con el desenlace que él veía venir, fue el Vietnam de la Unión Soviética. Y tuvo consecuencias espantosas para los afganos, les dio el poder a los muyahidines, y el país retrocedió al Paleolítico.

—¿Y qué tiene esto que ver con Dragonera? —preguntó Tyllett.

—Lo acabo de mencionar: el transporte de armamento. Una parte se enviaba desde aquí. Llegaba en avión a Misty Island, y desde allí se llevaba en un buque que tocaba puerto en Esmirna. A partir de ahí no hay ninguna dificultad para atravesar esas fronteras tan permeables. Hablo en pasado porque ya no se hace, eso lo organizaba Colombani, en favor de los americanos. ¿Quién ha parado esos cargamentos? Eagleton, el rey del plástico en la Unión Soviética. Ahora los barcos de Seven Seas los custodia Mozart, a las órdenes del camarada Chigorin. Es la CIA contra la KGB. ¿Les parece a ustedes poca guerra fría?

Todos niegan con la cabeza, acongojados.

—Tyllett, venga conmigo a comer cualquier cosa.

—¿Necesitará algo nuestro invitado?

—No creo, hay bastimento para una semana.

Amber se va a vigilar a Miss Galea y Tante Juani vuelve a su mesa. Cuando hay un invitado, alguien permanece de guardia, puede haber una emergencia; así que ha traído un termo con café, una petaca de Johnnie y un pastel de carne. En cuanto está sola, saca de la

caja de galletas sus ovillos y agujas y se echa al coleto un lingotazo de whisky. Está tejiendo una bufanda para Miss Lullaby. Como si aquí se pasara tanto frío.

En The Raven, Ginés y Tom se sientan en una mesa apartada y piden el menú del día, mojama con almendras fritas de primero y cardos guisados con abadejo de segundo. Para Loyola, un Macallan; Tyllett, con mirada huidiza y manos temblorosas, bebe gaseosa.

—La apertura de La Catacumba es una maniobra peligrosa. Hay que seguir el protocolo de actuación a rajatabla —expone Loyola—. ¿Se ha fijado en que la puerta tiene una mirilla?

—Sí, pero solo en la parte exterior.

—Esa es la cuestión. Tampoco tiene picaporte en el lado interior.

—Lo he notado, él no puede abrir.

Belén Damajuana les trae el primer plato. Parece enojada, no sabe si consigo misma. Ginés lo duda, sería la primera vez.

—Procederemos así: por la mirilla, yo examino la situación. Si es comprometida, abortamos y nos alejamos de la puerta. La consigna es: *Abort!* ¿Lo recordará?

—Claro que sí: *Abort!*

A una señal de Ginés, Belén se lleva enfurruñada los platos vacíos. A los dos les ha gustado la cecina. Piden otra ronda de Macallan y gaseosa.

—También puedo emitir otra consigna: *Stand by!* Eso quiere decir que retrocedemos dos pasos para tomar una decisión sobre un panorama ambiguo o enfoscado, o para hacer tiempo y dejar que se despeje solo. ¿Está claro?

—No del todo, jefe, ¿qué significa ambiguo?

Nunca entenderé a este muchacho, piensa Ginés, se tropieza con ambiguo, pero no rechista ante enfoscado.

—Pues eso mismo, Tyllett, que no está claro lo que significa, puede ser una cosa u otra diferente. *Stand by!,* dos pasos atrás.

Vuelve Belén con la segunda ronda y los segundos platos.

—Espero que les guste, aunque hoy Pierre no está muy católico.

Bien la conocía Loyola, una chica siempre partidaria de sí misma, incapaz de llevarse la contraria.

—Disculpe, señor, ¿qué podría pasar ahí dentro? —pregunta Tyllett.

—No me ponga a prueba, por su bien se lo advierto. Ese hombre

lleva veinticuatro horas encerrado a solas, sin ningún contacto con la vida que conocía. ¿No le parece probable que esté desesperado? Le ha sobrado tiempo para concebir un plan, atacarnos con un tenedor, pongamos, o escapar, o echarnos lejía a los ojos. Hay-que-se-guir-el-pro-to-co-lo —silabea Loyola—. Es lo único que nos protege.

—Lleva usted razón.

Ginés moja el pan en la salsa del cardo con bacalao. Es una tradición: aquí en cualquier líquido se moja o se miga. Se migan el vino y la leche, se mojan con barquillos los licores dulces; y con pan, el jugo de la carne, los huevos fritos y hasta el tomate de los macarrones; y el café se moja con bollos, churros, picatostes o con una onza de chocolate.

—La tercera opción es que yo diga: *Off we go!* Usted empuña su revólver, yo meto la llave y abro de una patada, y usted entra como una centella encañonándole. ¿Lo pilla?

—Está muy claro. ¿Y qué hago si me arroja lejía a la cara para desfigurarme?

—Pues dispara a las piernas, a todas las que tenga en ese momento.

—Solo dispongo de seis balas.

A su manera, Tom Tyllett tenía cierto sentido del humor.

Tante Juani está avisada, por si sucede algo imprevisto, pero delante de la puerta cerrada están solos. Con los dedos, Loyola cuenta hasta tres, quita la tapa de la mirilla y escudriña. El invitado está en camiseta y calzoncillos sentado en una butaca, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. Parece un marine en su barracón, en ese tiempo de ensimismamiento privado, cuando echa de menos a su novia de West Virginia. ¿Pensará en Peggy Sue, el muy tarugo? Ginés concluye que no hay peligro: hasta podría confesar acto seguido.

—*Off we go!*

—¿Adónde vamos? —pregunta Tyllett.

—*Off we go!* —repite Ginés y condesciende—. ¡Patadón y tó palante!

—Correcto —responde Tyllett sacando su hierro, un Smith & Wesson del 45.

Loyola da la patada en la puerta y Tyllett entra revólver en mano. El meditativo infante de marina se tira al suelo. Ya no es el misionero de la fe, ahora intenta evitar el martirio, como cualquier soldado.

—Siéntese, Fast —aconseja Ginés.

Fast obedece y pregunta:

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—Una sola cosa: sinceridad. Dígame lo que ha hecho. Sea lo que sea, todavía tiene arreglo. Elija, cuénteme todo o esto le parecerá el paraíso cuando lo recuerde en el Verraco. O en la horca.

Fast interpreta el personaje de inocente desesperado para el que tanta facilidad tiene. No convence a Ginés.

—Ese todo es una sola cosa: que me acuesto con una menor, no hay nada más. Si quiere, denúncieme por eso.

—Si habla no habrá ninguna denuncia, ya se lo he dicho. Seguirá con su vida como siempre, pero ahora trabajando para su patria, no contra ella.

Andrew se echa a llorar. Insiste en que no sabe nada.

Ha llegado el momento en que Loyola debe tomar una decisión. Eligió ser implacable y no compasivo; la firmeza en lugar de la comprensión; y el deber para con los demás en vez del que tenía para consigo mismo. No tuvo tanta paciencia ni tan buen juicio. Hizo lo decente, y puede que hasta Sir Anthony estuviera de acuerdo.

—Como usted quiera, Fast. Volveré dentro de dos días. Es su última oportunidad.

6

A la mañana siguiente los dos seguían vivos y tuvieron esa conversación que tantas parejas hemos mantenido, la que empieza: hay cosas de mí que no sabes. Con el tiempo he llegado a convencerme de que sería de más provecho hablar del asunto: hay cosas de mí que no sé. De nosotros solo conocemos lo que nos revelan los demás, y las confidencias en las parejas siempre ocultan lo que nos duele, nos avergüenza o nos desmiente. Fue ella la que empezó:

—Hay algo que no sabe de mí —declaró—. Si sé quién es usted es porque trabajo en lo mismo. En cuanto le vi en el aeropuerto de Barajas le reconocí, usted es una leyenda, el francotirador de Dallas, el ejecutor de París, el hombre que hizo volar el barco de Lord Mountbatten...

—Aquello fue una chapuza —comentó Doyle.

—¿Porque murieron dos niños?

—Qué va, porque intervino el IRA, unos aficionados, y además nacionalistas.

—Circulan dos fotos suyas, ¿lo sabía?

—Una de frente y otra de perfil, las dos borrosas —contestó con alguna suficiencia—. Entonces usted será Opalina Guterres.

—Es uno de mis alias.

—Así que no ha venido a matarme.

—Por el amor de Dios, ¿cómo se le ocurre?

Estaban en el bar del Tivoli, que estaba vacío, en la mesa más alejada de la barra, en la que había dos silenciosos clientes madrugadores, muy alejados el uno del otro, y que sus motivos tendrían para beber tan desaforadamente.

—Usted es otra leyenda, la mujer que disparó contra el balcón del Lorraine Motel en Memphis, la que catapultó al cielo a un almirante en Madrid, la que le dio pasaporte al papa Juan Pablo I...

—Es sabido que a las mujeres nos entusiasma el veneno.

—Así que somos dos leyendas, dos sombras, o quizá el sueño de

una sombra —citó él.

—*Umbrae somnium* —ella recordó a Píndaro.

—*Touché* —se asombró Doyle—. *Píticas,* VIII.

—Estudié latín y griego en la Sorbona.

—Yo en Harvard, con la ayuda para los veteranos, soy de una familia de granjeros de Missouri.

—Estaba segura de que usted era de Estados Unidos.

—Y yo estoy convencido de que usted es portuguesa.

—¿Y eso por qué?

—Por el vello púbico, y en las piernas y en las axilas.

—*Touchée.*

Doyle sugirió que su lengua fuera recibida en los labios de coral ocultos en el corazón del bosque de ónice entre sus piernas. Ella accedió con una condición: que la misma anfractuosidad fuera visitada a renglón seguido por su impetuoso bálano incansable. En otras palabras, que aceptaba que le comiera el coño, siempre que después se la metiera por el mismo sitio. A lo que él respondió con entusiasmo: *Volontiers!*

Él inicia la conversación con la segunda pregunta, que antes se formulaba en términos de si la otra persona estaba o no descalza:

—¿Dispone usted de recursos para retirarse?

—*Satis superque* —responde la latinista de la Sorbona—, mañana mismo, si me diera la gana.

—Yo estoy en la misma situación y disposición.

Doyle ha tomado un café y, mientras la esperaba, ha leído la prensa. Han desayunado huevos con panceta y les acaban de traer otro café y dos chupitos de Diosleguarde, un aguardiente hecho con chumberas que aún sigue siendo muy apreciado en la isla, el dragonero de a pie está convencido de que tiene propiedades alucinógenas. Y puede que con razón. Llevan muchos días sin hacer otra cosa que turismo y pasar la tarde leyendo. El domingo se arriesgaron y salieron de Atlantic Town. La policía no les dio el alto, tenía razón Doyle: nadie sospecha de una elegante pareja en un Jaguar descapotable. Se lo dijo en Boston un fugitivo que llevaba diez años perseguido por el FBI: si quieres pasar inadvertido, ponte un sombrero rojo. Se llamaba Pat Pearson, le enseñó a Pete cómo estrangular, forzar cerraduras, disfrazarse y otras artes anejas al oficio de asesino a sueldo. A Pearson nunca le atraparon, murió en Detroit de un infarto,

a los sesenta años.

—Por inaudito que parezca, hay una noticia de cierto interés en la prensa —anuncia Doyle, tendiéndole el *Dragonera Daily* abierto por la página tres.

Corinne lee en silencio, como san Ambrosio, que asombró a san Agustín porque ni siquiera movía los labios al leer.

El título es «Huyen los cobardes asesinos», y dice:

> El jefe de policía, John W. Pratt, en un comunicado hecho público ayer, anunció la cancelación del operativo de búsqueda de los cobardes asesinos de Colombani, a los que ya se da por evadidos al extranjero. Fuentes cercanas a la investigación los sitúan en Portugal, país al que la situación política revolucionaria ha convertido en santuario de grupos terroristas.

—Es agradable leer estas cosas —comenta ella.

—Sin duda. En el *Atlantic Post,* como son progresistas, lo titulan «La gran evasión», y aprovechan para llevar el agua a su molino y denunciar la ineficacia de los cuerpos policiales y la del gobierno. Ellos suponen que los terroristas son de ultraderecha y que los ha acogido Franco en la sierra de Madrid, donde todavía hay muchos nazis refugiados en un pueblo llamado Cercedilla.

—El caso es que ahora estamos libres —dice Corinne, como si hasta entonces hubieran permanecido en reclusión.

Todo lo contrario, han ido a todas partes. A la ópera, donde escucharon *La forza del destino,* con una soprano entonces famosísima, la prima donna Ernestina Bustarviejo; al Whisky Jazz, donde Chet Baker tocó la trompeta, le gustaba Dragonera, porque aquí todo son facilidades para consumir droga y encontrar compañía. Asistieron a cócteles, inauguraciones y actos benéficos. En la tómbola para salvar al trifotauro —un insecto autóctono y venenoso en peligro de extinción y del que muy pocos han visto un ejemplar— tuvieron ocasión de ser presentados al propio John W. Pratt, el jefe de policía, que besó la mano de Corinne y apretó la de Carlo Luppi (como se presentó Doyle) con la contundencia que caracteriza a los vendedores o corredores de seguros. Pratt habló en un francés más que correcto. Preguntado por el motivo de su presencia en la isla, Doyle aseguró que estaba considerando las posibilidades de inversión que brindaba Dragonera, entre otras, la de trasladar cierto capital a entidades bancarias locales. Una decisión muy acertada, le felicitó Pratt: Las elecciones las ganará Incháustegui, el segundo del llorado Colombani,

vaticinó. Una gran pérdida, comentó Luppi. Desgarradora, dijo el jefe de policía, pero confíe en Incháustegui, a fin de cuentas es de origen vascongado, *c'est-à-dire,* bancario nato, un pelín meapilas, pero eficaz y sin demasiados escrúpulos. A mí me suena bien, aprobó Luppi. Entonces Pratt le entregó su tarjeta diciendo: No dude en llamarme, puedo ser el práctico que mejor guíe su buque para atracar en este puerto financiero. Lo haré, señor Pratt. Jack, para usted Jack, por favor. Hubo un nuevo apretón de manos, más enérgico que el primero, y el besamanos a Corinne, ahora con tan libidinosas cuanto furtivas miradas a su escote.

Lo que se rieron los dos al salir a la calle.

Como todos quienes se hallan en posesión de medios de fortuna, no se conforman con banquetes de lujo y agasajos postineros, sino que también quieren ir a los sitios de los que disfruta el pueblo llano. Lo quieren todo, los ricos. Por eso fueron a La Platija, a esos garajes en Byron donde los punkis bailaban dando saltos y a patada limpia (el pogo lo llamábamos); a El Mirador diurno, donde Corinne soportó el donoso escrutinio al que Baldomero sometió sus pechos, acompañado de una procaz salivación que forzaba a Baldo a relamerse cada pocos segundos. También conoció a Micaela, y admitió que era atractiva, pero aseguró que le parecía lesbiana. Como la mayoría de los hombres, Doyle no estuvo de acuerdo. Debía de creer que la homosexualidad era una opción por descarte, un último recurso privativo de las mujeres sin atractivo para los hombres, con poca delantera y cara de vinagre, y que, cuando no van con pantalones, llevan enaguas debajo de la falda.

Solo en Heaven Haven se sintió Doyle en peligro. En la carretera se encontraron con un coche parado en el arcén y se detuvo para ver si necesitaban ayuda. Era una rueda pinchada, que cambió por la de repuesto sin ningún problema. La amenaza era la encantadora abuelita que conducía aquel cacharro. Las conocía de sobra, había leído muchas novelas policíacas. Las frágiles y bondadosas ancianitas son capaces de todo. Siempre están vigilando entre visillos, recuerdan números de matrícula, se fijan en los detalles más insignificantes y no vacilan a la hora de ponerse en contacto con las autoridades si algo les huele a chamusquina, cosa que suele suceder: tienen un olfato muy fino, las condenadas. ¿Cuántos crímenes perfectos se han malogrado en las novelas, no por la actuación de la policía, sino gracias a la

recelosa astucia y a la pituitaria de las inofensivas abuelitas?

Fea no era, a Doyle le desperezó la punta de la barriga; pero hizo demasiadas preguntas y le dio un nombre más falso que un duro de madera o un billete de dos dólares. Cuando él sacó su navaja, noto el miedo de la tal Madame Presquetout. ¿Era por ver una hoja de acero en su mano o era por el mango inconfundible de una Opinel? Las abuelitas no conocen el miedo, se recordó a sí mismo.

Pete, sin decir oxte ni moste —me pregunto de qué costas lejanas habrá llegado a nuestra isla semejante expresión—, cogió el portante, pisó el acelerador y desapareció.

En el puerto deportivo tenía amarrado su yate. Durante un par de horas navegaron sin alejarse de la costa, como turistas, y volvieron a atracar. Nadie les dio el alto ni les importunó con preguntas. Eso era lo que Doyle quería comprobar. En un bar con ventanales, construido sobre el maderamen de un pantalán del muelle, comieron rodaballo con un Chablis muy frío y volvieron a Atlantic Town sin mayor incidencia.

—Pues sí —corrobora Doyle—, ahora somos libres.

Lo dice casi atemorizado, se acerca el momento de una tercera conversación tan inútil y tan indispensable como las otras dos y que tiene como argumento: ¿Que quiere usted decir cuando dice que me quiere?

Se acerca, pero aún no ha llegado. Primero hay que tomar algunas decisiones.

—¿Cuántas identidades tiene usted? —pregunta Doyle.

—Documentadas con un pasaporte, tres; sin papeles, puedo adoptar con facilidad cuantas menester sea.

—Doy por hecho que ambos tenemos una original libre de toda sospecha.

—Confío en ello.

—¿Le gustaría dejar el trabajo y que nos vayamos juntos?

—*Oui, monsieur* —respondió ella sin preguntar adónde ni cuándo ni para qué o *pour quoi faire.*

Doyle llamó al camarero y pidió otra ronda de Diosleguarde.

—Pues entonces hagámoslo, Mademoiselle —sugiere Pete tras el primer trago del aguardiente dizque lisérgico—. Volveremos a nuestra identidad real, acaso la más ficticia de las que poseemos. Vámonos a Isla Chica, tengo una casita con los clásicos latinos y griegos, también

novelas policíacas, y luego amanecerá Dios y medraremos. Teníamos que permanecer aquí para que yo no llamara la atención con mi ausencia. Ahora que ya no me buscan, sucede lo contrario. Cada día que pasa corremos más peligro. En algún momento alguien atará cabos, recordará algo, alguna dulce y adorable abuelita me reconocerá. Ya estamos en una cuenta atrás.

—¿Lo dice por la del ruinoso Renault?

—Verbigracia.

—De acuerdo, Monsieur. Vámonos.

—Mañana mismo. La quiero.

—¿Qué quiere usted decir cuando dice que me quiere? —Así empieza la tercera conversación—. ¿Me quiere follar? ¿Me quiere tener a su disposición? ¿Me necesita? No tengo claro qué significa para usted lo que me está diciendo.

Con el cigarrillo entre los dedos —el índice y el corazón de la mano izquierda—, la cabeza vencida, casi derribada, y la mirada puesta en la porcelana de la jarra de leche, Doyle, dubitativo y reconcentrado, como si premeditara un crimen o un suicidio, por fin responde:

—No sé cómo explicarlo. Significa que quiero que forme parte del resto de mi vida. Y yo de la suya. O mejor digamos de nuestra vida.

—Me figuro que no sin misterio nos ha reunido la suerte en esta isla. Yo también le quiero, pero no deseo formar parte de su vida, sino entrar en ella al asalto, rompiendo una ventana, excavando un túnel, forzando la cerradura; y trastocar su vida a la vez que cambio la mía. No quiero llenar ningún vacío, sino abrirme paso a codazos y meterme hasta la cocina, como Pedro por su casa. No quiero ocupar ningún espacio que usted tuviera preparado para mí, sino tirar paredes, cambiar cosas de sitio, hacer obra para instalarme donde usted no me espere. Así es como yo quiero.

Doyle apaga el cigarrillo y apura el chupito de Diosleguarde antes de decir:

—Y así es como pienso que debe ser el amor, un allanamiento de morada. Mutuo.

—*Off we go, ça ira, monsieur.*

Ese es el plan, ambos renuncian a sus identidades falsas y recuperan la no menos fingida que cada uno tuviera, conducen a Heaven Haven y desde allí, navegando en el velero, a Isla Chica.

Comprarán otra bicicleta para ella —en aquel islote no hay automóviles ni otra gasolinera que la del muelle, con combustible para motores de barco—, rodarán por los caminos de tierra, subirán al faro y a las ruinas del castillo, nadarán en el mar, leerán clásicos y policíacas, y al caer la tarde, se dejarán caer por El Topacio para tomar unas copas bajo el palio de la luz crepuscular y frente al fragor del viento atlántico.

Parecía tan fácil, tan hacedero y en cierto modo tan merecido. Nada sucedió como esperaban, aunque empiezan con buen pie.

—Mademoiselle, soy Peter Doyle —le revela él y le tiende la mano—. Lector, me gusta la música y juego al ajedrez.

—Corina de Sousa, *lectrice,* me gusta la música y tengo Elo FIDE de más de mil ochocientos. ¿Qué prefiere usted, los alfiles o los caballos?

—Alfiles.

—No esperaba menos, son muy masculinos, con su diseño fálico, van en diagonal y no pueden cambiar de color, los muy obtusos. Las mujeres somos más de caballos, saltamos por encima de los demás, con movimientos complicados que siempre nos trasladan a un color distinto.

Deciden ir al jardín botánico, donde contemplan árboles y flores exóticas: un limonero, un jacarandá, un sauce llorón, orquídeas, nenúfares y sicomoros. Comen en el Cobalto, que acaba de abrir, sopa de tortuga, salmorejo y atún a la plancha, y vuelven al hotel para dormir la siesta.

Ninguno esperaba que la alegría fuera tan sencilla.

—Cuando era joven —dice ella—, perdía partidas que tenía ganadas. Ya sabe, es la frase más oída entre ajedrecistas: la tenía ganada, pero...

—Tiene razón —se ríe él—, es lo que decimos todos.

—Con la edad he aprendido a ganar partidas que tenía perdidas, esa es la diferencia. Creo que ahora los dos juntos vamos a ganar la partida que ambos teníamos perdida.

—En Isla Chica tengo un tablero.

Se ducharon, se vistieron y se fueron a El Mirador. Era una despedida, aunque aquellos de los que se iban a alejar no lo sabían. Una despedida unilateral o a la francesa. Cenaron verdinas con almejas. Al día siguiente, partían hacia Isla Chica, siendo ellos

mismos, con sus identidades verdaderas, sin saber quiénes eran.

Nadie lo sabe.

Cuando salieron, bajo el cielo estrellado, Doyle camina *as a free man,* como un hombre libre, silbando canciones francesas, las manos en los bolsillos, y deteniéndose cada cinco zancadas para admirar, con esa sonrisa bobalicona que la libertad imprime a quienes de ella gozan, la luz de la luna o el trino de un jilguero, invisible en el interior de la copa de un árbol.

7

Está la mañana tan clara, se ven con tanta nitidez los cerros, la mar en calma, las escamas relucientes de los peces en el Marais y las macetas en los balcones, que quienes van andando se detienen en mitad de la acera, porque todo les parece otra vida, recién hecha y nunca vista, y ellos también se sienten distintos de los que solían ser; y cuando reanudan el camino, sonríen como quien posee un secreto que no quiere compartir con nadie. Ginés Loyola también se queda inmóvil ante los azulejos de la lonja, en los que contempla sirenas, laberintos, lunas ensangrentadas, ballenas y arpones, un reloj de arena, un cuchillo y unas tijeras. Nunca los había visto, le recuerdan a la pintura parietal en las cuevas, y se pregunta, como en Altamira, por su significado. ¿Religioso? ¿Sexual? ¿Docente? ¿Para comunicarse con un dios desconocido? ¿Para echar un buen polvo? ¿Para aprender a cazar? Demasiado tarde para que a Ginés le interese ninguna de las tres cosas; incapaz de creer, con menguantes expectativas sexuales y convencido de que ya no puede aprender nada que le sorprenda. *La chaire est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres* escritos por Marvin Thrill; la carne es triste, ¡ahí va!, y él ha leído todos los libros, traduzco mocosuena, como de costumbre.

Ya es viernes y Ginés ha investigado, no sin ayuda de la Tante, a Mozart Contractors. Entre sus mejores tiradores está Marc Opinel. Espera noticias de la oficina del FBI en Atlanta.

Aún sigue sonriendo, feliz propietario de un secreto: el viejo Stoner le espera en la librería con una novela de Marvin Thrill que no ha leído. No está firmada por Thrill, como tantas otras que no llevan su nombre. Hasta los once años creía que Marvin Thrill era el mejor novelista del planeta Tierra. A los doce descubrió que además era el único. Había escrito todas las novelas existentes firmando con distintos nombres. Las policíacas de Curtis Curtain eran también obra suya, como *Asesino a bordo.* Y las novelas del Oeste de Mark Lafontaine, como *Muslos y máscaras;* o las muy subidas de tono de

Harvey Flesh, como *Seducción sediciosa* o la impactante (y ya ilegible en su ejemplar, con demasiadas páginas pegadas unas a otras a lo largo de la juventud de Ginés) *Octava galería,* que exploraba (y hasta, diríamos, profundizaba) el sexo entre presidiarios (todos varones) en una prisión del Peloponeso. Entonces no sabía dónde estaba el Peloponeso, como tampoco sabía que Marvin Thrill se llamaba Marcelino Sobresalto y vivía en Barcelona, donde mecanografiaba, forzado como en galeras en una editorial, dos novelas a la semana, a cambio de un bocadillo de mortadela y un chato de vino al día. Aquel hombre era un arrinconado genio, piensa Loyola, y le está agradecido por la alegría y el consuelo que ha llevado a su corazón desamparado. Por eso sigue la sonrisa en sus labios cuando entra a la tienda (o al cuchitril) de Stoner, que le recibe como quien no ha salido a la calle a ver el luminoso cielo y la alegría serena de esta mañana, es decir, con su mustio semblante de hastiado de su propia perseverancia en existir. ¿Para qué vivir? Para haber estado en un día como este, piensa Ginés, los días son donde vivimos, y pregunta por su tesoro.

—Por aquí lo tengo —dice Stoner con su incurable desaliento—. Va de un tipo que al ir al baño, sin darse cuenta, intenta encender la luz tirando de un cordel por encima de su cabeza. Él nunca ha estado en un baño en el que la luz se encienda así, y por ese extraño gesto se percata de que ha entrado en contacto con una vida suya anterior.

—Stoner, no me lo destripe. Yo leo en defensa propia, para que no me lo cuenten los demás.

—Disimule usted. —Por fin saca el libro del estante de los pedidos y se lo tiende.

Tiene una amarillenta portada de cartón, lo firma un tal Philip Richard, pero no cabe duda de que es una auténtica joya de Marvin Thrill, *né* Marcelino Sobresalto. Ginés lo acuna entre las manos, ya está pensando en una noche con Macallan y Marvin, mientras en el piso de arriba su mujer duerme sola, o se acuesta con alguien de cuya identidad él preferiría no tener noticia. La felicidad siempre está al alcance de la mano, con tal de que uno se abstenga de morir a expensas de sus deseos, como vemos cada día que les acontece a tantas personas que, por debilidad, o acaso hechizadas, se dejan arrastrar por sus esperanzas, sus nostalgias o sus remordimientos.

Sin hojearlo y ni siquiera abrirlo, Ginés mete el libro en su portafolios. Como cualquiera sabe, hay más placer en la anticipación

que en el cumplimiento de un deseo. Hasta que esté en su sillón, con la copa de Macallan, liado el cigarrillo, y abra el libro, será feliz fantaseando con ese momento.

Hace un día para quedarse inmóvil, sonriente, mirando el cielo y el vuelo de las gaviotas sobre el océano y el de las faldas de las chicas que avanzan por el espigón hacia el club náutico, en busca del resto de su vida, felices como perdices, inocentes como colibríes (los únicos pájaros que saben volar marcha atrás), audaces como milanas, revoltosas como jilgueros y frágiles como gorriones o estorninos (que tienen gran facilidad para aprender cualquier sonido que se les enseñe). Da gusto verlas, a mí me reconcilian con esta vida trabajada que llevamos quienes ya no tenemos alas. Ni ganas de volar, salvo para retroceder, como un colibrí.

De Atlanta viene un mensajero en moto con un sobre. Ginés recibe las dos fotografías borrosas de Opinel. La Tante no dibuja nada mal, es la misma persona de su retrato hecho de memoria. Córcholis, exclama Loyola sin mover los labios, para sí; todo el tiempo ha estado delante de nuestras narices. Ahora necesita ir a por él, no solo por el escenario de guerra fría ni tampoco para reivindicar a Bleak House, ¡es que además le está tomando el pelo! Puede que todavía siga en la isla, puesto que la policía, tal y como él esperaba, no ha sido capaz de impedir que vaya de Atlantic Town a Heaven Haven.

Está convencido de que Andrew Fast ya se ha doblegado, estará en el sofá, hecho un guiñapo, a la espera de alguien a quien rendirse, a quien confesar y que le dé la absolución. Para eso está Ginés Loyola: él le absolverá, le dará la absolución, le pasará la mano por la espalda y, si necesario fuera, le abrazará. Es su trabajo, sabe cómo hacerlo.

Hoy tienen el jolgorio de los viernes y habrá que poner sobre la mesa los pálidos planes del fin de semana. ¿Inventará otra partida de caza? ¿Una excursión de pesca en el yate de un amigo, con su aperitivo sobre cubierta y la comida en cualquier pequeño Vieux Port, por ejemplo en West Cape? ¿O bastará con una cena de matrimonios amigos en su propio domicilio? Elija lo que elija, tendrá que dedicar una parte del fin de semana a fabricar anécdotas para amenizar el

lunes: la escopeta que se disparó sola y destrozó la petaca de ginebra de Lord Tremblestone, el atún de casi cien kilos que persuadió al buen Alfie de soltar su caña, y el pez se la llevó a rastras, colgando como un dije del anzuelo clavado en su boca; la siesta que descabezó sobre el mantel el viejo Georgie, entre la crema de chirlas con ajenjo y el besugo con mermelada de limón, que comieron bastante frío, porque Georgie no despertaba ni al poner en el tocadiscos, no ya a los Sex Pistols, sino incluso «Soy minero», de Antonio Molina. Si no fuera por estos ratos, planeaba comentar Loyola, qué iba a ser de nosotros.

¿Qué hacía Marc Opinel en Heaven Haven? Eso es lo que no deja de preguntarse Ginés. Intenta escapar en barco, es la respuesta más obvia, que él rechaza en el acto: es más sencillo dirigirse a Misty Cape, de donde zarpan dos buques diarios a Lisboa. ¿Entonces? Por algún motivo lo hará, se dice Loyola, que tiene sus ramalazos hegelianos: todo lo que es real es racional y todo lo que es racional es real. Por eso fue posible Auschwitz, puesto que era racional se convirtió en una escalofriante realidad; por eso hay ejecutores como Marc Opinel, que también tiene su razón de ser. Qué expresión tan certera, por cierto, tener o no tener razón de ser, es Hegel explicado por Sancho Panza.

Inflexible, no va a abrir La Catacumba hasta la hora convenida, así que invita a Tyllett, como si quisiera crear una costumbre (o un protocolo).

Belén Damajuana hoy está de buen humor, será por el cielo azul, que es cielo y es azul, no como su belleza, que de suya solo tiene el haberle costado su dinero: afeites, pestañas postizas, sujetador con aros que levanta las tetas y las apretuja una contra otra, creando un canalillo imantado, tabla de salvación para náufragos intrépidos (que pagarán el hospedaje con la vida); y con sus pantis negros que, dejando por ahora a un lado la profusa sudoración, dibujan esos muslos tensos y bien torneados, como diría Marvin Thrill (o quizá Mark Lafontaine). Hay muchos clientes insólitos, con chaqueta y corbata, debe de ser un congreso de protésicos dentales, tal vez de Salamanca, piensa Ginés cuando los ve sonreír con unas dentaduras que provocarían la envidia del propio Vargas Llosa.

—Hoy será más delicado que hace dos días. Nos encontraremos un panorama más complicado, más emotivo, por así decir —advierte Loyola.

—Tengo un 45 con seis balas, pierda cuidado —responde Tyllett.

Tom bebe de nuevo gaseosa; Ginés, Macallan; Belén está, según dice, enamorada del propietario de una inmobiliaria, un hombre sensible, culto y amante del mar. Dieron un paseo por la playa, dice que se llama Cayetano.

—¿En Aprietaculos? —pregunta Ginés.

—Pues sí. —Belén se ruboriza un instante, como si le llegara el reflejo de una luz giratoria desde muy lejos, la de un faro que avisa a navegantes de un peligro inminente.

Después del postre (natillas de huevo de somorgujo, una especialidad de Pierre, según él francesa), Loyola pide dos Macallan.

—No quiero que hoy le tiemble la mano, Tyllett.

—Gracias, jefe —dice en lo que embaula de un trago la copa.

—Recuerde, el protocolo nos protege —responde, esta vez sin silabear, gracias a Dios.

A la puerta de La Catacumba se apostan ambos; Tyllett saca la pistola, Ginés abre la mirilla.

—*Stand by!* —ordena Loyola.

—¿Qué quiere que haga, jefe?

—¡Dos pasos atrás!

Alejados de la puerta, parlamentaron.

—¿Es ambigua la situación? —pregunta Tom.

—Asaz ambigua. Tiene los pies a casi dos metros del suelo.

—¿Está haciendo el pino?

—Me sorprendería mucho, Tyllett. Los pies están boca abajo. Puede estar colgado de una lámpara para saltar sobre nosotros con un cuchillo entre los dientes, aunque también lo dudo. Máxima alerta, vamos a entrar. Dispare si lo considera necesario.

Loyola da la patada a la puerta y Tyllett entra y abre fuego.

Con los disparos, el cuerpo se balancea un poco hacia atrás y hacia delante, como un péndulo. Ginés le dirige una mirada interrogativa a Tom.

—Tenía una actitud sospechosa, por eso he disparado.

Parece una disculpa, pero Ginés ni contesta. No serviría de nada, ¿un cadáver con una actitud sospechosa? Andrew Fast se ha ahorcado atando su cinturón a la lámpara del techo. Los histéricos disparos de Tyllett no le mataron, pero van a complicar la autopsia y la investigación.

—Necesito un trago —dice Loyola, derrumbándose en una

butaca.

Tom le sirve un whisky, es un buen muchacho, después de todo.

Tras beber, Ginés le explica lo que va a pasar.

—Llamaré a Limpieza, ellos se encargarán de todo. Después habrá una investigación de Asuntos Internos. Deme su arma, Tyllett.

Le entrega su 45.

—Buen muchacho —prosigue Loyola—. Yo disparé contra el ahorcado. Usted ni siquiera llevaba un arma, ¿comprendido?

—No haga eso, señor.

—Me da la gana y punto. Ya no tengo nada que perder, usted sí.

Loyola mira lo que rodea al muerto por su propia mano. En la mesa del tresillo está la botella casi terminada, después de la copa que le ha servido Tyllett. Es muy corriente que se emborrachen para darse ánimos, no es tan fácil quitarse la vida, ni tampoco lo es desear la muerte, como Jonás. Al lado de la botella está el *Boobs & Butts,* abierto por una imagen de una chica desnuda a todo color, con unas perolas de dimensiones épicas y un frondoso matorral entre las piernas abiertas. Eran otros tiempos, las mujeres con depilación integral hacían sentirse incómodos a los hombres, porque parecían muñecas de plástico, obtenidas quizá en un puesto de tiro al blanco. Hay sobre la página de la revista una mancha de semen, y en el suelo otra, a los pies del cadáver. Ginés se pregunta si el muy energúmeno se había despedido de la vida haciéndose una paja con ayuda de una revista. La otra eyaculación debió de ser involuntaria, a causa del ahorcamiento. Si en lugar de parqué fuera un suelo de tierra, crecería a sus pies la venenosa mandrágora con propiedades mágicas y forma de homúnculo.

El espectáculo del cuerpo proporciona menos entretenimiento que ganas de alejarse. ¿Qué habrá inducido a aquel desdichado a colgarse desnudo? ¿La vanidad, el apego perdurable a su propio miembro viril, el miedo?

—No toque nada, Tyllett, y vámonos por la posta.

Ginés le devuelve la llave a Tante Juani y llama a Limpieza. Luego informa a Cadenera de lo sucedido.

—Disparé porque pensé que podía tratarse de una añagaza —le explica.

Después, por señas, convoca a una reunión plenaria a su exiguo equipo.

—Nuestro invitado se ha sentido indispuesto. De forma irreparable —les informa—. Una tragedia.

Todos se compungen y contristan como se espera de ellos, salvo Tyllett, que saca las cosas de quicio y se declara culpable de haberle quitado la vida a un ser humano, y maldice su propia estampa, da puñetazos contra las paredes y tira objetos al suelo (su paquete de tabaco, su mechero, unas gafas de sol, lo que va encontrando). A saber qué películas se habría tragado el mísero infelice. Hubo que darle abrazos, decirle que le comprendían y que todo estaba perdonado, *tabula rasa*. Sosegado el alevín, pudo Loyola arengar a su diminuta hueste:

—Ha sido un desgraciado suceso, pero no ajeno al ejercicio de nuestra profesión. La vida sigue. Hoy adelantamos el jolgorio y procuraremos irnos a casa más contentos de lo que estamos.

Para The Raven que van, con el escalonamiento reglamentario. El cielo sigue provocando esa felicidad que percibe el cuerpo mucho antes y con más intensidad que el espíritu; y es más duradera en la piel. En la mesa de arriba ponen sobre la ídem (o mesa) los planes para el fin de semana. Ginés se decide por la cena de matrimonios. Tante Juani dice que esa noche va a ver por la tele una velada de boxeo. Amber Navel y Tom Tyllett van a pasar el fin de semana en casa: tenemos que ponernos al día, afirman ambos. Estaban de buen humor, aunque el cuerpo de Andrew Fast se bambolea en el recuerdo de Loyola y Tyllett.

Belén Damajuana también sigue de buen humor. El de la inmobiliaria, Cayetano, la ha invitado a un baño, no paseo, en Aprietaculos el sábado. Se ha enamorado sin pensarlo, asegura ella, sin irlo buscando, o sea, como sucede siempre. O como nos lo contamos siempre.

No sé cómo todavía hay tantas personas que se fían de sus sentimientos. O en general de sí mismos.

Tras la tercera ronda, se desean lo mejor, como si tuvieran fe en el fin de semana. No creen, pero les conforta simular que conservan la esperanza.

Ha desaparecido el cielo aquel y hay brochazos de sombra, y nubes traídas ex profeso del océano, quizá para que recapacitemos. A bordo del L3 Ginés se pregunta cómo empezará todo, y si se dará cuenta. Por un dolor en la espalda. Pequeñas molestias al orinar.

Dificultad para tragar alimentos. Un bulto en el pecho. Cualquier cosa vale, no es necesario que parezca alarmante ni digna de consideración. Vivimos muchas y muy trompicadas vidas, pero una sola muerte que siempre sale bien a la primera.

Estas cosas revolviendo entre sí mismo, va llegando al lugar donde se encontrará con su culpa: Andrew Fast es inocente. Se ha colgado por no encontrar salida, para no sufrir más un castigo inmerecido.

En cuanto se convence de que Fast no ha filtrado nada, hace lo único que puede hacer: decide ir a por mí. Así me convertí en la única sospechosa, Marta Galea, esa soy yo.

Tercera parte
Cualquier cosa pequeña

Cualquier cosa pequeña valiera por mi vida
esta tarde. Cualquier cosa pequeña
si alguna hay.

CLAUDIO RODRÍGUEZ

1

La casa es un ático en Tennyson Avenue, un poco alejado de Byron Square, tiene tres ventanales desde los que se ve el océano, el puerto y el farallón de roca con la luz del Faro Elíptico; el techo con seis bóvedas de la lonja, los palos de los veleros y las maniobras de los grandes buques, con sus sirenas que apenas se oyen desde aquí. Echo de menos esas bocinas de niebla. De noche, las tormentas sobre el agua sobrecogen, más aún si vienen con relámpagos y truenos; de día, inquietan, con rayos que fulguran en todas direcciones, entre las inmensas nubes de cemento sin fraguar. En cuanto oigo los truenos, salgo en bata al balcón del ventanal del centro —de día o de noche— y acuno entre las manos un vaso de Macallan. El balcón es pequeño, caben una mecedora y una mesa baja, y tengo un aplique en la fachada, para leer, las noches de verano; siempre con la manta de cuadros, a esta altura el viento sopla como en la cofa del palo mayor.

Si cuando no estoy alguien entrara en mi casa —tengo por seguro que ha ocurrido muchas veces—, no encontraría nada fuera de su sitio. Ahora, antes de salir a la calle, dejo la cama hecha, friego los cacharros del desayuno y recojo los papeles; vacío los ceniceros y paso un trapo sobre la mayoría de las superficies. Los martes y los jueves, zafarrancho de combate, con plumero, aspiradora y estropajo. Al intruso, o intrusa, le parecería la casa de su propia abuela. En la Secretaría de Navegación Comercial hace ya tiempo que me llamaban Miss Galea, y no me disgusta; ni limpiar y ordenar ni que me traten como a una vieja dama. Porque lo soy, a mi modo y manera.

Ya no hay cosas pequeñas, todo es del mismo tamaño, un huracán o una brisa, un guijarro o un peñasco, un grave dolor o una mínima molestia, un mar o un charco, somos gotas de lluvia, briznas de hierba, granos de arena, diminutas heridas por las que se nos va a salir el alma; salvo mi vida diminutiva que en ninguna parte encuentra asiento ni acomodo.

Al intruso (o intrusa) le conmoverían algunas cosas, el tapete de

ganchillo con el que cubro el ordenador, mis zapatillas colocadas en paralelo al pie de la cama, el rodillo de cocina (así llamamos aquí al trapo, por influencia del *rodiellu,* que no sé si es gallego o asturiano) bien doblado sobre la encimera, el periódico en la mesa camilla con el crucigrama relleno; esos rastros que va dejando una existencia abdicante pero obstinada.

No hace falta ni mencionarlo, todo está a la vista —la mejor forma de esconder algo—, ningún archivador en un cajón, bajo las blusas planchadas o la ropa interior; ningún *pen drive* enterrado en el bote de café; ninguna contraseña apuntada en un papel debajo de una maceta de petunias o de geranios. Ahí es donde primero buscan. Siempre creen que lo más valioso es lo que está oculto, nunca lo que está a plena vista. Son cosas de católicos: la verdad es lo que se confiesa ante un sacerdote, bajo tortura o en el momento de exhalar el último suspiro. También la religión se alía con una falacia laica que goza de extraordinario crédito: la superioridad del interior sobre la superficie. Lo esencial es invisible a los ojos y semejantes simplezas; a cuántos millones de niños habrá emponzoñado ese librito, aunque corto, tan meloso, banal y estomagante, con su no por *petit* menos infumable *prince* o príncipe y sus planetas enanos. Entre una y otra cosa se forja el mecanismo mental —semejante al de un cubo— que hace posible que el misterio de la *purloined letter,* la carta robada, funcione siempre, como el tocomocho, donde se tima solo al que va a su vez con intención de timar.

No sé por qué se da más valor a lo que una persona siente que a lo que dice, a lo que esconde que a lo que muestra; y por supuesto no he deseado nunca, de joven, para mí misma, una belleza interior. Hasta ahí podíamos llegar. A mí lo que me importaba era estar buena. Como a todas, digan lo que digan. Estar buena es lo que más poder da a las mujeres. Hoy, igual que Tante Juani, me he vuelto invisible. En lugar de invisibles, los hombres se vuelven inaudibles; con los años, nadie les escucha. A ellos les duele mucho que su opinión no se atienda; a nosotras nos da lo mismo, estamos acostumbradas, nunca nadie ha puesto atención a lo que decimos. Por eso escribo.

La intrusa más frecuente en mi casa —si no la única— ha sido Amber Navel, a quien, tras tantos años dedicada a vigilarme, he cogido cariño. Pienso que está al otro lado del espejo, ahora somos cada una un reflejo de la otra, dos señoras solitarias y respetables; su

casa estará en orden de revista, como la mía; cuando termino de cenar, sé que ella también acaba de poner su plato y la copa de vino en la pila; las dos fregamos al mismo tiempo, no nos gusta irnos a la cama dejando cosas pendientes para mañana; a cada lado del espejo, ponemos el mismo gesto de satisfacción al servirnos un whisky y al encender el flexo; ella escribe sus sollozantes poemas; yo, mis recuerdo elegíacos. Lo sé, ella piensa en mí como yo en ella. Solo quedamos nosotras para ocuparnos una de la otra, y cada día nos parecemos más. Nosotras dos somos toda la humanidad (traduzco a Ovidio mocosuena, según mi costumbre), ambas sabemos lo que les ha pasado a los demás.

Así empezó el final. El martes 18 de septiembre de aquel infausto 1979, Fast no regresó después de la comida, alguien llamó a Miss Lullaby y explicó que Andy estaba indispuesto, cosa de tres o cuatro días, dijo el amigo de Fast, que se identificó como Mister Smith. Entonces no me preocupé. Por más sano que estuviera Andy, también podía sufrir un alifafe que le obligara a guardar cama unos días, un constipado, la escarlatina o alguna perlesía. Y sin embargo el descarado embuste de llamarse Mister Smith me puso en estado de alerta, sonaba a la arrogante pereza de nuestros servicios de inteligencia. Además, el lunes los dos habíamos sido sometidos al registro de Amber Navel y Tom Tyllett, que al menos tuvieron la decencia de no presentarse como Fernández y Johnson. Andy me contó que Tyllett le había encontrado un informe en su portafolios, y que el propio Tyllett no le había dado ninguna importancia. Eso casi nunca es cierto, Andrew lo sabía. El sábado nos enteramos de que Fast había fallecido en su domicilio de un infarto masivo. ¿Cómo se pasa en cuatro días de quedarse en casa por un achaque sin importancia a morir de la noche a la mañana? Entonces supe que Loyola vendría a por mí. No tuve miedo.

El lunes dudaba si vendría Ginés, pero no de que volvería Amber Navel. Es su método de trabajo, cuando sospechan de alguien, quieren que el sospechoso lo sepa, no se ocultan, intentan ponerle nervioso, para que dé un paso en falso o cometa un error o se entregue presa de los remordimientos (cosa que rara vez sucede). Si mientras tanto encontraban más indicios, o incluso alguna prueba, pasaban a un interrogatorio inflexible y minucioso, que se llevaba a cabo en La Catacumba, que entonces no conocía, pero sobre la que circulaban

ominosos bisbiseos. Andy era inocente, pero no pudo resistir la presión y se suicidó. Lo sospechaba, y Ginés me lo confirmó más tarde.

Loyola era amigo de mi padre, lo que nunca impidió que le tuviera aprecio, igual que él a mí.

Mi prepotente padre tenía malhumor. Y un desdén hacia mi madre que nunca consideró oportuno ni reprimir ni disimular. Cualquier equivocación insignificante (cambiar de sitio el cepillo de dientes, poner tomate con el arroz, no haber echado a lavar una camisa que ella a la fuerza tenía que saber que era la que necesitaba ponerse ese día) le valía un considerable estufido; el incumplimiento de alguna de sus múltiples y arbitrarias reglas, voces destempladas; la más mínima réplica, el sopapo repentino. Lo que me sorprendía es que, cuando había visitas, se transformaba en un hombre encantador y de una amabilidad extraordinaria (también con mi madre y conmigo). Ya no me sorprende, todo lo contrario: cuando conozco a un hombre encantador, como mi padre —y los hay a punta de pala—, siempre me pregunto lo que estará sufriendo su mujer.

Supongo que todos somos personas diferentes para cada uno de quienes nos conocen o en los distintos grupos con los que tratamos; una era la que iba al trabajo; otra, la que salía con sus amigos; una tercera persona, la que hablaba con un desconocido en un bar. Todos somos calidoscopios, en cuanto nos damos la vuelta, aparece una figura diferente.

Mis padres me enviaron a estudiar a Ginebra durante dos años. Ya no volví a su casa. Mi padre lo aceptó, quiero creer que con deportividad, quizá fuera con alivio. Le asustaba o le avergonzaba que trabajara de camarera, o quizá que vendiera drogas al menudeo, o incluso que llegara a formar parte de una organización terrorista. De las tres cosas habría sido capaz, de no ser porque entonces, enviado por mi padre, apareció Ginés Loyola. Él me reclutó y me entrenó. Me consiguió un puesto en la Secretaría de Navegación Comercial, para tranquilidad de mi padre. En realidad era una tapadera, trabajaba para el servicio de inteligencia. En aquel caserón de la calle Extravagario, al lado de la alfándega, mis tareas oficiales eran como para dormir a las ovejas, leía legajos sobre tráfico marítimo, fletes y manifiestos, se me caía la cabeza sobre los papeles, de puro aburrimiento; y una vez leídos, tenía que rescatar las dos o tres

informaciones que podían interesar al director, Bill Santos. Pronto descubrí que Fast hacía lo mismo con los mismos informes, un procedimiento clásico en la administración; ponen a dos personas o a dos equipos a hacer lo mismo, y luego ellos deciden el cóctel que prefieren. Me llevaba muy bien con Andy y, como es de cajón, nos conchabamos: nos repartíamos la documentación y cada uno le daba al otro la información que consideraba relevante y además algo distinto, para que ninguno de los dos dijera lo mismo. El resultado era que ambos trabajábamos la mitad. Sin embargo, yo tenía otro empleo en la sombra, nada mal pagado: cada poco tiempo Loyola me hacía saber sus intereses, y le entregaba un informe; supongo que fue mi primera experiencia como espía. Entonces no sabía que Fast también trabajaba para los servicios, aunque no para Ginés.

En Ginebra me había despendolado, quería echarme a perder en caída libre, convencida por mis nuevas amistades de que así me rebelaba contra la sociedad burguesa en general y contra mi padre en particular —que la encarnaba—. Era la verdad que él pagaba la cuenta, pero con dinero robado a los oprimidos del planeta, así que se trataba de una expropiación legítima y necesaria, se lo tenía merecido. Una compañera de la residencia de Saint-Sulpice robó en casa de sus padres mientras estaban cenando fuera. Así eran las cosas o así son siempre los jóvenes. Queríamos cambiar el mundo, cómo no. Empezamos por las travesuras de dormitorio. Me acosté con tres chicas de la residencia —una de ellas Annie, hija de un militar, que había crecido en Argelia y que, como Albert Camus, conservaba la alegría del sol de su infancia—, y con algún chaval que conocí en el café Léman. Y sin desdeñar a estos, me di cuenta de que prefería a aquellas. Los hombres son demasiado sentimentales, impulsivos, sinceros sin necesidad, y reclaman una atención desproporcionada. Frías, egoístas y calculadoras, sin sacrificios ni deudas, con sentido práctico y cierto desapego, las mujeres follamos mucho mejor, y las relaciones entre nosotras son más confortables, porque se cimentan en el uso de la razón y en el mutuo beneficio, desechando la expresión de sentimientos, es decir, la palabrería. Cualquier sentimiento, al decirlo en voz alta, deja de ser verdadero, y conlleva promesas y expectativas que somos incapaces de cumplir o de satisfacer.

En el café Léman o en el Sommet, nos hicimos radicales de pacotilla, éramos internacionalistas, estábamos con los palestinos, los

irlandeses, los vascos o cualesquiera irredentos. Éramos como ellos, otro pueblo oprimido. Así son siempre los jóvenes, patriotas de sí mismos, insurgentes, cargados de razón y sin remedio inllevables y cargantes. Todos hemos sido jóvenes y nos hemos pasado al enemigo opresor por efecto del simple transcurso del tiempo, tan leve, tan amable y sibilino, que solo se percibe cuando ya ha quedado atrás.

De vuelta en la isla —de donde nunca volví a salir— alquilé una habitación en una casa con dos chicas, Lorena y Tessa. Era una buhardilla que daba a Byron Square, había un gran salón, una cocina, un baño y cuatro habitaciones que no tenían puerta, sino una cortina. Me lancé en picado a la burbuja dragonera de Byron Square, donde una noche me encontré con Annie Bonmartel. Nos dimos un beso de larga duración y al separarnos miré sus labios entreabiertos, brillantes porque estaban empapados de saliva. Me enamoré de ella, bailando en el templete, bajo esas estrellas que el viento oceánico despeina antes del amanecer, las dos regadas con luz de luna. Durmió muchas noches en la buhardilla conmigo. Y también en brazos de otras y de otros. Así eran las cosas entonces.

Pasaron tres años. La casa empezaba a hacer agua. A veces me despertaba en mi cama, a menudo no, pero donde amaneciera no había forma de encontrar mi ropa, y para llegar al baño, tenía que sortear cuerpos derribados, bultos de ropa, botellas vacías y colillas apagadas en el suelo a pisotones; y cuando alcanzaba la taza del váter, lo más corriente era que me encontrara a alguien desnudo durmiendo en la bañera, y con frecuencia a dos personas.

Hasta que me cansé, y entonces llegó Ginés y mandó a parar, en el momento justo, como si hubiera estado vigilando por un agujerito hasta ver mi gesto de hastío y disgusto.

—Esto se acabó, hoy mismo —dijo, y puso un taco de fotografías sobre la mesa.

Estábamos en uno de sus bares, el Eden's Inn. Iba sacando las fotos y comentándolas.

—Este es Abdul ben Hamad, terrorista palestino, responsable de al menos cinco asesinatos.

—Le conozco —admití.

Era el oprimido árabe tórrido, atormentado y empalagoso con el que Tessa había tenido una *liaison* que, aunque breve, a ella se le hizo interminable. A mí me sucedió lo mismo con él. Entonces la causa

palestina era la de más éxito, un superventas.

—¿También conoces esta maleta? —pregunto Ginés.

Acepté que la había visto por algún rincón de la casa.

—Son fusiles de asalto, se los vendió a una agente del IRA —me informó Loyola, y puso otra foto sobre la mesa.

Era la gélida, mística y aplicada irlandesa que tuvo un *affaire* con Lorena.

Siguió con el álbum de cromos con rostros y equipajes. Aparecieron la devota etarra de anchas caderas y la pérfida tudesca de la Baader-Meinhof, con sus respectivos equipajes e intercambios.

Debí haberlo sospechado, pero ni siquiera me pareció raro: a mí lo que me resultaba difícil de tolerar era que se quedaran dormidos en la bañera. O que vomitaran en las esquinas.

—No tenía ni idea —dije sin ánimo de disculpa.

—Te han timado como a una colegiala, Marta. A ti sola, tus dos amigas estaban al cabo de la calle de quiénes eran esos angelitos. Y tú eres una agente de inteligencia, por el amor de Dios, es inadmisible.

—Parecían chicos normales.

—No me pongas a prueba, Marta, no seas todavía más adoquín. ¿Qué esperabas? ¿Que llevaran pasamontañas puestos? ¿Que preguntaran dónde había un perchero para colgar las metralletas? ¿Que repartieran octavillas con su soflama tabernaria y marxista?

Tras una ruborizada y cabizbaja meditación, dije:

—Ginés, tienes razón. Dime lo que tengo que hacer.

Ginés pidió otro whiskey, un Blackbush, y le dijo a Molly que le sirviera a la chiquilla —así me llamó— lo que quisiera. Quise lo mismo que él. Lio un cigarrillo de picadura y esperó al primer sorbo para encenderlo. Se recostó en el respaldo de la silla, expulso el humo y varias brasas de tabaco que le abrieron nuevos agujeros en la corbata, y dijo:

—Debería ponerte de patitas en la calle. No lo voy a hacer y no quiero que me des las gracias. No tienes segunda oportunidad: a la siguiente no seré amable. Sí, es una amenaza, y yo no hago amenazas que no pueda o no esté decidido a cumplir. Eso, si es que quieres seguir en el servicio.

—Sí quiero —aseguré.

—De acuerdo —concedió Ginés—. Ahora te diré lo que va a pasar y luego lo que vas a hacer. Tus dos amiguitas y sus invitados van a

disfrutar de una buena temporada a la sombra, aunque no de inmediato, que se sientan seguros en la mezquina mansarda y entonces nos traerán caza de altanería. ¿Cuánto tiempo entre rejas? Depende de cuánto colaboren para enjaular a los peces gordos. Nunca podrás decir que te he engañado en algo.

Puso sobre la mesa otra fotografía.

No me hizo falta acercarla para reconocer a Annie. Mi Annie. Aquella Annie.

No me vine abajo, no delante de Ginés.

—¿Es algo muy grave?

—Trabaja para la OAS, no me consta que haya nada importante contra ella.

—Gracias por decírmelo.

—Ahora te diré lo que harás. Y lo harás *ad pedem litterae*.

—Dalo por hecho, al pie de la letra.

—No volverás a pisar la plutónica zahúrda, deja atrás todo lo que tengas allí, que no será gran cosa, imagino. Mañana a las diez irás a casa de tus padres. Allí estará el notario. Firmaréis la escritura de un piso que tu padre ha accedido a regalarte. Se lo pedí en tu nombre. Sé que te molesta, pero no importa, es lo que vas a hacer.

—No me molesta aceptar su dinero —dije, y decía la verdad, lo consideraba una legítima expropiación.

—Pues entonces, miel sobre hojuelas —aprobó Ginés—. Tras la firma y la entrega de llaves, el notario se irá y tú te quedarás a comer. Yo asistiré a la comida y luego te acompañaré a tu nuevo hogar.

—De acuerdo.

—Muy bien, te llevaré a un hotel, no salgas de tu habitación hasta por la mañana. Pide comida por teléfono. Está todo pagado.

Me llevó al Enchanted Lodge, en una habitación desoladora en la que casi todo el espacio disponible lo ocupaba la cama doble con su roñoso colchón con muelles sueltos; las cortinas estaban echadas y la titubeante luz de la bombilla parpadeaba con estertores angustiosos y repentinos; también había una endeble repisa con ambiciones de escritorio, acaso fundadas en la presencia de una silla de plástico; una de las mesitas de noche (la de la derecha, será que es el lado que ocupan los hombres) tenía un teléfono y menús de pizzerías y hamburgueserías que llevaban comida a las habitaciones. Me llamó la atención una que se llamaba The Fractured Cow.

Entonces sí que me vine abajo, fue mi noche oscura del alma, ni siquiera pude llorar, ni compadecerme de mí misma —más bien me avergonzaba—, ni encontrar a alguien sobre quien dirigir mi rabia vengativa. Había sido una panoli, me habían tomado el pelo mis compañeras de piso, Tessa y Lorena, las mosquitas muertas, me habían dado gato por liebre con el hojaldrado palestino y las irresistibles irlandesas, tudescas o vascongadas; había pecado de ingenuidad supina al creer que Ginés Loyola no tenía ningún vislumbre de mi vida descarriada.

Me aferraba a una duda consoladora: ¿Annie también se rio de mí o no me dijo nada para protegerme?

Así de papanatas, de crédula, de fatua y de tonta de capirote era yo.

Dormí mejor que en la buhardilla y desayuné en The Fractured Cow, que estaba muy cerca de la oficina comercial soviética. Reconocí a varios agentes que había visto en fotos. Cogí un taxi.

Mis padres vivían en John Donne, el barrio de postín, el de la gente de bien, los empingorotados ganadores de la guerra. Era un piso catedralicio, entre tinieblas y en silencio, con pesadas cortinas y gruesas alfombras; y allí, en susurros, como si fuera una transacción ilegal o una esotérica liturgia con olor a incienso, me convertí en propietaria. Luego vino Loyola, así que mi padre estuvo encantador toda la mañana, y comimos en un ambiente dominical; mi madre bendijo la mesa; mi padre sonreía con complacencia; Ginés, con ironía. Bendice, Señor, estos alimentos y a quienes los han preparado. Silbapiedras y unas medias noches con queso de cabra y pepinillos en vinagre: esos eran los alimentos. Los había preparado Pati, la criada de toda la vida, quién si no. Se santiguaron los tres mientras yo mantenía las manos quietas sobre el mantel de hilo. Me había rendido con armas y pertrechos a la autoridad y al dinero, así que juzgué que merecía, como premio de consolación y para salvar la cara, satisfacer el prurito de inocua rebeldía juvenil que me quedaba: no santiguarme. Así decidí pespuntear mi capitulación.

Se me dieron consejos, se me recordaron sacrificios hechos en mi favor, se me instó a cambiar de vida.

A las dos y media nos despedimos. En un 124 que luego supe que era de Amber Navel, Loyola me llevó a Tennyson Avenue. En el maletero traía una bolsa que subió al piso.

En cuanto abrí la puerta lo primero que vi fue la luz de estos tres ventanales. Me asomé al balcón y contemplé el horizonte. Sentí que era mi casa, el envoltorio de una nueva vida.

Ginés estaba vaciando el contenido de la bolsa sobre la mesa, yo recorría la vivienda. Había dos habitaciones, baño, cocina y el salón de las luminosas vidrieras; y sobre la mesa, dos botellas de Macallan, una bolsa de Fish & Chips, una lata de carne, pan de molde, mermelada de limón y café soluble. Enjuagué dos vasos, abrí una de las botellas y le serví un whisky bastante lleno.

—No hay hielo en la nevera —me disculpé.

—Es prescindible, como casi todo a mi edad —dijo él.

Brindamos.

—Gracias, Ginés.

—Ya sé que lo indicado es una maceta —se disculpó, señalando los víveres—, pero he improvisado.

—Mucho mejor que cualquier geranio o petunia.

—Tienes libertad de movimientos, puedes ir a cenar fuera o hacer lo que quieras, esto no es más que un obsequio. Solo hay una interdicción tajante. Hasta que yo te autorice, no pisarás el sórdido sotabanco ni Byron, y tampoco tendrás ningún contacto con tus amistades peligrosas.

—Comprendido —dije y, tras una larga vacilación, añadí—: Me gustaría despedirme de alguien.

Loyola dio un trago y dijo:

—Lo veía venir. Es una despedida sentimental, ¿verdad?

—Despedida sí es; sentimental no sé.

—De acuerdo —accedió Ginés—. Una sola vez y lejos de Byron. Recuerda que estarás vigilada. Y después de hablar con ella, vendrás a verme.

Le di las gracias.

Así me despedí de Annie Bonmartel.

Esto sucedió un año antes del suicidio de Andrew Fast, que se convertiría en mi última oportunidad.

Cuando él salió, cerré la puerta y sentí tristeza, que se disipó haciendo listas de lo que necesitaba para la casa. Tenía planes. Esa misma tarde salí a comprar una fregona, un cubo, escoba, recogedor, lejía, detergente y estropajos. Y por descontado, una cubitera, por si Loyola volvía y quería un Macallan doble con un solo hielo. ¿Qué iba

a querer él? Antes de irme a la cama dejé el baño como una patena. Me quedé en el balcón mirando cómo caía la noche, con qué dulzura, y me rendí a esa esperanza: por fin se estaba terminando mi juventud, los días de furia y de llamas, y ahora me esperaban largos y vaporosos años de humo y de niebla. En otras palabras: nuestras vidas.

2

Cuando llega Ginés, la Tante parece derrengada, y lo está, aún le duelen los golpes que le propinaron el viernes a Dick Stud (o Dani Moreno en la tele española), pobre muchacho. Le gustaría consolarle con un consomé y una chupaeta —como se dice aquí—. Con verduras y carnes; y con poca dentadura, abundancia de saliva y su lengua giratoria. Tiene que llamar a Lonely Hearts para que le vuelvan a asignar a Stud, o a Dani Moreno, que tendido sobre la lona era clavadito a la estatua del *galata morente,* que no logra incorporarse ni acaba de caerse. Nunca ha repetido en Lonely Hearts (la agencia lo desaconseja), pero el suplicio y la derrota de su cumplidor amante de alquiler lo merecen. Ella sabe cómo reconfortarle, vaya que sí.

Amber Navel y Tom Tyllett están rendidos el uno al otro, da grima verlos, los mayores desconfían, ni la Tante ni Ginés creen ya en la redención.

Ahora yo tampoco creo; el sueño loco de los redentores es la pesadilla de todas las parejas, ese desnortado espejismo —un dislate tan propio de hombres como de mujeres— de que se puede, a fuerza de amor y buena voluntad, transformar a una persona: sacar del fango a la prostituta de corazón de oro, al buen ladrón, a la impredecible yonqui, al borracho con la mano muy larga. Cuánto nos gustaría que fuera cierto, pero nunca lo es.

¿Por qué queremos cambiar a los demás? Porque lo exige el argumento. Para que la vida tenga sentido narrativo (o sentido a secas, puesto que no hay otro: la vida es lo que nos contamos). Desde las *Metamorfosis* de Ovidio a la transformación de Lazarillo en Lázaro (para no hablar de Gregor Samsa), nuestra imaginación la protagoniza la persona que se convierte en otra. O sea: todos nosotros.

Ginés Loyola convoca a su equipo y le dice:

—Zafarrancho de combate, nos vamos a Isla Chica, coged lo que queráis llevar como para diez días. Tenemos una misión peligrosa. Operación Ínsula Minúscula.

Nunca saldré de Bleak House, pensaba Ginés Loyola el viernes por la noche, en el sillón de su casa, con el Macallan al alcance de la mano. Dentro de dos o tres años me ofrecerán un retiro discreto y decoroso, sin medallas, sin ningún asiento en un consejo de administración o en una asesoría. Si acaso un reloj Festina y una corbata de seda para que pueda dejarla hecha un colador con las brasas de la picadura. Eso como mucho, lo más probable es que me tenga que conformar con un apretón de manos de Cadenera. Se me recordará como el inútil que, no contento con tirar por la borda la red de Lisboa, consiguió también que un pobre desgraciado se ahorcara bajo su custodia.

Así contemplaba su porvenir, en ausencia de Eve, que había esgrimido un paseo a caballo con sus amigas del gimnasio. ¿Iba a un gimnasio? Ginés lo dudaba tanto como que tuviera cualesquiera amigas. Podía estar con Alton-Powers, si bien Loyola consideraba que ese asunto languidecía por ambas partes, y que el principal interés de Sir Anthony en ella era ornamental y punitivo; era una Lady casada y por eso mismo un artículo de lujo bien escogido, del que podría presumir en su Royal Club de todos los demonios. Además era un castigo que pretendía infligirle a él, su antiguo amigo particular del Clifford. Como si no hubiera sido de sobra humillado y ofendido, hasta el punto de aceptarlo como un destino; su rendición a Lady Eve daba fe de ello. Eve, el amor de su vida (por decisión de Ginés), era leal; siempre volvía a casa, sin explicaciones ni disculpas, a menudo ebria, intratable y desaforada. Las apariencias que adopta el amor son tan misteriosas como cualquier otro fenómeno natural, hay insectos que se mimetizan como una planta para pasar inadvertidos; animales que, cuando tienen miedo, se hinchan y arquean el lomo para parecer más peligrosos, otros que parasitan a un animal mucho más poderoso, el cual, sin embargo, también obtiene algo de su invitado. El indubitable amor entre Ginés y Eve forma parte, como los nuestros, de

la zoología o de la historia natural; una relación simbiótica de mutuo beneficio, si bien no exenta de dolor, de vergüenza y de violencia. En pocas palabras, la forma en que vivimos ahora.

Con el segundo Macallan, Ginés fue visitado por una corazonada —las detestaba, pero no se atrevía a desatenderlas— que se le apareció, como cualquier virgen ante menores de edad sin acceso educativo, en forma de pregunta: ¿para qué fue Opinel a Heaven Haven? Ahí estaba el meollo del asunto. Tenía que ir de inmediato.

Tomada la decisión de viajar al día siguiente en busca de Opinel, se reunió con Marvin Thrill, con la firme promesa de leer esa noche solo dos capítulos. El resto lo reservaba para el largo y solitario fin de semana, que Eve pasaría en esa expedición ecuestre por la costa oeste, hacia el pedregoso cabo Calvario, al que solo se puede acceder por un camino de herradura que desemboca en un hotel pequeño al que llevan provisiones a lomos de burro —se admiten peticiones de los clientes— y donde el único recreo disponible es el paseo hasta el faro, los amores ilícitos y las innecesarias y consabidas cogitaciones que suscita de día el océano; y de noche, la bóveda celeste. Un lugar idóneo para cualquier amor que no se atreva a decir su nombre (ni mucho menos su apellido). ¿Dormiría con Sir Anthony? Eso esperaba Loyola, las rupturas de Eve eran menos soportables que la dulce y conyugal rutina de sus infidelidades.

El sábado a las diez de la mañana llega en autobús de línea a Heaven Haven, un lugar estrepitoso, casi apocalíptico, con grandes hoteles que tienen cascadas con luces rosas en el vestíbulo y piscinas en las que se sirven cócteles con pequeñas sombrillas de papel y largas pajitas de colores; música en todas partes, casinos, discotecas y salas de conciertos con la presencia de ídolos mundiales (Sinatra, José Alfredo Jiménez, doña Concha Piquer, Elvis Presley y tantos otros) interpretados en la voz, la carne y los cansados y artríticos huesos de Ray Wilkins, *the Voice;* Emiliano Acuña, el León de Guanajuato; Lola Puñales, la emperadora del Guadalquivir; o Tennessee Pelvis, el rey del Rock de West Virginia. Peor que Las Vegas, piensa Ginés sin haber estado nunca allí, porque Las Vegas, según tiene entendido él, al menos se encuentra en un desierto, mientras que allí hay playas. No espera dar en esa parte de la ciudad con Opinel y su misteriosa acompañante, así que se va hacia el puerto deportivo, donde hay hoteles pequeños, caros y silenciosos, muy por encima del presupuesto

de Loyola, que solo puede permitirse un Macallan doble con un hielo en la terraza del Emperatriz.

Allí está, paladeando el whisky, fumando y agujereando la corbata, con su sonrisa de desaliento y su elegancia no buscada, concedida tal vez por su estatura o su ausencia de entusiasmo, cuando hete aquí que entra en escena Opinel, y Loyola vuelve la cara hacia otro lado. De inmediato se da cuenta de su equivocación: Opinel no le conoce, lo único que podría hacerle sospechar sería cualquier intento de ocultarse, así que mira a la poco tranquilizadora pareja, y responde al educado *bonjour* de Opinel con un españolísimo buenos días tengan ustedes; no porque pensara que el asesino a sueldo fuera a suponer que no entendía francés —no le consideraba tan elemental, sabía que el mayor peligro es infravalorar a un adversario—, sino para desconcertarle.

Aparte de la preferencia por el Macallan, Ginés se da cuenta del parecido. Opinel podría ser su hijo, un poco más alto, mucho más musculado, pero igual de enjuto y con la misma sonrisa tentativa y leve, al borde de la ironía; también con parecida elegancia, si bien la de Opinel procedía de un laborioso aprendizaje y del ímpetu juvenil, mientras que la de Ginés era involuntaria y resignada, el resultado de una educación más antigua y menos asertiva, que no aconsejaba llamar la atención, sino pasar inadvertido o ser confundido con cualquier otro. Con todo, ambos conseguían que sus movimientos parecieran deliberados y precisos, ya fuera para encender un cigarrillo, llevarse el vaso a los labios o cambiar en la mesa un objeto de sitio.

Se pregunta si él también se habría dado cuenta de la semejanza, y lo considera improbable: es demasiado joven para dedicarle atención y menos para reconocerse en un hombre de su edad.

No embargante el francés, se entera de que al final de la semana siguiente devolverían en Heaven Haven el coche de alquiler y navegarían hasta Isla Chica, donde al parecer Opinel tenía una vivienda. Salvo que ella no le llamaba Opinel, sino Monsieur Doyle. Él la llamaba Mademoiselle Sousa. Ya tenía suficiente. Mira sin necesidad el reloj y pide la cuenta; saluda a la pareja con una inclinación de cabeza y se va como quien llega tarde a una cita importante.

Tras algunas gestiones en la jefatura del puerto, que visita en

sábado gracias a su identificación del CNI, y en el registro de la propiedad de Isla Chica, al que se dirige por teléfono con la mediación del director del puerto, conoce que un tal Peter Doyle tiene amarrado en Puerto Cielo un pequeño velero llamado *Le Paquebot*. También es propietario de una finca en Isla Chica.

De vuelta en Oak Street, se entrega al Macallan y a Marvin Thrill, dos viejos amigos que nunca le han decepcionado. Al día siguiente recibe la llamada dominical de Lady Eve.

—Entretenida, pero martirizante —así calificó ella la gira ecuestre, e intentó explicarse con las dificultades que conllevan cuatro madrugadoras ginebras—. Los caballos dan mucho miedo.

—¿No te habrán atacado? —se alarmó Ginés.

—No es eso, no lo comprendes. Mientras tú estás sentada en la silla, el caballo defeca a discreción, como si tal cosa. No tienen respeto.

—Sí, ha tenido que ser lacerante, querida. No se lo tengas en cuenta, son irracionales.

—Irracionales pase, pero tan groseros no lo consiento.

Parecía muy afectada por el episodio. Añadió que tenían que partir *ipso facto* al galope para devolver los maleducados equinos a su establo, de donde nunca deberían haber salido y donde podrían aliviarse muy a su sabor. Por su parte los jinetes disfrutarían de un merecido refrigerio.

Loyola se sirvió un Macallan y empezó a pergeñar las anécdotas de la cena de matrimonios y el pigazu, más que pigazín, que se echó el viejo Georgie sobre el mantel.

Entonces se dio cuenta de que quizá no sería necesario: al día siguiente irían todos a Isla Chica.

Sentada en su sillón, arrebujada con su manta de lana, equipada con la botella de whisky, el vaso, el paquete de tabaco, el encendedor y un cenicero, la Tante espera el comienzo del combate en el Barreiros Palace de La Sagrera, en Barcelona. El periodista Manuel Alcántara acaba de afirmar, con la voz campanuda y el bigote recortado propios de los tiempos de la dictadura de Franco, que el indudable favorito es

Dani Moreno, al que ella conoce como Dick Stud. La afición está con él: ella también.

Salta al ring Brazatortas, el troglodita del altiplano, con su bata verde y verdes calzones, y se pone a hacer sombra, con muchos puñetazos al aire y algunos torpes brincos, como los daría un hipopótamo. Es tal y como la Tante se lo imaginaba: atroz. Mide poco más de metro sesenta, lo que le permite, con el mismo peso, ser mucho más corpulento que su estimado Stud. También, calcula ella, tiene el centro de gravedad mucho más cerca del suelo: debe de ser imposible tumbarlo. Minutos después sube Dani Moreno al cuadrilátero, en plena forma, con bata azul y azules zaragüelles de púgil. Se va a su rincón, se santigua, besa un crucifijo que lleva al cuello, y que luego se quita porque es contrario al reglamento. Ella no se lo había visto en el hotel, lo habría dejado con su ropa, en el cuarto de baño, o quizá tuviera prohibido por Lonely Hearts acudir con imágenes religiosas a encuentros en hoteles de una noche. Ella aprueba la norma, la presencia de cruces y crucificados puede truncarlo todo. Mientras los púgiles se quitan las batas, unas donosas mozas catalanas, todas bien plantadas, todas morenetas del Ampurdán, se contonean ligeras de ropa con un cartel en las manos que indica el número de round: es el primero. Cuando ellas terminan de dar vueltas y de taparse con el cartel, ora el escote, ora el pubis, suena el gong, y cruzan guantes para tantearse. Stud, con su grácil juego de pies, gira alrededor de Brazatortas, que acomete como un bisonte, sin lograr alcanzar al contrario. El troglodita recibe un *hook* preciso en el estómago, pero ni pestañea. Aguanta lo que le echen. Así dos asaltos más, Dani Moreno domina, se burla del pequeño y sólido peruano, que no se inmuta ante los golpes que recibe ni ante la habilidad del oponente para esquivar los suyos. El locutor y la Tante disfrutan. Brazatortas se enfurece. Por fin, en el quinto asalto, el puño derecho del toledano impacta en la sien izquierda del peruano, que apenas sacude un poco la cabeza, firme en su sitio, sin mover los pies de la lona. El favorito se ha desprotegido y Brazatortas engancha un soberbio *crochet* zurdo que golpea de lleno en el hígado de Dick Stud, que se lo se traga entero y dobla la cintura, lo que facilita que Brazatortas aumente el castigo con un *cross* a la cabeza, que desestabiliza al contrario. Stud consigue no caer y se refugia en el pentagrama de las cuerdas, con la cara ensangrentada y un guante

cubriendo su dolorido hígado. El troglodita se acerca hacia él, Stud se separa de las cuerdas y recibe un uno-dos en el mentón; se diría que el guante resbala sobre la sangre del favorito. Suena el gong. Stud se tambalea hacia su rincón, donde su entrenador moja la esponja en el cubo y le limpia la cara. También le examina el hígado el facultativo. El árbitro se acerca. Dani Moreno afirma que sigue con el combate. El doctor lo autoriza. ¡Ni se te ocurra, muchacho!, la Tante no puede evitar decirlo desde el salón de su casa. Siente en su propio costado el mismo dolor que Stud y mira espantada los párpados abultados y las gotas de sangre. Se sirve otro whisky. Suena el gong. Sexto round. Dani o Dick Stud se levanta con brío, a pesar de la boca contraída por la angustia, y se acerca con determinación al troglodita para asestar a cierta distancia una volea descendente, un golpe arriesgado que deja al descubierto la guardia de Dani Moreno. Brazatortas no desperdicia la ocasión, y el favorito recibe un poderoso puñetazo en el abdomen. La Tante confirma su parecer de que ese hombre no es un caballero. Ahora el troglodita domina el combate. Stud ya parece convencido de que no es capaz de tumbar a su rival y decide concentrarse en aguantar de pie; intenta lanzar su *uppercut* contra el oponente, que se cubre con eficacia y golpea una y otra vez. Stud jadea y suena el gong. No pueden más, ni ella ni Stud. Brazatortas, en su rincón, ni siquiera se sienta en el taburete, se entretiene haciendo sombra. Séptimo round. En un último esfuerzo, Stud se acerca al peruano y le golpea en *jab* con la izquierda, mientras su mano derecha espera la oportunidad de lanzarse. El peruano golpea con la izquierda y le va llevando contra las cuerdas. Dani tropieza con ellas, pero se levanta. Tante Juani se estremece bajo su manta. Stud, ya de pie, parece no saber dónde se encuentra, avanza torpemente hacia su adversario, que se ha situado en el centro del ring. Apenas logra cubrirse y recibe el golpe más brutal del boxeo, el *uppercut,* que se realiza en vertical, hacia arriba, acompañado de una flexión de rodillas para darle más impulso. El puño de Brazatortas estalla en el mentón de Dani Moreno, que cae sobre la lona. Intenta incorporarse, como el galo moribundo, pero no lo consigue. Queda tumbado e inmóvil. El árbitro ha empezado la cuenta atrás, que llega al KO sin que Stud dé señales de vida. Aparece el facultativo acompañado de dos hombres con una camilla. El troglodita del altiplano levanta los puños en alto. La Tante se sirve otro whisky y apaga el televisor.

3

Amber Navel vino a verme a primera hora y me advirtió que no podía salir de la ciudad. No tuve ninguna duda de que estaba vigilada por la policía. Ya no volvió nunca a visitarme en la oficina. Ese mismo día dio comienzo la Operación Ínsula Minúscula, aunque yo entonces no lo sabía.

Ginés había considerado que Isla Chica era un teatro de operaciones peligroso, lo más sensato era ir por delante de ellos. En cuanto Miss Navel, tras ordenarme que no abandonara la ciudad, se incorporó al equipo, se pusieron en marcha.

Zarpan hacia el sur con viento de poniente, que empuja hacia tierra la fragata de la guardia costera, la *Numancia,* cargada con matalotaje y armamento para el poco convincente comando integrado por Ginés Loyola, Tante Juani, Amber Navel y Tom Tyllett. Están sentados los cuatro en un banco de acero en la aleta de estribor, protegidos (o vigilados) por el capitán Stuyvesant. Un marinero les entrega los chalecos salvavidas del uniforme reglamentario. Ginés se lo abrocha sobre su chaqueta de tweed y se pone encima su gabardina; la Tante, sobre su chaqueta de lana, pero se echa por los hombros un chal. Stuyvesant, el oficial al mando, bajo su responsabilidad, les ha dejado por imposibles: parecen tan indefensos, piensa, que nadie va a intentar abatirlos. ¿Para qué? Miss Navel y Mister Tyllett obedecen al pie de la letra las instrucciones y los llevan a la vista para que, si hubiera un incidente, nadie dispare contra ellos con fuego amigo, puesto que a la espalda y en el pecho está escrito alto y claro COAST GUARD. Con una fuerte escora a babor llegan al islote sin acercarse a Puerto Cielo, que así se llama el pequeño puerto de Isla Chica; la fragata *Numancia* atraca en un embarcadero para uso militar en la costa sur. Se trata de una operación que el CNI ha clasificado como Alto Secreto. Se desprenden de los chalecos y tres marineros de paisano hacen de porteadores y guías hasta la vivienda, muy cercana a la propiedad de Peter Doyle, donde descargan las armas y la

munición, artículos de aseo, ropa de abrigo —en el islote el viento es a menudo inclemente y no escasean los chubascos—, la caja de seis botellas de Macallan y la *Anatomy of Melancholy,* de Burton, para Loyola; la caja de galletas con la costura de la Tante, sus tres novelas de Agatha Christie y sus comedidas dos botellas de Johnnie Walker; el cuaderno en el que Amber escribe sus llorosas poesías y un libro de Tagore, su último descubrimiento tardío; el equipo fotográfico y un tratado de cálculo infinitesimal del que Tyllett no ha logrado entender ni un renglón, aunque lo lleva consigo a todas partes desde hace diez días.

El plan —sencillamente diabólico, asegura Tom— de Loyola es esperar a la parejita, en lugar de que ellos les vean llegar.

La casa en la que instalan el cuartel general de operaciones es de alquiler, con una sola planta, tiene un amplio salón, cocina, dos baños, un pequeño estudio con un escritorio, y también cuenta con un patio trasero donde hay dos bicicletas, una guitarra, varias estanterías, algunas sillas, un botijo, un carrito de niño, una mesa de pino y una higuera.

Amber y Tom insisten en su necesidad de dormir juntos, quizá para leer los despapuchos místicos y sentimentales del Nobel bengalí. Cosas como esta: ¿Quieres colgar tu fresca guirnalda de mi cuello? Mira que la única guirnalda que he tejido yo es para muchos.

El quillotro, enredo o enamoramiento de la gente joven obliga a los mayores a compartir habitación. La Tante se arrepiente de no haber traído su bata de seda con dragones chinos, pero rechaza la oferta que hace Ginés de dormir en el sofá.

—Ya no estamos en edad de pasar la noche en una mala postura —alega ella.

—Ni de meternos en camisa de once varas, Juani —se ríe Loyola.

Y otra vez se miran con esos ojos dulces y lentos como la caricia de una mano que hace tiempo que se echa de menos.

Desde la ventana del salón se ve la finca de Doyle, y allí instalan en un trípode la cámara con teleobjetivo y al lado un telescopio.

Es un solemne caserón de piedra gris, de dos plantas, con tejado a dos aguas, rodeado de un jardín bien cuidado. La puerta de entrada tiene un arco de medio punto con dovelas de granito y una puerta con dos hojas de gruesa madera, y cerradura de hierro, con una gran aldaba de lo mismo, semejante a un mascarón de proa, un torso de

mujer que enfrenta sus enhiestos pechos a la fuerza del oleaje y del viento. Hay un azulejo con la leyenda LAUTRÉAMONT. Muy ingenioso, se dice Loyola: *l'autre est à mont.* El otro está en el monte. El oportuno chascarrillo típico del escritor uruguayo, como Maldoror, *Mal d'Aurore.* Lo que nos faltaba para el duro, piensa Ginés, un visionario de Montevideo.

En la planta baja hay un ventanal a cada lado; a la derecha, un comedor; a la izquierda, un salón con librerías en todas las paredes. Arriba, sobre el arco de granito, una terraza en el dormitorio principal. A la derecha el cristal esmerilado de un cuarto de baño; a la izquierda, una habitación con una cama doble, un sillón y un pequeño escritorio: un cuarto de invitados. ¿Recibe visitas un asesino como Doyle? ¿Cenas de matrimonios? ¿Partidas de bridge o de canasta? ¿Alguna paella los domingos? ¿Por qué no? La vida es mucho más rara de lo que parece.

No hay antena de televisión ni línea de teléfono.

Todo parece cómodo y sirve para algo. Doyle se permite el lujo de la austeridad, sin elementos decorativos. Ginés Loyola siente envidia, ¿vale la pena cometer asesinatos por encargo para ser libre? A veces piensa que sí. Todos los días son asesinadas decenas de personas, ¿qué hay de malo en hacerlo para financiarte una vida mejor? De todas formas iban a morir y cobraría otro.

Ha tomado nota: el aseo del jardín, las ventanas limpias, la tetona aldaba bien bruñida. Alguien cuida la casa en ausencia de Doyle.

Establecen turnos de guardia y el sistema para salir al pueblo, que es por parejas, los jóvenes y los veteranos, por separado, quieren parecer dos parejas que están pasando unos días en el islote, sin conocerse entre sí.

Es casi la hora de comer y hoy les toca a los mayores salir en el primer turno. Dan un paseo hasta El Topacio, ninguno de los dos está para montar en bicicleta, casi preferirían un borrico. Por el camino, en La Costera, compran el *Dragonera Daily* y una caja de bombones de chocolate rellenos de menta, se llaman After Eight, y para esa hora tienen pensado consumirlos. Se sientan en la terraza de El Topacio, desde donde se ve el océano (como desde casi cualquier punto del islote, por otra parte). Ginés pregunta de qué whiskies disponen, y elige el menos lesivo de los que le ofrece la camarera, un Dewar's White Label; la Tante pide una ginebra Beefeater con una rodajita de

limón. San John Dewar, san John Walker, los beatos Justerini y Brooks, y el benemérito arcángel don Nicomedes García, orillas del Eresma; a ellos se encomienda Ginés Loyola en ausencia de Macallan.

La camarera se llama Carol; su marido, Bob, se encarga de la cocina. Llegaron con otros ocho amigos al islote en los sesenta, dando la espalda a la sociedad burguesa, sus pompas y sus comodidades, para vivir en libertad, sin hipocresía y sin convencionalismos. Con el dinero arramblado en casa de sus padres compraron la propiedad y plantaron marihuana en el corral. En menos de seis meses ya se habían acostado todos con todos, y seis meses después ya se habían tirado los trastos a la cabeza todos contra todos. Al año los únicos que se quedaron fueron Carol y Bob, que reformaron la vivienda y abrieron El Topacio. Del inconformismo ya solo dan testimonio algunos abalorios de Carol y la coleta de Bob. La plantación sigue funcionando y les proporciona unos interesantes ingresos extra mediante transacciones discretas.

Carol les ofrece berenjenas a la plancha con cangrejos del islote, esos *Carcinus maenas* que aquí llamamos tristones o cangrejos verdes. Aceptan y comen con agrado, y en silencio, como si fueran lo que quieren parecer: un viejo matrimonio que no tiene gran cosa que decirse. Con el café y las copas hacen un esfuerzo.

—Dime la verdad, Ginés, ¿qué piensas del informe sobre mí?

—Nada de particular, dice que tu conducta es intachable.

—No tanto, hay cosas que me da vergüenza que hayas leído.

Ginés fuma con la concentración del que trata de recordar algo.

—Pecados veniales, Juani —dice con una amplia sonrisa—, salvo lo del ganchillo en horario laboral, eso es imperdonable.

Tante Juani también sonríe y confiesa:

—Hablo del hotel Rivoli.

—Eso ya lo sabía, y lo cierto es que me da bastante envidia. Sabes organizarte. La vida de casado puede ser bastante solitaria.

—No hace falta que me lo recuerdes. El pobre Stan, sin ser muy perjudicial, provocaba un notable aburrimiento.

—Lady Eve tampoco es unas castañuelas, al menos conmigo.

Durante unos segundos, la Tante recuerda a Stanley, que al final se ponía las gafas de présbita para examinar sus deposiciones, sus mocos y el color de su orina. Sentía el deseo ferviente de contraer alguna enfermedad, y lo consiguió (como suele suceder), tras

denodados esfuerzos, análisis y radiografías. Por fin se agenció un cáncer de colon, y cuando sintió las ansias de la muerte, se vistió de etiqueta para despedirse con elegancia; un bello gesto echado a perder por una hemorragia en la que la sangre salió a raudales por la boca, el ano y las narices. Una lástima, piensa la Tante, con la ilusión que le hacía al infeliz morir de chaqué con su pantalón rayado y los zapatos relucientes y bien anudados.

Se despiden de Carol y Bob y dan un paseo por el puerto. Localizan el velero de Doyle. Al regresar al cuartel general, Amber Navel, que está en el puesto de guardia frente a la ventana, les avisa:

—Tom está en el cuarto oscuro, no se puede abrir la puerta del estudio. No tardará, ya está positivando.

En el equipaje acarreado por la guardia costera venía un equipo de revelado, con tanque para negativos, cubetas, líquidos, una ampliadora y hasta la acostumbrada bombilla roja de puticlub.

Amber les informa de que a mediodía había aparecido un hombre en bicicleta, que abrió con una gran llave de hierro la puerta de Lautréamont. De las alforjas de la bici sacó una caja de herramientas, un ramo de flores y unos estropajos. Permaneció casi dos horas en el interior. Por las ventanas le habían visto limpiar, cambiar las flores en un jarrón y apretar con una llave inglesa una pieza de un termo de agua caliente.

Después, con las mismas, se fue pedaleando.

Se abre la puerta y el atolondrado Tom Tyllett exclama:

—¡Ya es nuestro! —Como si el objetivo del comando fuera el hombre de la bicicleta.

Les invita a ver las fotos, que están secándose tendidas con pinzas en un hilo que Tyllett ha colgado de dos escarpias. Loyola se pregunta de dónde las habrá sacado. Decide que prefiere no saberlo. En las fotos sale ese hombre cincuentón, vestido con un mono de trabajo, con manos nudosas y un rostro que parece una agrietada vasija de barro. Un hombre al que se le puede confiar tu casa, piensa Ginés: Doyle no tiene un pelo de tonto, pero eso ya lo sabía.

—Hay que averiguar quién es el ciclista, pero no podemos enseñar su foto; la gente ve películas y sabe que eso es lo que hacen siempre los polizontes. Hagan preguntas sin llamar la atención; necesitan a alguien para limpiar un jardín o para arreglar un grifo, ya saben.

Cambio de guardia. Los chicos parten en las dos bicicletas hacia su apreciado ocio juvenil y los mayores se quedan a solas, mirando por la ventana, a ver si la tarde cae con levedad, sin darse demasiada importancia crepuscular.

Amber y Tom hacen algunas compras en La Costera y suben al faro. Allí se hacen carantoñas y cucamonas, se dicen ternezas y lisonjas, y se intercambian madrigales en lo que contemplan los vuelos hostiles y ruidosos de las gaviotas. Bajan en las bicis a toda velocidad, soltando los pies de los pedales, con júbilo infantil. Han vuelto a las andadas, no lo han podido evitar (o no han querido). Acaban en El Topacio, dónde si no, y se sientan en la terraza. Carol les ofrece lo mismo que a los mayores, las berenjenas y los cangrejos, y una propuesta dirigida a su audacia juvenil: una bolsita de maría de cosecha propia. Mejor que la colombiana, asegura Carol. Tyllett acepta la propuesta juvenil. Piden una botella de vino blanco frío. Es la clase de elecciones que consideran de buen gusto: tinto con la carne, llevar calcetines blancos es abominación, jamás se abrochan todos los botones de una chaqueta, esas cominerías del catecismo de quienes aspiran a algo más en esta vida, y que a la postre se convierten en su única y cenagosa estructura ética.

A diferencia de los matrimonios de avanzada edad, las parejas de jóvenes hablan por los codos, siempre hay tanto que cada uno quiere exponer y explicar (o justificar) sobre sí mismo, que no se callan ni debajo del agua.

Las berenjenas nunca ofrecen resistencia, los cangrejos son harina de otro costal y ninguno de los dos los había probado antes. Poco importa, tienen arrestos, osadía e ilusiones. Tom hace lo que ha visto en una película: chupa una de las patas. Amber le secunda. Los dos lamen la cáscara, sin succionar la carne del interior, y coinciden en que es una delicia.

—¡Qué sabor a mar! —asegura Amber.

¿Sabor a mar?, se escandaliza Tyllett. No se atreve a preguntar qué significa esa expresión (no es la primera vez que la oye), tampoco duda que será algo sublime, pero él, cada vez que sin querer ha tragado agua de mar, ha necesitado escupirla en el acto. Emético, así definiría el sabor a mar, en lugar de emérito.

—Y a espuma de ola —añade, ya puestos a decir bobadas y para tener la fiesta en paz.

Amber presiona en los lados y abre el caparazón. Hay cubiertos, pero pellizcan la carne blanca con los dedos. Será para que, al contacto con el acero inoxidable, no pierda el sabor. A mar, sin duda. A Tom le gusta, si bien hay una parte de sospechoso color, entre gris y marrón, y de apariencia gelatinosa, que evita a toda costa. Amber le dirige ese reproche que es propio de todas las madres del planeta:

—Te estás dejando lo mejor.

Desconcertado, Tom mira su plato, la botella de vino ya mediada y la cesta de pan, hasta que repara en el pequeño grumo que parece recién vomitado, y señala con el dedo:

—¿Eso es lo mejor?

—Sin duda, lo más preciado: son las huevas. Es como el caviar.

Como ninguno ha comido caviar, Tyllett no se siente inclinado a ceder. Ella le hace una demostración. Vierte un poco de vino y con una cucharita de café revuelve el vino con las dichosas huevas, hasta formar un emplasto de apariencia aterradora. Se lleva a la boca una cucharada y compone un gesto de delectación. Tom sofoca una arcada. ¿Las huevas? ¡Lo que le faltaba!

—No me apetece probarlo ahora, te cedo mi parte —ofrece.

Con ese ensañamiento que solo se da en las parejas, ella toma el plato de Tom, repite el mismo mejunje y vuelve a paladearlo con un aire de superioridad que Tyllett acepta con estoicismo. Para resarcirse, pide tarta de chocolate de postre, como todos los niños. Ella, flan de limón con virutas de coco, como todas las cursis.

Cuando trae el café y los whiskies, Carol le dice en voz baja a Tom:

—El servicio está en el corral. Bob tiene un rato libre y le espera con su comanda, si tiene la bondad.

Es un corralón muy manchego, espacioso y con tapias de adobe; hay una caseta donde están los lavabos, un huerto con tomates abarracados, matas de habas con su tutor, pimientos y, qué duda cabe, las berenjenas que llenan la carta cantada por Carol. Los cangrejos los recoge Bob en bajamar, cuando se quedan, buscando no se sabe qué o ramoneando cual ovejas o cabras, en las rocas de la playa. Lo demás del huerto son altas, esbeltas y olorosas plantas de marihuana. Bob le entrega una bolsa de plástico y aligera en cincuenta dragones su bolsillo. Le pregunta si necesitaba papel de fumar. Él dice que sí.

—Se lo regalo. —Bob, rumboso, le entrega un librillo de Zig-Zag.

—Me acabo de instalar —le confía Tyllett como al desgaire, y con todo el disimulo que puede rebañar de su yerma sesera añade—: Tenemos los problemas esperables, grifos que gotean, persianas que se atascan, ya sabe. En resumen, ¿no conocerá a un manitas de confianza para una puesta a punto?

Bob hace una insincera pose de meditación, se atusa dos veces la coleta mirando el fértil suelo del corral, levanta la vista al cielo y afirma:

—Quizá Eladio podría ayudarle. Hable con Carol. Eladio viene sin falta en un rato a por su Quitaquebrantos.

Le da las gracias a Bob, se mete la bolsa de marihuana en el bolsillo de la chaqueta y vuelve a hablar con Carol, que se ofrece a presentarle al tal Eladio en cuanto este aporte por el bar. Ya que tienen que esperar a Eladio, Tom considera oportuno pedir otra ronda. Ha vuelto a encontrar propicia cualquier circunstancia para seguir bebiendo.

Transcurre un tiempo de locuacidad entre los reconciliados amantes, hasta que Tom reconoce a Eladio y hace ademán de levantarse, lo que le impide Amber.

—Tú no le conoces de nada, no te delates —le advierte.

—Cierto, cierto, muy bien visto, aunque tengo fotos suyas.

Eladio sí identifica a primera vista a la pareja como dos forasteros, y por consiguiente merecedores de una hosca mirada de desconfianza. Le sirven su Quitaquebrantos en una mesa pequeña. Carol parlamenta con él y, con un encogimiento de hombros, Eladio accede a levantarse y acercarse hasta la mesa de Amber y Tom, y se dan la mano. Eladio Cabañero, dice el manitas. Tyllett le explica lo que necesita. No vio problema Eladio, salvo que no sabía cuándo encontraría tiempo, y pide que le den las señas de la casa. Se las da Tyllett y nota una mirada de sospecha en Eladio. De pronto aparece Carol y avisa a Eladio de que tiene una llamada.

—Ustedes disculpen —dice él, y se va al interior del restaurante.

En Isla Chica había entonces muy pocos teléfonos. Doyle no tenía ni tampoco el piso del comando (se comunicarán mediante *walkie-talkies)*. En El Topacio y La Costera había teléfono público en el que también cogían recados. Aparte de eso, había línea en el puerto, en el cuartelillo de los guardias, en el registro de la propiedad y en el dispensario médico, y pare usted de contar. Se llamaba en esos

tiempos a través de operadora, que estaba en la centralita de Heaven Haven.

—Haz que hable, necesito escucharle —le dice Tyllett a Amber Navel.

—Tiene acento, ¿verdad? —pregunta ella con admiración.

—Con dos o tres frases más descubriré lo que nos está ocultando —asegura Tom.

Vuelve Eladio y dice, como si de pronto tuviera prisa:

—Conformes. Lo haremos luego. Serán unos cincuenta dragones. ¿Les cuadra mañana mismo? ¿Hacia las diez?

—Perfecto, pero dígame qué herramientas necesita. Tenemos algunas en casa —dice Amber para prolongar la conversación.

—Pierda cuidado, señora, ya me apañaré. Mañana a las diez por filo, minuto arriba, minuto abajo, me tienen a su servicio.

Y se despide en el acto con impaciencia. Ido el manitas, Amber Navel se disculpa con Tyllett:

—Lo siento, se ha resistido a hablar más.

—Suficiente para mí —asegura él con ídem (o suficiencia).

Muchos a los que su incompetencia aleja de las matemáticas se refugian en disciplinas que juzgan afines (sin motivo averiguado), el ajedrez, la música o la genética. Los más obtusos de entre ellos desembocan en la lingüística, como en el caso de Tom Tyllett, que le trasladó a Amber sus conclusiones, que eran estas: Eladio Cabañero —o como se quisiera llamar— habla en castellano derecho, si bien muy anticuado. La estructura profunda es la de la lengua española. Ahora bien, ojo al dato (Amber Navel ya está absorta), su elocución delata que en un estrato superior se ha adherido, con posterioridad, como un barniz, otra lengua. ¿Cuál? Su pronunciación de las fricativas me ha sacado de dudas: es el ruso, más aún, el ruso que se habla en Moscú. (Deslumbrada, ella le coge de la mano.) ¿La solución al enigma? *Voilà:* es uno de los niños de Rusia. Durante la guerra española los comunistas evacuaron a la Unión Soviética a casi cuarenta mil niños. Muchos se quedaron allí, otros fueron llevados a México y otros lugares. Los que se quedaron hicieron la guerra con los soviéticos, en el Ejército Rojo, puede que sea capitán. Es uno de ellos. Y ahora está aquí. (Amber le mira con arrobo.) Trabaja para Doyle, que a su vez trabaja para los rusos. No podemos confiar en él, es muy peligroso.

—Es usted un genio, agente Tyllett —dice ella y le da un beso.

Cuando llegan al cuartel general todo está en silencio. Los mayores, después de cenar tortilla de espinacas, ya están en la cama. Los jóvenes, de puntillas, se encierran en su habitación y se quitan la ropa. Intentan no hacer ruido, por respeto a la tercera edad. Era innecesario, ninguno le dio al otro motivos para jadear, gemir o rebuznar; fue un polvo sumario y desangelado, para cubrir el expediente, con el que ambos se dieron por satisfechos. Eso es lo que da más tristeza.

Los mayores se acercaron el uno al otro sin decir palabra, como si buscaran calor; se acariciaron con codicia, cariño y lentitud. Ginés Loyola masturbó a Tante Juani, no sin delicadeza, sí con energía. El rítmico primero, luego espasmódico, movimiento de caderas de la Tante, provocó una erección en Loyola, que una vez que se hubo corrido ella, la Tante satisfizo con blanca mano delicada, que acabó llena de vencimientos y despojos que de sí mismo Loyola o sus sentidos le ofrecieron. Se abrazaron.

—¿Hace cuánto tiempo desde entonces? —preguntó Ginés.

—Toda una vida, querido.

—¿Por qué me dejaste, Juani?

—Si te digo la verdad, ya ni me acuerdo.

—Yo tampoco.

—Pues no se hable más. A dormir.

4

La Tante ha preparado huevos revueltos con arenques en salmuera para desayunar. Son las seis y todos están vestidos, no son partidarios del exceso de familiaridad. Amber Navel y Tom Tyllett se han dado una ducha (por separado) en su baño, que no tiene bañera. El de los mayores sí, pero sin plato ni alcachofa de ducha; a ellos les parece de rechupete (así dijo Ginés), les gusta bañarse por la tarde, un hábito feo y cochino, heredado del colonialismo británico, tan poco dado a la higiene. Me han dicho que los argentinos, a iniciativa propia, eligieron la bañera vespertina. Cuesta creerlo, pero quizá sea cierto: es un país tan de opereta como España.

Está amaneciendo, lo que provoca que el caserón de Doyle se oscurezca más, como una construcción de piedra negra, un altar o un monumento funerario mesopotámico. Hay un ambiente amistoso y dicharachero, como si estuvieran en un campamento de verano, hasta que Amber y Tom empiezan a relatar, otra vez a dúo, los sucesos del día anterior.

—Señor, hemos hablado con el ciclista, se llama Eladio —empieza Tom Tyllett.

—Tom le ha desenmascarado. ¡Es ruso! —añade Amber.

—No del todo —matiza Tom—, es un poco más peligroso.

—Lo consiguió a través del análisis lingüístico —presume Amber.

—Deteneos, malditos —interrumpe Loyola—, no admito informes en estéreo, par de dos. Primero escucharé a Mister Tyllett. Después a usted, Miss Navel. Proceda, Tyllett.

Y lo hace, y con tanta prolijidad, tantos excursos, tantas digresiones y tantos vericuetos, que Ginés, con abatido semblante, se levanta para traer una botella de Macallan. Tom acaba de decir que se llama Eladio Cabañero, y Loyola recuerda a un poeta con el mismo nombre. Un poeta sin suerte, además de ser pobre y español, que ya es corta fortuna en esta vida. Le había conocido cuando trabajó en la embajada de Madrid, en un acto cultural en la oficina comercial

soviética, que estaba en la calle que entonces se llamaba Matías Montero. En aquel único encuentro —debió de ser en verano—, Eladio llevaba una guayabera blanca con sus cuatro bolsillos y unas gafas de culo de botella, más otras que tenía en el bolsillo, en el lado derecho de la guayabera, y que debían de ser las de leer. Por curiosidad, Ginés compró un ejemplar de *Marisa Sabia,* que trata del enamoramiento impúdico, ridículo y doliente de un hombre mayor hacia una joven estudiante, y pensó que Cabañero estaba más cerca de él que cualquiera de sus amigos (en el poco creíble supuesto de que Loyola tuviera amigos), cuando escribía, por ejemplo: para poder quererte y no morirme creí en sueños, atrás, hacia delante.

Cuando Tom Tyllett pone fin a su perorata, Ginés ya se ha bebido dos vasos de whisky. Ha hablado de Chomsky, de la gramática generativa, de la República española y las potencias neutrales, de Rabindranath Tagore, del cálculo de probabilidades y casi todo el rato de sí mismo, y de su excepcional capacidad de análisis. Ginés está alcanzado de paciencia; ya le costaba soportarle, pero encima enamorado otra vez, y con Amber aplaudiendo, apaga y vámonos. La Tante está atemorizada: con lo buen chico que parecía. Por su parte, Amber Navel sonríe arrebolada de satisfacción: ese es su hombre, el que llenará el vacío que en su corazón han abierto ciertas lecturas y películas desaconsejables.

Loyola enciende un cigarrillo, se sirve otro Macallan y dice:

—De acuerdo, Tyllett. Miss Navel, ¿quiere añadir algo?

—No sería posible, señor: Tom lo ha explicado a las mil maravillas.

Loyola nunca concede demasiado crédito al resultado de la actividad neuronal de Tyllett, si bien en esta ocasión cree que acierta en algo: el camarada Cabañero es un peligro.

—Entonces en marcha —dice—. Les voy a explicar las necesidades operativas inmediatas. A continuación nos ocuparemos de la parte especulativa. A partir de ahora entramos en alerta roja, no lo olviden. La Tante y yo no podemos estar aquí cuando aparezca el camarada Eladio. Lo más urgente es desmontar el dispositivo de vigilancia. Hay que esconderlo, pero ¿dónde? ¿Alguna idea?

—¡Lo cubriremos con sábanas! —propone exaltado Tom.

—No colme mi paciencia, se lo ruego —suplica Loyola y añade—: ¿Alguna otra sugerencia?

—El patio tiene riesgos, pero arriba hay un terrado —propone Tante Juani.

—¿Y si se pone a llover? —pregunta Tom.

—Pues entonces sí que lo cubrimos con sábanas, Tyllett. —Ginés acaba de levantar la voz, y se arrepiente de inmediato.

Entre los cuatro meten los equipos —el fotográfico, el telescopio, la emisora de radio, el armamento— en sus cajas (herméticas, por cierto) y lo llevan a la azotea. El día está soleado, las sábanas no parecen necesarias. Ginés abre una de las cajas y saca los walkie-talkies. Le entrega uno a Miss Navel y se queda con el otro. Luego saca cuatro revólveres, se guarda uno en el bolsillo de la chaqueta, y reparte el resto a su equipo.

—Estaremos en contacto permanente con los walkies. Si surge alguna dificultad imprevista, disparen. No me pregunte adónde tiene que disparar, Tyllett, tenga piedad. Protéjanse siempre.

Bajan de nuevo al cuartel y Loyola le da instrucciones a Tyllett:

—Rompa un par de cosas, una persiana, un grifo, lo que se le ocurra. Que las arregle Eladio, le paga y se va. Líbrese de él cuanto antes.

—¿Lo liquido?

—No sea borrico, basta con que se vaya convencido de que no hay nada sospechoso.

Aún quedaba tiempo para la parte que Ginés había calificado de especulativa, y a la que dio pie con una pregunta:

—¿Por qué cambió de actitud Eladio tras recibir esa llamada?

—¿Cambió de actitud? —se sorprende Tyllett como si él no hubiera estado allí

—Claro, Tom —interviene Amber—, tenía que ser hoy, cuando antes dudaba si encontraría tiempo para venir. Tampoco le preocupaba el precio.

Tom asiente con la cabeza y repite:

—Cierto, cierto.

—Especulemos —propuso Ginés—. ¿Qué sucedió en aquella llamada?

Tom Tyllett apoyó la barbilla en su puño para facilitar el pensamiento especulativo. Amber improvisó:

—Recibió otro encargo más sustancioso y quiso quitarse esta chapuza de encima cuanto antes.

—Cierto, cierto —aprueba Tom.

—No me lo trago —opone Loyola—. Usen más la cabeza.

Una vez dicho, cae en la cuenta de que, en el caso de Tyllett, semejante consejo podría desembocar en cualquier desafuero.

Demasiado tarde; tras unos minutos con la cabeza en el puño, prorrumpe el joven, lleno de alborozo:

—¡Ya lo tengo! Una cita clandestina fuera del matrimonio.

—No sea besugo. La pregunta es cuántas líneas de teléfono hay en el islote.

—Seis —informa la Tante—. Dos públicos, en El Topacio y La Costera, y cuatro oficiales: el cuartelillo, el dispensario, el puerto y el registro de la propiedad.

—Considere ahora la gansada, ¿desde dónde supone usted que esa misteriosa casada infiel llamó a su amante? ¿Desde el cuartelillo? ¿Desde el dispensario? ¿Desde el restaurante al que él acude todos los días? Y usted, Miss Navel, ¿cree que Eladio recibe peticiones por teléfono? Todo el mundo sabe dónde encontrarlo y tendrían que ir allí para llamarle por teléfono.

—No, si visto así —admite Tom—. Pero entonces, ¿qué?

—Esto es una especulación —anuncia Loyola—. Es probable que esa llamada sea de Doyle desde Heaven Haven. Puede que le haya encargado ciertas cosas antes de su llegada. Puede que haya decidido anticipar la travesía. Un detalle sin más importancia: ¿le dieron esta dirección antes o después de la llamada?

—¡Antes! —confiesan al unísono, al parecer satisfechos.

—¡Mal rayo me parta! —solicita Ginés—. ¡Qué contrariedad! Entonces esto ya no es seguro. El camarada Cabañero tuvo que decírselo a su patrón, los comunistas son chivatos innatos, y estamos demasiado cerca de Lautréamont. Doyle es un profesional, como nosotros, quizá mejor: no cree en las casualidades. Nos encontramos en más peligro que antes, sabe que le esperamos. Extremen las precauciones. Tante Juani y yo nos vamos. Utilicen el walkie-talkie. Buena suerte, muchachos.

Los jóvenes se quedan solos y descubren sin tardar que es mucho más difícil romper algo que arreglarlo. Con bastante esfuerzo, consiguen estropear un lavabo y la puerta de un vasar.

Los mayores no pueden esperar cerca del cuartel de operaciones, es demasiado peligroso ahora que saben que el camarada Cabañero es

un feroz bolchevique bien entrenado. Van a El Topacio. Dan las diez y la inquietud por los chicos les consume. Ahora tienen un estante repleto de botellas de Macallan, lo que para Ginés significa que Doyle está a punto de llegar. Piden una copa. Carol les ofrece tortilla de camarones o hígado encebollado. Es demasiado temprano para comer, le dicen, daremos un paseo antes. La Tante elige la tortilla; Ginés, el hígado. El cielo está despejado, la brisa riza las olas del océano; cerca de la costa, los ágiles cormoranes persiguen a las asustadizas avutardas de patas cortas y lento vuelo, cercándolas entre el agua y la tierra. No da la impresión de que lo hagan con nobles intenciones. Las avutardas cantan con la nostalgia mimosa con la que zurean las palomas, los cormoranes se ciernen sobre ellas y graznan como chavales de barrio el sábado por la noche, como si estuvieran a punto de abalanzarse; pero ambos saben que están jugando. Precedida por un estremecimiento del plumaje de las avutardas, como si lo atravesara un viento, aparece el águila solitaria, sobrevolando a gran altura; y unos y otras se dispersan: ellas hacia tierra, ellos hacia el horizonte. A Loyola esta escena le recuerda algo lejano de lo que no consigue desprenderse: la inocencia interrumpida por el ave de presa.

Dan un paseo, después de que Ginés compre en La Costera un sombrero de paja para él y una pamela para la Tante, además del periódico.

Cuando suena el timbre, Tom Tyllett ha conseguido descuadrar una puerta y atascar —o embozar, como decimos aquí— un lavabo. Eladio Cabañero entra con una bolsa al hombro. Lleva un mono azul de trabajo y un cinturón de herramientas, inspecciona sin disimulo la casa, con gesto de desaprobación; es prerrogativa de los trabajadores manuales examinar y juzgar.

—¿Han venido de vacaciones? —pregunta con rudeza.

—Así es, venimos de Atlantic Town —le informa Amber Navel, que ha sido bien entrenada: solo hay que mentir si es indispensable, la verdad es más fácil de recordar.

—¿Qué necesitan?

Tyllett le explica los problemas que ha conseguido crear. Cuando

Eladio abre el grifo del lavabo, no pudiendo culpar al que lo instaló, porque no le contrataron ellos, debe recurrir al reproche directo:

—A saber qué habrán echado ustedes por ahí.

Amber simula sentirse amilanada:

—Se me cayó un poco de pasta de dientes —confiesa.

—Si ya te digo —rezonga el camarada Cabañero.

Amber está satisfecha. Será un agente de la KGB, pero se comporta como el clásico trabajador vindicativo y encabronado, al que no hay más remedio que soportar y desearle que disfrute de su victoria en el intercambio simbólico que está teniendo lugar frente al lavabo. Una de esas situaciones en las que los señoritos explotadores se encuentran a merced del explotado para que les permita lavarse a gusto las manos; singulares y primorosos momentos de la lucha de clases. Eladio saca de su mochila un bote de disolvente y lo vierte en el sumidero, y espera cinco minutos, que aprovecha para fumar un Dragones. Abre el grifo y el agua corre sin problema.

—¿Y qué más? —pregunta el tovarich.

—La puerta —responde Tom.

—Pues arreando —ordena el camarada, que ya se ha puesto al mando de todo.

Ante la puerta, Cabañero la abre tres veces. Se arrodilla, agarra la puerta por debajo con la mano izquierda, a la vez que con la otra mano golpea en el canto. Al tercer intento la puerta recupera su posición original. Con gesto desdeñoso dice el camarada:

—Si hay que ir, se va, pero venir para esto.

Amber y Tom fingen avergonzarse.

—Vamos a ver el lavabo —ordena Eladio.

Abre el grifo cinco veces seguidas.

—¿Satisfechos? —pregunta el cabecilla del soviet de Isla Chica.

—Ya lo creo —dice Tyllett—. Aquí tiene ochenta dragones.

—Ni hablar del peluquín —responde Eladio en su recio, pintoresco y derecho castellano de los años treinta—, lo que he hecho en veinte minutos no vale ni veinte. Si me quiere, de buena voluntad, pagar cuarenta, tan amigos, y si no también, pero más de cuarenta, ni a de putas.

Tom Tyllett toma nota, en su calidad de lingüista sobrevenido: ha pasado parte del exilio en México.

—Lo que usted diga, Eladio —se rinde Tom.

Y Eladio se va, y Tyllett se persuade de que no hay nada que temer, de que ha vencido con su sofisticada inteligencia burguesa la cazurrería del camarada. Eso también es lucha de clases.

—Deja ya de quemarte la corbata —le regaña la Tante.

—Es que hace viento, Juani.

Van cogidos del brazo, las olas les salpican; ellos sonríen, da pena que estén tan viejos, aunque la mano de la Tante se apoya en el brazo de Loyola, no se sabe quién sujeta a quién. Van hacia Puerto Cielo, pero andan como si no tuvieran interés en llegar a ninguna parte. Parece que se hayan propuesto dividir cada minuto en unidades cada vez más pequeñas, una cuestión infinitesimal que Tyllett quizá haya aprendido: hay infinitos más grandes y más pequeños, y los más grandes siempre están hechos de partes más pequeñas: de la mano pecosa de la Tante, del brazo de Loyola, de sus miradas tristes que tanto se parecen a la felicidad.

—Juani, ¿cuándo has visto una corbata mía sin agujeros, o una camisa o una chaqueta?

—Nunca, Ginés —responde ella, fraccionando con su sonrisa el paso del tiempo; ya no hay minutos, hay pestañeos; no existen segundos, sino el latido de una vena cuando es acariciada; no cuentan las décimas, solo el temblor de un labio a punto de ser besado.

Son las unidades de medida del corazón, que no son de platino iridiado, sino parte de nuestros cuerpos: un metro de lágrimas, cinco centímetros cúbicos de semen, dos celemines de rencor, media azumbre de arrepentimiento. Siempre contamos así, con los dedos y el cuerpo.

—¿Estás a gusto conmigo? —pregunta Loyola.

—Ya sabes que sí, no seas coqueto.

—Ya sabes que estoy casado.

—Con perdón, a mí eso me importa un pito. Soy de buen conformar, ¿no lo sabías?

—Yo también, y lo sabes.

—Pues entonces, carretera y manta —propone la Tante.

—Ancha es Castilla —corrobora Ginés.

Se besan y en ese momento suena el walkie en el bolsillo de la chaqueta de Loyola.

—Cuartel de operaciones llamando a jefatura. Cambio —dice Tyllett.

—Aquí jefatura. ¿Qué narices ha pasado? Cambio.

—El camarada ha cobrado muy poco y no ha hecho preguntas. Cambio.

—¿Ha sospechado algo? Cambio.

—Nada, es un alcornoque con conciencia de clase. Cambio.

—Confío en que así sea. No bajéis la guardia. Después de comer os relevamos. Cambio.

—¿Podemos abrir la lata de albóndigas y una botella de Macallan? Cambio.

—A su criterio, siempre que permanezcan alerta. Cambio y corto.

—Le copio, jefatura. Cambio y corto.

Los mayores, después de comer hígado encebollado y tortilla de camarones en El Topacio, vuelven al cuartel y reciben de los jóvenes las novedades. El tovarich Eladio había acudido a Lautréamont andando y llevaba en la mano el ronzal de un sufrido mulo que soportaba el peso de dos embalajes rectangulares de madera, los dos iguales y bien cerrados con clavos. Cabañero los metió en la casa, cerró la puerta, empuñó la soga y se llevó al mulo de vuelta, y el animal se regocijó con un trotecillo alegre, semejante al de los chicos cuando salen al recreo.

—¡Maldición! —comenta Loyola—. Ya deben de haber zarpado de Heaven Haven. Han precipitado el viaje, saben que estamos aquí. El camarada Eladio os ha tomado el pelo, no es culpa vuestra.

—¿Qué habrá en esas cajas? —pregunta Tyllett—. ¿Paraguas? ¿Bastones? ¿Zapatos?

—No diga *babayaes* —responde Ginés, con el término, quizá portugués, que aquí equivale a majaderías—. Ustedes se merecen un descanso, rompan filas. A las seis en punto, todo el mundo en su puesto.

Los chicos tienen prisa por esparcirse. Los mayores se quedan solos, Ginés en la ventana. La Tante pregunta:

—¿Qué les preparo para cenar a los muchachos?

—¿Hago mi atún a la plancha con *all i oli?*

—No trabajes tanto.

—Es un ratito. Hay atún y aceite, mira cuánto ajo queda.

—De sobra, Ginés, se van a chupar los dedos.

—Eres un resplandor, Juani. Ocupa mi sitio.

La Tante ocupa su sitio en la ventana. Loyola saca un mortero amarillo con unas ramas azules pintadas. De Manises, que es un sitio en Valencia. Pela el ajo y lo pica lo más fino que puede en la tabla, y lo echa al mortero, donde lo machaca con el mazo. Se sienta en un taburete con el mortero sujeto entre los muslos, la aceitera de boca fina en la izquierda y el mazo en la derecha. El proceso es sencillo: golpea y gira el mazo a bastante velocidad en el sentido de las agujas del reloj, a la vez que va añadiendo aceite poco a poco, hasta que en unos minutos emulsiona y forma una pasta bien cuajada. Mete el mortero en la nevera, a él le gusta que esté frío. Luego se sirve un Macallan.

—Descansa, Juani, ahora me toca a mí.

La Tante se sienta en el sofá con su costura; está a punto de terminar la bufanda de Miss Lullaby.

A las seis menos cuarto Ginés anuncia el cambio de guardia. Ella acude a la ventana. Él corta el atún en cuadrados pequeños y pone la parrilla al fuego con una gota de aceite. Mientras se calienta, coloca platos, vasos y cubiertos en la mesa. Suena el timbre. Es la gente joven.

—A la mesa —ordena Ginés de buen humor.

Echa el atún sobre la plancha y lo deja algo menos de un minuto antes de darle la vuelta. Luego del otro lado. Lo pasa a una fuente, está como debe: churruscado por fuera y casi crudo por dentro. Le pide a Tante Juani que se siente y lleva el mortero con una cuchara, y se va al puesto de observación. La Tante abre una botella de vino (tinto, ella no tiene reglas de catecismo) y Amber llena las copas. Los jóvenes se chupan los dedos, en efecto. Tom afirma que el all i oli pica, pero también que es un tesoro de la cocina dragonera, de la que tanto ignoramos; la gran desconocida, subraya. La Tante no se molesta en corregirle. Loyola dispara la cámara. Todos se sobresaltan.

—Tranquilos, ya están dentro. Han venido en bicicletas, solos. El velero está amarrado en Puerto Cielo. Hoy no creo que hagan nada, pero estaremos alerta.

—Tú siéntate y cena —dice la Tante, y le sirve atún en el plato—. Yo vigilo.

—Quédese aquí, ya voy yo —propone Amber—. Una cena estupenda, gracias, Tante.

—¿Yo? Si lo ha hecho todo Ginés.

Los chicos le felicitan.

—Voy a positivar este negativo —anuncia Tyllett.

Loyola y la Tante se quedan solos en la mesa, cada uno con un whisky, fumando.

—*Noli timere* —dice Ginés—. No tengas miedo.

—A mi edad ya he olvidado el miedo.

—Mejor así.

A las siete y cuarto, Amber avisa:

—Se están moviendo.

La pareja delincuente sale de la casa, van andando despacio en dirección al pueblo.

—Cenan en El Topacio. Está noche no habrá acción, pero haremos turnos de guardia. Descansen todo lo que puedan.

5

Fue a la puerta de la Secretaría de Navegación Comercial, cuando iba a comer con mi bolso y mi maletín. Ginés me ofreció con amabilidad que le acompañara. Le esperaba hacía días, y me encontré con un caballero exhausto, casi desfigurado por la aflicción. No sabía entonces que él acababa de volver de la ensalada de tiros de Isla Chica. Ni que su carrera se había acabado y no saldría de la Casa Desolada hasta que se retirara. Me condujo al 124 aparcado en Extravagario. Allí esperaba Tyllett.

—¿Llevas un arma? —me preguntó Loyola.

Le dije que no. Tyllett me pidió el bolso y el maletín, los abrió y, sin encontrar nada a su parecer sospechoso, los dejó en el asiento del acompañante. Luego me indicó que pusiera las manos en la capota del coche y me cacheó. Fue humillante. Era atlético y nada mal parecido, pero el tacto en mis costados y mis muslos de sus manos de aporretados dedos me provocó dentera. Me dio igual, ya me había rendido de antemano. Me hizo sentarme en el asiento de atrás, a la derecha; él entró por la izquierda y se acomodó a mi lado. Ginés condujo y aparcó en la puerta de Bleak House.

No me había puesto en contacto con mi controlador porque no sentía el más mínimo entusiasmo ante la perspectiva de que me sacaran de madrugada, en un buque mercante, para pasar el resto de mi vida en la Unión Soviética, ni así me dieran la Orden de Lenin y me nombraran teniente del Ejército Rojo —a generala no podían aspirar mis menguados méritos como espía—. Preferí entregarme a Ginés Loyola.

Me llevaron a La Catacumba, donde me ofrecieron una copa, que acepté.

—Dime ahora lo que hayas hecho, luego será mucho más difícil —comenzó Ginés.

—He vendido información a los rusos. Un inocente, el pobre Fast, ha muerto por mi culpa —confesé, y encendí un cigarrillo.

—Eso ya no tiene arreglo, pero ahora estás haciendo lo correcto. Sigamos, desembucha: ¿quién es tu controlador?

Vaya si desembuché, canté hasta *La traviata* (o la descarriada). A mi controlador le conozco como Igor, le encontré en The Fractured Cow, en el cerro Molinera. No, no fue por casualidad. Tras una noche loca con una polaca, Irina, ella me llevó al Enchanted Lodge... Sí, también me llevó a desayunar a The Fractured Cow. Igor se acercó a nuestra mesa, conocía a Irina, así que se sentó con nosotras. Poco después Irina dijo que se tenía que ir. Sí, me quedé. Igor me prometió un vodka que solo servían a los empleados de la oficina comercial. ¡Pues claro que me doy cuenta de que Irina solo era un anzuelo! Nunca la volví a ver. Se volatilizó una vez cumplida su misión.

Aquí Loyola tuvo la gentileza de no mencionar ni a Annie ni a mis compañeras de piso.

Seguí cantando de plano: tomamos varios vasos de vodka, que es verdad que era extraordinario. Me preguntó si podía conseguir el manifiesto de un buque, y le dije que sí. Claro, ya sé que él también podía acceder a esa información. El buque era de Seven Seas. Me ofreció mil dragones.

—Una vez hecha la primera transacción, lo demás viene solo. No me parece tan sandio el tal Igor —sentenció Loyola.

Así fue. En total seis, la última el informe CD-2823. No, luego ya me pagaba dos mil por cada filtración. No lo sé, Ginés. No fue por ideología, nadie me coaccionó y no disfruté jugando a espías, así que fue por dinero. Para arreglar mi casa. También vi la oportunidad de ser traviesa. Mi padre y tú habéis planificado mi vida, tenía ganas de sacar los pies del plato. Lo principal fue el dinero. Lo siento mucho, Ginés.

Por lo menos es la M de MICE, pensó Ginés, el supuesto más honrado y manejable. Lio un cigarrillo, volvió a llenar los vasos, encendió el cigarrillo, derramó algunas brasas sobre su corbata y las solapas de la chaqueta, y dijo:

—Te lo avisé, Marta. Ahora se acabó, no hay otra oportunidad. ¿Lo comprendes?

Dije que sí, qué iba a decir. Loyola respondió:

—Bien, muy bien, miel sobre hojuelas. ¿Cómo entras en contacto con tu controlador?

—No lo hago, lo hace él. Tengo un número de emergencia que no

he usado nunca.

Ginés me tendió la libreta que llevaba, abierta por una página en blanco, y dijo:

—Apunta aquí ese número.

Lo hice, y él devolvió el cuaderno al bolsillo interior de su chaqueta. Y siguió interrogándome, y parecía a la vez impaciente y distraído.

—Esto es lo que sucederá. No vas a ir a la cárcel, aunque te lo mereces. Trabajarás para mí, esta vez con lealtad, porque si no es así, acabarás a la sombra. Cuando Igor dé señales de vida, me avisarás y yo te proporcionaré lo que tienes que filtrarle. No puedes salir del país, tu pasaporte estará anulado en unas horas, y permanecerás bajo vigilancia. Esta pequeña isla será el resto de tu vida. Tendrás que agradecerlo. Por hoy es suficiente, mañana por la mañana quiero una lista con los seis informes que le has entregado a Igor.

—Gracias, Ginés. Mañana la tendrás.

—Pues vete norabuena a tu oficina —me despidió Ginés, tajante.

—¿La llevo? —abrió por primera vez la boca Tom Tyllett.

—No será necesario, sabe andar —dijo Loyola, y añadió—: aunque cuando la conocí, la tuve en brazos, y no sabía ni sujetarse de pie.

Los sentimientos de los demás siempre son más fáciles de entender que los propios. Comprendía la inmensa decepción de Ginés, incluso su rabia, y también, dadas las circunstancias, su generosidad; pero ¿qué sabía de mí misma? ¿Qué sentía cuando salí de La Catacumba con la cabeza gacha y mi corazón alejándose, como los pétalos morados del cantueso, que se los lleva cualquier aire que sople? Una vergüenza turbadora y torrencial por lo que había hecho, un miedo a las consecuencias que crepitaba en mi interior con sonido seco y rápido, y el inevitable rencor (y lástima) al pensar que entre Ginés y mi padre me habían arrinconado, sin dejarme más espacio propio que una rebeldía —bien pagada, lo admito— que creí pequeña y sin importancia, pero que iba a cambiar el resto de mi vida. No hay cosas pequeñas.

Al día siguiente, a primera hora, le llevé a Ginés la lista que me había pedido.

—Espérame en la librería de abajo —me dijo.

Vino a los diez minutos con un portafolios y me llevó a su

taberna irlandesa, el Eden's Inn, donde saludé otra vez a la incomparable Molly O'Connor. Pidió Jameson para ambos.

—Este será nuestro punto de encuentro; si te llamo, acudes a este sitio, aunque te diga un lugar diferente.

—Comprendido.

—Explícame mejor tu relación con Igor. ¿No te pones tú en contacto con él, y él te llama en días acordados, cuando quiere? ¿Cómo funciona?

—Me llama cuando quiere. A mi casa.

—De acuerdo. ¿Te pide algo específico o tú le ofreces lo que tienes?

—Le cuento lo que haya encontrado. A él, de nuestra secretaría, solo le interesa la naviera Seven Seas.

—¿Dejas los documentos en algún sitio y él los recoge más tarde?

—No tenemos buzones secretos en el tronco de un árbol ni hago una marca de tiza para que Igor sepa que hay un paquete. Es más fácil, quedamos en un bar y le entrego el documento.

—Que antes has fotocopiado, ¿verdad?

—Así es, en la Reprografía Valiente.

Molly les trae otra ronda y dos raciones de purgaperros, esa salsa ligera con tomate, aceite y sal, y un poquito de agua, que es muy popular en la costa sur de la isla. Amber la prueba con la cuchara; Ginés, mojando un trozo de pan, como es costumbre aquí. A los dos les gusta.

—¿Os veis siempre en el mismo sitio? —pregunta Ginés.

—Sí, en El Mirador, en Byron.

—Cuando te llame Igor, en cuanto le cuelgues, me llamarás a mí. Quiero verle. Puede que me conozca de vista o a través de fotografías, tendré que ir caracterizado. Si me reconocieras, no reacciones; me delatarías. Y una cosita más —añadió con sonrisa pícara—, aquí tienes el material para tu siguiente entrega. Es en general un informe legítimo, salvo algún detalle añadido por nosotros. Está dirigido a vuestra secretaría desde Bleak House. El informe original no lo tenéis, pero ya os enviamos este ayer. Archívalo y entrégale esta copia a tu controlador. También la he hecho, por suerte, en Reprografía Valiente. Le interesará mucho a Igor, te vas a convertir en la mejor fuente de la KGB.

De su cartera sacó una de las carpetas azules en las que

entregaban las copias en Valiente y la puso sobre la mesa. En aquella época era muy popular, todo el mundo conocía el establecimiento y sus carpetas azules con el emblema de la casa: el supuesto retrato de Safo en un mural pompeyano, donde aparece con el cálamo en los labios y las tablillas en la mano izquierda. Se intercambiaban en todos sitios, no llamaban la atención y solían contener copias de apuntes de clase, de contratos, de artículos de revistas o de poemas pasados a máquina por jóvenes atormentados decididos a conquistar la gloria. Las primeras novelas, en cambio, se solían encuadernar en canutillo. Costumbres de otra época.

Metí la carpeta en mi bolso. No sentía ninguna alegría ante la perspectiva de convertirme en la garganta profunda de los soviéticos. Acepté que mi vida acababa de dar una vuelta de campana, y supe que dependía de mí que el resto de mis días fueran invivibles o benignos. Nos sucede a todos, para seguir viviendo hay que sacrificar la juventud en el altar del impío, arbitrario y venidero dios de la edad adulta.

Igor llamó tres días después. Para entonces ya había salido en la prensa el tiroteo de Puerto Cielo. Un ajuste de cuentas entre bandas rivales, eso era todo. De los fallecidos solo habían identificado a un tal Eladio Cabañero, que había pasado muchos años en la Unión Soviética. Eso decían los rotativos.

Llamé a Ginés, como me había exigido. Llevé la carpeta. Era un informe sobre la preocupación de la CIA por el hecho de que los buques de Seven Seas fueran escoltados por mercenarios de Mozart. También señalaba que los americanos tenían sospechas de que Mozart podría estar implicado en el asesinato de Colombani. El añadido de Loyola era sin duda la parte relativa a Colombani. Tenía razón Ginés, a Igor le iban a hacer los ojos chiribitas.

Me presenté con mucha antelación en El Mirador, pero Loyola ya estaba allí. A decir verdad, me costó reconocerle. Era un ciego que vendía, colgando de imperdibles en su ajada gabardina, estampillas de santos, cada uno con su oración para implorar los beneficios de su especialidad; san Antonio para encontrar objetos perdidos —siempre a cambio de dinero, es sabido que no hace nada gratis—, santa Apolonia para el dolor de muelas, la virgen de la Merced para que auxilie a seres queridos que se encuentren en chirona o san Judas Tadeo para las causas imposibles. Llevaba también ensartados unos escapularios y

medallitas, algún sagrado corazón y unos cuantos rosarios. Cada cierto tiempo alguien se acercaba a comprarle algo. Contaba con gafas negras y bastón blanco, y una barba postiza pelirroja —un toque de genialidad—, y un sombrero de paja. De vez en cuando cantaba algo, y lo hacía con la voz rasposa y deshilachada de los ciegos, como si el sonido pasara a través de una gasa de seda o de un banco de niebla.

Cabecita, cabecita,
tente en ti, no te resbales,
y apareja dos puntales
de la paciencia bendita.

A mí me sonó a Cervantes, pero tal vez fuera de Lope de Vega.

Un truco tan vetusto como eficaz: cuanto más llames la atención, menos se fijarán en ti.

Había cuidado los detalles con esmero, tenía el filo de las uñas negro, y las manos y la cara de color tierra, como si se hubiera rebozado en el barro de una cuneta.

En esto, entró Igor. Era un chico alto y rubio de los muchos que cualquier chica espabilada podría encontrar a puñados en el puerto al amanecer, llegados en algún barco de nombre extranjero. Se acercó a mi mesa, me dio dos besos en las mejillas y se sentó. Cuando llegó Gabi, pidió vodka con mojama, ya sabía que allí no tenían caviar.

Ginés volvió a cantar —a mí me pareció que estaba forzando un poco el personaje— mientras nosotros hablábamos de las noticias de Isla Chica, de las que ambos aseguramos no saber nada.

El lagarto está llorando.
La lagarta está llorando.
El lagarto y la lagarta
con delantalitos blancos.
Han perdido sin querer
su anillo de desposados.

Eso me pareció de García Lorca, o si no, sería de Gloria Fuertes.

Dejé la carpeta encima de la mesa con naturalidad. Igor se despidió, pagó en la barra, dejó en la mesa otra carpeta idéntica, de Reprografía Valiente, y salió con su informe, tan ufano. Ginés me hizo

una discreta seña y se levantó de su taburete. Esperé durante un cigarrillo. En la carpeta que había dejado Igor estaban, dentro de un sobre, mis dos mil dragones.

Loyola estaba en la acera. Le tendí un brazo, como se hace con los ciegos, y le guie en línea recta. ¿Adónde vamos?, pregunté. A la Casa Desolada, quiero recuperar la vista, dijo él.

Fuimos a La Catacumba, no quería presentarse así en Mudanzas Panero, ni tampoco conmigo. Abrió la puerta del fondo con otra llave. Allí tenía su propia ropa, un baño completo y un almacén con vestuario, maquillajes, pelucas y útiles suficientes para encarnar a cualquier personaje, desde bombero a capitán de húsares y desde conductor de autobús a médico de urgencias.

—Sírvete lo que quieras y espérame, no tardaré mucho.

Me puse un whisky y encontré en la estantería una novela de Galdós, *Misericordia*. Llevaba seis páginas cuando apareció Ginés recién duchado, con traje verdoso y corbata rojiza. Se sirvió un whisky, encendió un cigarrillo y dijo:

—Sé quién es. No se llama Igor, sino Mijaíl Alapin. He visto fotos de él. Trabaja como agrimensor en la oficina comercial. No sé si él me conocerá, puede que también cuente con alguna foto.

No tenía por qué decirme eso. Quise creer que, sin perdonar lo que había hecho y considerando justo mi castigo, no estaba dispuesto a perder el afecto que siempre había sentido por mí.

—¿Me prestas este libro? —le pregunté, y él examinó el volumen.

—Una acertada elección, Marta. Te lo regalo. Ahora tengo que volver al trabajo.

Todavía lo conservo, qué deslumbrante exposición del misterio de la bondad. ¿Cómo puede ser tan buena esa criada? ¿Y ese moro? Y sin embargo, existen personas así. ¿Quién me compra este misterio?

Pensaba, y sigo pensando, que, si no culpa, sí tenía responsabilidad en la muerte del cándido Andy. Si hubiera confesado tras el primer registro, él seguiría con vida. El cine y la tele han abusado tanto de estos condicionales hipotéticos, que me han hecho aborrecerlos, como sucede con ciertos alimentos (por lo general verduras). Si no hubiera llevado al pequeño Charles al colegio ese martes, el desalmado asesino que irrumpió en el aula con una metralleta no habría podido dispararle. Esa clase de falacias lógicas. Pensé que Loyola se sentiría igual que yo: no culpable —ni le torturó

ni le mató—, pero sí responsable porque Fast no pudo resistir la presión a la que le sometió. Quizá fuera eso lo que nos acercó más todavía, los dos convivíamos con una culpa —o responsabilidad— que no podíamos dejar atrás, pero quizá sí compartir. Por eso me autorizó a escribir la crónica de aquellos sucesos de 1979. Me entregó una copia de los cuadernos de Peter Doyle, me dio acceso a archivos y documentos, y me permitió entrevistar a los protagonistas, y condescendió a largas conversaciones en el Eden's Inn, en El Mirador, y más tarde en su casa. Él también tenía su propio interés en que alguien dejara por escrito los hechos de aquellas semanas de septiembre.

En la secretaría apareció una mujer joven para ocupar el puesto de Andrew Fast. Se llamaba Laure Merlé y me pareció muy atractiva, con una belleza poco valorada en aquella época de rebosantes italianas y cuando hasta las francesas eran tan pechugonas, como Brigitte Bardot. Por lo que veo ahora han reaparecido las mujeres copiosas y a ser posible latinas. Como dice la canción, fue lo que me sucedió con Laure:

> Desde que te vi llegar
> le dije a mi corazón:
> qué bonita piedrecita
> pa pegar un tropezón.

Ella era delgada y ágil, de pechos pequeños y puntiagudos, culo levantisco y, por así decir, sonriente. Le gustaba leer a Victor Hugo y a Eugène Sue, beber armañac y comer queso, a ser posible exótico. En la isla somos poco aventureros con el queso, tenemos la firme creencia de que la leche de los animales que tienen dientes arriba y abajo no se puede cuajar, y nos conformamos con la de vaca, cabra y oveja, sin intentar florituras como el queso de leche de novicia embarazada, que al parecer ahora causa furor en lugares más cosmopolitas.

Laure y yo nunca fuimos amigas, sino amantes de inmediato, luego desamantes, después casi enemigas y al final nada, un recuerdo borroso la una para la otra. Se casó con uno de esos hombres misteriosos y se fue con él a Panamá. Allí debe de seguir, si no se ha ido a otro continente o ha fallecido.

Como era parte de mi acuerdo —y porque se iba a enterar de

todas formas—, se lo conté a Ginés Loyola, que me entregó uno de sus dosieres. No debí leerlo, no me consideraba con derecho, pero lo hice.

No era tan francesa, sino hija de un exiliado catalán, Joan Merlé, que se casó en Toulouse con una francesa. La madre, de nombre desconocido para el informante de Loyola, abandonó a la familia cuando Laure tenía diez años. Cuando cumplió dieciséis, fue ella la que se marchó de casa y, tras no pocas peripecias y adversidades, llegó a París, donde se enamoró de un diplomático español (o quizá lo engatusara) que la instaló en un discreto apartamento del *quartier latin*. Tras poco más de un año, el diplomático, con un nuevo destino en Bogotá, decidió darle pasaporte a Laure —y también le expidió uno —. Tanto la estimaba que lo mejor que pudo hacer por ella fue enviarla a nuestra insólita isla, con un empleo en la Secretaría de Navegación Comercial. Parece ser que aquí todas éramos enchufadas. El informante de Loyola aconsejaba una estrecha vigilancia. Conociendo a Laure, me parece una recomendación prudente.

Cualquier vida es vapor de agua que se condensa en una nube suspendida entre las vidas de otros, y cambia de forma y de tamaño, de intenciones y de sentimientos; y descarga lluvia bienintencionada o castiga con pedrisco, según sople el viento. A mí me dio sombra fresca y también tormentas de granizo, y luego se perdió de vista, arrastrada a Panamá por la ventolera del amor, un país tan ilusorio como nuestra ínsula o la de Barataria. O incluso como España, el desguace.

Hubo otras nubes en mi vida, aborregadas, grises o algodonosas; recibí sus aguas llovedizas, sus rayos y sus centellas, y más de una vez me ocultaron la luz del día; y al final siempre escampó, cuando menos lo esperaba, y volvió a nublarse, como en cualquier vida; cada vez con menos ímpetu y más sosiego.

Ahora estoy sola, en paz conmigo misma y el mundo, acompañada tal vez al otro lado del espejo por Amber Navel. Echo de menos a Ginés Loyola, llevábamos años hablando tres o cuatro horas por semana. Comentaba mis borradores, me daba detalles que recordaba al leerlos. Cuando se puso enfermo (empezó, como él esperaba, con un dolor sin importancia en el hombro) pasaron a ser dos días por semana. Entonces ya sufría un dolor tan intenso en el hombro izquierdo que le costaba gran esfuerzo levantarse del sillón. Cada vez que tosía —y tosía sin parar—, manchaba de sangre el pañuelo. Era un cáncer de pulmón. Nunca se quejó de nada.

—Tengo la suerte de irme muriendo y saber por qué. Imagínate la rabia de los que se mueren sin haber hecho nada para merecerlo —me dijo una vez, y siguió fumando con gusto sus cigarrillos de picadura, y bebiendo Macallan, y quemando sus camisas.

La Tante se instaló en su casa. Lady Eve ya había muerto, un fin de semana en el que participó en un salto con paracaídas. Una experiencia única, eso decía el prospecto publicitario. Y tan única, no se puede repetir. Y por otra parte, tan poco única: nos pasa a todos. A veces secuestraba a Loyola para llevarle al Eden's Inn o a El Mirador. Tante Juani fingía escandalizarse:

—¿Qué vas a hacer con una chica tan joven, aparte del ridículo? —preguntaba, y nos imponía un horario de regreso que casi nunca cumplimos.

A Molly O'Connor se le empañaban los ojos cuando le veía entrar, lo mismo que a Basilia. También a Gabi. Le querían mucho y él se sintió muy querido. Molly le servía Blackbush y unas carrilleras de ardilla; Basilia, su Macallan y una ración de pixín, cosas blandas y pequeñas raciones, comía como un pajarito. Le dolía hasta masticar. Al llegar a casa, Tante Juani nos endosaba un réspice simulado. Luego nos tomábamos la última, que aquí se llama la espuela o el estribo, porque es la que se bebe para emprender la vuelta a casa.

Murió tranquilo, tras un último Macallan, un cigarrillo de picadura que agujereó la sábana y un acceso de tos que ensangrentó el pijama. No hubo últimas palabras: era un caballero. Y un agente secreto.

Ahora espero, como me enseñó él, merecerme mi muerte con alegría, en lugar de ir lloriqueando por mi mala suerte de mostrador en mostrador. Bebo y fumo *in memoriam.* Y por su culpa aún recuerdo algunos versos de Eladio Cabañero, el poeta sin suerte.

Guizca fuerte en mi alma
y deja que te bese los labios y me muera
al tener que dejarte, ir al trabajo,
a las calles, al Metro, a las tabernas,
a las tertulias del café..., a la vida
que me espera después de conocerte.

Guizcar, qué verbo tan bonito se ha perdido la Academia

española. El Diccionario manchego, de José S. Serra (Eladio Cabañero era de Tomelloso), que me regalaron mi amiga Emilia y mi amigo José Carlos, en su primera acepción lo define como: hurgar en el escondrijo de cualquier animal para obligarlo a salir de él.

Eso hizo Ginés Loyola conmigo, obligarme a salir de mí misma. Guizcó fuerte en mi alma. Muy fuerte.

6

Los evacuaron el sábado en la misma fragata de la guardia costera, la *Numancia,* al mando del capitán Stuyvesant. Nadie a bordo les dio la enhorabuena, habían participado en una misión encubierta, nada de lo que se pudiera hablar en voz alta. Se pusieron con docilidad los chalecos. Apretados en la popa, en un banco metálico, con la espalda apoyada en la amura de estribor, despeinados por el terral, con las manos en los muslos, parecían cautivos de un ejército derrotado, enemigos arrastrados al país vencedor para el desfile triunfal. Tal era su desánimo, su gesto de estupor e incredulidad, la lasitud de sus brazos y piernas, cual si cada uno llevara dos pares de grillos puestos.

Al amanecer del viernes se encienden luces en Lautréamont, la del dormitorio principal, sobre el arco, y poco después la del cuarto de baño con ventana esmerilada.

—Se despiertan —anuncia Tom.

Ginés Loyola reparte las armas: un revólver para cada uno y una metralleta y una granada para Tyllett y para él.

—Una vez más nos anticiparemos a ellos. Puede que vayan a Puerto Cielo. O pueden que lancen un ataque contra nuestro cuartel de operaciones. Si atacan, no intenten resistir, escapen con las bicicletas por la puerta del patio y les esperaremos en el muelle. Atentos al walkie, informen de todo.

Loyola se coloca la cinta de la metralleta en el hombro y se pone la gabardina para cubrirla. Mete el revólver en el bolsillo derecho de la chaqueta y la granada en el izquierdo. Tante Juani encaja su arma en la pretina de la falda, con el mismo empaque con el que se habría ajustado una faca en la liga.

Los mayores se van y, cuando llegan al muelle, suena la voz de

Tom en el bolsillo de Ginés.

—Cuartel de operaciones a jefatura. Cambio —ha dicho Tyllett.

—Adelante, cuartel, deme novedades. Cambio.

—Acaba de aparecer Eladio subido en un carro del que tira un mulo. Entra en la casa. Eladio solo, el mulo y el carro esperan. Cambio.

—Atentos y sigan informando. Cambio y corto.

—Le copio, jefatura. Cambio y corto.

—A este chico le falta un hervor, Juani —dice Ginés.

—Dale tiempo, Ginés, dale tiempo.

Se dirigen al amarre de *Le Paquebot*. Buscan un parapeto, que resulta ser un almacén de aparejos a poca distancia del velero. La Tante fuerza el candado con una horquilla que se quita del moño. Hay unas ventanas que dan a *Le Paquebot*. El barco está impecable, recién calafateado y pintado, sin duda por el camarada Cabañero, y en perfectas condiciones para navegar. En un día como este, con cielo despejado y viento favorable, en cuestión de horas, podría tocar tierra en cualquier playa del sur de Portugal, donde la pareja de asesinos no tendría dificultades para desaparecer hacia donde quisieran.

—Cuartel de operaciones a jefatura. Cambio —se oye la voz de Tyllett.

—Adelante. Cambio.

—Eladio ha trasladado las dos cajas al carro. El mulo come hierbajos sin prisa, un poco pasmado. Cambio.

—Recibido. Estamos en un cobertizo de madera, cerca del surtidor de gasolina del muelle. Acudan en cuanto se lo ordene. Cambio.

—Urgente, jefatura, salen los tres de la casa, están montando en el carro. Eladio se pone a las riendas. Cambio.

—Pues ya tienen la orden: vengan a toda pastilla. Cambio.

—¿Qué corre más, jefatura, un mulo tirando de un carro o una bicicleta? Cambio.

—Ya basta, Tyllett, no hay un minuto que perder. Empiecen a pedalear. Cambio y corto.

Los ven llegar en las bicis y con las armas a la vista. Los jóvenes se acercan al surtidor, donde dejan las bicicletas y siguen a pie hasta el almacén. Ginés divisa en lontananza el carro del camarada Cabañero. Se quita la gabardina y rompe un cristal con la culata de la

ametralladora.

—Vamos, Juani, hay que romper las cuatro ventanas ahora que no nos oyen —anima a la Tante.

Ella agarra un arpón que por acaso encuentra sobre unas maromas y rompe otro. Entran los jóvenes y se suman con regocijo al destrozo: no quedó vidrio sano. Los cuatro toman posiciones en las ventanas. Ginés vuelve a ponerse la gabardina.

Los del carro aparcan al mulo lo más cerca posible del velero, en el cemento del muelle, donde nada había comestible para *Renegado,* que así se llamaba el desdichado animal. Eladio carga con una caja, Doyle con la otra, y Corina encabeza la comitiva pistola en mano.

Entonces es cuando Loyola le entrega su metralleta a la Tante.

—Cubridme —dice, y sale del cobertizo.

De pie, saca su arma y dispara un tiro al aire. Una vez que obtiene la atención de los malhechores, grita:

—¡Alto a la seguridad nacional! ¡Alto o disparo! ¡Estáis rodeados!

Le responde con disparos la dulce Corina. Ginés se tira al suelo y, al modo reptiliano, alcanza el cobertizo. La Tante le ayuda a levantarse. El atlético camarada Cabañero lanza una de las cajas a la cubierta de *Le Paquebot*. Luego abre la otra. En la primera estaba el dinero en metálico para empezar una nueva vida. En la segunda, las armas y munición para llegar a Portugal, punto de partida de su nueva vida.

Ya están los tres armados, Eladio, Doyle y Corina. La pareja abraza al camarada. Es una despedida, así que Ginés ordena:

—¡Fuego a discreción! Ese barco no puede soltar amarras.

Tom Tyllett dispara una ráfaga de metralleta contra los enemigos. No da ni una, ni siquiera al casco del barco. Loyola le acierta en el brazo al camarada, pero la bala solo le araña y no le impide responder metralleta en mano.

—Cubridme —solicita Tyllett, y le tiende su ametralladora a Amber Navel—. Voy a reventar el bote.

Sale del almacén y empieza a avanzar a gatas hacia *Le Paquebot*. Cuando está a cuatro o cinco metros, lanza la bomba de mano y se tira al suelo.

No sale bien. El pobre *Renegado,* que de nada tenía la culpa, salta por los aires despanzurrado y envuelto en una nube de sangre. Los pedazos del infeliz mulo se esparcen y golpean la madera del muelle.

Pobre mulo estéril que tuvo una existencia estéril, arrastrada y extenuante, para morir bombardeado por la mala puntería de Tom Tyllett.

Cuando Tom entra en el cobertizo, está entusiasmado:

—¡He hundido el barco! ¡No tienen escapatoria!

—No del todo, el viento desvió la granada —le disculpa Amber con benevolencia.

—No sea usted botarate, Tyllett, lo único que ha hecho es destrozar a un mulo cansado.

—Cáspita, qué mala suerte —comenta Tom.

En el ínterin, enfurecido por la pérdida de *Renegado,* el camarada Cabañero echa a correr hacia el cobertizo disparando metralleta en mano. Es la Tante la que le tumba de un tiro en el pecho.

Nunca antes había matado a una persona.

La muerte del camarada provoca un alto el fuego en las dos partes.

Doyle y Corina se besan en la boca y se quedan unos segundos mirándose con intensidad, inmóviles. Sincronizados, miran al frente con ojos llameantes, parecen Bonnie y Clyde. Van a morir matando, y no les importa, lo desean. El amor no tiene desenlace, ya no hay nada más, no hay después, salvo quizá la muerte. Se ponen en movimiento, cada uno disparando dos metralletas, una en cada mano. No corren, andan a paso lento, prefieren apuntar. Son dos de los grandes tiradores del mundo, así que Ginés decide proteger a su equipo.

—Alto el fuego, todos a cubierto, ahí. —Señala la pared a la izquierda de la puerta.

Abre la puerta. Como se abre hacia dentro, podría dar la sensación de que los tres están a salvo, pero las balas atravesarían la madera de la puerta y la pared como si fuera mantequilla. Están en una ratonera. Loyola lo sabe. Su equipo lo sabe. La pareja asesina también lo sabe. Esperan. Los disparos se acercan. Cuando llegan a pocos metros de la puerta, los enamorados se detienen y disparan ráfagas hacia el interior. Entonces Loyola se tira al suelo, arranca la espoleta de la granada, se arrastra hasta el vano de la puerta, lanza la bomba y se aleja rodando sobre el suelo como una paca de paja.

La pareja quedó tan destrozada como el mulo. Loyola y su equipo están ilesos. Salen del cobertizo y contemplan lo que queda de los amantes. Están reventados, es difícil reconocer a qué parte del cuerpo

corresponde cada resto. Sin embargo, los rostros se conservan intactos. Los dos tienen una sonrisa en los labios, todos la ven y ninguno la olvidará. Deseaban morir.

Frente a las ventanas rotas está el cuerpo del camarada Eladio, y en el muelle los trozos de *Renegado*.

—Hay que esfumarse. Vosotros, ¡al cuartel de operaciones! Allí nos encontraremos —ordena Loyola.

Los chicos montan en sus bicis. La Tante y Ginés van a pie, sin decir palabra, cogidos de la mano. No hay nada que decir. Dejan atrás tres cadáveres y un mulo muerto, todos a pleno sol, porque el día es luminoso y el cielo está despejado.

En el cuartel les esperan los jóvenes con dos vasos de whisky.

—¿Con un hielo, Tante Juani? —ofrece Tom.

—Así está bien —acepta ella y en el acto le da un trago prolongado, y admite—: Qué falta me hacía.

Amber pone un hielo en el que le entrega a Ginés. Después los chicos se sirven su segunda ronda. A nadie —ni siquiera a Tyllett— se le ocurre brindar.

—Tengo que informar y pedir instrucciones por teléfono. La Tante y yo iremos a El Topacio. Desmonten el equipo y guárdenlo en sus cajas. Armas incluidas. Ya no nos hacen falta. —Y deposita las suyas sobre el sofá.

—Quítate esa gabardina, Ginés, no puedes ir así —recomienda Tante Juani.

En El Topacio hay media docena de personas solitarias; unas con café y un chupito, otras con tostada con mantequilla; y una pareja de su edad que toma pan con sobrasada y una jarra de cerveza. Ginés pide su Macallan (o más bien el de Doyle), la Tante su Beefeater. Carol les ofrece salchichón con verdolagas y acederas, que aceptan.

—Ha sido la primera vez —susurra ella.

—Lo sé. Ya se ha acabado todo.

—No tuve miedo al disparar. Al ver el cuerpo, sentí espanto.

—Como yo. Tengo que hacer esa llamada. —Se lleva el vaso de whisky.

El teléfono está en el primer rellano de la escalera, de modo que, aun sin puerta, garantiza una razonable privacidad, a juicio de Loyola, que no obstante habla con medias palabras. Así fue la conversación, sobre poco más o menos:

CADENERA: Cadenera al aparato.

LOYOLA: Aquí Loyola.

CADENERA: Informa, Ginés.

LOYOLA: Hemos terminado. No ha sido posible que nos acompañen. Les hemos enviado de vuelta a los tres a su lugar de origen.

CADENERA: ¿Muertos? ¿Tres?

LOYOLA: ... Correcto. Él, ella y un factótum que tenían.

CADENERA: Entiendo que la línea no es segura. Ya hablaremos. Esto no ha sucedido. Alto secreto. No habléis con nadie. La guardia costera os recogerá mañana o pasado. No te preocupes, buen trabajo.

LOYOLA: Gracias, Leo.

Los dos cuelgan.

Ginés pide en la barra otra copa y que le añadan a la cuenta el precio de la llamada.

La Tante mira al océano, casi soñadora, tal vez anhelante, acaso cavilosa, igual simplemente atontolinada. No ha tocado el plato con verduras de cuneta, y se ha bebido la ginebra. Ginés deja su copa en la mesa y se lleva la de Tante Juani a la barra. Le trae otra y se sienta.

—Brindemos, Juani, todo ha terminado y además nunca ha sucedido.

—No se puede borrar lo que está escrito con sangre.

—Pues el gran jefe dice que sí, es una orden. Pronto nos recogerá la guardia costera. Ahora vamos a probar el salchichón y esas hierbas con un aliño, como dicen ahora, divertido, o en otras palabras, innecesario y engañoso.

—A ello —dice la Tante, y prueba un trozo de salchichón, y sentencia—: está bueno, combina con la ginebra.

—Tengo una idea, a ver qué te parece —propone Loyola—. Los chicos están muy afectados, aunque Tyllett solo haya asesinado a un indefenso mulo. Son jóvenes. ¿Por qué no comemos aquí y después les damos la tarde y la noche libre? Tú tienes a Agatha, yo a Robert Burton. ¿Qué te parece una tarde leyendo a solas?

—Si hay whisky y tabaco, no me incomodaría.

—Hay de sobra, Juani.

—Pues entonces, lectura y lo que surja.

—Voy a llamar a los chicos. ¿Cómo eran esos nombres tan tontos que se inventó Tom?

—Tú eres jefatura y ellos son cuartel de operaciones.

Obediente, Loyola le dice al walkie-talkie:

—Aquí jefatura llamando a cuartel. Cambio.

—Aquí cuartel, sin novedad. Cambio.

—Dos cosas. Esta mañana no ha sucedido nada. No hablen con nadie. Órdenes de arriba, ¿entendido? La otra, volveremos después comer, entonces quedarán rebajados de servicio, se merecen un recreo. Cambio.

—Gracias, señor. Cambio.

—Que se diviertan. Cambio y corto.

Loyola apura su whisky y le hace dos preguntas a la Tante:

—¿Qué tal tu Agatha? ¿Quieres otra Beefeater?

—Sí a la segunda. Apasionante a la primera. Es *El asesinato de Roger Ackroyd.*

—Más que notable —aprueba Loyola.

—¿Y tu Robert Burton?

—Entretenido. Pero, y llámame tonto, casi prefiero a Huarte de San Juan.

—No tienes arreglo, España te está matando.

—De muerte lenta, como matan los países fracasados con literaturas logradas.

Loyola pidió otra ronda. La Tante bebió un sorbo y dijo en voz baja:

—Lectura, luego baño, y te enjabono.

—¿Me enjabonas?

—Tú sabes de qué jabonaduras hablo.

—En ese caso, *volontiers*.

—Pero luego me enjabonas tú.

—De mil amores.

En esto, irrumpe un rapaz de catorce a quince años, y pone fin a voces al sabroso coloquio de los amores tardíos. Lleva una gorra y una chaqueta que le quedan grandes, pantalón corto y unas botas viejas sin cordones.

—¡Tiroteo en el puerto! —pregona el chico—. ¡Tres cadáveres difuntos en el suelo! Roberto Wilkins se lo cuenta punto por punto.

Tante Juani le guiña un ojo a Loyola:

—Y yo pensaba que querías quedarte aquí solo para seguir bebiendo —le dice.

—Uno es curioso, pero también tengo sed.

Se le suministra un vaso de cerveza al chicuelo, como acicate para que se recree en los detalles más horripilantes del sucedido. El

chaval, esponjado y orgulloso, trasiega en dos golpes la cerveza, lleva una silla al centro de la terraza y, una vez de pie sobre ella, escupe como lo hace quien se dispone a cantar, y da comienzo a su relato, en el que viene a decir, con estas o parecidas palabras:

Una matanza escalofriante. Los tres muertos cayeron boca arriba y, por consiguiente, no les mataron por la espalda. En el pantalán había pistolas, metralletas y bombas de mano: un auténtico arsenal mortífero. Esto en cuanto a humanos seres. Pasando ahora al dominio de lo irracional, había también restos de algún animal de tiro hecho papilla, y un carro de madera reducido a sus correspondientes astillas. Era un misterio: ¿asno?, ¿caballo percherón?, ¿un buey o una mula? El enigma se resolvió, como conocerán quienes sigan escuchándome.

El chiquillo se lleva un puño a la boca y carraspea con violencia, como si tuviera la garganta seca. Carol capta la no tan sutil insinuación y le trae otra cerveza, que Roberto Wilkins vuelve a beberse en dos ansiosos tragos, y reanuda el relato:

Los tres fiambres: una mujer y un hombre desconocidos, ambos jóvenes y guapos, a la puerta del almacén de aparejos; y el tercero un hombre de avanzada edad al que todos conocemos..., ni más ni menos que ¡Eladio Cabañero!

El público se sobresalta, alguno se levanta de la silla, otro se lleva las manos a la cabeza, un tercero se asesta un puñetazo en el muslo; por todos lados se oye decir: ¡No puede ser! ¡Eladio! ¡Malditos! ¡Terroristas! ¡Cobardes! Cuando se apaciguan los ánimos, prosigue Wilkins:

Los dos jóvenes y hermosos estaban despachurrados, desmembrados y descuartizados, pero con sus bellos rostros intactos. Eladio tenía un solo impacto, directo al corazón, obra de un profesional, con toda probabilidad foráneo o extranjero. Como ya habrán adivinado, esto nos conduce al esclarecimiento de la identidad de la acémila sacrificada. Era el viejo mulo de Eladio, quién si no. Y era su carro. ¿Qué hacía el buen Cabañero involucrado en lo que a todas luces parece una lucha mortal entre peligrosas bandas? No sabemos nada. ¿Qué sabemos de nuestros vecinos? Y si a eso vamos, ¿qué sabemos de nosotros mismos?

Al mozo le entra de nuevo carraspera, y Carol le administra otra cerveza, que ahora se bebe a pequeños tragos, lo que le da a Carol la oportunidad para tomar comandas a los parroquianos. Quizá lo

tuvieran convenido de antemano. La Tante y Ginés piden otro trago. Terminada su cerveza, el chiquilicuatre abre los brazos en cruz y recupera el protagonismo:

Tres muertos con misterio, señoras y señores, tres almas lanzadas a tiros a la eternidad. Sin contar al mulo, dado que no está confirmado ni refutado que los animales posean alma. Vi aterrizar un helicóptero de la policía del que salieron tres fulanos sin uniforme, vestidos de paisano: eran agentes especiales y secretos venidos de la capital. En cuanto pusieron pie a tierra, ya estaban investigando con sagacidad, haciendo pesquisas y fotografiando la escena del crimen. Y en ese momento, damas y caballeros, a un servidor le expulsaron de allí, según dijeron, para establecer un perímetro, o fundar un polinomio, no recuerdo bien. ¿Y qué hizo uno? Salí pitando, de estampía, para cumplir con mi sagrado deber de informar, y vine con la lengua fuera para darles a conocer a sus excelencias los hechos noticiosos, por eso traía sed. Muchas gracias, respetable público, seguiremos informando. Roberto Wilkins siempre a su servicio.

De un salto se baja de la silla y recibe una ovación. Carol le da otro vaso de cerveza. Este bebido, el zagal se quita la gorra de vendedor de periódicos y se pone a recorrer las mesas con ella en la mano. Cuando se acerca a la suya, Loyola prepara un billete de cincuenta dragones, a lo que la Tante pone reparos:

—¿No es demasiado? —pregunta.

—Ni hablar. El buen periodismo se paga, y este chaval lo ha hecho mejor que el *New York Times,* por no mencionar a nuestros rotativos.

—Muchas gracias, señores marqueses, a su servicio, soy Roberto Wilkins, reportero de información.

—Y tanto —alaba Loyola.

Estoy de acuerdo con él: el futuro del periodismo está en el pasado, en el esperado regreso de los cantares de ciego, los juglares y los pregoneros.

Esa noche hubo felicidad para los mozos y los veteranos.

Tras la lectura, Loyola se mete en la bañera con un whisky. La Tante, sentada en el borde de la bañera, desnuda, con una ginebra en la mano izquierda, le hace con la derecha una paja prolongada. Luego cambian de sitio —ella en la bañera, él en el taburete— y Ginés la enjabona con sabios dedos.

Los chicos consiguieron por fin cumplir su extravagante deseo de echar un polvo al aire libre, en las ruinas del castillo.

Al día siguiente embarcaron en la *Numancia* como derrotados de alguna guerra sin gloria.

7

El capitán Stuyvesant se acercó a los cuatro pasajeros y preguntó: ¿El capitán Loyola? Yo soy, dijo Loyola. Stuyvesant se cuadró y saludó. Loyola se puso en pie y devolvió el saludo, aunque sin mucho empeño ni marcialidad. Fueron hacia el puente de mando.

—Hemos recibido por radio un mensaje para usted. Lo ha descifrado el oficial de transmisiones, que está obligado a perder la memoria, tal y como prescribe la ordenanza naval. Nadie ha puesto la vista encima de este papel, y mucho menos yo —dijo, y le entregó una cuartilla doblada.

Ginés la desdobló y leyó:

CONFIDENCIAL
DE: almirante Cadenera
PARA: capitán Loyola
Cuando desembarques, dirígete al hotel Arlequín. Tu equipo, que rompan filas.

—Gracias, capitán —dijo Loyola, y saludó con la mano en el ala de su Trilby civil.

Stuyvesant respondió al saludo. Luego le tendió la mano a Loyola y se atrevió a decir:

—Buen trabajo, capitán.

Loyola hizo lo que tenía que hacer: respondió con una inclinación de cabeza, como si no le hubiera escuchado, y volvió a su sitio en la popa del buque.

Informó a su equipo de que, al tocar puerto, podían retirarse hasta el lunes a primera hora. Añadió que él tenía algo que hacer cerca del muelle.

Minutos después aparecieron dos marineros, cada uno con dos tazas de peltre.

—El capitán les envía un caldo para entrar en calor.

Dieron las gracias y recibieron las tazas, lo que permitió a los marineros cuadrarse y saludar antes de retirarse.

Las tazas no estaban calientes. Tampoco contenían caldo. Según el avezado paladar de Ginés estaban casi llenas de una muy respetable cantidad de whisky DYC de ocho años, destilado por el beatífico don Nicomedes García con el agua cristalina del río Eresma. En calor sí que entraron, sobre todo por el hecho de que, al menos a bordo de la *Numancia,* tenían noticia de que habían cumplido con su deber.

Al desembarcar, Stuyvesant colocó a ocho de sus hombres en la dársena, cuatro a cada lado, formando un pasillo para despedir a los pasajeros. Otros dos hombres llevaron al muelle sus equipajes personales. Como en estas circunstancias dicta la cortesía marítima, Stuyvesant se quedó en cubierta, en posición de firmes, saludando con la mano en la visera, hasta que los cuatro pasajeros tocaron tierra, donde se dispersaron; los chicos a casa de Amber, la Tante a su casa, y Loyola a sus asuntos, sus cuidados o sus tribulaciones.

El Arlequín, en el rompeolas del norte, era uno de los hoteles más antiguos de Atlantic Town y el más deteriorado. La fachada se descascarillaba día a día; los mosaicos, cuyas teselas coloreadas componían antaño blancas vírgenes desnudas, un ave fénix resucitando de sus propias cenizas, tres ahorcados columpiándose o purpúreos cardenales de adusto semblante; hogaño, azotados por el viento, mermados por el salitre, infamados por las piedras que lanzan los más pequeños, no eran más que torpes y turbios sueños de la razón: negros monstruos sin alas, torsos de mujer sin cabeza ni miembros; hombres flotando en el vacío, bajo un patíbulo sin soga; prelados con los ojos y la boca huecos, ocupados por arañas, escolopendras y lagartijas. El interior no desmerecía, el óleo se caía de los lienzos, el cuero se desprendía de las butacas y los insectos devoraban los cortinajes de raso. ¿Por qué eligió Cadenera semejante lugar? ¿Por nostalgia? Sin duda. ¿Por escatimar cuatro cuartos? Es muy posible. ¿Por discreción? Pudiera ser. Pero la verdad del cuento era el Boys Closet, un secreto bien bien guardado, donde no admitían mujeres y los muchachos, ya talluditos, se empapaban de alcohol y platicaban a sus anchas sobre mujeres de otros, política y sus asuntos propios.

Era un pequeño salón sin música, decorado —nunca supe por qué — con copias de cuadros de Velázquez: *Vista del jardín de Villa Medici, Las hilanderas* y (no podía faltar en un reducto para caballeros) la *Venus del espejo.*

Ginés Loyola entró con su pequeña maleta en la mano izquierda (hábitos militares) y se acomodó en un sillón con la *Venus* a su derecha, y pidió su Macallan doble con un hielo, y dio un par de tragos hasta que apareció Leopoldo Cadenera.

Era un hombre pequeño, que andaba sacando pecho y levantando la barbilla. Ginés, como muchos hombres de su estatura, se sentía incómodo yendo por la vida con la cabeza muy alta; la inclinaba hacia delante o hacia un lado, y le daba un aire desatento, escéptico o reconcentrado, según y conforme. Se abrazaron. Cadenera pidió un Blackbush y se sentó frente a Loyola.

—Viejo amigo —comenzó Cadenera—, te felicito. Personalmente. De otra forma no puedo hacerlo. Has cometido muchas irregularidades, no pediste apoyo y ni siquiera te pusiste en contacto con la policía local. Ya, ya sé que son dos guardias con tanta barriga que necesitan diez minutos para sacar la pistola de la cartuchera. En resumen: has sido un héroe, pero nunca lo sabrá nadie.

—Gracias —dijo Ginés—. ¿Cuál es el plan?

—Ya lo sabes. Esto no ha sucedido. No podemos admitir que hemos eliminado a un agente de Mozart. Ha sido una pelea entre bandas.

—¿Qué clase de bandas?

—¿Qué más da, Ginés? Las que nos compre la prensa. ¿Narcotraficantes? A mí me suena bien.

—Por mí, como si son bandas de jazz.

—Es cierto que algún alijo hemos localizado en Isla Chica.

—¡Zapatiesta! ¿No te referirás a un corral con una docena de matas?

Cadenera se rio con ganas, y aseguró:

—No les pasará nada a tus amigos, no se ha incautado ni una sola planta.

—Me alegro, no es más que un pequeño negocio familiar.

—Es así, esto no ha sucedido. No te llevarás ningún aplauso, pero tampoco sufrirás la investigación, que es preceptiva cuando se trata de tres muertos. Me temo que te jubilarás en Bleak House. Considéralo como una partida que termina en tablas: no ganas, pero tampoco pierdes.

—De acuerdo, Leo —cedió Loyola.

Cadenera pidió otra ronda. Cuando el camarero la trajo, encendió

un cigarrillo y, vaso en mano, dedicó toda su atención a la pintura que tenía a su izquierda, esa *Venus*. Sin apartar la vista del cuadro, dijo:

—Esto no es más que política, Ginés.

—¿Esa mujer desnuda es política?

—También. No lo dudes, en cuanto una mujer se quita la ropa empieza la política.

—Con semejante trasero será alta política.

—Igual que este asunto. No podemos revelar que a Colombani lo ejecutó un agente de Mozart, a las órdenes de Chigorin, un pez gordo de la KGB. Los rusos tendrían que negarlo. Los americanos se nos echarían encima, no hemos informado de nada, y considerarían intolerable que semejante operación la hayan llevado a cabo por su cuenta cuatro personas sin la menor experiencia. Ni tú ni yo, que te autoricé, queremos que esto salga a la luz. Y nuestro país tampoco se lo merece. ¿Lo comprendes, Ginés?

—Claro que sí. ¿Y qué pasa con Ted Eagleton?

—*Un léger contretemps.* No tiene la menor importancia. Los americanos tienen muchos otros medios para llevar armas. Conseguirán su guerra antes de que acabe el año. En cualquier caso, eso ya no será asunto mío; me retiro.

—A mí me quedan dos años todavía.

—Te esperaré, podemos ir de pesca y beber juntos, y jugar alguna partida, como en la guerra.

—Allí estaré, pero no me vuelvas a ofrecer unas tablas: no las aceptaré —advirtió Loyola.

—De acuerdo. Estas han sido unas tablas por jaque continuo, no te las he ofrecido, te las he impuesto. ¿Sabes que Chigorin es descendiente del ajedrecista? —preguntó Cadenera.

—Lo suponía. ¿Pasamos página?

—Y capítulo. Tomemos otra.

Eso hicieron, y hablaron de los pompis de las mujeres —como llamaba Ginés en su idiolecto a lo que el resto de los mortales llamamos culos—, de algunos personajes de Galdós y de ciertas variantes de la Siciliana que entonces estaban en boga y sujetas a discusión, y hoy ya están refutadas.

Se despidieron con un abrazo.

Con su maleta a cuestas, Loyola se fue a casa en el L3. Eve no estaba. Algo había dicho de una jornada de tiro con jabalina en una

finca rústica cuyo propietario no se mencionó. ¿Otra vez él? ¿Tenía tanta paciencia Alton-Powers o, en su infinita perversidad, se había enamorado de Eve? La segunda opción asustaba demasiado a Ginés.

En Oak Street, vació la maleta y puso la lavadora. Se sentó en su sillón con Malvin Thrill y su Macallan. El final fue trepidante. El protagonista necesita que sus padres —unos pudibundos cernícalos— se vayan a la cama en 1950 para que él pueda existir en 1976. Menudo brete. Pues Thrill lo consigue. Formidable, se dijo Loyola, otra obra maestra de nuevo.

Y se fue a la cama, donde pensó: Siempre he querido perderlo todo para saber quién soy.

El lunes la Tante, como siempre, llega la primera. Ya ha comprado gladiolos y tira los que hay, lava el jarrón y lo llena de agua fresca antes de poner los nuevos. Arranca las hojas del calendario hasta que aparece la del lunes 1 de octubre de 1979.

Llega Ginés Loyola y pregunta por los chicos. Ha decidido ir a por mí esa misma mañana.

Los jóvenes llegan juntos. A las once y media, Loyola se pone la gabardina y el sombrero.

—Vamos a por ella —le dice a Tom Tyllett, y le entrega un revólver.

Y vinieron a por mí, y me llevaron a La Catacumba y al resto de mi vida.

A finales de aquel año, el 27 de diciembre de 1979, los soviéticos cruzaron la frontera de Afganistán y comenzó la guerra con la que los americanos, y mediante la Operación Ciclón, lograron imponer a la Unión Soviética su propio Vietnam. Una guerra imposible de ganar, larga y ávida de cadáveres.

En junio de 1980 acompañé a Ginés Loyola a la misa de difuntos por Lady Evelyn Thunder-Buttons. Fue *corpore insepulto,* en la sombría capilla de la Misericordia, en un arrabal maleante de las afueras, el barrio de La Coscorra, con un sacerdote que pronunciaba el latín en la variedad eclesiástica, a la italiana.

En un discreto banco, Tom Tyllett estaba a mi derecha, después

la Tante, y Amber Navel al otro lado de ella, como si la quisieran proteger, quizá de mí. Tom lucía en el brazo, sobre la chaqueta, una banda de tela negra. Todavía se usaban esas cosas, y también el luto y el alivio, las medallas milagreras, crucifijos en el ojal, corazones de Jesús, escarapelas y otra docena de piadosos adornos. Loyola, que se sentó en el primer banco, había optado por un traje gris y una corbata negra, la primera que le conocí sin quemaduras. Había quizá quince personas, entre ellas Leopoldo Cadenera, Jack Pratt y unos cuantos militares de uniforme. No vi a Sir Anthony Alton-Powers. Mi padre no pudo asistir por defunción, le había dado un infarto el año anterior. Al lado de Ginés estaban los hijos de Lady Eve, Archibald y Leonora, altivos y hieráticos, tan rígidos como si se hubieran tragado el palo de una escoba, casi impacientes por que acabara aquel engorroso trámite.

En el rito católico, minoritario en la isla y del que entonces no tenía ninguna experiencia, no se permiten garrapatones ni disparatorios, nadie sale a recordar al difunto o ensalzarle, no se cuentan anécdotas ni chistosas ni enternecedoras ni ejemplarizantes, ni hay, sobre un caballete, una ampliación de gran tamaño de una foto del finado veinte años atrás, sino el ataúd cerrado, del que no resulta fácil apartar la vista. Allí solo habla el cura y siempre en latín, salvo en la homilía, donde utilizó la lengua vernácula (español en su caso), con brevedad y con cansina —si bien comprensible— insistencia en la resurrección y la vida eterna. Impone bastante, la verdad, casi sobrecoge y hace pensar que la muerte es una cosa muy seria, y que por tanto también debemos tomarnos muy en serio la vida. Sentí una emoción más honda y verdadera que la que suscita el sentimentalismo protestante.

Fue complicado, había que arrodillarse, sentarse o ponerse de pie cada poco tiempo; todos mirábamos a Leopoldo Cadenera, conspicuo católico, para saber a qué atenernos.

Cuando escuchamos el *ite, missa est,* y a Cadenera y otros fieles responder *Deo gratias,* nos pusimos en pie y se formó una fila para dar el pésame a los deudos. Avanzábamos a paso de procesión, yo iba la última de nuestro banco; el primero era Tyllett, luego Amber, y Tante Juani por delante de mí. De pie en el primer banco esperaban Archibald, Leonora y Loyola. Archie intentó en vano rechazar el abrazo de Tyllett. Leo se dejó besar la mano y Ginés le abrazó de buena gana, le tenía cariño, sin perjuicio de que le tuviera por un poco

ciruelo. Amber les dio a los tres un apretón de manos. Tante Juani les dio la mano a los hijos y susurró su más sentido pésame. Miró a Ginés a los ojos con dulzura. Él los tenía empañados, ella también.

—Qué pena —dijo la Tante—, de verdad, qué pena.

Él solo dijo, me pareció que de todo corazón:

—Gracias.

Me tocaba. No conocía a los hijos. Nadie los había visto nunca, salvo Ginés y quizá Cadenera. Estreché la mano de los dos gaznápiros, como los llamaba a veces Loyola, y me quedé inmóvil ante Ginés, fue él quien me ofreció un abrazo apretado. Detrás de mí había un militar de uniforme, con sus cinco estrellas de general, así que seguí adelante y no pude evitar mirar el féretro: allí dentro estaban las exageradas tetas —acaso quirúrgicas— de Lady Eve, su culo rampante, su sed insaciable, su voracidad sexual y su amor por Ginés, a su manera; pero ¿dónde estaba ella? En ninguna parte. La muerte es, sin duda, una cosa muy seria.

En la puerta del templo nos quedamos esperando la salida de Ginés.

—La quería mucho, está destrozado. La quería por respeto a sí mismo, por fidelidad a algo que una vez sintió, porque él es así, un hombre excepcional, y además muy guapo.

—Ya lo creo —asentí.

—Chiquilla —me regañó la Tante—, no enredes en cosas de mayores.

Caía la tarde y el sol poniente daba un resplandor broncíneo, casi pensativo, a la torre de la iglesia, y asperjaba el rosetón almibarando la almendra del pantocrátor como si fuera un fruto con rocío; y había un viento solano muy cálido y suave, como el vuelo de un ala. Era una tarde para morir sentada en una piedra, mirando cómo desaparece el sol más allá de las bardas o en el horizonte del océano.

Cuando apareció Loyola, nos dio un abrazo a todos.

—La he querido más de lo que he podido —dijo.

Y dijo la verdad, y a mí me recordó una canción.

Luego añadió:

—Me llevará a casa la Tante con un amigo suyo.

El amigo fiel era Billy, cómo no, y se suben al descacharrado Renault 5, en el que las rodillas de Ginés tropiezan con el salpicadero.

—*Billy-Boy,* me alegro de verte —saluda Loyola.

Una efusiva vibración de la trócola y de la tapa de balancines le responde y le da el pésame.

—Gracias, amigo —responde Ginés, y la Tante mete la primera.

Cuando conduce con algún pasajero, se abstiene, no sin esfuerzo, de insultos y denuestos contra el resto de los conductores.

—¿Cómo vas, galán? —inquiere Loyola—. He oído que una Bentley te hace ojitos.

Como antiguo anglófilo, habla de los coches y de los barcos en femenino.

Le responde un bramido de la junta de culata. A Billy, como a todos los muchachos, le molesta que se hable de sus asuntos más privados, esos que le suceden a él por primera vez en la historia de la humanidad, como enamorarse de una reluciente Bentley culona.

—Respeta la intimidad de Billy como él respeta la nuestra —le reprende la Tante.

—Te pido disculpas, muchacho.

Porque sabe que son sinceras, el chico acepta las disculpas con una lenta y dulce escala de sus taqués, casi tecleada por Chopin, o quizá por sor Mortificación.

Los tres parecen una sagrada familia de algún cuadro renacentista, y así, pintados en un lienzo, se hacen eternos cuando ascienden al Cubilete, con no poco trabajo de Billy.

—Esta nevera da pena verla —sentencia Tante Juani—. En esta casa solo hay licores y aperitivos.

—Mira en el congelador, queda un solomillo. Da para los dos. Mientras se descongela en el horno, te pongo un Johnnie, lo he traído para ti.

—Eres un tunante.

—Es mi trabajo, soy agente secreto.

Así vivieron hasta el final, durmiendo juntos dos o tres noches a la semana, cuidando de Billy y de sus enamoramientos de suntuosas Bentleys y leyendo cada uno en un sillón con su whisky favorito, hasta que el cáncer atacó a Loyola. Al día siguiente de su muerte, Billy se negó a arrancar, tanto quería a Ginés. Tante Juani tuvo que llevarlo a un desguace. Bajo el capó, sobre el motor inservible, depositó un espléndido ramo de flores. Gladiolos, qué si no. Ella duró un año más y murió feliz: había vivido.

Amber dejó a Tom en 1980. Le había vuelto a pegar. Poco

después Tom murió sin suerte, desastradamente. Le arrolló un conductor ebrio que le estampó contra el muro de la capilla de la Misericordia. No llegó vivo al hospital. La autopsia certificó que ese día estaba sobrio. Nadie supo explicar qué hacía a las siete de la tarde en ese barrio alejado y peligroso, La Coscorra, donde nada se le había perdido y solo encontró la muerte.

El destino de un sicofante siempre es incierto, a menudo adverso, pocas veces apacible. Sir Anthony Alton-Powers acabó sus días en el cuarto oscuro del Ras, en la Rue Providence, apuñalado por un chaval de quince años. Así es la providencia divina.

Mi lugar, mi destino, debió haber sido la Casa Desolada, ese departamento para quienes han cometido una equivocación, para quienes ya no son capaces de fracasar mejor.

Solo quedamos Amber y yo.

Todas las cosas tarde o temprano se pierden o se rompen. Lo hacen por su cuenta, pero resulta consolador contar con alguien a quien echarle la culpa. Esa es quizá la única finalidad de la vida en pareja. En cambio yo sé que es culpa mía.

A mi edad, la vida retrocede, se aleja; sin embargo, la infancia avanza hacia mí. Nunca se cruzan en el camino.

Todo se desvanece, se escachifolla, se pulveriza. *This is the way the world ends, not with a bang but a whimper.* Así es como acaba el mundo, no con una explosión, sino con un gemido. Todo se hace chichota, pizcas, gualdrapas; se destriza, se disuelve o se evapora; todo son ajaspajas. Cosas pequeñas, baladíes. Todo se convierte en un fragmento, un lamento en la oscuridad o el ruido inaudible de otro corazón al callarse. Todo lo pequeño me salva, y vale por mi vida esta tarde.

Si ahora mismo viniera la muerte, con su calavera, y con su capucha y su capa negras, y al hombro la hoja de la guadaña con brillo de plata, qué poco le costaría quitarme la vida, y qué poco encontraría que llevarse. Un recuerdo. Un deseo incumplido. Un arrepentimiento. Cualquier cosa pequeña.

Si alguna hay.

Cualquier cosa pequeña
Rafael Reig

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Imagen de la cubierta: © Roy Bishop / Arcangel

© Rafael Reig, 2024

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2024

ISBN: 978-84-1107-483-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!